

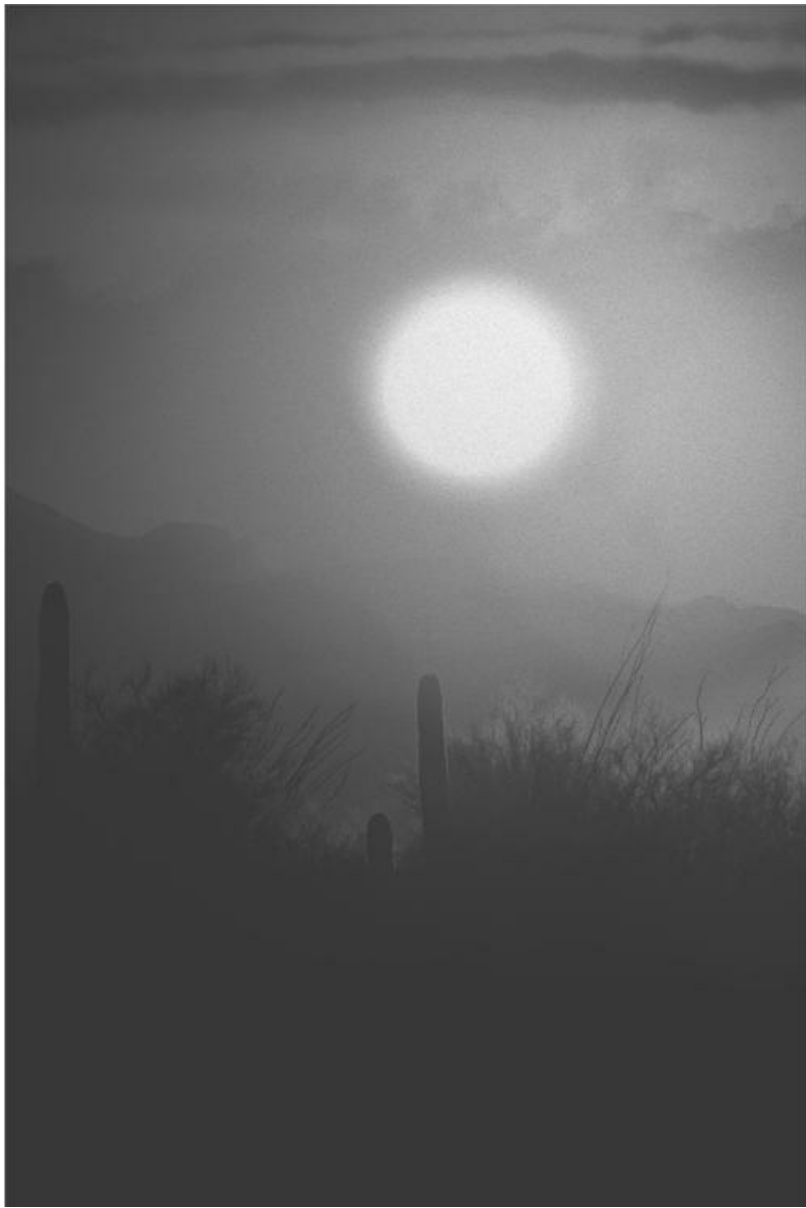
VAMPIROS *en* EL NORTE

En español



ISABEL CAÑAS

Autora de LA HACIENDA



VAMPIROS
en
EL NORTE

Isabel Cañas

*Traducción de
Hugo López Araiza Bravo*



VINTAGE ESPAÑOL

Elogios para *Vampiros en El Norte*

“Exuberante, cautivadora y de una vasta imaginación. Aquí, los monstruos son tanto humanos como sobrenaturales. Cañas nos recuerda que el verdadero terror siempre ha sido el colonialismo. *Vampiros en El Norte* te hincará los dientes”.

—GRACE D. LI, autora de *Portrait of a Thief*, bestseller del *New York Times*

“Necesitamos más historias así... Cañas es una voz emocionante que deberías leer”.

—V. CASTRO, autora de *La reina de las chicharras*

Para mis hermanas, que me enseñaron a contar historias.

Duérmete, niño,
duérmete ya,
que viene el Coco
y te comerá.

*NENA**Octubre de 1837*

SE DECÍA QUE una magia extraña fluía en las aguas del Rancho Los Ojuelos; la clase de magia que le había arrebatado la cordura al explorador español Cabeza de Vaca; la clase de magia que engendraba potros raudos y tierras fértiles. Desde que era niña, Nena sabía que “magia” era solo una expresión, una manera que tenían los adultos para hablar de abundancia y bendiciones. Lo hacían con reverencia y quizá con un poco de miedo, pues cuando tienes demasiado, nunca sabes cuánto podrías perder.

Aquel verano, ella y Néstor tenían trece años. Nena sabía que la magia, como tal, no existía. Sin embargo, conforme el calor estival languidecía para dar paso al otoño, comenzó a sentir algo cada vez que ponía las palmas sobre la tierra del huerto de hierbas que había detrás de la casa mayor o cuando observaba el cielo púrpura del crepúsculo. Una extrañeza. Un tremor de inquietud. La aceptación, aunque tímida en un principio, de que quizás hubiera cierta verdad en los cuentos de bestias sedientas de sangre y fantasmas fluviales que urdían las abuelas del rancho para convencer a los niños de que no se alejaran mucho de casa tras el anochecer. La sensación de que debería cuidarse la espalda en cuanto se alargaran las sombras.

Quizá “magia” no fuera la palabra correcta.

Lo que Nena y Néstor encontraron aquella noche fue más bien bestial.

POR SEGUNDA VEZ aquella semana, Nena se escurrió fuera de las sábanas hasta posar los pies desnudos en el fresco piso de piedra. Había esperado durante horas, insomne, con la mente

acelerada, pendiente de la pesada respiración de su hermana menor y de sus primas. Por fin era hora. La luna llena colgaba fuera de la única ventana del dormitorio, pesada como saco de monedas. Guiada por su luz, agarró un vestido sucio y se lo metió por la cabeza. Tenía el dobladillo enlodado y los planes que tenía con Néstor lo ensuciarían aún más. Él ya la estaría esperando en las anacahuítas, pala en mano. Listo para cavar. Listo para poner a prueba el último de los cuentos de la abuela en el que aún creían.

De todos los cuentos de la abuela de Néstor, el de la plata enterrada del conde español palidecía en comparación con el del Coco, un encapuchado que cargaba la cabeza de un niño en la corva del brazo. Cuando los niños del rancho se acomodaban alrededor de la abuela en un semicírculo de suplicantes devotos, rogaban que les contara sobre los lamentos de La Llorona o sobre las largas garras de La Lechuza, no de la historia de un español adinerado que había muerto de agotamiento en el chaparral. A Nena ya no le daba miedo el Coco, ni que los fantasmas le jalaran las trenzas cuando la lluvia azotaba el rancho y los relámpagos rasgaban el cielo vasto y renegrido. El año anterior, Tejas había sido arrancada de México, dejando una herida profunda que aún sangraba. Nena había aprendido que había monstruos reales de los que sí debía preocuparse.

Por eso le atraía la leyenda de la plata enterrada. Traía consigo la promesa de una moneda con dos caras esplendentes. La primera: protección para el rancho en un momento en el que su seguridad estaba en entredicho.

La segunda: poder elegir su propia vida.

Tras los sucesos de la semana anterior, sabía que no se sentiría tranquila hasta tener ambas. Hasta que su futuro fuera tan sólido como un trozo de metal frío en la palma de su mano.

Al empujarla, la puerta del dormitorio soltó un crujido plañidero y artrítico. Nena se congeló, con el corazón batiéndole en los oídos. Si su mamá se despertaba y la descubría, le iba a dar una buena cachetada, la mandaría de vuelta a su cuarto y, a la mañana siguiente, iniciaría con un sermón sobre cuán inapropiado era que una jovencita de su edad saliera a hurtadillas a medianoche.

No hubo reacción. Ni en el cuarto de las niñas ni en el resto de la casa mayor. Nena cruzó la sala sin atreverse a respirar. Una vez en la puerta, se puso las botas con estudiado silencio y salió de puntitas al patio.

La noche le envolvió la piel como si se hubiera zambullido en agua fría. Un escalofrío agradable le recorrió los hombros. En octubre, los días eran calurosos, pero en cuanto se ponía el sol, el otoño se anunciaba con un pinchazo en el aire, con un aroma crujiente y conífero, con la promesa de un cambio.

Detrás del huerto de la cocina había una arboleda de anacahuítas. Bajo la luz de la luna, sus troncos resplandecían con una luz plateada que prometía secretos. La delgada silueta de Néstor la esperaba ahí, recargada tranquilamente contra el árbol más grande. Néstor le había seguido el

paso, tan cerca como si fuera su sombra, desde el día en que se conocieron, cinco años atrás.

Nena se alzó las faldas y corrió hacia él. Este se puso de pie al distinguirla.

—Al fin llegas.

Oír su voz era como volver a casa. Le desató la inquietud que había llevado arrebuja en el pecho durante toda la semana.

—Perdón por la tardanza —dijo con voz entrecortada.

—Me enteré de los anglos —contestó Néstor con voz suave.

Nena le buscó los ojos en la oscuridad. Tuvo que alzar la barbilla un poco más de lo acostumbrado para lograrlo. Era como si cada vez que volviera, después de tres o cuatro días en el chaparral con los demás vaqueros, midiera medio palmo más. También le estaba cambiando la voz. A veces era áspera como tela rasgada; otras, rechinaba como un roble en una brisa juguetona. Sin embargo, siempre tenía el mismo tono de pregunta. De invitación. Una puerta que podía abrir o dejar cerrada.

Así eran las cosas con Néstor. Si Nena decidía tumbar la puerta y verter el torrente de sus pensamientos, Néstor la escucharía. Si la mantenía cerrada, no insistiría.

Tres días atrás, cuando Néstor estaba en el chaparral, se habían presentado unos desconocidos en el Rancho Los Ojuelos, buscando al patrón. Los vaqueros los llevaron a la casa mayor para hablar con el papá de Nena, don Feliciano Serrano Narváez. Nena los había espiado desde la esquina que separaba la cocina al aire libre del patio, donde la familia cenaba y su papá recibía a los invitados. Los desconocidos eran unos tipos delgados, correosos por la vida en el camino, como tiras de carne puestas a secar para hacer cecina. Cuando se quitaron el sombrero, mostraron sus rostros, enrojecidos por el sol y el viento, con ojos pálidos y hambrientos.

A Nena se le secó la boca cuando se percató de que eran anglos. Del este, decían, en un español áspero y rasgado. Habían cruzado Tejas y llegado más al sur, en busca de tierras. ¿Acaso el patrón sabía de algunas que estuvieran en venta? ¿Le interesaría vender parte de su ganado?

Fue como ver al Coco materializarse ante la casa mayor en busca de algo tan pedestre como caballos en venta, acariciando con su mano zarpada la cabeza mutilada que siempre cargaba consigo. Las criaturas de todos sus cuentos y pesadillas estaban ahí, de carne y hueso, a plena luz del día.

Su papá no permitió que se prolongara la conversación, y apenas si tuvo la cortesía de dejarlos tomar la sombra del porche. “No”, contestó a todas sus preguntas. Firme y cordial. No.

Sin embargo, mientras los veía retirarse, le temblaban los bigotes, aquellos bigotes negros tan impresionantes. Nena lo miró pasear su peso de un lado a otro, con las manos en la espalda, jugueteando con el anillo de sello que usaba en la zurda. La aprensión zopiloteaba sobre sus hombros. Se la contagió a Nena y al resto del rancho.

Y así, la noche siguiente de que los anglos se apersonaran y se fueran, Nena apretó la oreja contra la puerta de madera de su habitación, esforzándose por distinguir el vaivén de las voces

acaloradas en la casa mayor. Las mujeres de la familia se habían retirado de la sala al reunirse los hombres: su papá, su hermano mayor, Félix, y los hermanos de su mamá, los tres tíos De León, que también vivían en el rancho. Todos habían escuchado sobre el aumento en el robo de ganado. De buenos hombres —rancheros, incluso— que desaparecían en las tinieblas, dejando tras de sí viudas y tierras indefensas. Como serpientes, las noticias se deslizaban entre los ranchos de las Villas del Norte, los cinco grandes pueblos que vivían abrazados a la orilla sinuosa del río Bravo, haciendo sonar su cascabel en cada casa. ¿Acaso no era cierto que algunos de los vaqueros de su papá habían llegado a Los Ojuelos huyendo de la toma sangrienta del rancho en el que antes vivían, el Dos Cruces, un poco al sur de San Antonio de Béxar?

Todos sabían que la aparición de unos cuantos anglos era indicio de que se avecinaban malos tiempos. Sin embargo, para Nena lo peor fue la manera en la que acordaron proteger Los Ojuelos.

—Es hora de que se case Félix —interrumpió la voz de uno de los tíos—. El matrimonio es la manera más segura de conseguir una alianza con una hacienda fuerte.

Félix no contestó. Nena estaba ansiosa por saber lo que pensaba. A ella le aterraría, o encolerizaría, que los hermanos de su madre discutieran su futuro de forma tan pragmática.

—¡Exacto! —asintió otra voz—. La familia siempre te defiende. Si yo tuviera hijas, las entregaría con gusto. —Tenía que ser el tío Julián, carente de herederos—. ¿Qué hay de Magdalena? Ya está en edad casadera.

Al oír su nombre completo, el corazón se le fue a los pies. Cuando Félix intervino para señalar que aún faltaban seis o siete años para que fuera apropiado pensar en su futuro, los demás comenzaron a discutir con qué rancho casarla llegado el momento. ¿Cuál tenía más hijos y cuál los mejores partidos? ¿Cuál tenía los vaqueros más fuertes, más ganado, más tierras?

Los nombres se escurrieron por la rendija de luz que se asomaba bajo la puerta para enredarse en los tobillos de Nena, listos para llevársela a rastras, lejos de Los Ojuelos y de su familia. Para alejarla de Néstor. No podía dejar que eso ocurriera. No lo iba a permitir.

Sin embargo, si su papá insistía, si gritaba como estaban gritando sus tíos... se paralizaría, como una liebre ante el cazador. ¿Y entonces qué pasaría?

Si le contaba a Néstor de aquella noche, la escucharía. Él era el único que hablaba su misma lengua silente, el único en el rancho que oía algo más que su voz: él leía sus cambios de energía, las variaciones de su expresión, el peso de su presencia. Y ella lo amaba por eso, con una ferocidad salvaje.

Néstor presintió su incomodidad. En la oscuridad, estiró una mano para tomar la suya.

—¿Se enojó por algo tu mamá?

Sus palabras tocaron un dolor ya familiar, punzante como el de una herida recién abierta. Si su mamá estaba enojada con ella, era por Néstor.

Se habían conocido a los ocho años, cuando él llegó a Los Ojuelos con su familia. A los pocos

días ya eran uña y mugre, inseparables como un par de botas. Iban al pozo, alimentaban a las gallinas y salían juntos al chaparral, a cuidar a los borregos con tío Macario, el viejo pastor. Durante años, nadie se percató o a nadie le importaba: si Nena se perdía entre la bola de niños del rancho, era una molestia menos para su mamá, que debía cuidar a la beba, Javiera, por lo que era libre de hacer lo que quisiera.

Sin embargo, en tiempos recientes, Néstor había crecido. Había comenzado a trabajar con los vaqueros y se quedaba días en el chaparral. Cuando Nena empezó a dejar sus vestidos y heredó los de su mamá, las tías empezaron a cuchichear sobre su apego a Néstor. De la noche a la mañana, el trabajo del muchacho redujo a la mitad el tiempo que pasaban juntos, mientras que la otra mitad se esfumó ante la obsesión de su madre con el honor y el decoro. Primero insistió en que ya estaba muy grande para andar jugando descalza en el patio con los hijos de los peones; luego, cuando tuvo su primera regla, el mes anterior, le prohibió tajantemente que la vieran sola con algún muchacho. Mucho menos con el hijo de un vaquero.

Durante el día, Nena obedecía. El amor de sus padres era frágil. Últimamente, sentía que si se movía demasiado rápido, podría quebrarse.

Nena lo odiaba todo. Crecer era como ver el agua escurrirse entre sus manos; cuanto más apretaba los dedos para mantener la vida que tenía con Néstor, más rápido se le escabullía. Así que estrechó con fuerza la mano de Néstor. Con él, no existían sus papás, no existían el trabajo ni las miradas torvas que le lanzaban sus tías por su conducta inapropiada. Nunca había existido nada de eso. Esa noche, la luna brillaba en lo alto y no se percibía una sola nube. Estaban solos, felizmente solos, con una corona de estrellas titilantes como única compañía.

Si encontraran plata española, quizá podrían quedarse así para siempre. Con esa cantidad de dinero, su papá podría contratar al doble de vaqueros. Los Ojuelos estaría a salvo. No habría razón para casarla con un rancho o una hacienda más fuerte, y podría vivir su vida como quisiera. Casarse con quien quisiera.

¿Y si fallaban? En cuanto su papá decidiera cuál era la mejor manera de garantizar la seguridad del rancho, no habría vuelta atrás. Félix ya estaba comprometido con la hija de un poderoso hacendado. Nena no tenía ganas de pensar en lo que le deparaba el futuro, ni quería hablar con Néstor de la posibilidad de casarse con un desconocido.

—No es nada —dijo—. Vamos a encontrar la plata.

Bajo la luz de la luna, Néstor tenía una sonrisa de madreperla, brillante y entusiasta.

Nena conocía la historia por la abuela, pero hacía poco, Néstor había oído otra versión. Fue en una de sus primeras noches en el chaparral, cuando los vaqueros se juntaron con un grupo de arrieros, comerciantes que venían desde la lejana capital hasta los ranchos asentados al norte del río Bravo recorriendo México con sus carretas de bueyes. Traían algodón, plata y porcelana china, sí, pero cuando los vaqueros se encontraban en su peregrinaje hacia las Villas del Norte, la moneda de cambio en el chaparral eran las historias.

Envuelto en un silencio reverencial, Néstor había escuchado el relato de un conde español que había huido con sus riquezas durante la guerra contra la Corona, pensando que podría hacerse una nueva vida en El Norte. Sin embargo, no era fuerte, no como los carreteros, los vaqueros y los indios que tenían ese vasto páramo por hogar. El peso de su plata era demasiado; sabía que, a menos de que aligerara su carga, terminaría convirtiéndose en alimento de buitres y coyotes. Eligió un lugar secreto para enterrar su tesoro, lo bendijo y siguió adelante. De todos modos, se decía que había muerto en el chaparral.

Ahí terminaba la versión de la abuela. Sin embargo, los carreteros la continuaban: si por la noche veías un orbe de luz centelleante en lo profundo del chaparral, este flotaría sobre el lugar donde el español había enterrado su tesoro.

Cuando los vaqueros volvieron al rancho poco antes del crepúsculo, Néstor corrió a ver a Nena en la arboleda de anacahuítas con aquel brillo en los ojos que ella le conocía bien: tenía un secreto y moría por compartírselo.

—Por la noche hay luces cerca de los ojos de agua —susurró—. Yo las he visto. Casimiro no me cree, pero te juro que yo las he visto antes del alba.

—Mi mamá una vez dijo que mi abuelo contaba historias de españoles que habían pasado por Los Ojuelos hacía años —dijo Nena—. Tal vez eran ellos.

Esa noche, pasaron junto a los jacales de madera de los vaqueros y los demás peones y se escabulleron por el portón de la gran verja que rodeaba el casco del rancho. Néstor traía una pala en la mano; Nena había dejado otra cerca de los manantiales a la hora de la siesta, cuando nadie podía notarlos.

—Me pregunto si esos anglos vinieron a buscarlo —dijo Nena.

—Más les vale que no —contestó Néstor con voz sombría.

Los anglos eran la razón por la que Néstor, su tío Bernabé, su primo Casimiro y la abuela habían llegado a Los Ojuelos cinco años atrás: habían matado a tiros al ranchero para el que trabajaba el papá de Néstor, para robarle las tierras y el ganado. En las largas tardes en las que cuidaban los borregos con tío Macario, Néstor le había contado lo que sintió al ver su hogar arder. Que era como si el mundo entero —todo lo que había creído que era seguro y permanente— se hubiera convertido en cenizas. Que había visto el cuerpo de su padre desangrándose en el corral, muerto por las balas de los anglos.

Que en medio del caos, Bernabé empacó lo que pudo, agarró a la abuela y a los niños y huyó. Que todos los días a partir de entonces se había sentido como un lastre para su tío. Un extranjero en su propia familia. Nena sabía que por eso quería su propio rancho: para tener un lugar al cual pertenecer. Para no sentirse impotente nunca más.

—¿Dijeron a dónde iban cuando tu papá los rechazó? —preguntó Néstor—. No mencionaron la porción junto al río, ¿verdad?

—No —dijo Nena. Cuando los anglos se fueron, ella se había concentrado en su papá,

tratando de medir qué tan severa era la amenaza basándose en su reacción. Si los anglos habían hablado mientras se iban, ella no los oyó. De cualquier manera, no les habría entendido nada. Pero, ¿por qué Néstor le estaba preguntando por la tierra desocupada al sur de Los Ojuelos, río abajo?—. ¿Por qué?

Avanzaron unos pasos en silencio.

—Porque esa es la tierra que quiero comprar —dijo por fin.

Néstor había mencionado muchas veces que quería convertirse en ranchero y construir su propia casa de sillar, pero por alguna razón, Nena nunca había conectado ese deseo con el hecho de que ya no viviría en Los Ojuelos. Cuando lo dijo en voz alta, aquello se volvió dolorosamente obvio. ¿Llevaba todo ese tiempo planeando irse?

—¿Me vas a abandonar? —sintió una nota de pánico en su voz, incluso antes de poder oírla.

—No. Nunca —la tranquilizó Néstor con un apretón—. Seguiré viviendo en Los Ojuelos mientras construyo la casa. Va a tomar tiempo, mucho tiempo. Cuando la termine, me puedes visitar diario. Tal vez... —añadió y sus palabras se aceleraron, como si detenerse significara que la noche podría tragárselas—. Tal vez, si quieres, también podrías vivir allá. Conmigo. Nos podemos casar. O algo.

De la mano de Néstor, sentía como si cada paso que dieran los acercara al futuro que ella quería, el que atisbaba entre destellos de colores y un aroma parecido al de un sueño que recordaba a medias, en el que se veía cortando romero y lavanda en su huerto propio, como la abuela de Néstor. Tomada de la mano de Néstor sin vergüenza, sin que su mamá vigilara cada uno de sus movimientos, lista para forzarla a encajar en el severo molde de la mujer honorable. La vida sería tan simple como cuando cuidaban borregos con tío Macario, adormilados en el calor de la siesta. La vida sería perfecta.

Saber que él quería lo mismo le llenó el pecho de una calidez placentera y cosquilleante que se extendió a sus mejillas y le dibujó una suave sonrisa.

—O algo —contestó al tiempo que apretaba su mano.

La vereda se inclinó hacia abajo mientras seguían el trillado sendero que llevaba a los manantiales. Era el mismo camino que Nena recorría todas las mañanas con sus primas para recoger agua y llevarla a la casa mayor. El hábito la guiaba entre las rocas y las raíces.

Sin embargo, algo andaba mal.

La calidez feliz de su pecho se esfumó al barrer con la mirada la senda rocosa por la que avanzaban, esforzándose por esclarecer las sombras. Conforme se acercaban a los ojos de agua, los chirridos de los murciélagos y el ulular del tecolote desaparecieron. Era como si hasta los grillos se callaran por la expectativa, o por el miedo; como si la brisa se atragantara con su propia voz, llena de aprensión por la forma en que la noche se iba haciendo más densa.

Tras una última curva, llegaron a los manantiales gemelos, aquellos ojos a los que Los Ojuelos debía su nombre. La luz de la luna se filtraba por los laureles que se inclinaban sobre el agua;

bañadas por los haces de plata, las raíces se zambullían en el agua ondulante. Parecían dedos esqueléticos aferrándose al borde del estanque y del arroyo que corría hacia el sur.

Le saltó el corazón cuando Néstor la detuvo en seco. Tenía un brillo de sorpresa en los ojos mientras que con la barbilla señalaba hacia adelante. “Mira”.

Un destello se reflejaba en la superficie de los manantiales. No era del color de la luna. Era como una naranja de Reynosa... no, era como una toronja, tan redondo como la luna llena, pesado, con una luz cálida y extraña.

Néstor dio un paso al frente. Nena dudó.

Le había creído a Néstor cuando este le contó la versión de la leyenda de los carreteros acerca de las luces nocturnas que marcaban el sitio donde el tesoro estaba enterrado. Sin embargo, no había esperado sentirse tan intranquila al encontrarlas. Sentía que el mundo estaba torcido, como en un sueño; sentía agujas recorriéndole los brazos y la nuca.

Quería decirle que se detuviera. El aire zumbaba con el hormigueo de una tormenta inminente y, al igual que en una tormenta, sintió la necesidad potente y abrumadora de encontrar refugio, de esconderse.

Pero esconderse de qué. Nena conocía esas tierras tan bien como cada pulgada de la casa mayor o la cara de sus hermanos. No había razón para que se sintiera tan intranquila, pero no lo podía evitar. Sentía como si la oscuridad los observara, como si tuviera mente y voluntad, como si quisiera que se acercaran.

Debió haberle dicho que tenía miedo. Sin importar cuánta plata hubiera en juego, él se habría detenido. ¿O no?

Néstor le soltó la mano y avanzó apretando la mandíbula. Si acaso sintió la misma inquietud repentina que ella, no lo demostró. Sujetaba la pala con decisión.

—Creo... —“Creo que deberíamos regresar”, fue lo que le subió a los labios, pero en ese instante, el ruido metálico de la pala de Néstor golpeando el suelo de grava le cortó las palabras.

La luz anaranjada se esfumó.

Nena soltó un grito de sorpresa cuando las tinieblas afloraron a su alrededor. ¿La estaría engañando la noche o era que las sombras se estaban alargando?

No, era una silueta. Una criatura.

Corrió, rápida como puma, hasta interponerse entre Néstor y Nena. El miedo le inundó las piernas mientras retrocedía tambaleándose y la criatura se irguió sobre sus patas traseras. Era enorme, tan alta como su papá, quizá más, y con extremidades largas y arácnidas.

Nena tenía que salir de ahí, pero no lograba mover las piernas. Giró, la bota se le atoró en una raíz y cayó de bruces. Perdió todo el aire con el golpe. Jadeó y tosió, encorvada en posición fetal en el suelo. Manchas negras bailaban ante sus ojos, cada vez más grandes y oscuras.

—¡Néstor! —gritó mientras intentaba levantarse en vano. Tenía que ponerse a salvo. Tenía que correr. Aún podría huir si tan solo lograra erguirse.

Oyó un crujido de grava junto a su oreja derecha y luego junto a la izquierda, cuando las patas de la criatura —¿o acaso eran manos?— se posaron a ambos lados de su cabeza. Sintió su aliento ardiente y un espeso hedor a carroña bañarle la cara mientras bajaba la cabeza.

Un destello de dientes en la oscuridad.

El miedo le agrió el sudor, el aliento, el zumbido pálido y sin palabras que retumbó en sus oídos cuando unos dientes afilados como navajas se hincaron en su cuello.



NÉSTOR

AL OÍR A Nena inhalando tan rápido, Néstor se irguió. Ella solo hacía ese ruido cuando estaba herida. ¿Estaba bien? ¿Pasaba algo malo?

Cuando se volvió para preguntarle qué ocurría, una silueta oscura se abalanzó hacia ella desde los densos matorrales que bordeaban el arroyo.

No lograba percibir si tenía dos o cuatro patas; a veces se alzaba por lo alto y otras se agazapaba pegada al suelo. Lo único que sabía era que se trataba de una amenaza para Nena, que corría hacia ella y que él tenía que interponerse en su camino. Arrancó la pala del piso y la empuñó como machete. Cuando estaba a punto de correr hacia Nena, oyó su nombre.

—¡Néstor!

Era un grito débil y sin aliento, seguido por el sonido de un cuerpo golpeando la tierra. La silueta oscura estaba sobre ella, manteniéndola inmóvil en el suelo.

Un ruido húmedo, como el de la carne de cerdo al ser destazada, le hizo sentir una oleada de miedo en las tripas.

Nena era su hogar, lo único en el mundo máspreciado que su vida. No importaba qué fuera esa criatura, tenía que alejarla de ella.

Corrió hacia el frente con la pala en alto. Cuando llegó ante la silueta, levantó aún más la pala y golpeó con todas sus fuerzas.

La criatura se giró en un torbellino.

No había sido un embuste de la oscuridad. Estaba ante una bestia de patas plegadas que nunca había visto en su vida: su cabeza antropomórfica era una boca llena de dientes; tenía un rostro arrugado, sin pelo y cubierto de manchas grises, como el resto de su pellejo. Presumía dos rendijas en vez de nariz. No alcanzaba a verle los ojos en la oscuridad, pero no le cupo duda de que lo observaba cuando escuchó un siseo furioso surgir de sus fauces sin labios.

El siseo casi lo petrifica. Era más agudo que el de una serpiente de cascabel, tan colérico como el de un puma. La parte salvaje de su ser, agazapada en el fondo profundo y negro de su mente;

sabía que se enfrentaba a un depredador, y que él era su presa.

Que Nena era su presa.

Nena estaba en el piso, atrapada debajo de la criatura. Cada parte de Néstor le rogaba que huyese, pero no lo haría, no sin ella.

Alzó la pala de nuevo.

Su mundo se redujo a un solo propósito: alcanzar a Nena. Alcanzar a Nena y huir.

Pero, primero, tenía que alejar a la bestia de ella. Podía obligarla a retroceder, o tentarla y provocarla para interponerse de algún modo entre Nena y sus fauces.

En la oscuridad, si aguzaba la vista alcanzaba a percibir la silueta de Nena, postrada en el suelo, con las patas de la bestia inmovilizándole los brazos.

Si no actuaba ya, quizá no quedara nada de Nena que salvar.

Corrió hacia el frente con la pala en alto y golpeó a la bestia en el lomo con todas sus fuerzas.

—¡Atrás! —gruñó, pero el miedo le quebró la voz. Sonó débil, muy débil, contra la noche, contra la posibilidad de que, a menos de que luchara mejor, perdería de nuevo su hogar. Alzó la pala y dio un golpe más, canalizando todo su miedo hacia sus brazos. Tenía que alcanzar a Nena.

Con un grito ahogado, la bestia se irguió. Quitó las patas de Nena y se dio la vuelta hacia él.

Nena estaba libre.

—¡Corre! —gritó Néstor. Las palabras siguientes murieron en su garganta, asfixiadas por el hedor a carne podrida. Las náuseas le estrujaron las tripas. Apretó la pala con fuerza al ver que el monstruo se lanzaba contra él.

Quizá fuera que sus ojos se habían ajustado a la oscuridad; quizás era que se había movido a una parte del claro, junto a los manantiales, donde la luz de la luna alumbraba mejor, pero al fin logró ver bien la cara de la criatura.

No tenía ojos.

Tenía piel estirada sobre las cuencas, delgada como hoja de maíz. Abrió sus narinas de murciélago y le enseñó los dientes, con la boca chorreante de algo negro, viscoso y brillante. Nunca había visto una criatura así, ni siquiera en sus peores pesadillas. Tenía que huir...

No. Nena no se había levantado. Necesitaba más tiempo.

Plantó los pies y apretó aún más la pala. No huyó, ni siquiera cuando la fiera lo embistió como un toro, ni siquiera cuando el repique de su corazón en su cráneo ahogó el ruido de las garras rozando el suelo pedregoso.

“Deja que te guíen tus instintos”, le decía siempre Casimiro. “Cuando lazas un toro, tus instintos saben que podrías morir. Ellos quieren vivir. Cállate y escúchalos”.

Su mundo se redujo a esa cara ciega y embarrada de sangre. Al hedor a carroña. A sus manos empuñando la pala.

Esperó un instante más de lo que a su cabeza le habría gustado. Entonces dejó caer la pala en el cuello de la bestia con todas sus fuerzas.

Se hundió en su carne como machete, rompiendo tendones y triturando huesos.

La bestia se desplomó, arrastrando la pala consigo. Néstor cayó de rodillas aún con el mango entre las manos, esperando recibir un chorro de sangre caliente y sucia. Había visto cómo destazaban el ganado. Sabía que tenía que ser igual.

El monstruo se retorció y se quedó quieto.

No hubo sangre.

El cuerpo se desinfló con un siseo largo y grave, como odre vacío. En unos segundos se había encogido como yesca en el fuego y, al igual que la yesca, se convirtió en cenizas.

La pala de Néstor yacía en el suelo, enterrada en una pila de hollín.

Néstor respiró hondo. Eso había sido más extraño que cualquier pesadilla, peor que cualquiera de los cuentos de la abuela. ¿Qué había sido?

No importaba. Lo importante era que estaba muerto y, por lo que veía, ya no podía lastimar a Nena.

—¿Nena? —la llamó con voz ahogada.

Nena era una pila de brazos y piernas postrada en el suelo. Néstor no sabía si se había movido luego de que la bestia se alejara de ella. No era buena señal. Con el miedo trenzado en el pecho, se levantó y se acercó a trompicones.

Tenía la cara serena, como si durmiera, con mechones de cabello sudoroso pegados a su frente y sus mejillas.

Pero su cuello...

Había un lugar entre el hombro y el cuello de Nena donde a él le gustaba recargar la cabeza durante las largas siestas que tomaban en el verano, mientras cuidaban el rebaño. Ahí, los mechones y el cuello de su vestido le cosquilleaban el cachete mientras subía y bajaba con su respiración estable. Ahí podía olerla: un aroma a jabón con una pizca de humo del fogón. A hierbas secas. A luz del sol. El aroma imposiblemente dulce y suave de su piel, el único olor del mundo en el que se dejaría ahogar.

Ese sitio ahora era una herida.

—Dios mío —exhaló.

Incluso en la oscuridad podía distinguirlo: un destrozo, un destazamiento. Cuando rozó cuidadosamente el borde de la herida con las yemas, estas quedaron calientes y húmedas. Un olor metálico le agrió la boca mientras buscaba su navaja y se arrancaba jirones de tela de la camisa. Presionó sobre la herida con manos temblorosas.

—¿Nenita?

Llevó una mano a su pecho, bajo el cuello del vestido, donde de otra manera nunca habría tenido el valor ni el descaro de tocar. ¿Debería sentir un latido? ¿Un pulso? ¿Qué tan fuerte se suponía que debía ser? Era demasiado tonto para saber qué hacer. Nena sabía más que él. Era la persona más lista que conocía. ¿Qué haría ella si sus papeles se invirtieran?

Trató de imaginar su voz, trató de imaginársela sana, respirando y alerta.

“Tenemos que regresar a la casa”, diría. “Abuela lo va a arreglar”.

—Tienes razón —dijo Néstor con voz quebrada—. Siempre tienes razón. Por eso te amo.

Nunca lo había dicho en voz alta; nunca había tenido el coraje, mucho menos en tiempos recientes. No tomando en cuenta que doña Mercedes lo veía como si fuera estiércol en la suela de su bota, no tomando en cuenta que, cada día que pasaba, Nena se volvía más bella y se parecía cada vez más a una dama del rancho, irremediabilmente fuera de su alcance.

Le temblaron los brazos mientras le acomodaba las extremidades para poder cargarla. Ya la había cargado antes, pero hacía años de eso; jadeó mientras se echaba un brazo sobre los hombros y la ponía de pie.

—Me tienes que ayudar —logró decir—. Párate.

Pero Nena parecía corderito. No se sostenía en pie; se le iba la cabeza.

—Carajo.

Néstor acomodó su peso y metió una mano debajo de sus rodillas para cargarla como a un bebé. Se tambaleó y recobró el equilibrio.

El aire del claro junto a los manantiales había cambiado. Se había hecho menos denso, casi tranquilo. Un grillo cantó desde el fondo de la oscuridad; tímido al principio, luego otros se le unieron en coro. La noche podía sentir que el peligro había pasado.

Sin embargo, cuanto más caminaba Néstor, cuanto más se acercaba a la casa mayor, más se tensaba de miedo.

Pues Nena no se inmutaba. No se inmutó cuando le dijo que la abuela iba a arreglarlo todo, ni cuando le dijo que su mamá se iba a enojar con él si no se despertaba.

—Mírame —le susurró jadeando, con la voz entrecortada. Luego, más fuerte—. Mírame.

Los grillos seguían cantando.

Tuvo que obligarse a seguir adelante, a soportar el dolor de cargarla, a dar respiraciones rápidas y en carne viva para atravesar el sollozo que traía enterrado en la garganta.

Porque sabía que si se detenía, si escuchaba a sus instintos, solo oiría una respuesta:

Era demasiado tarde.



POR FIN LLEGÓ al patio de la casa mayor, temblando por el esfuerzo de cargar a Nena. Se desplomó, sosteniéndole suavemente la cabeza con la mano mientras sus rodillas golpeaban el piso de tipichil. La herida de Nena le había dejado el hombro cubierto de sangre, aunque el flujo parecía haber disminuido. “Por favor, por favor, que esté bien”. Quizá siempre había sabido qué

hogar tan frágil era Nena. Quizá se había dormido en sus laureles. Ya había aprendido la lección: un paso en falso y la perdería para siempre.

—Ayuda.

Salió muy débil, muy suave. Alzó una mano y golpeó varias veces la puerta de la casa mayor.

—¡Ayuda! —martilló de nuevo hasta oír a los durmientes removerse en el interior. Voces confundidas, pasos.

La silueta de don Feliciano llenó el umbral, sosteniendo una vela cuyo brillo destacaba en claroscuro sus bigotes y las líneas de su rostro. Detrás de él estaban doña Mercedes, de blanco, flotando como fantasma, y la sombra del hermano de Nena, Félix, metiéndose una camisa por la cabeza mientras entraba corriendo a la sala.

Por un instante, don Feliciano se asomó a la noche, pero luego vio que a sus pies yacían derrumbados Néstor y Nena.

—¿Magdalena?

Néstor nunca había oído su voz tan queda.

—Madre de Dios —soltó doña Mercedes, que había corrido al lado de su marido al oír el nombre de su hija. Su voz sonaba aguda, llena de sorpresa, de pánico al ver en el umbral la figura desvalida de Nena.

Apartó a don Feliciano. Néstor retrocedió trastabillando. Nunca los había visto actuar con tan poca compostura; su miedo fue como aceite regado en el fuego de sus propios temores.

Hubo una conmoción de brazos y velas encendidas para iluminar la sala. Metieron a Nena a la casa y la acostaron suavemente en el piso. Doña Mercedes se hincó junto a ella, repitiendo fervorosamente el Ave María mientras le examinaba la herida. Don Feliciano estaba como atontado; Félix no dejaba de encender velas.

Parecían haber olvidado que Néstor estaba ahí. Obligó a sus adoloridas piernas a levantarse y se recargó en el umbral para no caer de nuevo. Al ser hijo de vaquero, nunca había puesto un pie en el interior de la casa mayor. Esa noche tampoco lo haría, ni siquiera mientras Félix seguía poniendo velas alrededor de su hermana.

Nena aún tenía los ojos cerrados. A la luz de las velas, su cara se veía cerosa. Quieta. Tenía los labios oscuros, casi azules.

Su herida brillaba de un rojo vivo. La sangre le manchaba el pecho y el vestido. El rojo húmedo resplandecía en la cadena de su escapulario de oro.

Doña Mercedes estaba inclinada sobre ella, presionando la oreja contra su pecho, murmurando oraciones.

En cualquier instante, Nena abriría los ojos. Miraría a su alrededor, se sorprendería de estar en casa, avergonzada de que los hubieran descubierto. Habría un castigo. Don Feliciano seguramente lo perseguiría con un fuste y doña Mercedes regañaría a Nena por su falta de decoro. Se lamerían las heridas y luego se reencontrarían debajo de las anacahuitas, con otra

desventura superada.

Pero no esto.

No don Feliciano atontado, empuñando la vela, con la cara de piedra, aun y cuando la cera caliente goteaba sobre su mano. No Félix cada vez más intranquilo ante las letanías de doña Mercedes.

—¿Respira? —preguntó Félix. Como doña Mercedes no contestó, puso los dedos sobre los labios de Nena y quitó la mano como si se hubiera quemado—. Di algo, mamá.

Doña Mercedes no alzó la cabeza.

—¡Mi niña está muerta!

Su alarido fue el viento en una fría noche de invierno. Clavó a Néstor en su sitio. No podía respirar. Ya no era un cuerpo recargado contra un umbral. Era un espíritu mirando a Nena, sus labios azules, su escapulario ensangrentado, su cara pálida. Quería que se levantara, que se moviera. Quería sacudirla hasta hacerla llorar y que le pidiera detenerse.

Pero estaba tan quieta como estatua de santo en una capilla. Quieta. Quieta.

Era su culpa.

Había sido idea suya ir a buscar plata esa noche. Había sido su mano la que los había guiado hasta el peligro.

—¡Chamaco! —el gruñido de don Feliciano se elevó sobre los sollozos de doña Mercedes.

Néstor se separó de la puerta con un sobresalto, el miedo reactivó su cuerpo exhausto. La cara de don Feliciano se había transformado y lucía grotesca por el fuego de su ira y la luz de las velas. Cualquier chico que se portara mal en el rancho, Néstor incluido, recibía azotes de su mano. Él sabía que la ira del patrón era un arma contundente, algo de lo que debía huir. Se enfrentaba a toda la fuerza de don Feliciano: el patrón lo señalaba con su mano poderosa y trémula. En un instante lo embestiría con toda la furia de un toro. “Chamaco”.

El miedo se apoderó de él y le clavó sus frías espuelas en los costados. Se alejó corriendo de la puerta, de la luz parpadeante de las velas y de los sollozos; se alejó de Nena, se adentró en la noche.

Huyó.

Lejos de la casa mayor, dejó atrás los jacales de los peones, dejó atrás su hogar. Llegó a la verja que rodeaba el rancho y la franqueó. Sus brazos batían, sus piernas volaban, tenía los ojos llenos de lágrimas por lo rápido que corría. Por la culpa burbujeante y oscura que se hinchaba como tormenta estival en su pecho, veloz y violenta, demasiado pesada para su humanidad. Aun así cruzó como relámpago el chaparral, espinándose brazos y cara, hasta que el peso fue demasiado. Cayó de bruces, hincado, con los brazos temblorosos, jadeando, seguro —por un instante— de que iba a vomitar. Pero no lo hizo. Era llanto. Le brotó como un latigazo y se convirtió en torrente.

Nena.

Sus pensamientos se quebraban y volaban entre la tormenta.

Era culpa suya. La bestia. El hedor a carroña. La manera en la que se había inclinado sobre Nena. La sangre en sus colmillos y su mandíbula. La sangre de Nena. El peso de Nena, flácido y sin vida, contra su cuerpo.

Nena.

AL AMANECER, *ALZÓ* la vista. Una esquirla de dolor le atravesó el cráneo. Hizo una mueca. Cada instante le dolía. Todos sus miembros estaban tiesos.

Alzó la vista.

Estaba en el chaparral. Con la ropa arrugada y la garganta seca.

Lo único que podía ver era a Nena en el piso de la casa mayor, rodeada de velas titilantes, pálida y quieta. El fulgor de la sangre a la luz de las velas.

Era culpa suya.

Don Feliciano señalándolo, rugiendo de ira.

No podía regresar.

Se irguió sobre sus pies endebles. A sus espaldas, el sol aún estaba bajo en el horizonte.

Caminó.

CAMINÓ RUMBO OESTE durante días. Al llegar al río, giró hacia el norte.

Nunca volvió.



NUEVE AÑOS DESPUÉS





NÉSTOR

Febrero de 1846

LAREDO, ESTADO DE TAMAULIPAS

LOS SUEÑOS DE Néstor siempre terminaban igual. Lo que se había desmadejado mientras dormía, se rearticulaba al despertar. Recobraba la concentración. Cuando la desorientación disminuía, se veía a sí mismo cuidando el rebaño.

Estaba echado de espaldas bajo la sombra de los robles, escuchando los grillos. El calor de la siesta infundía suavidad a la escena. Con la certeza pesada y silenciosa del sueño, sabía que no estaba solo. Sabía que ella estaba allí.

Si tenía suerte, el calor mantenía su conciencia adormecida y pasaba el resto de la noche bajo el árbol, hasta que los relinchos de los caballos o las voces de los demás vaqueros lo despertaban.

Sin embargo, si esta sensibilidad aumentaba, si pensaba en quién estaba con él, quién yacía a su lado... Si se concentraba en el peso que sentía sobre su hombro y lo real de aquella sensación... O, aún peor, si trataba de voltear a verla... De solo pensarlo, se despertaba.

En las peores noches, ese pensamiento le envenenaba el sueño.

Una noche, mientras observaba las ramas del árbol, viendo cómo se extendían contra el cielo cegador del verano, su conciencia disparó una descarga de anhelo por su cuerpo.

Ahí estaba ella.

Estaba con él, tan real como cuando estaba viva. Él quería verla. Quería ver su cara más de lo que quería agua en una tarde calurosa, más de lo que anhelaba el descanso tras semanas sobre la silla de montar.

Giró la cabeza.

Antes de que pudiera verla, el sueño cambió. Su movimiento lo empapó de noche, lo desvió de los árboles, borregos y chapulines hacia un ojo de agua en lo profundo del chaparral. Hacia una luz inquietante y antinatural, refulgiendo sobre la superficie del agua turbia, y una silueta tenebrosa caminando en cuatro patas o dos. Hacia una voz gritando su nombre.

—¡Néstor!

Se incorporó de golpe, con el corazón retumbándole en la carne tierna de la garganta, los ojos pelones y las manos aferradas a las sábanas. Sábanas. La textura del algodón contra sus palmas sudadas, la firmeza desigual del colchón. El aire que no tenía sabor a noche en despoblado, sino a estar bajo un techo, sabor a sueño y aliento contenidos entre muros.

Se obligó a salir del terror de aquella pesadilla jalando con ambas manos, un tirón a la vez, trepando la cuerda hasta volver a sí mismo.

Era un sueño. Siempre que oía esa voz, se trataba de un sueño.

—¡Néstor!

El frescor de la mañana secó el sudor en sus hombros y su frente. Tiritó.

Oyó a alguien removerse en el colchón. Celeste le daba la espalda. Sus rizos negros y densos se desparramaron sobre la almohada contra la que se acurrucó al soltar un suspiro y seguir durmiendo.

Alrededor de la cama con dosel estaban los enseres más finos que Néstor había visto en su vida, salvo, quizá, las pocas veces que había mirado al interior de la casa mayor de Los Ojuelos. Los contó para tocar tierra. Candeleros de plata. Una mesa de cedro nicaragüense donde Celeste había botado descuidadamente varios objetos de valor: un espejo de mano de plata bruñida, cosméticos, la mantilla negra que había usado la tarde anterior al volver de misa rumbo a la segunda casa de los Romero, en el centro de Laredo.

Ahí era donde Néstor se quedaba cuando arreaba ganado hacia el sur, desde El Paso del Norte. También cuando el esposo de Celeste aún vivía.

La culpa en el estómago se le hundió aún más. Quizá por haber pensado en el difunto esposo de Celeste, quizá porque su costumbre de pasar la noche con ella había continuado sin remordimientos. Quizá porque últimamente, con inquietante frecuencia, se despertaba con el terror a flor de piel.

O quizá porque últimamente, cada vez que dormía junto a una mujer, despertaba con la voz de alguien más en los oídos.

Alguien que llevaba mucho tiempo muerta.

Se quitó la sábana. Plantó los pies en la duela. Se vistió tan rápido y callado como pudo, con los ojos bien alejados de la cama. Tenía que salir de aquella casa. Alejarse de Celeste y de los enseres finos que tanto le recordaban a Los Ojuelos.

Por regla general, no se desaparecía antes de que Celeste despertara, como solía hacer con otras mujeres. Sería una grosería. Podría poner en riesgo la posibilidad de pasar la noche ahí la

próxima vez que estuviera cerca de Laredo o del Rancho Buenavista, las tierras que ella heredara de su difunto esposo. Normalmente, él y Celeste se levantaban tarde. Tomaban café en la cama. Néstor la escuchaba hablar del negocio de administrar su rancho, aprendiendo todo lo que podía al oírla desahogarse sobre sus finanzas, los cuatrerros y sus compradores de carne en Cuba. Si era primavera, había que marcar las reses, lo que llevaba al ganado del Rancho Buenavista cerca de Laredo y mantenía a Néstor en la órbita de la ciudad durante varias semanas. También lo mantenía en la cama de Celeste durante todo ese tiempo.

Las mujeres lo sacaban de su cabeza. Celeste era más interesante que la mayoría, con su habilidad para los negocios y el interés que mostraba al responder a sus preguntas acerca del rancho. No era común que sintiera que sus conversaciones con ella fueran huecas y que él no fuera más que un cascarón.

Sin embargo, esa noche sí lo había sentido. Esa noche, la conciencia de su vacuidad se había retorcido bajo su piel. Era una máscara apuntada hacia el mundo. Una mera envoltura.

Si es que Celeste había notado el cambio en él, eso solo volvió su conversación más animada, sus besos más decididos. Estaba ansiosa por devolverlo a su redil. Si se despertaba, sus mimos continuarían igual, pues no era una mujer acostumbrada a oír “no” por respuesta.

Sin embargo, él no soportaba la idea de hablar con nadie. No luego de tal despertar. No luego de haber sentido con tanta fuerza que ella estaba allí.

Así que se escabulló a la planta baja. En la cocina, tomó un poco de agua y uno de los panes del día anterior y se fue antes de despertar a algún sirviente de la casa de los Romero.

La ciudad seguía envuelta en la madrugada, quieta y gris. Hacía mucho que la luna se había ocultado. Las estrellas palidecían, pero el tinte frío del cielo anunciaba que aún faltaba una hora para el alba. El aire estaba sazonado con el aroma de decenas de fogones. En algún lugar de la ciudad, los panaderos ponían manos a la obra. Tras semanas de despertar en el frío conífero del chaparral, los aromas de la ciudad solían resultarle refrescantes. Hasta bienvenidos. Sin embargo, ver los demás edificios, acomodados en fila como cuervos en la verja de un corral, le produjo una sensación de hormigueo en la piel.

Su yegua, Luna, había pasado la noche atada con los favoritos de Celeste, a un lado de la casa. Alzó la cabeza para saludarlo; sus orejas negras y aterciopeladas lo habían detectado por el ruido de sus botas al pisar la tierra. Se removió en su sitio. Dejó caer una pezuña trasera al suelo con un pisotón. Cuando Néstor le acarició la frente y le murmuró los buenos días, Luna exhaló en respuesta. Su aliento se sentía cálido en el pecho. Era un ruido mitad saludo, mitad regaño, como si dijera: “Estamos en la ciudad, ¿por qué rayos estás despierto tan temprano?”.

—Soñé feo, Lunita —contestó Néstor mientras le plantaba un beso en la mancha en forma de hoz que le había ganado su nombre. La yegua olía a sueño, a noche y a hogar—. Ya sabes cómo es esto.

La almohazó y le puso la silla. Le revisó los cascos. Se perdió en el ritual de las hebillas, la

cobija para la silla y el empaque de sus víveres. Desvió su atención de la casa, de las costosas ventanas de vidrio de Celeste. Se había sentido demasiado cómodo en Laredo últimamente, demasiado cómodo con Celeste, y eso era peligroso. Ya una vez había sido tan tonto como para convertir a otra persona en su hogar. No cometería ese error de nuevo.

Se montó en Luna, le dio la espalda a la ciudad y partió.

Al alba encontró la silueta de nueve caballos; los cuernos de sus sillas formaban una pequeña cordillera contra el horizonte cada vez más claro. Un hilillo de humo se elevaba rizado desde una fogata; voces graves y endurecidas por el sueño aumentaron de volumen conforme se acercaba. Había llegado al campamento de los vaqueros del Buenavista.

La brisa le llevó el aroma acre del ganado; no estaba lejos. Muy bien. Eso significaba que el caporal, el líder de esa corrida de vaqueros, planeaba partir ese mismo día a territorio tejano.

—¿Ese es Duarte? —preguntó una voz al verlo desmontar.

—No —dijo otra, en una sílaba larga y dubitativa—. Yo le dije que...

Una figura se levantó, desplegándose como estrecha voluta de humo. Albert Fitz Cepeda — conocido universalmente como Beto Cepeda— soltó un improperio al ver a Néstor dejar a Luna para que chismeara con los demás caballos. Hubo un coro de carcajadas.

—Buenos días, Beto —dijo Néstor.

—¿Qué chingaos haces acá? —preguntó Beto con su taza metálica en la mano; lo fulminó con la mirada mientras le daba un largo sorbo a su café—. Hoy arriamos.

—Ya sé.

—¿No te dije que descansaras?

—‘Toy descansao.

Beto peló los ojos. Él era el único de los vaqueros —que eran todos empleados de Celeste— que sabía exactamente dónde se quedaba Néstor cuando iba a la ciudad.

—Cuando tengas mi edad te vas a arrepentir de chambear tanto —farfulló Beto.

El supuesto anciano (de 27 años, contra los 22 de Néstor) olía a su incurable tabaquismo. Humo de mezquite, noche fría. Una espiral de vapor se elevó del café cuando le ofreció la taza a Néstor. Se sentía caliente a través de sus callos.

Por primera vez en aquella mañana, Néstor sintió que tenía los pies en la tierra. Que estaba mirando a través de sus propios ojos en vez de estar atrapado entre telarañas.

—Y también te vas a arrepentir de andar pisteando. *God* —maldijo en inglés—. Apeestas. Qué asco. —Beto lo había tomado bajo su ala seis años atrás, cuando Néstor le había salvado la vida al lazar un *longhorn* que lo embestía mientras estaba desmontado y ponerlo de rodillas frente a él. Los vaqueros de los ranchos aledaños a las Villas del Norte sabían que eran la pareja ideal, siempre de un lado a otro y tan inseparables como hermanos. Rara vez arreaban ganado por separado, salvo cuando Beto trataba de enseñarle a Néstor las virtudes del descanso plantándolo

en algún pueblo y ordenándole que se quedara ahí al menos una semana.

—No te va a matar dormir en una cama por lo menos dos noches seguidas. Ni dormir solo —añadió en un susurro.

Néstor se encogió de hombros y le dio un sorbo al café mientras los demás vaqueros empezaban a cantar y a palear tierra sobre el fuego para desmontar el campamento.

—Imagínate —continuó su sermón Beto—. Dos comidas de verdad al día, pan dulce fresco cada mañana, carne que no sea una suela salada. Tal vez hasta animarte a ir a misa, pa' que te limpien los pecados. ¿No se te antoja?

Néstor le devolvió la taza.

—La verdad es que no.

—Entonces ¿vienes o no, Duarte? —ladró el caporal mientras ensillaba su yegua.

—Voy —contestó Néstor.

—Sabrá Dios por qué te matas trabajando para un ranchero, chamaco —dijo con sequedad el caporal mientras le lanzaba una mirada dubitativa.

—Porque no tardo en ser uno de ellos —le disparó de vuelta Néstor, y añadió con un guiño—. Y si tienes suerte, te dejo trabajar para mí, viejito.

Los vaqueros soltaron una risotada; su arrogancia incluso le arrancó una carcajada ronca al caporal. Beto fue el único al que no le pareció chistoso. No aceptó la taza que le ofrecía Néstor.

—No te peleaste con la viuda, ¿verdad? —le preguntó por lo bajo.

Quizá si dejara que Beto pensara que eso era lo que había pasado, dejaría de preguntarle cosas. Era mejor detenerlo ya, antes de que llegara a la pregunta que a veces le hacía cuando estaba tratando de entenderlo. Una pregunta que le recordaba demasiado lugares y gentes que solo veía en sueños. Oírla era como sentir un pulgar presionándole un moretón casi fresco, y le rehuía.

—¿De qué estás huyendo?

No le iba a mentir abiertamente a Beto. Ya lo había intentado antes y nunca resultaba. Su amigo lo leía como libro abierto.

Así que mejor dijo:

—Tengo que trabajar.

—Tú siempre igual —dijo Beto y le dio una palmada en el hombro con un suspiro de derrota—. Ámonos, pues. No nos vendrá mal tener a alguien más que hable inglés en este encargo. Acábate ese café y nos vamos.

“TÚ SIEMPRE IGUAL”. Las palabras de Beto persiguieron a Néstor mientras montaban sus animales, se dividían en parejas siguiendo las órdenes del caporal y empezaban a reunir el ganado del Buenavista.

Sí, tenía que trabajar. Tenía que trabajar duro, cabalgar duro, dormir duro. Eso mantenía a raya las pesadillas. Mantenía un hilillo constante de dinero fluyendo hacia él, que contaba y ahorra

con el ojo avisor de un avaro. Quizá los demás vaqueros se rieran de él cuando le costaba domar a los *mustangs* más agresivos y terminaba volando por los aires y aterrizando con la boca llena de tierra, pero siempre se desempolvaba y se estiraba el chaleco con un gesto rápido y confiado. Escupía la tierra y se volvía a poner el sombrero con la frente en alto. Que se rieran. Él era al que los rancheros ricos le pagaban con creces por sus servicios, por lazar y castrar a los *longhorns* más peligrosos.

“Tú siempre igual”. Y sí. Porque así fue la suerte. Nada que valiera la pena llegaba fácil; nada de valor les llegaba regalado a los hombres de polvo y sudor.

Néstor quería cosas. Quería tierra, pero nadie otorgaba tierras a los hombres como él, vaqueros hijos de vaqueros, cuyos bisabuelos habían llegado al norte desde Tlaxcala y Puebla, atraídos por las promesas de los peninsulares de que ahí encontrarían trabajo, caballos y dignidad. No. Hacía cien años, la Corona española les había dado unos papeles con florituras de tinta a los hombres de sangre noble, concesiones de tierra en el norte de la Nueva España, salvaje y azotado por el viento. Aquellos hidalgos mimados seguían siendo los dueños de la tierra, esos consentidos que rara vez sudaban, que contrataban sirvientes para que les construyeran casas de piedra y comían en vajilla de plata mientras sus peones vivían en jacales oscuros. Sus descendientes malcriados eran quienes recogían la cosecha que les había caído del cielo nomás por sus apellidos.

Pero ¿él?

Si él quería un día descansar en el patio de una casa mayor de su propiedad, tenía que ganárselo. Era fácil trabajar duro cuando sabía lo que quería.

Había tenido mucho tiempo para imaginar todo eso durante los últimos nueve años, en los largos y lentos trayectos arreando ganado, mientras montaba guardia durante las siestas acaloradas y saturadas de grillos de camino a San Antonio. Una casa de áspera piedra de sillar extraída de su propia cantera. Sus tierras refulgiendo doradas al amanecer. Corrales de caballos con su marca personal. El intrincado grabado de su brida de plata, propio de un ranchero poderoso, frío contra sus dedos mientras se la ponía a Luna por encima de las orejas aterciopeladas.

Esa era la parte fácil. Si le decía a Beto que para eso estaba ahorrando —para una porción de tierra con un manantial y una cantera—, lo entendería.

También podría sugerirle que se casara con Celeste por sus tierras. Eso le daba una picazón de incomodidad, sobre todo porque la viuda era de una clase tan superior a la suya que incluso sugerirlo era una burla velada.

También le incomodaba que lo que Beto le sugería fuera *casarse*.

Una casa vacía estaba incompleta. Era un cascarón. Necesitaba una familia para llenarla de ruido, comida y recuerdos. Néstor ya tenía una familia, si alguna vez se armaba del valor suficiente para hablarle de nuevo, pero ¿y los hijos?

¿Y su mujer?

Cuando se sentía lo bastante valiente o borracho para soñar con eso, solo veía blanco. Un muro desnudo. El susurro de la seda en crinolina, el eco de una voz, pero no una cara. La sensación de saber que había alguien junto a él. De girarse solo para ver que el sueño se quebraba, que estaba solo, dolorosamente solo.

Cuando era un chamaco, sabía exactamente quién estaría junto a él en el patio de su casa de ensueño. Conocía su andar ligero y el susurro de su falda como si fueran el latido de su propio corazón, el peso y la textura sedosa de sus trenzas entre sus dedos.

Sin embargo, ese chamaco había muerto hacía mucho, junto con otras muchas cosas preciadas.

La última vez que había hecho la cuenta, casi había ahorrado lo suficiente para comprarse una pequeña porción, algo de ganado y unos cuantos caballos. Era más de lo que la mayoría de los vaqueros —atados a los ranchos y eternamente endeudados con sus patrones— podía soñar. Era hora de empezar. Sin embargo, él era polvo aferrándose al viento, demasiado asustado para tocar tierra, demasiado asustado para volver al suelo. Era capaz de soñar con una casa, pero el siguiente paso lo paralizaba.

“Tú siempre igual”.

Y sí, porque sin trabajo y sin un objetivo distante, no sabía para qué más quería vivir.



NENA

Marzo de 1846

RANCHO LOS OJUELOS

ZARCILLOS HÚMEDOS DE bruma le rozaban las faldas a Nena mientras cruzaba el rancho central, con su morral de curandera marcando un ritmo urgente contra su cadera. Caminó por el pasto, frío por el rocío, hacia el jacal del vaquero Ignacio, casi sin aliento por la prisa.

El día anterior, las manos de la abuela tronaban y se engarrotaban a causa de la humedad. La promesa de tormenta le entiesaba las articulaciones; sus movimientos se aletargaban más que de costumbre a causa del dolor. Nena le puso compresas calientes en las manos y le prometió que sería ella quien trataría cualquier mal que afectara a la gente del rancho —Dios no lo quisiera— mientras ella descansaba.

Así que cuando por la madrugada un joven vaquero golpeó la puerta de la casa mayor en busca de una curandera, Nena se levantó y agarró la primera prenda que encontró en su cuarto. Al salir de la casa, se aseguró de cruzar miradas con su papá y saludarlo con la cabeza. Aunque tuviera una expresión nublada por haber despertado tan de golpe, Nena esperaba que reconociera lo importante que era su labor: su presencia era crucial para la fortaleza del rancho. Necesaria. Sobre todo tomando en cuenta que la abuela se estaba haciendo vieja.

El rancho era una bestia viva con muchos miembros; últimamente eso le preocupaba. Lo sentía cansado, extenuado, con su fortaleza menguada por la enfermedad en el peor momento posible. No se podían permitir mostrarse débiles cuando tenían anglos respirándoles en la nuca. Así que Nena lo cuidaría con todas las técnicas que conocía, y no descansaría hasta que se recuperara.

Llegó a la cerca alta que resguardaba los órganos más preciados del rancho como un gran costillar de madera y franqueó la puerta, dejando que se cerrara sola con un rechinado.

El metal tronó contra el metal; el pestillo del portón chasqueó al acomodarse con un tono definitivo.

En el resto del rancho, la quietud reinaba junto con la bruma.

Deberían oírse los grillos. A esa hora, debería oírse el trinar de los pájaros.

Todo parecía en su lugar horas antes del alba en aquella madrugada de marzo. Todo olía como de costumbre.

Sin embargo, por alguna razón, Nena sentía como si estuviera suspendida en un remanso de silencio entre el rancho central y los jacales, un silencio que solo rompía el susurro de sus enaguas sobre el pasto frío y húmedo. El suave crujir de las suelas de sus botas, por momentos vacilantes, sobre la tierra.

Su respiración.

Cuanto más lo notaba, más rasposa se tornaba su respiración. Más fuerte parecía sonar, más lejos parecía llegar su ruido entre la bruma. Más rápido encadenaba un aliento con el siguiente.

Se asomó por encima del hombro.

Detrás suyo, la neblina se retorció entre ella y la verja del rancho central. A su izquierda, un mar de bruma ocultaba la silueta oscura de los robles en el camino a los manantiales.

De pronto un anhelo se encendió en su pecho, la urgente necesidad de tener una antorcha.

Eso era raro en ella, que se escabullía feliz a su huerto a la hora en que se metía la luna, para estar sola bajo las estrellas.

Era raro que sintiera que algo la observaba.

En la línea umbría de los árboles se removió una sombra.

Nena dio un respingo y sus botas arañaron la tierra. Casi se tropieza al recobrar el rumbo. Su corazón, desatado, partió a galope. Un hormigueo caliente y ansioso se le extendió por encima de la clavícula, justo arriba de la cicatriz.

Barrió los árboles con la mirada mientras se sobaba la piel arrugada del cuello. Apretó la cadena de su escapulario para tocar tierra. Seguro había sido un venado. Pero si así había sido, ¿dónde estaba?

No veía nada.

Y, sin embargo, no podía sacudirse aquella sensación, empalagosa y suave como patas de insecto, de que la estaban observando.

De que tenía que huir.

Pero no había nada.

Respiró hondo por la nariz y continuó hacia los jacales de los vaqueros a un paso veloz y decidido, sobándose la cicatriz para librarse del hormigueo. Ignoró las ñañas que le reptaban por la nuca. El mensajero que había llamado a la puerta de la casa mayor había dicho que Ignacio

sufría de susto. Era crucial apurarse. No era momento de dejar que la bruma jugara con ella.

Los techos inclinados de los jacales se dibujaron entre la niebla conforme se acercaba a la casa de Ignacio. Dormitaban como perros acurrucados en torno al fuego, pero no por mucho tiempo. En un ratito, antes del amanecer, los vaqueros, pastores y peones se levantarían para la jornada. El rancho se retorcería y estiraría, bostezando y levantándose para olisquear la noticia: ¿acaso la joven curandera había logrado salvar a Ignacio?

No obstante, de momento, la única señal de vida estaba en el patio del jacal de Ignacio. Su esposa, Elena, traía el pelo oscuro en trenzas deshechas por la almohada. Cuanto más se acercaba Nena a la casa, más evidente eran la preocupación y la pena en la cara de Elena.

Nena le llevaba dos años a Elena. Se conocían de toda la vida; en Nochebuena habían oído los cuentos de fantasmas de la abuela junto al fuego, habían alimentado a las gallinas todas las mañanas hasta que tuvieron la edad y la fuerza necesarias para ayudar a acarrear agua desde los manantiales a la casa. Hacía poco que Elena se había casado y, a juzgar por sus peticiones recientes y persistentes de jengibre para combatir las náuseas, estaba encinta. La preocupación pesaba en la suave curva de sus hombros mientras se asomaba detrás de Nena.

—¿Y la abuela? —preguntó con la voz aguda y tensa por la angustia.

—Está mala —contestó Nena. Hizo un gesto con la cabeza hacia la niebla—. Es la humedad. Se va a poner buena cuando pase la lluvia, pero por ahora...

A Elena se le nubló el semblante. Nena conocía bien esa expresión: era un destello de duda sobre sus capacidades. La golpeó como una piedra lanzada contra su hombro, pero se sacudió la herida. Sin importar en qué estado se encontrara Ignacio, tenía que curarlo. No había de otra. De lo contrario, Elena nunca confiaría en sus habilidades de curandera. Ni nadie más.

—Pasa —dijo Elena y se giró hacia la puerta.

Nena se asomó por encima de su hombro una vez más, hacia la bruma y la silueta oscura de los árboles, y luego siguió a Elena al interior del jacal.

A sus espaldas, algo se removió en la neblina. Una sombra oscura, fluida como un espíritu, pasó de un árbol a otro.

EL JACAL ERA de una sola pieza, alumbrada por velas y delgados haces de luz que caían de la única ventana elevada y entraban por la puerta. El mobiliario humilde y escaso revelaba cuán reciente era la vida en común de sus ocupantes. Elena e Ignacio se habían casado hacía menos de un año y terminado su jacal poco después; una hazaña de velocidad y fuerza de la que solo un vaquero como él era capaz. Era alto, rápido y de mirada inteligente. Nena solo conocía a una persona que igualaba su precisión con la reata y su habilidad para domar mesteños.

Alejó ese pensamiento de su mente antes de reunir el coraje para cuajarlo en palabras. Era un reflejo antiguo, un hábito formado con disciplina. Y era necesario, pues el estado en el que se encontraba Ignacio exigía toda su atención.

El vaquero yacía en un catre al fondo del jacal, medio cubierto con una cobija. Nena cruzó la pieza y se arrodilló a su lado, con Elena haciéndole sombra a la izquierda.

Ignacio tenía el rostro pálido, flojo. Su espíritu no animaba sus líneas de expresión. Su aliento no elevaba su pecho desnudo.

O, al menos, eso parecía a primera vista.

Sí, sin duda era susto. Madre santa, ¿por qué la abuela tenía que haberse puesto mala justo ese día? Ella era la única que había curado a un hombre de susto. Nena lo había visto.

—¿Hace cuánto fue? —preguntó, manteniendo la voz clara para esconder el pánico. Se quitó el morral del hombro con un gesto y se inclinó al frente para presionar la oreja contra el pecho de Ignacio. El sudor le hedía a miedo y a enfermedad; tenía la piel fría.

—A lo mejor media hora— sugirió Elena—. Ahí fue cuando su hermano lo trajo pa' acá y corrió a pedir ayuda.

Nena intentó oír el pulso. Esperó. Cerró los ojos y esperó en la oscuridad, en el silencio que solo rompía la respiración entrecortada de Elena.

Ahí, apenas, sintió un suave latido.

Exhaló de alivio.

—Está vivo.

Ya lo sospechaba, esa era toda su esperanza, pero oír su pulso le apuntaló la endeble confianza.

Elena soltó un sollozo suave. Al erguirse, Nena vio que se retorció las manos sobre el regazo. Estiró una de sus manos para tocar las suyas y se esforzó por canalizar energía tranquilizadora hacia su amiga.

—Todo va a estar bien —dijo suavemente—. Ya sé qué hacer. Ya lo he visto antes.

Al menos no estaba mintiendo.

Metió la mano en el morral, rebuscó en su interior y acomodó su contenido en el piso, a su derecha. Sentía el peso de la mirada de Elena en sus manos mientras sacaba un manojo de romero para limpias y un saquito de hierbas de té.

La abuela no sabía qué causaba esos incidentes de susto, pero le había enseñado qué hacer al respecto.

Nena tomó el manojo de romero. Mientras su mano rodeaba las hierbas secas, pensó en cómo había hundido los dedos en la tierra mientras las sembraba en su huerto detrás de la casa mayor. En cómo las había visto crecer. En la abuela a su lado mientras las cosechaba una mañana, en su fragancia purificadora elevándose cuando restregaba las hojas contra sus palmas al cortar los tallos con un cuchillito.

Esas mismas hierbas eran las que tenía listas en manojo. Respiró hondo por la nariz para calmarse y le pasó el romero a Ignacio para hacerle una limpia. De la cabeza a los pies y por las extremidades.

Si cerraba los ojos, si bloqueaba los agudos picos de la aprensión de Elena, podía sentir los contornos del aura de Ignacio. Estaba débil, porosa. Herida de una manera que había llegado a reconocer gracias a las lecciones de la abuela. Concentró su limpia en el pecho, donde tenía el aura más oscura, más herida.

Los casos de susto que habían ocurrido entre los jóvenes del rancho —incluso entre los aparentemente inmunes, como Ignacio— se parecían. Todos habían sufrido una impresión violenta que dejaba una herida grave en su aura, que separaba su alma del cuerpo. La abuela había llamado tres almas de vuelta; no había logrado recobrar dos de ellas. Esas tumbas seguían frescas detrás de la capilla. Nena las veía todos los días.

—Regresa, Ignacio.

“Regresa, por favor”.

Cerró los ojos y pensó en dirigir su energía hacia él para ayudar a sanar el boquete en su aura, para curar sus heridas, para fortalecerlo mientras llamaba de nuevo a su alma. Llamó. Invocó.

No pasó nada.

El pánico se le agolpó en la garganta.

“Regresa”, ordenó, con las manos tan tensas alrededor del romero que el aroma de las hojas aplastadas se elevó hasta su nariz. No, la abuela decía que tenía que estar relajada para llamar de vuelta a una víctima de susto. Respiró hondo y se volvió a concentrar. “Ya es seguro. Te estamos esperando”.

—Regresa, Juan Ignacio Rubio Espinosa —dijo. “Los Ojuelos te necesita. Elena te necesita. Regresa, estáte entero”—. Regresa.

Elena soltó un grito ahogado; Nena abrió los ojos de golpe, sorprendida.

El pecho de Ignacio subía y bajaba, primero suave, y luego con más vigor. Tosió y abrió los ojos.

A Nena se le atoró un sollozo en la garganta. Se quitó del paso para que Elena se inclinara sobre Ignacio.

Lo había logrado. El alivio bañó sus hombros como una brisa fresca. Hizo la señal de la cruz y envió una plegaria a quien quiera que la estuviera escuchando: Dios, la Virgen, cualquier santo misterioso que le hubiera prestado la energía para llamar de vuelta a Ignacio.

—¡Querido! —exclamó Elena con la voz entrecortada—. Dios mío, creí que te me habías muerto.

Ignacio suavizó las comisuras de la boca mientras Elena armaba escándalo. La volteó a ver y, con una voz semihundida en el sueño, le preguntó qué diablos le pasaba.

Nena apartó la mirada. Para concederles intimidad, pensó. No porque algo en su corazón se retorciera ante tal expresión de afecto. Ella era fuerte. Carraspeó y devolvió el romero a su morral.

Ignacio estiró la mano derecha para acariciarle la cara a Elena. El gesto le llamó la atención a

Nena, pero sobre todo por el fulgor de una herida en su axila.

Se dispuso a examinarla.

Rezumaba sangre.

—¿Cuándo te pasó esto? ¿Cómo?

Elena e Ignacio voltearon a verla sorprendidos, como si acabaran de recordar que estaba ahí.

—¿Qué? —la confusión le nubló la mirada a Ignacio. El agotamiento le pesaba como rebozo empapado.

—Estás sangrando.

Vació de inmediato su morral en busca de las tiras de tela que siempre cargaba para usar como vendas. Era una estúpida. Había estado tan asustada por no lograr curarle el susto, que había ignorado la herida por completo. ¿Y si se hubiera regresado a la casa mayor y permitido que se le infectara la herida?

¿Cómo podría decirle a su papá que tenía que quedarse en el rancho como reemplazo de la abuela si no tenía cuidado? Era arrogante y estúpida. Tenía que ser más diligente. Tenía que trabajar más duro.

Analizó con cuidado la herida mientras la limpiaba. No parecía estar infectada. Era una herida extraña: era como si lo hubiera mordido una víbora, si las víboras tuvieran seis colmillos. Y si esos colmillos fueran varias veces más anchos que los de una víbora.

Muy raro. Se lo contaría a la abuela en cuanto pudiera. Ignacio estaba demasiado exhausto para preguntarle por la herida. Le gustara o no, su origen seguiría siendo un misterio de momento.

Cuando hubo limpiado y vendado la herida, Nena le dio a Elena unas hierbas con instrucciones para prepararle un té fortificante. Era posible que tardara mucho en reponerse: los vaqueros que sufrían esos ataques de susto podían padecer debilidad, sensibilidad a la luz del sol y agotamiento. La abuela aún no lograba determinar un periodo preciso para su restitución total.

—Muchísimas gracias —dijo Elena cuando salieron al patio—. Nunca debí dudar de ti.

Mientras se despedían, Nena mantuvo su sonrisa falsa fija en su sitio.

Algo evitaba que la gente del rancho confiara en ella como confiaba en la abuela. No parecía importar cuánto estudiara sus técnicas, ni cuán temprano se despertara para ayudar a las madres jóvenes a atender a sus bebés con cólicos, ni cuántos huesos rotos acomodara con éxito.

La abuela tenía sus teorías. Una tarde, mientras colgaban la ropa, la había picado suavemente con el dedo en el brazo.

—Es tu aura —le dijo—. Está herida.

Nena la miró sorprendida, con el orgullo herido.

—La gente no la puede ver como yo —continuó la abuela. Tenía la voz tierna, casi llena de lástima—. Yo sé a qué se debe esa herida. Tú también. Tienes que encontrar la manera de sanarla o nunca podrás tener una vida plena. ¿No sientes cómo te limita? Los enfermos, sí. Por eso

dudan.

Nena sabía que eran tonterías. La razón por la cual la gente aún no confiaba en ella por completo era porque era joven. Lo único que los hacía vacilar era su falta de trenzas blancas y la dignidad que invariablemente acompañaba a alguien de la edad de la abuela.

No tenía experiencia. Eso era todo. Cada mañana, cuando se despertaba antes del alba para cruzar el rancho y demostrar sus habilidades, era un paso más para demostrar que podían confiar en ella. Incluso las mañanas como esa, en la que se alejó del patio de Elena e Ignacio con una soledad familiar y lastimera por debajo del corazón.

La bruma había cedido. No tardaría en desaparecer por completo. Los límites orientales del rancho, por encima de los tejados de los jacales y de la casa mayor, se iluminaron con la promesa del amanecer. Los grillos canturreaban una melodía constante. El aire se llenaba del trinar de los pájaros al despertar; el canto claro y audaz de un gallo se elevaba desde un gallinero.

Y entonces, ¿por qué se le ponía la piel chinita al acercarse al pasador que cerraba el portón? ¿Qué atraía sus ojos hacia la línea de árboles a sus espaldas?

No era nada. No podía ser nada.

Nena sacudió con fuerza los hombros y franqueó el umbral.

Pero de todos modos agradeció el chasquido de la puerta a sus espaldas.



NENA

AL TERMINAR LA mañana, Nena estaba bordando en el patio de la casa mayor. En su mente, las puntadas se desdibujaban y eran sustituidas por la herida en el brazo de Ignacio. No se parecía a la mordida de ningún animal que hubiera visto. ¿Cómo se vería cuando sanara? ¿Formaría una cicatriz?

Se llevó la mano a su propia herida sin pensarlo. Sus vestidos tenían el cuello demasiado alto, fuera de moda. Cada vez que heredaba algo de su mamá o de una de sus tías, su mamá se aseguraba de que lo alteraran para cubrir la cicatriz que le fruncía la piel por encima de la clavícula.

Parte de ella insistía en que no era el mismo tipo de lesión que la de Ignacio. Que no podía ser. Pero lo era.

La noche en que recibió aquella cicatriz, se había internado en las tinieblas, ansiosa por sentir la compañía de Néstor, decidida a encontrar plata española para proteger al rancho de los anglos, y luego... había despertado en la cama, con el sol amarillento anunciando el mediodía por la ventana y la garganta seca. La abuela estaba a su lado, tomándole la mano, susurrando su nombre completo como si fuera un conjuro. Su mamá estaba justo detrás de ella, con el rostro contrito y los dedos trastabillando entre las cuentas de coral de su rosario.

Todo lo que había en medio era un pozo de tinieblas.

Su mamá nunca hablaba de aquella noche. Sí, había vigilado a Nena con severidad durante las siguientes semanas, mientras recobraba sus fuerzas. Y sí, también se preocupaba por alterar el cuello de los vestidos, diciendo que tal modestia era atractiva, que así se ganaría la simpatía de sus futuros pretendientes.

La abuela tampoco hablaba al respecto. Siguió de cerca su recuperación y le preguntó un par de veces qué había ocurrido, pero sin insistir. Pasaron meses. Los años ocultaron aquella noche, la enterraron definitivamente.

De las muchas máximas tácitas que regían la vida en el rancho, una de las más importantes era

que si ocurría una tragedia y salías indemne, era de mala suerte hablar al respecto. Incluso si salías con raspones y moretones, simplemente no era prudente mencionarlo. Habías sobrevivido y eso era lo más importante. No ganabas nada rumiando el pasado.

Sin embargo, Nena rumiaba.

Esa noche no había estado sola. Había habido alguien más. Él sabía lo que había pasado.

Pero se había ido hacía mucho.

Nena ahuyentó aquel pensamiento con el doble de fuerza de la acostumbrada.

Las puntadas le habían quedado chuecas debido a su distracción. Genial. Ahora tendría que deshacerlas concienzudamente.

—Entonces la bruja se quitó la piel y la dejó en un montoncito en el patio —le llegó la voz de la abuela desde el otro extremo del porche, donde estaba sentada en una espaciosa mecedora junto a las matas de jazmín y de oreja de ratón que cultivaba en el lado sombreado de la casa. Aunque había dicho que aún le dolían las manos, seguía siendo capaz de cuidar a los muchos niños del rancho. Formaban un círculo —los primitos de Nena y la prole de los vaqueros—, dispuestos alrededor de los pies de la abuela como suplicantes en un santuario. Todos tenían los ojos fijos en ella, abiertos y sedientos como lunas, mientras hablaba—. ¡Solo quedó el esqueleto!

Nena se concentró en volver a enhebrar el hilo. Sabía exactamente qué ademanes histriónicos estaba haciendo la abuela en aquel instante, con sus manos enjutas bien abiertas y las cejas pelonas alzadas casi hasta la cabellera.

—Su esposo estaba aterrado y temblaba en su escondite mientras ella alzaba el vuelo y se perdía en la oscuridad. Cuando se fue, el pobre tomó sal de la cocina y la esparció sobre los pellejos que habían quedado tirados en el piso. ¡La piel crepitó y se retorció!

El grupo de niños dio un grito ahogado al unísono. Una sonrisa le torció la comisura de la boca a Nena. Incluso a su edad, le costaba trabajo no recordar cuando estaba a los pies de la abuela, oyendo los mismos cuentos con el hombro de Néstor recargado contra el suyo. Él siempre juraba que no le daba miedo, y ella siempre sabía que era mentira. El recuerdo la recorrió con el dolor de un moretón viejo y familiar, antes de quedar engullido por la conmoción, las voces y los olores de las mujeres que trajinaban en la cocina.

—¡Se empezó a marchitar! —continuó la abuela—. Y luego, cuando volvió la calaca...

—Ven acá, Javiera. —La voz de su mamá se traslapó con la de la abuela mientras sacaba a la hermana menor de Nena a la mesa del patio, con los brazos rebosantes de remiendos—. Si tienes dudas, le preguntas a tu hermana.

Javiera se acomodó en la banca junto a Nena, lanzando una mirada torva a la pila de ropa frente a ella. La reticencia resignada era su respuesta habitual cada que le hacían encargos. A sus catorce, era la bebé de la familia, y la habían dejado jugar con los niños del rancho y con Pollo, su perro enano y amarillo, varios años más que a Nena y a sus primas. Los rasquidos familiares de las garras del animalito en el porche de tipichil anunciaron su presencia; no tardaría en

acurrucarse bajo la mesa, a los pies de Javiera.

—Nena —comenzó su mamá.

—No te preocupes, mamá, yo me encargo.

Dejó sus cosas en la mesa y eligió una prenda de la pila: una de las camisas de Félix, desgarrada en la costura de un brazo por lanzar la reata. Sería un arreglo fácil.

—Empieza con esta —le dijo a Javiera.

Javiera recibió la camisa con los ojos negros llenos de pesar.

—No es eso —dijo su mamá—. ¿Podrías peinar tu cabello? ¿En menos de una hora? Parece como si te hubieras caído de un caballo.

La aguja de Nena flotó sobre la siguiente puntada mientras se le volcaba el estómago por la desagradable y sombría sorpresa.

—¿Por qué? —preguntó seca. Era más una declaración que una pregunta. Ya sabía por qué.

—Te acuerdas de don Felipe, el hijo de don Hortensio —comenzó su mamá—. Lo conociste en Nochebuena. El guapo de la alazana.

Nena acometió la siguiente puntada. Don Hortensio era el patriarca del Rancho Las Palmas, situado al noroeste de Los Ojuelos, en los meandros del río Bravo. Quizá “rancho” no fuera la palabra apropiada para las exuberantes hectáreas otorgadas a esa familia mediante una concesión real casi cien años atrás: era lo bastante grande para ser considerado una hacienda, con miles de cabezas de ganado y vaqueros de sobra. Don Hortensio era exactamente el tipo de persona con el que su papá le gustaría aliarse.

—Claro que me acuerdo —contestó Nena—. Una yegua preciosa. Bien proporcionada. De cara inteligente. ¿Por qué, está en venta?

Su mamá soltó un largo suspiro, de los que exhalaba cuando quería que todos los presentes supieran exactamente cuánto sufría.

A sus veintidós, Nena no era una solterona. Apenas dos años atrás, sus padres habían comenzado a pedirle que tomara en consideración al hijo de tal o cual ranchero, y ahí estaba ahora, oyendo por enésima vez que debía arreglarse para un desconocido. Desde que tuvo edad para sangrar, se había convertido en algo que tenían que enviar lejos. Algo que mercar como carne o sal a cambio de una relación poderosa, de más ganado o tierra o vaqueros.

Todas las mañanas se levantaba temprano para hablar con los peones de su papá, para calmar a sus bebés con cólicos, pancitas descompuestas, dolor de cabeza y demás males. Seguía a la abuela como sombra en sus visitas a las embarazadas y proveía otro par de manos ensangrentadas en los partos. Corregía hombros dislocados y aplicaba emplastos a las lesiones causadas por toros o bestias en el chaparral.

Entonces ¿por qué, después de tantos años, sus padres no lograban ver que ya era benéfica para el rancho? ¿Que era algo más que un medio para obtener un fin?

Nena puso su costura sobre la mesa con más fuerza de la necesaria. Javiera se sobresaltó.

—Enhebra tu hilo y empieza ya —le espetó Nena.

—¿Lo harías por mí? —le rogó su mamá—. Tu papá dice que...

—Sí, Mamá. Sí.

Todos en el rancho eran prisioneros del humor de su papá, sobre todo de su ira; no era justo castigar a su mamá por cumplir su voluntad. Por eso, Nena se cepillaría y trenzaría el cabello, encrespado por el calor de la mañana, y se lo recogería con prendedores para que no le cayera sobre la nuca. Se lavarían la tierra que manchaba sus mejillas y se le metía en la nariz cada que trabajaba en el huerto. Se transformaría en la hija rica de rancho que se suponía que debía ser al conocer a sus pretendientes: acomodada, ornamental, obediente.

Todo el asunto hacía que quisiera arrancarse la piel como la bruja en el cuento de la abuela, tirar al suelo todo lo que la convertía en mujer para que lo salaran y lo arruinaran mientras ella se perdía volando en la noche, con sus huesos desnudos y fríos bajo las estrellas.

—Pero primero voy a revisar mi romero —dijo.

El rostro de su madre no dio señal de haber notado que Nena pretendía que aquella fuera una referencia a las hierbas que usaba para las limpias. Por supuesto que no se había dado cuenta. Estaba aliviada de que Nena obedeciera y conociera al tal don Felipe, el último miembro de una retahíla de hidalgos cabezas huecas que parloteaban de sementales, ganado, negocios y problemas con los tejanos sin que ella dijera ni pío.

—Me terminas eso antes de que regrese —le dijo a Javiera, señalando el remiendo que tenía en las manos.

—Sí, Nena.

Luego salió del porche hacia el mediodía refulgente de marzo.

Cuando se fuera el tal don Felipe, tendría que buscar a su hermano en el almuerzo para disuadir al pretendiente. Cualquier excusa que se inventara contra él —y siempre había muchas — bastaría si su papá la escuchaba en voz de un hombre.

Nena y Félix repetían exactamente la misma frase, pero sus padres solo lo escuchaban a él. Era un tipo amable, un diplomático siempre dispuesto a hacer lo mejor por el rancho, sin importar su verdadera opinión. Incluso cuando tuvo que casarse con una desconocida, lo hizo sin chistar. A fin de cuentas, le había dicho a Nena, ¿qué era casarse con una mujer si en realidad ya le había jurado su vida a Los Ojuelos?

Sus padres cedían ante su semblante tranquilo y su forma de hablar sin alzar nunca la voz, aunque fuera evidente que estaba defendiendo a Nena porque ella se lo había pedido. Pero ¿cuando ella intentaba defenderse sola? Podía gritar hasta quedarse afónica y era como si ni siquiera estuviera ahí.

El sol le azotó los hombros mientras se agachaba para examinar los largos ramos de romero que esa mañana había extendido sobre una tela. Su fragancia se elevó hasta ella y la tranquilizó. Lo único que necesitaba era que Félix hablara y todo volvería a ser como siempre.

Antaño, el matrimonio no le parecía una afrenta. En ese entonces, las ideas caprichosas y románticas sobre un habitante especial del rancho le urdían fantasías infantiles en la mente.

Era joven y estúpida, con sueños tan frágiles como la escarcha en otoño: en cuanto salió el sol, en cuanto llegó la realidad y esa persona se fue, se derritieron.

Ahuyentó la imagen de Néstor de su mente. Detestaba que los recuerdos se le cernieran como humo del fogón, aferrándose a su pelo y a su ropa. Que ver la ternura que se tenían Elena e Ignacio o los niños morenos amontonados hombro con hombro a los pies de la abuela le doliera como si le echaran limón en la herida.

Al erguirse tras examinar sus hierbas, una gota de sudor le recorrió la espalda. Mientras volteaba hacia la casa mayor, vio por el rabillo del ojo una conmoción proveniente de la cerca que rodeaba el rancho central.

El portón se abrió de golpe y un jinete irrumpió con gran escándalo, galopando hacia la casa mayor con la urgencia de un mensajero.

Incluso a primera vista, Nena supo que no era un mensajero cualquiera. Apresuró el paso hacia la casa mientras se cubría los ojos con la mano. Aguzó la vista para distinguir el sombrero ancho y limpio, la silla finamente grabada y la plata que refulgía bajo la espuma de sudor en la brida de la montura.

Ese no era un vaquero ni un peón, no era un mensajero común y corriente con noticias urgentes. El rancharo redujo su velocidad ante la casa mayor, se bajó de la silla y le pasó las riendas a uno de los niños que se levantaron de los pies de la abuela para asistirlo de inmediato con el caballo.

—¡Don Severo! —exclamó la mamá de Nena mientras salía de la cocina al aire libre—. ¡Pase, por favor, siéntese! ¿Qué es lo que le ocurre?

Algo andaba mal.

Don Severo, el vecino de los Serrano, era el dueño de la Hacienda del Sol, una propiedad que casi doblaba en tamaño a Los Ojuelos. Incluso con vaqueros en el chaparral durante el día, tenía decenas de peones para enviar a Los Ojuelos con un mensaje.

Nena se alzó las faldas y se echó a correr.

—Tenía que venir —dijo don Severo mientras se quitaba el sombrero fino y se enjugaba el sudor de la frente.

Con un solo gesto, su mamá corrió a Javiera del patio con todo y remiendos, y le pidió a Nena que llevara un tentempié de la cocina. Nena obedeció, pero mantuvo el oído atento al porche mientras sus primas la ayudaban a preparar una charola con agua fresca, fruta, café y panecillos para el invitado sorpresa.

—Tengo que hablar con don Feliciano de inmediato —dijo don Severo—. Es urgente.

—Ya ha de venir en camino —le aseguró doña Mercedes—. ¡Mire, ahí está!

Mientras cargaba la charola con los refrigerios, Nena volteó a ver a su papá y a Félix

caminando a trancos hacia la casa mayor desde el corral.

—¡Don Severo! —retumbó la voz de su papá por todo el patio unos pasos antes de que pusiera un pie en ella—. ¿Tiene cien hombres a su servicio y no pudo mandar un mensajero?

Nena llevó la charola a la mesa del porche y les sirvió a los hombres con expresión dócil e inocente. Movi6 las manos con parsimonia mientras servía el agua fresca y entregaba los vasos, retrasándose a propósito para oír la noticia.

—Son los yanquis —dijo don Severo.

Nena se detuvo antes de poner la jarra de vuelta en la charola, con la aprensión hormigueándole en el pecho. Las noticias de los yanquis nunca eran buenas. ¿Y noticias que hubieran empujado a un ranchero a ir corriendo a hablar con su papá en vez de enviar a un mensajero? Tenían que ser urgentes. Hasta podrían ser peligrosas. No podía regresar a la cocina hasta enterarse de lo que pasaba.

—Andan diciendo que todo lo que hay entre el Nueces y el Bravo es suyo —añadió don Severo.

Papá soltó un bufido burlón y descartó la idea con un gesto de la mano.

—¡Que digan lo que quieran! —dijo.

—No son solo palabras. Ya tomaron Puerto Isabel. —Don Severo se inclinó hacia el frente, con los ojos desorbitados, y golpeó la mesa con la mano para hacer énfasis. Nena se sobresaltó. La cara del ranchero seguía sonrojada y sudorosa por la cabalgata hacia Los Ojuelos, lo que le daba un aspecto desesperado—. Están construyendo un puente para cruzar el río frente a Matamoros. Los vaqueros de don Hortensio lo vieron con sus propios ojos, te lo juro. Ya hay miles de soldados y cada día llegan más. Quieren tomar la tierra por la fuerza.

El silencio cundió en la mesa. Ni siquiera don Feliciano habló. Lo único que Nena alcanzaba a oír era el crepitar del fogón y el relinchar lejano de un caballo. Era como si hasta las gallinas y los grillos se hubieran callado.

Sonó la campana de la capilla. Faltaba una hora para el mediodía. Un grupo de niños se desparramó desde el interior del edificio como cada mañana, libres ya de sus clases. Sus risas resonaban huecas y metálicas al llegar hasta Nena, como llevadas por un viento lejano. En su mente vio a un chico moreno y espigado corriendo entre ellos, con el pelo negro hasta los ojos y unos pantalones demasiado grandes, heredados de su primo, hechos bola en la cintura, donde se los había amarrado.

“Sigo soñando con ese día, Nena”, le había susurrado Néstor alguna vez, hacía muchos años. “Me despierto seguro de que ya vienen”.

Toda su vida, los yanquis habían sobrevolado en círculos, como buitres. Primero, habían arrancado trozos de los bordes de su mundo. Néstor y su familia habían huido de San Antonio, cargando consigo historias espantosas. Luego llegó la noticia de que los anglos habían declarado a Tejas independiente de México, un país propio. Luego se habían vuelto parte de Estados

Unidos y ya tenían los ojos puestos en el sur.... ¿Intentarían clavar sus garras en Los Ojuelos?

Tomó la charola, agarrándola tan fuerte que supo que la madera le dejaría marcas pálidas en las palmas. Nunca olvidaría a los tipos que, hacía mucho tiempo, habían ido a hablar con su papá en mal español, preguntando por tierras en venta. Lo sospechosos que se veían sus ojos pálidos. La poca confianza que inspiraban. El odio se estiró y se hinchó bajo su piel, le sonrojó las mejillas con su calor.

Ese era su hogar.

Conocía todos y cada uno de los árboles que se erguían entre la casa mayor y el manantial: los robles, las anacahuítas, los laureles. Sabía cuáles crecían junto a las tumbas de sus abuelos y de sus hermanitos, y cuáles protegían las secundinas cuidadosamente enterradas de sus hermanos y primas.

Odiaba la idea de que su hogar pudiera ser comprado y pagado. No podían quitárselo, de la misma forma en que no podían sacarle los huesos del cuerpo. Tendrían que matarla antes de que les permitiera acercarse a la casa mayor.

Una revelación fría surgió en su mente.

Quizá lo harían.

“Yo no vi cuando le dispararon”, le dijo Néstor la tarde en que le contó cómo había muerto su padre. Estaban sentados a la sombra, lejos de la casa mayor, cuidando el rebaño. Néstor estaba acostado con la cabeza recargada en su regazo, viendo al cielo. Las ramas y las nubes se reflejaban en sus ojos, en írises tan oscuros y líquidos que eran casi negros. El peso de su cabeza le aplastaba los muslos contra la tierra; toda su calidez estaba ahí, pero nunca lo había visto tan distante. Hacía que quisiera encontrar por dónde vagaba su mente y traerla de vuelta, arrullarla en sus brazos. “Pero lo vi en el corral. ¿Ves cómo se ven los cochinos cuando los destazan? La gente también sangra así”.

La ira se agolpó en su pecho como tormenta de octubre: viento similar al restallido de un látigo, con la promesa de truenos.

—Pero esta tierra es nuestra —escupió—. No nos la pueden quitar. ¡Aquí vivimos!

Don Severo parecía sobresaltado de verla ahí, aunque llevara sirviéndole de comer y de beber desde su llegada.

—Así es, señorita —asintió.

De reojo, Nena atisbó el borde de una mirada fulminante de su papá.

—Basta ya, Magdalena —dijo—. Déjanos solos. —La estaba echando con un tono hiriente. Si lo ignoraba, se arriesgaba a atizar su mal genio, y nada bueno podía salir de ahí.

Su exabrupto había sido inapropiado; no debía estar escuchando la conversación de los hombres; mucho menos interrumpirla. Su mamá se mortificaría pues su padre había tenido que alzarle la voz en presencia de un invitado.

Por una vez en su vida, descubrió que no le importaba. ¿Cómo podía no haber reaccionado

así? Se retiró a la cocina mientras su papá disparaba una pregunta tras otra a don Severo. En vez de poner la charola en su lugar, la estrelló contra la mesa con un potente estrépito que sobresaltó a las tías y la hizo merecedora de un regaño.

“Quieren tomar la tierra por la fuerza”.

A través del humo lento del fogón, el rancho se movía como si hubiera un incendio forestal. Corcoveaba y se arrastraba con la noticia, como si un millar de hormigas salieran al mismo tiempo de su hormiguero, agitadas por el palo de un niño cruel.

Durante años, los zopilotes los habían sobrevolado en círculos, sostenidos por una corriente cálida.

Sin embargo, ya estaban tan cerca que alcanzaba a oír el susurro de sus plumas, el chasquear de sus garras. Tan cerca que sentía su aliento fétido en la nuca.

—¿Nena? —La voz de Javiera se abrió paso entre el zumbido agitado en su corazón. Aún tenía los remiendos apretados contra su pecho. Se había quedado paralizada en la cocina desde que don Severo llegara con la noticia, con los ojos desorbitados como cervatillo—. ¿Nena, estamos en peligro?

—No. —Le quitó los remiendos y le plantó un beso firme en la cabeza. No estaba segura de decir la verdad, pero las brasas que ardían en su pecho le sacaron las palabras por la boca de cualquier modo—. No mientras luchemos.

DOS TARDES DESPUÉS, don Severo volvió al Rancho Los Ojuelos a la hora de la merienda. No llegó solo. Lo acompañaba un grupo de seis rancheros, cuyas bridas y espuelas refulgían a la luz del ocaso mientras desmontaban y se reunían con don Feliciano en el porche.

Nena y su mamá les sirvieron pan dulce y café. Extrañamente, su mamá no regañó a Nena cuando la descubrió espiando a los hombres desde la cocina. Unos instantes después, se le unió, asomada justo por encima de su hombro, también concentrada en los rancheros sentados a la mesa.

La conclusión de los hombres fue esta: cada uno reuniría tantos vaqueros como pudiera permitirse. Necesitaban a sus hombres más rápidos, resistentes y certeros. Su milicia sería una adición formidable a la caballería del gobierno.

—Siempre y cuando no perdamos más vaqueros por el susto —añadió don Severo, sombrío. Los rumores decían que Los Ojuelos no era el único rancho víctima del extraño mal. Había quienes aseguraban que incluso infectaba a partes del ejército mexicano apostado en las Villas del Norte—. Necesitamos a todos los hombres que podamos conseguir.

Se levantaron asintiendo en voz baja y se llevaron la conversación consigo mientras sus pasos los sacaban del porche.

La mención del susto fue como echar ocote en las brasas. Un plan se encendió en la cabeza de Nena. Era peligroso, era improbable y, con ayuda de Félix, podría funcionar.

Se asomó por la esquina de la cocina y vio a su hermano, el último de los hombres, ponerse el sombrero para avanzar hacia el corral.

—Félix —susurró—. Félix.

Pero él no la oyó. Ya estaba caminando a trancos tras los demás. Nena se recogió las faldas y corrió por el patio, ignorando el regaño entre dientes de su madre.

Corrió detrás de Félix, con las faldas sacudiéndose contra el pasto y las botas aplastando guijarros hasta alcanzarlos a él y a los demás.

Amaba su tierra con tanta rabia como todos ellos, desde el sol y el calor que le arrancaban sudor de la frente ahora que se detenía frente a su padre hasta la tierra bajo sus botas. Ella también podía defenderla.

Y esa era su oportunidad para probarlo.

—Papá —empezó con suavidad.

Él la fulminó con la mirada desde lo alto de su nariz.

—Regrésate a la casa. Te está llamando tu madre.

Y era cierto. Nena la ignoró.

—Papá, el escuadrón necesitará curanderas —dijo—. Con tantos hombres con susto, tienen que mantener sanos a los demás. Evitar que se enfermen. Acomodar huesos rotos y coser heridas. Impedir que las infecciones se vuelvan fiebre y maten a los pocos hombres que tengan.

—Magdalena, te dije que te regresaras a la casa.

Nena volteó hacia Félix, quien venía caminando detrás de su papá. Ignoró las miradas curiosas de los demás rancheros, algunos de los cuales la veían de manera torva por desobedecer tan abiertamente las órdenes terminantes de su padre.

“Ayúdame”, le suplicó sin palabras a su hermano.

—Casimiro Duarte nunca habría vuelto a caminar, mucho menos a montar a caballo, de no ser por Magdalena —dijo Félix lentamente.

—La guerra no es asunto de señoritas —espetó don Feliciano.

—Claro que es asunto mío —dijo Nena—. Este también es mi hogar.

—Su hija tiene razón —dijo una voz detrás de Nena.

Nena casi se cae al oír quién la apoyaba. Era don Antonio Canales, la voz (si la había identificado bien al espiarlos) del ranchero a quien se le había ocurrido la idea del escuadrón.

—Necesitamos toda la ayuda posible para evitar que estos vampiros se chupen nuestras tierras —añadió don Antonio—. Necesitamos que todos los hombres estén sanos.

—¿Vampiros? —bufó don Severo mientras se acercaban al corral sombreado donde estaban atados los caballos—. Ya suenas como Cheno Cortina.

—Mucha gente suena como Cortina últimamente —contestó don Antonio. Luego añadió hacia don Feliciano—. Necesitamos que todos los hombres estén sanos. ¿Sabe montar a caballo?

Nena se mordió la lengua y le lanzó una mirada a Félix. “Contesta”, le rogó.

—Tan rápido como cualquier vaquero —dijo Félix.

Don Feliciano miró a Nena de soslayo. Bajo la sombra del ala de su sombrero, Nena no logró descifrar su expresión.

Pedirle eso enfrente de todos los demás rancheros era una apuesta. Un albur. Era posible que ninguno de ellos le encontrara sentido a su idea, aunque Félix la apoyara. Era posible que avergonzara a su papá frente a los hombres que más apreciaba, lo que le granjearía su ira a puerta cerrada.

Quizá eso era lo que había sucedido. Quizá ya había sellado su suerte.

Pero don Antonio ya le estaba preguntando si sabía coser heridas de bala y curar mordidas de víbora, a lo que ella asentía con humildad fingida. La esperanza se desplegaba tímida y novata en su corazón, al ver que los halagos del otro ranchero empezaban a erosionar lentamente la seriedad de su padre.

Tenía que dejarla acompañarlos. Tenía que.

—La señorita Magdalena se nos unirá —anunció su papá.

Don Antonio le dio una palmada en el hombro.

—Es usted un buen hombre —dijo—. Ayudará mucho a nuestra causa.

A Nena le retumbaba el corazón en los oídos mientras veía a los rancheros ir hacia sus caballos y montarlos. El prospecto de un campo de batalla era una bruma distante en su mente.

Había ganado. Con ayuda de Félix, había convencido a don Antonio de su valía. Lo único que le quedaba por hacer era mostrarle a su padre de qué era capaz frente a todos sus pares.

Una mano cayó pesada sobre su hombro.

La mirada sin sonrisa en el rostro de su padre aplastó su creciente optimismo, lo congeló como una mariposa muerta por una helada temprana.

—Te concedo esto con una condición, hija —le dijo serio—. Cuando volvamos, te casas de inmediato. Ya le causaste suficiente pena y decepción a tu madre con tu tozudez. Si va a tener que soportar ver a su hija acompañarme a la guerra, la recompensarás cuando termine. ¿Te queda claro?

Nena tomó los dados en su mente, con mano sudorosa y firme mientras se preparaba para tirar su segunda apuesta de la mañana. Si su papá le permitía ir a Matamoros con el escuadrón, renunciaría a su vida en Los Ojuelos en cuanto regresaran.

A menos de que...

Durante su tiempo con el escuadrón, pudiera demostrarle a su padre que su valía era algo que no se podía intercambiar. Que era una parte tan vital del rancho como él. Que no se iría de ahí como él no se iría nunca, que le era más útil y valiosa en Los Ojuelos que entregada a una hacienda con más ganado que ellos.

Inhaló por la nariz para reunir fuerzas. No tenía otra opción en esa apuesta. Ya estaba jugando.

—Entendido, papá —dijo—. Te doy mi palabra.



NÉSTOR

Abril de 1846

LAREDO

CUANDO VOLVIERON A Laredo cinco semanas después, los vaqueros del Rancho Buenavista regresaron a la propiedad de su patrona. Néstor no los siguió. Aunque le gustara trabajar con el ganado del Buenavista y se hubiera quedado en el rancho antes, pasar por la casa de Celeste de camino a la oficina de correos le dejó una sensación extraña de vacío.

Si alguien le hubiera insistido, no habría logrado explicar por qué sintió eso ni por qué le nació el sentimiento. Tampoco si tenía algo que ver con la última mañana en que había despertado entre sus sábanas, sobresaltado de terror.

Néstor entró a la sombra del porche de la oficina de correos y se quitó el sombrero. El lugar estaba tan animado como si alguien hubiera pateado una colmena; los hombres de zapatos finos de la ciudad y los rancheros con espuelas de plata intercambiaban noticias sombrías sobre la caída de Puerto Isabel. Sus voces gruñían con la misma constancia que un rebaño en movimiento mientras guardaban su correspondencia.

Néstor bajó la cabeza por costumbre. Era muy consciente del polvo en sus chivarras y sus botas mientras avanzaba hacia la ventanilla para hablar con el encargado. Este lo reconoció y alzó un dedo para indicarle que esperara a que terminara de hablar con un ranchero impaciente.

Néstor se quedó en su sitio. Juguetó con un hilo suelto en el ala de su sombrero. Por lo que sabía, él era uno de los únicos vaqueros que entraban a ese lugar. La mayoría eran analfabetos. Entre ellos, las noticias corrían de boca en boca, de rancho en rancho; si alguna vez requerían una carta, estas iban de un ranchero a otro en nombre de los trabajadores.

Néstor escuchó la conversación del ranchero que lo precedía. Su riqueza era evidente, desde su saco de bordado fino hasta sus botas de charol. Estaba recogiendo unas cartas de Durango para uno de sus peones. Aunque hubieran pasado nueve años desde su salida del Rancho Los Ojuelos, Néstor no podía imaginarse al duro don Feliciano recogiendo cartas para sus peones. Como si el tipo fuera a tomarse esa molestia por alguien más, mucho menos por alguien que consideraba tan inferior.

A quien el tío de Néstor, Bernabé, le dictaba sus pocas cartas, era a don Félix. Desde que se había ido de Los Ojuelos, la culpa había empujado a Néstor a escribirle un par de veces al año a su familia. Enviaba las cartas desde Durango y desde El Paso del Norte. Una vez, incluso escribió desde Santa Fe. No envidiaba el trabajo que le daba a don Félix cuando tenía que decidir adónde mandar la respuesta de Bernabé. No era raro que optara por la ciudad más cercana a Los Ojuelos frecuentada por Néstor: Laredo.

Cuando por fin tuvo la carta en sus manos, Néstor se retiró a un rincón donde había largas tablas clavadas al muro para que la gente leyera su correspondencia y la contestara. La mayoría no lo hacía, así que estaba solo. De todos modos, encorvó los hombros para tener un poco más de privacidad al abrir la carta.

La fecha, escrita por la mano firme y segura de don Félix, era reciente; a lo mucho la carta habría llegado una semana atrás.

“Estimado señor Duarte”, comenzaba la carta.

Néstor frunció el ceño. Cuando dictaba, Bernabé siempre comenzaba con “mi hijo”. Sus ojos saltaron al final de la página, a la firma, donde confirmó sus sospechas: don Félix le había escrito directamente. Se removió en su sitio, un tanto consternado, y empezó a leer.

La carta consistía en unas pocas líneas y, a juzgar por un par de borrones, la había garabateado rápido:

Espero que se encuentre bien y rezo por que reciba esta carta rápido. Estoy seguro de que ha oído rumores de que el ejército norteamericano está cruzando Tejas hacia Matamoras. Yo lo he visto con mis propios ojos.

Un frío gélido le recorrió la espalda. Sonaron balazos en las sombras de sus recuerdos; un charco de sangre, violentamente brillante, debajo de la mano de su padre, inerte en el corral. Su mente lo arrancó de la oficina de correos para ponerlo en una silla de montar frente a la abuela, con el borrén clavado en la panza. El estruendo de las pezuñas y los gritos de Bernabé le llenaron el cráneo; el humo acre le ardía en los ojos mientras huían al sur, lejos del Rancho Dos Cruces y todo lo que conocía.

Mi padre se unió a otros rancheros de las Villas del Norte para apoyar en la defensa de Matamoros, formando un escuadrón de caballería auxiliar. Todas las familias del Rancho Los Ojuelos deben aportar todos los hombres que se puedan permitir. El señor Casimiro me pidió que le enviara esta solicitud: que regrese a Los Ojuelos para impedir que el señor Bernabé se una al escuadrón y vaya usted en su lugar.

Estoy seguro de que sus vínculos profesionales son amplios y que quizá ahora le deba su lealtad a otro rancho, pero mi solicitud de que vuelva y se una a nosotros es seria. Incite a todos los vaqueros que pueda a hacer lo mismo, ya sea para defender Los Ojuelos (donde se les pagará con creces su servicio) o para unirse al Escuadrón de Auxiliares de las Villas del Norte.

Vaya con Dios.

Sinceramente,
José Feliciano Serrano Segundo

Su pulso se aceleró, su postura reflejaba tensión. Volteó la hoja mientras buscaba su lápiz en el bolsillo de la camisa. Dio una palmada a su otro bolsillo en busca de su cuchillo. La respuesta empezó a formarse en su mente mientras le sacaba punta al lápiz. “Gracias por transmitir la noticia”, escribiría. “Por favor, informe al señor Casimiro que voy de camino”.

Puso el lápiz contra el papel y garabateo la fecha. “Estimado don Félix”, escribió. “Regresaré...”.

En ese momento, el garabateo de su lápiz se detuvo. El murmullo de los rancheros y los locales hablando a su alrededor, el chasquido de las botas y las espuelas... todo se esfumó.

“No, sostenlo así”.

Nena tenía la mano sobre la suya, su piel bronceada sobre la de él, morena, ambas pequeñas, ambas veteadas por la sombra de las anacahuítas. Sus dedos cálidos ajustaban la manera en la que sostenía el palo que usaban de lápiz. Su cabello castaño oscuro siempre encontraba la manera de escaparse de sus trenzas durante el día; ya era la hora de la siesta y a Néstor le cosquilleaba la cara. Los pájaros trinaban somnolientos. El canto de los grillos era una nana constante que los arrullaba en el calor de la tarde.

“Yo te ayudo”, dijo Nena, y le guio la mano sobre la franja de tierra que estaban usando para practicar las letras. Tenían ocho años y estaban decididos a conseguir que la madre de Nena, doña Mercedes, le permitiera a Néstor entrar a la escuela. Doña Mercedes y las tías de Nena habían acordado que no podría asistir si no sabía escribir, pues solo retrasaría a los demás niños.

Néstor había agachado la cabeza, humillado. Sabía que era demasiado lento para los demás niños. Además, le decía a Nena, ¿qué necesidad tenía de escribir el hijo de un vaquero?

La había subestimado. Nena alzó la frente para aceptar el reto de su madre y, a partir de ese día, a la hora de la siesta se encontraron detrás de la casa mayor para practicar.

Aquella tarde, ella estaba tan cerca de él que casi podía saborear el aroma a fogón de su pelo, remanente de haber pasado la mañana ayudando en la cocina, sobreponiéndose al olor jabonoso y floral que emergía de su vestido secado al sol.

Escribieron juntos su nombre en la tierra: “Néstor”.

“Ya está”, dijo ella. “Ahora solo te falta una letra para el mío”.

Movió la mano de Néstor bajo las letras, la soltó y trazó su propio nombre en la tierra con el índice. “Tú puedes solo”.

Su nombre era más fácil que el suyo. Nunca tenía que levantar el palo. Siguió el flujo de los sonidos. Siguió su propio pulso. “Nena”.

Alzó la mirada. En la luz de la siesta, todo parecía suspendido en miel: un halo ámbar rodeaba su pelo castaño, su sonrisa. El brillo de orgullo en sus ojos negros. El hoyuelo profundo que se formaba a la derecha de su boca.

“Perfecto”, dijo. “Lo escribiste perfecto”.

Una discusión se disparó como bala detrás de Néstor. Fue un balde de agua fría que lo devolvió al presente. Los rancheros que ocupaban el porche de la oficina de correos discutían a gritos si México entraría en guerra con los yanquis. El jefe de correos alzó la voz para que lo oyeran y poder pastorear a los clientes nuevos hacia la fila. El sol entraba con fuerza por la única ventana del edificio.

De pronto, todo era demasiado para sus oídos, para su piel.

Dejó el lápiz sobre el estante.

Se obligó a doblar la carta, ignorando el temblor de sus manos. Metió el papel y el lápiz al bolsillo de su camisa. Agarró su sombrero y salió de la oficina de correos. Solo el chasquido de sus espuelas interrumpía el zumbido en sus oídos.

BETO LO ENCONTRÓ en el bar que frecuentaban, con los codos en la barra y la cabeza entre las manos. El aguardiente frente a él estaba intacto. Llevaba por lo menos una hora sentado ahí sin moverse.

Néstor se había ido de Los Ojuelos por algo. Ni siquiera podía pensar en las palabras, darles forma en su mente como si fueran letras trazadas en la tierra.

En vez de eso, las visiones se proyectaban en sus párpados. El fulgor inquietante de la luz anaranjada. El destello de una dentellada en la oscuridad. Los gritos de Nena. Sensaciones viscerales: el peso del cuerpo de Nena mientras la cargaba de vuelta a la casa mayor. Caerse, encorvarse alrededor de ella para protegerla, el filo de las piedras clavadas en sus hombros.

Lo quieta que estaba.

Lo fría.

“Mi niña está muerta”.

Se le entiesó el cuello; se le apretó el fondo de la garganta, sin importar cuánto se esforzara por relajarla.

Beto soltó un saludo efusivo mientras le daba una palmada en la espalda.

Néstor no se movió.

Quizá se quedaría ahí congelado para siempre, atrapado entre dos verdades inquebrantables.

La primera: no podía regresar a Los Ojuelos. La muerte de Nena era su culpa. Toda su familia lo sabía.

La segunda: le tenía miedo a los anglos. Sabía lo que habían hecho y lo que eran capaces de hacer. Él haría cualquier cosa por proteger a su familia de ellos.

Había que reconocerle a Beto que, al ver los hombros rígidos de Néstor y el vaso intacto frente a él, no le preguntó nada. No chasqueó la lengua con empatía ni le preguntó por la viuda Celeste. Se sentó. Pidió de beber. La música se elevó a su alrededor: violines y canto. Las risas se abrían paso entre las nubes de humo azul de los cigarros. Llegó el aguardiente; Beto bebió y esperó.

Así era Beto: paciente como pastor. Era capaz de resistir cualquier silencio de Néstor. Por eso era su amigo más cercano, quizás el único. Por eso y muchas cosas más, Néstor no se lo merecía.

Por fin, el mecate tenso en el pecho de Néstor se rompió.

Dijo las palabras antes de creerlas.

—Voy a regresar.

—¿Regresar a dónde?

—A Los Ojuelos.

Beto tosió. Néstor alzó la mirada y vio al otro vaquero limpiándose la boca. Su proclamación había hecho que casi se ahogara con su trago.

—Pasó algo, ¡verdad! —declaró Beto más que preguntarlo, en voz muy baja.

—Los yanquis... —empezó Néstor. Luego se irguió, sacó la carta de su bolsillo y se la dio a Beto. Era más fácil que explicarle.

Beto leyó la carta rápido. Al igual que Néstor, lo habían educado de chico: era hijo de un pastor protestante de Massachusetts que se había asentado al oeste del río Sabina y se había casado con una mexicana. Aprendió a leer en inglés y en español antes de huir de las palizas que le daba su padre alcohólico. Al igual que Néstor, había aprendido a abrirse paso en el mundo solo. No sabía por qué se había ido de Los Ojuelos, pero sí sabía de fantasmas.

Beto dobló la carta y se la devolvió a su amigo. Luego se sacó un pedazo de hoja de maíz y un poco de tabaco del bolsillo y empezó a liar un cigarro. No habló hasta que lo tuvo enrollado y encendido.

—La familia de mi madre vive al sur de Matamoros —dijo—. Si Zacarias Taylor va para allá, van a necesitar toda la ayuda posible para proteger el ranchito. ¿Te molestaría si te acompaño hasta Mier?

Una oleada de alivio inundó el pecho de Néstor. De gratitud por la promesa de compañía, por el cuidado con que Beto había evitado las raíces enmarañadas de la conversación que él no quería tener. A veces pensaba que Beto era el único que presentía por qué era capaz de matarse bebiendo o trabajando.

A veces, a punto de quedarse dormido bajo las estrellas, se preguntaba si eso sería tan malo. Se lo merecía, por haberle fallado a Nena. Sin embargo, no importaba qué hubiera en el más allá —oscuridad, polvo o algún tipo de Dios bañado en oro y flanqueado por ángeles—, podría encontrar a Nena ahí, ¿no?

—Ven a Los Ojuelos —dijo, quizá un poco más fuerte de lo necesario. Carraspeó y estiró los músculos tensos de los hombros—. Ahí te recibimos. Pa' que descanses unas cuantas noches antes de salir pa' Matamoros.

Tomó su aguardiente casi olvidado y se lo empinó. Le cosquillearon los labios; le ardió la garganta. Dejó que le escaldara la tormenta que se agolpaba en el fondo de su garganta de solo pensar en enfrentarse a don Feliciano. Alzó una mano para llamar la atención del cantinero y golpeó con el dedo el borde de su vaso vacío. Uno más, para tratar en vano de borrar con fuego lo que traía pintado en los párpados:

Don Feliciano, vela en mano, señalándolo con el rostro contorsionado de ira.

Doña Mercedes gimiendo como La Llorona. “Mi niña está muerta, mi niña está muerta”.

Nena. Con el pelo pegado a su rostro pálido y frío. La gota escabrosa de sangre en su escapulario de oro.

Un trago más y ya. Más habría sido un desperdicio de dinero. Aunque bebiera hasta perder el conocimiento, no tendría descanso en aquella negrura inquieta y sudorosa.

Ya había despertado los recuerdos.

Flexionaban sus garras brillantes, mostraban los dientes y se los hundían, ebrios de triunfo.

Aquella noche no descansaría.



NÉSTOR

NÉSTOR Y BETO recorrieron en silencio las últimas dos millas hasta Los Ojuelos. Luna tenía las orejas enhiestas; una giraba hacia Néstor cada tantos pasos. La yegua sentía su miedo, pero no lograba averiguar qué pasaba. Rehuía a las sombras, alerta y vigilante.

El único peligro que los esperaba al final de aquel camino familiar amenazaba solo a Néstor. La aprensión le estrujaba el pecho al entrar en tierra de los Serrano. Ahí no había mojones ni las cercas horribles que les encantaban a los tejanos. Supo que había entrado al Rancho Los Ojuelos por el desnivel en la carretera, por la cresta familiar del horizonte detrás del arroyo. Árboles que reconocía, y que lo alejaron de la vereda principal hasta un atajo que había olvidado. Le hizo señas a Beto para que lo siguiera.

Se acercarían a las amplias verjas del rancho desde el sur y desmontarían en la comisaría a la hora de la siesta. Eso los mantendría fuera de la vista de la casa mayor y de los Serrano.

Sí, don Félix le había pedido que volviera, pero no podía concebir que a don Feliciano y a doña Mercedes les alegrara ver a la persona que había causado la muerte de su hija.

Beto dijo algo; sus palabras pasaron flotando junto a Néstor. Este apenas las registró. Durante la última hora, no había oído —ni contestado— casi nada de lo que había salido de la boca de Beto. Ni sus canturreos ni su especulación sobre el clima ni las pocas preguntas que había hecho sobre su familia. De todos modos, Beto siguió adelante. Aunque el miedo de Néstor fuera tan grande que las bromas no pudieran cuartearlo, le gustaba llenar el silencio del chaparral con su voz. Tenía un tañido agradable y resonante; tenía voz de predicador, decía. Lo único que no le molestaba haber heredado de su padre.

Sin embargo, una palabra llamó la atención de Néstor.

—¿Plaga?

—Sí —repitió Beto. Su tono sugería que le sorprendía que al fin le contestara—. Nunca sabes con los rumores, pero he oído que hay una suerte de plaga de susto por aquí, en los ranchos cerca de Mier. ¿No sabías?

—No.

Todas las cartas que recibía de Los Ojuelos eran dolorosamente breves. Casi podía oír la incomodidad de Bernabé, consciente de que le estaba robando su preciado tiempo a don Félix al dictarle. Las cartas llegaban con noticias de Casimiro y de la abuela, nada más. Sabía que bajo la superficie se escondían las historias largas y divagantes de la abuela, llenas de fantasmas, de innumerables primos y de los chistes ruidosos de Casimiro, pero las líneas por sí mismas eran secas y bruscas. No contenían noticias del resto del rancho.

Mientras arreaban ganado, cada vez que alguien les llevaba noticias de Mier —o, Dios no lo quiera, de Los Ojuelos mismo—, Néstor se levantaba, le daba la espalda al fuego y se iba. Había aprendido por las malas que chismear e intercambiar noticias con desconocidos podía desatar cosas que no quería sentir. Un golpe fresco de pérdida, como la coz de un caballo en las entrañas. Un hormigueo de terror recorriéndole la piel. Si no se preocupaba por evitar cualquier noticia de Mier o de Los Ojuelos, podía agarrarlo desprevenido la sensación de una presencia fantasmal, de una carga demasiado pesada sobre sus hombros. Podía tomarle horas sacudírsela, a veces días.

No, no era sorpresa que Néstor no hubiera oído noticias de Mier.

EL CHAPARRAL CEDIÓ. Néstor apenas podía respirar cuando apareció la línea del techo de la comisaría, luego el edificio entero y los jacales nuevos a su alrededor. Todo era mucho más pequeño de lo que recordaba, excepto la cerca de madera que rodeaba la casa mayor y los jacales más viejos, incluyendo el de su familia. Varias figuras con fusil descansaban a la sombra junto al portón. Eso era nuevo, pero no sorprendente. Aún guardaba en su memoria imágenes claras de la ira bramante de don Feliciano ante el poco interés que mostraba el gobierno en proteger las Villas del Norte y los ranchos que las rodeaban. Recordaba, con sorprendente claridad luego de tantos años, al patrón bendiciendo el almuerzo, que se servía para todo el rancho antes de la siesta. Veía a don Feliciano sentado a la mesa con su familia y los invitados de los ranchos vecinos, su bigote siguiendo la mueca de furia de su boca mientras maldecía al gobierno por no dejar nunca de solicitar voluntarios y más donaciones de caballos.

“No cuando el ejército saquea a los ciudadanos buenos y honorables y se hospeda en sus casas sin pagar”, decía con ademanes claros y enérgicos, ante las exclamaciones de aprobación de los demás rancheros. “No cuando ya les dimos tantos caballos. No me importa que los anglos se queden con Tejas con tal de que el pinche ejército nos deje en paz”.

Los anglos sí tomaron Tejas. Y gracias a los periódicos y rumores que se extendían por la región como un incendio, Néstor sabía que reclamaban todo el horizonte que tenía ante él, hasta la margen refulgente del río Bravo.

El aroma de los árboles y la vista de la comisaría le encendieron una chispa de rabia protectora en el pecho.

Estaba ahí para proteger aquellas tierras de las armas y de la avaricia. Pondría su cuerpo entre

los yanquis y ese lugar, la tierra en la que de niño había corrido descalzo con Nena, los árboles que acogían con su sombra el lugar más cercano al paraíso que había conocido en su vida.

Por ello se tragaría su miedo y confrontaría a don Feliciano. Él podía hacerlo. Tenía que hacerlo.

Dirigió su atención a la comisaría. Dos jóvenes bien vestidas, con el rostro oculto por los sombreros que las protegían del sol, entraron al edificio mientras Néstor y Beto se acercaban. Cuatro hombres descansaban a la sombra del porche, fumando y conversando.

Uno los vio llegar y se paró de golpe. Cruzó el patio en dos zancadas.

Ese solo movimiento permitió que lo reconociera.

Era Casimiro.

—Oye —lo llamó Casimiro—. ¿Duarte? —Su voz terminó con el agudo acento de una pregunta, con un matiz de incredulidad.

Néstor alzó la mano para saludarlo. Espoleó a Luna para recorrer a trote la distancia que le faltaba para llegar a la comisaría.

—¡Jesucristo, es Néstor! —gritó Casimiro y soltó un aullido bestial.

Los hombres en el porche se pararon de inmediato y uno apartó a los demás a empujones para alcanzar a Casimiro en el borde del edificio. Se hizo sombra con una mano y se quitó el cigarro de la boca; luego cogió su sombrero.

Bernabé.

Casimiro lo tomó del brazo y empezó a darle palmadas de emoción en la espalda mientras Néstor y Beto se acercaban. Bernabé tenía el bigote canoso y sus arrugas eran más profundas, pero seguía siendo Bernabé.

—No puede ser él —exclamó mientras desmontaba Néstor—. No puede ser él, ¡este es un hombre! ¡Qué hombre!

Estaban junto a Néstor antes de que tocara siquiera el suelo con las botas. Bernabé lo abrazó hasta romperle la espalda. Olía a cuero, a tabaco, a la cocina de la abuela, a todo lo que estaba bien en el mundo, al punto de que a Néstor se le hizo un nudo en la garganta.

Bernabé lo soltó y le dio un beso en cada mejilla.

—Mijo —dijo con la voz ronca de emoción—, te ves igualito a tu papá.

Néstor, por regla general, no lloraba. Si le escondía sus puntos débiles al mundo, este no le pegaría donde más le dolía. Se le había hecho costumbre parpadear hasta sacudirse las lágrimas de los ojos, bajar la voz y forzarla hasta hacerla ronca y desprovista de emoción.

Sabía que si hablaba, se iba a quebrar.

—¡No puedo creer que estés aquí! —exclamó Casimiro con júbilo. Tenía la misma cara de siempre, aunque más golpeada por la intemperie. El tiempo no le había cambiado la sonrisa amplia ni el pliegue divertido que siempre traía en el rabillo del ojo—. ¡Mírate! Al final sí creciste, ¿eh?

—¿Y te trajiste un anglo? —añadió Bernabé con un dejo de preocupación en la mirada mientras contemplaba a Beto por encima del hombro de Néstor.

“La gente nunca sabe si decirme ‘gringo’ o ‘frijolero’”, le había explicado secamente Beto a Néstor. “Luego de años de observación, opino que su decisión depende del clima”. Al parecer, el clima de aquel día dictaba “gringo”, así que Néstor respiró hondo para tranquilizarse y empezó a explicar que Beto era un vaquero, que era su amigo y que...

Los gritos de “Néstor, Néstor” provenientes de los vaqueros a espaldas de Casimiro y Bernabé ahogaron cualquier intento de presentar a Beto. A duras penas logró hilar dos palabras. Luna sacudió la cabeza cuando uno de los amigos de Casimiro la tomó por las riendas y se la llevó a descansar y tomar agua con el caballo de Beto. Alguien tomó a Néstor del brazo y lo llevó a la sombra del porche de la comisaría justo cuando las dos muchachas salían del edificio. Bernabé y Casimiro se tocaron el ala del sombrero en señal de respeto; Néstor hizo lo mismo. Sus vestidos, sombreros y manera de andar indicaban que pertenecían a la familia de la casa mayor, pero no las reconoció de inmediato.

Las jóvenes intercambiaron una mirada cómplice, se tomaron del brazo y caminaron aprisa hacia la cerca que rodeaba el corazón del rancho. El trino de una risa reprimida surgió de una de ellas.

El frío le recorrió las venas a Néstor como un veneno. Esa no podía ser Didi, la prima de Nena... ¿o sí?

Didi sabía que estaba ahí. Iba de vuelta a la casa para contárselo a todos. ¿Qué diría? ¿Que el muchacho que había provocado la muerte de Nena era tan desvergonzado como para mostrar su cara en tierra de los Serrano?

—Cuéntanos todo —exigió Casimiro. Obligaron a Néstor a sentarse en una silla y le pusieron una jarra de agua y un plato de comida sobre la mesa—. ¿Dónde chingaos has estado?

Buscó las palabras sin encontrarlas. Tenía la boca seca como el desierto. Como la cuenca vacía de un río.

—Por aquí y por allá —balbució por fin mientras se servía agua.

—Bueno, cuando yo lo encontré estaba en Durango —se interpuso Beto—. Hace seis años pesqué a este huerquillo en una mina de plata y le di trabajo. Me salvó la vida una semana después, así que diría que fue buena inversión.

—¿Durango? —repitió Casimiro, incrédulo.

—¿Una mina de plata? —preguntó Bernabé.

Beto cruzó miradas con Néstor antes de lanzarse a contar una de sus muchas anécdotas. “Yo te cubro”, era su mensaje.

Había muchas cosas que Beto no sabía, pero sí entendía una: Néstor no podía enfrentar Los Ojuelos solo. Beto mantuvo la conversación avanzando a buen paso, protegiendo a Néstor de recibir demasiadas preguntas. Inevitablemente, la plática viró hacia la guerra, y Beto mencionó

que planeaba unirse a su familia en Matamoros.

Bernabé frunció el ceño de preocupación.

—No es prudente ir para allá solo —dijo—. ¿Tienes familia en la ciudad?

—Afuera, señor —dijo Beto—. Tienen tierras al sur.

—¿Tienen jóvenes que los protejan?

—Muchos, señor.

—Me pregunto si te podrán esperar un poquito más —dijo Casimiro rascándose la barbilla meditabundo—. El ejército reclutó a muchos de nuestros hombres el año pasado y no tenemos la cantidad de vaqueros que el patrón prometió para el escuadrón. No está nada contento. Si nos acompaña...

—Basta de temas sombríos —dijo Bernabé—. Tú —ordenó señalando a Néstor— tienes que ir a ver a tu abuela.

Casimiro y Bernabé guiaron a Néstor y a Beto por el portón, hacia el corazón del rancho. Néstor mantuvo los ojos clavados en el piso mientras pasaban junto a la casa mayor y le dio la espalda hasta llegar al jacal de los Duarte. La abuela estaba sentada en el porche, remendando. La luz de la tarde se reflejaba en la aguja mientras iba y venía como la cola sibilante de un toro. Al verlos acercarse, se levantó de la silla, con la boca abierta por la sorpresa.

—¡Abuela, es Néstor! —dijo Casimiro mientras le daba un empujoncito a su primo—. ¡Le pedimos a don Félix que lo trajera de vuelta y aquí está!

—Madre de Dios —dijo, prolongando cada sílaba al doble de su extensión y protegiéndose los ojos del sol mientras Néstor reunía fuerzas.

—Buenas tardes, abuela —dijo.

Su abuela alzó su costura y le pegó en el hombro con esta. Néstor alzó los brazos demasiado tarde, sorprendido.

—Cuando Jesucristo contó la parábola del hijo pródigo, dijo que el padre perdonó al chamaco —exclamó la abuela. Cuando Néstor se había ido, le sacaba apenas un pelo; en los nueve años que habían pasado, había crecido hasta sacarle una cabeza y los dos hombros. Quizás ella también se había encogido, pero eso no evitaba que se irguiera imponente sobre él—. Pero ¿acaso dijo algo de su abuela? ¡No! —Otro golpe—. ¡Porque ella estaba enojada y habría arruinado su linda fábula!

A sus espaldas, Néstor oyó la risita de Casimiro.

—Sabía que reaccionaría así —le dijo con malicia a Beto—. Mira, cuánto a que está oxidado.

—Abuela... —dijo Néstor mientras esquivaba otro porrazo que le dio en el antebrazo—. Te extrañé.

—¡Chamaco cruel! —exclamó y finalmente abrió las manos para abrazarlo. Néstor le dio un beso: tenía la mejilla suave y olía al romero que empleaba comúnmente en sus limpiezas—. Me perdí nueve años de verte crecer. ¿Y para qué? ¿Por qué? —exigió la abuela, puntuando sus

declaraciones con sendos besos en sus mejillas.

—Es una larga historia —murmuró Néstor.

—Pos me estoy quedando sin años para oírla, así que habla rápido, mijo —insistió la abuela mientras lo soltaba.

Tenía los brazos más pequeños y más débiles de lo que recordaba. Todo era más chico. La casa, el porche. Lo único que seguía siendo del mismo tamaño era la casa mayor que se erguía a sus espaldas. Su presencia se cernía sobre sus hombros con la intimidad inoportuna de una amante que le susurrara al oído. “Aquí estoy”, canturreaba. “¿Me recuerdas?”.

Sí, la recordaba. Demasiado bien.

Nunca había entrado a la casa mayor, pero de cualquier modo conocía todos los lugares desde los cuales Nena se escabullía por las noches. Sabía exactamente a qué altura del suelo quedaba la ventana de su cuarto; si regresaba demasiado tarde del chaparral para saludarla, le dejaba regalitos en el amplio alféizar de piedra. Las chicas dejaban los postigos entreabiertos por la noche, lo suficiente para que la brisa refrescara la habitación, y él le dejaba ahí unas pulgadas de listón que había comprado en la comisaría. Fruta guadalupana justo en su punto, lo bastante madura para abrirla y obtener sus semillas de rubí. Un recadito en una hoja arrancada de uno de los viejos periódicos de don Feliciano.

Sabía que a veinte pasos de la ventana del dormitorio de las niñas estaba el cementerio familiar de los Serrano y los De León. Aquellas cruces y lápidas marcaban el eterno reposo de los primeros colonos de Los Ojuelos. Un escalofrío reptó por su espalda al pensar en las nuevas lápidas que albergaría.

—Después, por favor. —Se aclaró la garganta y le presentó a Beto, explicando que se quedaría un par de noches con ellos.

—Entonces descansa y lávate, chamaquito —le dijo la abuela con unas palmaditas cariñosas—. No puedes presentarte con el patrón en esas fachas. Además, tienes el cachete muy rasposo para los besos.

A Néstor se le detuvo el corazón. Bernabé contó que habían llegado justo a tiempo para una reunión de rancheros y vaqueros de los ranchos circundantes para discutir la organización del escuadrón y cómo viajarían para unirse a las fuerzas mexicanas apostadas en Matamoros. De inmediato había decidido que no asistiría. Sabía que tendría que estar cerca de don Feliciano mientras cabalgaran hacia Matamoros, pero tenía la esperanza de evitar la atención del patrón, al menos durante algunos días. O semanas. O durante toda la expedición, durara lo que durara. Se rascó la barbilla, incómodo.

—No creo que...

—Tienes que venir a la asamblea —dijo Bernabé—. Vamos a presumir nuestra fuerza con los demás rancheros. Tienen que ver que los mejores hombres de don Feliciano están dispuestos a defender estas tierras. Además —añadió—, te vendrá bien ver a la gente. Se te ha extrañado.

Esa última frase cargaba tanto peso que Néstor pensó que Bernabé quería decir algo más con ella; el pánico impidió que lo descifrara. ¿Qué familia querría ver a la persona que había causado la muerte de Nena en su propia puerta? ¿Qué diría don Feliciano si lo viera, cuando lo viera?

Sin embargo, Bernabé le dejó claro que no tenía opción. Néstor y Beto durmieron el resto de la siesta y, al despertar, se lavó con agua helada. Luego se rasuró por primera vez desde su partida de Laredo. Dejó que Casimiro lo quitara a codazos de enfrente del espejo, una lámina de cobre pulido colgada en el extremo del porche que mejor recibía la luz del atardecer. Cuando fue su turno, se contempló por primera vez en semanas.

Su rostro a los trece años le devolvió la mirada, pálido y con los ojos desorbitados. Parpadeó y la visión se esfumó.

Sintió la náusea agitarse en su pecho.

Agarró un cepillo y atacó su cabello. Durante nueve años había contenido aquellos recuerdos. Había fingido que no eran reales. Que solo era un vaquero anónimo más, otro tipo con secretos que —si alguna vez sangraban— estaban enterrados más profundo que la plata. A menos de que se los arrancara una pesadilla, nunca veía sus recuerdos. Nunca eran reales.

Era un hombre duro. Podía reprimir el pasado, aunque estuviera en Los Ojuelos.

Sin embargo, cada vez que giraba la cabeza, cada vez que sentía un cambio en la brisa u olía el calor que emanaba del suelo, algo le recordaba la vida que solía tener.

La vida que había arruinado.

Se le cayó el cepillo al suelo.

—Carajo.

Lo levantó. Apenas entonces se percató de que le temblaban las manos.

—¿Todavía no acabas? —preguntó Beto.

—Ya ríndete, nunca vas a ser tan guapo como yo —dijo Casimiro.

Una última cepillada. Con eso bastaba. Todo iba a estar bien. Tenía años practicando ser duro y de cabeza fría. Nada podría estremecerlo.

Se metió las manos a los bolsillos mientras partían a la casa mayor con Bernabé, hacia aquel murmullo de decenas de voces y el olor a comida. Se concentró en poner un pie enfrente del otro. En mantener los hombros rectos.

—Nunca te había visto tan limpio —dijo Beto al alcanzarlo, dándole una palmadita amigable—. Relájate, compadre. ¿Qué te tiene tan nervioso?

Nunca en su vida lo había dicho en voz alta. No había manera de que lo intentara. Se encogió de hombros; hizo un ruido vago.

—Todo el rancho ha de saber que regresé. Todos me van a estar mirando.

Beto soltó un bufido burlón, muy divertido por su respuesta.

—No seas creído. No pasa nada.

Llegaron a la entrada del patio de la casa mayor. El volumen de la música aumentó cuando

cruzaron el arco de estuco para entrar a la fiesta. Los muros estaban adornados por antorchas que iluminaban el patio y las decenas de hombres que ya habían llegado. Nunca había visto el lugar tan abarrotado, ni siquiera en Nochebuena. Había por lo menos seis rancheros y casi cien vaqueros reunidos. Sus voces saturaban el aire con el peso de una tormenta a punto de desatarse.

Y sin embargo resultaba extraño que el centro de atención de una muchedumbre tan grande pudiera cambiar a tal velocidad. Esta se agolpó y se desbordó como agua hacia los Duarte.

Hacia Néstor.

Era extraño que el murmullo de la conversación fuera tan estruendoso y que, al mismo tiempo, pudiera cundir un inquietante silencio, como cuando dejas caer una sábana sobre la cama. Por un instante, Néstor solo alcanzó a oír su propio corazón. El silencio se asentó. Cambió, se fue. La conversación se repuso y continuó, contrapunteada por susurros que giraban como trompo de una esquina a otra del patio.

Beto soltó un largo silbido.

—Pos que me parta un rayo —dijo arrastrando las palabras—. Sí es cierto que todo mundo te está mirando.

—Gracias por mencionarlo —murmuró Néstor.

Dio un paso al frente, apenas un par de metros por detrás de Bernabé y Casimiro. Tenía el corazón atorado en alguna parte de la garganta, pero aún lograba respirar. Pudo calmar la temblorina en sus manos y recorrer el lugar con la mirada como habría hecho en cualquier otra reunión, ya fuera con un grupo de hombres afuera de la iglesia en domingo o en un salón de fandango en Laredo. Enumeró rápidamente a los rancheros presentes; entre ellos se encontraban los propietarios de los ranchos y haciendas más importantes entre Guerrero y Mier. Tres estaban reunidos en torno a una figura familiar cerca del fondo del patio.

Se le humedecieron las palmas al reconocer a don Feliciano y, a su izquierda, a doña Mercedes. La esposa del patrón estaba sentada platicando con una muchacha bien vestida. A través de los huecos en la multitud, Néstor notó que la joven estaba muy distraída; de hecho, estaba viendo directamente hacia él.

Cruzaron miradas.

No fue que le dejara de latir el corazón. No. Le dolía demasiado para haberse detenido. Le dio un vuelco a causa de la sorpresa. Hizo implosión. Se quedó clavado en su sitio, pues estaba seguro —con certeza delirante— de que estaba viendo un fantasma.

Traía el pelo castaño trenzado y enrollado alrededor de la cabeza como corona; un delicado rebozo blanco le envolvía los hombros y el cuello alto del vestido, aunque aún no hiciera tanto frío. Sus labios rosas, sin pintar, se abrieron un poco como si estuviera sorprendida.

Se levantó como la primera voluta de humo se alza del ocote: lento primero y luego de golpe.

¿Si retiraba la mirada, desaparecería? No podía retirarla. No se podía mover, ni siquiera al ver que ella daba un paso vacilante al frente.

La voz afilada de doña Mercedes rompió el hechizo.

—Magdalena —dijo.

La joven volteó a verla. Rápida, con fluidez. Un reflejo.

—Magdalena, es hora de irnos.

La joven le dio la espalda a Néstor cuando doña Mercedes la tomó por el codo.

Magdalena.

El nombre repicó al compás de los latidos en su cabeza.

Magdalena.

Una inquietante luz naranja inundó su vista, titilando sobre el manantial. Un monstruo irrumpió desde las tinieblas, clavó a Nena al piso y le hundió los colmillos en el cuello.

Y ahí estaba ella.

Estaba ahí, dándole la espalda, a menos de diez pasos. Viva, crecida, preciosa. Platicando con doña Mercedes y don Félix, asintiendo con la cabeza a algo que Félix le decía. Un gesto tan familiar que le atravesó las costillas con una esquila de hueso.

No podía ser real.

La vio en el suelo de la casa mayor a la luz de las velas, pálida y ensangrentada. Tan pequeña bajo las siluetas preocupadas de su familia, encorvadas sobre ella como árboles en duelo. Tan frágil. Muerta.

Por su culpa.

Néstor dio media vuelta y salió por la entrada del patio.

—¡Oye! —gritó Beto mientras lo alcanzaba—. ¿Adónde vas?

No lo sabía. Sus pies lo guiaban; todo lo que podía procesar era la certidumbre escalofriante de que iba a vomitar. Se elevó un zumbido en sus oídos que ahogó las preguntas inquietas de Beto, ahogó el ruido de la asamblea mientras se difuminaba, mientras se alejaba lo más rápido posible de la casa mayor.

Se concentró en los golpes de sus botas contra la tierra. Caminó hasta llegar al porche del jacal en el que había crecido. Dio dos pasos más. Se recargó con la mano en el muro, cayó de rodillas y volvió el estómago.

Sentía como si estuviera escupiendo los pulmones. Aunque tuviera los ojos cerrados, algunas sombras formaban ondas en las tinieblas; los gritos de Nena retumbaban contra el fondo de su cráneo.

Beto lo agarró del brazo y lo levantó, tosiendo, de un jalón.

—Su puta madre —gruñó—. Dime que no estás borracho.

No lo estaba. Ni por asomo. Se separó de Beto, escupió y se puso de pie.

—Regrésate tú —dijo con voz ronca—. No pasa nada.

—Qué, ¿tú no vienes? —preguntó Beto. Néstor no contestó—. No conozco a nadie aparte de ti. Deberías venir conmigo.

Antes de poder detenerse, Néstor dijo la verdad.

—Es demasiado. —La vergüenza le inundó de calor el cuello al darse cuenta de lo que había dicho. Todo era demasiado. Era débil por sentirse así, débil por admitirlo—. Busca a Casimiro.

Beto vaciló. Néstor casi podía oír los pensamientos girando en su cabeza: era obvio que necesitaba ayuda, pero el aroma de la comida que los Serrano habían preparado para los asistentes a la asamblea impregnaba la noche.

La vergüenza alcanzó el rostro de Néstor y lo fulminó de calor. Era un hombre; podía arreglárselas solo sin que Beto se preocupara por él como mamá gallina. Le dio un empujón poco entusiasta a su amigo.

—Ándale —dijo—. Necesito estar solo.

Beto le dedicó una larga mirada.

—Bueno —contestó—. Pero no cometas locuras. No te me vayas a escapar ni nada.

—No me voy a escapar —espetó Néstor. Las palabras le salieron con más veneno del pensado. No podía distinguir la expresión de Beto en la oscuridad, pero presintió que había tomado a su amigo por sorpresa.

—Tá bien, pues —dijo Beto—. Luego nos vemos.

Regresó a la asamblea.

Néstor se quedó parado un largo rato, recargando su mano en el muro de la casa. Los ecos de las voces recorrían la noche hasta llegar a él. Sus latidos seguían batiendo a galope.

Nena estaba viva.

Viva.

Lo que significaba que durante los últimos nueve años, nueve pinches años, cada paso que había dado desde su partida de Los Ojuelos, cada día que había pasado arreando ganado bajo el rayo del sol, huyendo cada vez más lejos de casa, cada noche que había contemplado el cielo, rogando por tener el único sueño que le aliviara su dolor en el pecho...

La verdad fundamental sobre la que había construido su vida durante todos esos años era una mentira.



NENA

ESA MISMA NOCHE, Nena estaba cosiendo en la sala mientras Javiera, Félix y sus primas Didi y Alejandra jugaban un juego de mesa. Los ruidos familiares de sus parientes la agujijoneaban mientras pasaba la aguja por la tela: los ocasionales chillidos de júbilo de Didi le chirriaban; la insistencia de Javiera de que alguien estaba haciendo trampa le sonaba a gimoteos. No sentía ningún alivio cada que Félix las callaba porque su mamá ya se había ido a la cama.

Insertó la aguja en la falda que estaba remendando y jaló el hilo tan fuerte que hizo que se rompiera.

—Madre santa —gruñó entre dientes mientras lo volvía a enhebrar.

Le era imposible concentrarse. Su mente terca no dejaba de volver a la asamblea, como una polilla obsesionada con una llama. No dejaba de volver al momento en que un grupo de vaqueros de Los Ojuelos se adentró en la luz cálida de la fiesta, todos arreglados y vestidos de domingo, con ánimo inquieto, como sementales.

El objetivo de reunirlos a todos en el mismo patio, de escuchar a todos los rancheros a la vez, era logístico y a la vez político. Discutirían la cantidad de carretas y ganado que llevarían, al igual que la mejor ruta para unirse al ejército mexicano en Matamoros. Sin embargo, varios de los diez o más rancheros que habían aceptado enlistarse al escuadrón tenían rivalidades entre sí. Eran vecinos de larga data, cuyas relaciones no siempre habían sido armoniosas. Incluso cuando el último ranchero llegó acompañado de sus vaqueros y el grupo se removió ansioso, la voz de don Feliciano estaba teñida de agitación al hablar con don Antonio Canales. No estaban discutiendo como tal —quizá fuera porque los demás rancheros mantenían la conversación en un tono cortés— pero no les faltaba mucho, y siguieron intercambiando palabras acaloradas aunque la conversación más allá de Nena y su mamá se agitara por la sorpresa. Por pura curiosidad, siguió con los ojos la atención de la asamblea, que se arremolinaba como parvada de golondrinas hacia la entrada del patio.

Los hombres de Los Ojuelos habían sido los últimos en llegar a la asamblea. Como líderes *de*

facto de los vaqueros del rancho, Bernabé y Casimiro entraron primero, una pareja perfecta de pelo oscuro y rasgos casi idénticos, bien pulidos y brillando como monedas de plata.

Detrás de ellos venía un tercero.

La mirada de Nena lo pasó de largo por un instante, atraída por la presencia de un hombre que parecía anglo entre los vaqueros; luego quedó paralizada a causa de la sorpresa. “Momento”, exclamó. “Allá atrás”. Regresó la mirada.

Lo conocía.

Al pasar de los años, en las raras ocasiones en las que había bajado la guardia y permitido que los pensamientos se le colaran bajo la piel y la lastimaran, se había preguntado cómo habría crecido. Si se parecería a Casimiro o si estaría tan cambiado que le resultaría un completo desconocido. Si alguna vez volvía a su vida, ¿lo reconocería?

Néstor Duarte entró lentamente al patio y se detuvo, un paso detrás de su familia, barriendo el lugar con sus ojos negros.

La respuesta era sí.

Sin duda ni negación posible. Sí.

Reconocerlo la golpeó como un balde de agua helada. Una cosa era imaginarse cómo habría cambiado mientras flotaba en la duermevela. Otra muy distinta era verlo. Contemplar sus botas pulidas, pantalones oscuros y camisa ceñidos a su cuerpo compacto y musculoso. Ver el ángulo de sus hombros, el pelo negro peinado hacia atrás para que no le cayera en la cara, con un par de mechones rebeldes ya en la frente, como siempre le pasaba a mitad de la misa en las calurosas mañanas de domingo.

Su cara le resultaba a la vez familiar y reforjada por la edad: la silueta distintiva de la mandíbula Duarte estaba más pronunciada, la cresta de sus pómulos se parecía tanto a la de su primo que parecían hermanos de sangre. Sin embargo, mientras que Bernabé y Casimiro estaban dibujados con pinceladas amplias y rústicas, Néstor era un grabado nítido y preciso. Un reflejo deslumbrante en un espejo pulido. Tenía una expresión serena, casi adusta, que lo hacía parecerse al serio Bernabé, pero su boca aún tenía una pizca de travesura, un destello tan familiar que reconocería en cualquier rostro, aunque fuera el de alguien que no había visto en nueve años. El de un hombre que casi le era un desconocido.

La mirada de Néstor se detuvo.

En ella.

Cruzaron miradas.

Su mamá estaba hablando, pero sus palabras eran un zumbido distante, una colmena de abejas que caía y caía hasta perderse en el abismo. De pronto, Nena estaba de pie, rodeando la mesa, franqueando a Félix y a su mamá.

Néstor estaba ahí. Era imposible. Sintió un poderoso impulso de tocarlo. De saber que era real. De saber que había dejado de ser un recuerdo, el dolor apagado de una espina enterrada en su

costado desde hacía mucho, para ser un muchacho de carne y hueso.

Ya no un muchacho: un hombre. Más alto que antes, con los hombros y las costillas hinchadas, curtido pero seguro de sí.

—Magdalena.

La voz de su madre la cortó, exigiendo su atención. Provenía de un lugar más lejano de lo que esperaba; ya había empezado a cruzar el patio. Dudó.

Él aún la miraba.

—Magdalena —repitió su madre mientras la tomaba del codo—. Te digo que tenemos que regresar a la casa mayor. Estas no son conversaciones para señoritas.

Nena se enfrentó a su mamá. Tenía que quedarse, sobre todo por el éxito que representaría que ella acompañara al escuadrón a Matamoros.

—Pero yo voy a ir con ellos —dijo—. Por supuesto que es apropiado que me quede. Félix —lo llamó con insistencia hasta que logró apartarlo de don Severo—. Félix, dile a mamá que tengo que quedarme a escuchar los planes que se van a discutir. Tengo que saber qué haremos.

—Nena tiene razón, mamá —comenzó Félix con gentileza—. Es importante que se entere de la logística que se va a discutir.

La postura y la expresión de doña Mercedes cambiaron ante su tono tranquilo y razonable. Soltó un poco el codo de Nena.

Nena estaba aliviada y a la vez luchaba contra el impulso de hacer una mueca. Gracias al cielo que Félix estaba presente. Si su papá se iba a tomar en serio el trato que habían hecho, tenía que estar presente cuando los hombres hablaran. La intervención de Félix no le amargaba la victoria en absoluto, pues así funcionaba el mundo. Así luchaba y ganaba cada batalla.

Cuando su mamá se retiró, concentrándose ahora en buscar a Javiera, Nena volteó a ver hacia donde habían entrado los vaqueros de Los Ojuelos. Donde había aparecido Néstor.

Con la mirada barrió la muchedumbre de hombres alrededor de su papá y los demás rancheros, saltando de rostro en rostro.

Ya no estaba.

¿Había sido un espejismo? No, había estado ahí. Había estado ahí. El patio de pronto le pareció demasiado lleno, demasiado ruidoso; aunque no fuera aún el crepúsculo, la deslumbraba.

Había vuelto. Después de nueve años, Néstor Duarte había vuelto al Rancho Los Ojuelos.

Pero no había vuelto por ella.

Se convirtió en una piedra que se hundía hasta el fondo del manantial mientras Félix la llevaba a sentarse a una banca para oír hablar a su papá y a los demás rancheros. Los recuerdos la inundaron en oleadas densas y dulzonas.

Tenía catorce años y lavaba muy mal los platos mientras esperaba a que Félix regresara de la comisaría. Cuando llegó, caminó hacia la casa de los Duarte. La comisaría significaba correo. Caminar a casa de los Duarte significaba... noticias de Néstor. Tenía que ser eso.

Se escabulló de la cocina, sigilosa para no llamar la atención, y corrió detrás de Félix. Lo alcanzó justo antes de que llegara a casa de los Duarte. La abuela estaba en el patio; levantó una mano para saludarlos. Nena alzó la suya en respuesta, batallando por recobrar el aliento.

—¿Es suya? —le preguntó a Félix entre jadeos—. ¿Es de Néstor? ¿Dónde está? ¿Ya viene de regreso?

Félix agachó la cabeza para mirarla y la volvió a alzar para ver la casa de los Duarte. Bernabé salió al porche limpiándose las manos en los pantalones. Había estado lavando sillas de montar.

—Tienes que dejar de preguntar, Nena —dijo Félix en tono seco—. Se fue. No hay noticias.

Nena se asomó por encima del hombro. Bernabé se veía ansioso, su expresión mudó a la esperanza mientras los veía.

—Y ahora le tengo que decir a Bernabé que no hay noticias, que no hay carta, solo que papá quiere que vaya a hablar con él —le espetó Félix—. ¿No ves que tu actitud solo lo hace sentirse peor?

“Se fue. Tienes que dejar de preguntar”.

No le obedeció. Al menos no entonces.

Tampoco cuando la abuela le dijo que, a veces, los muchachos necesitan estirar las piernas como potrillos. Necesitan salir corriendo a ver el mundo. Tampoco cuando la abuela se negó a añadir sus súplicas desesperadas de que volviera a las cartas dirigidas a Néstor. Estaban en el huerto de la cocina, quitando hierbas malas que se enroscaban alrededor de las verduras, mientras la actividad vespertina del rancho se estabilizaba a su alrededor.

La abuela le echó una mirada dura.

—Eres la hija del patrón —la regañó—. No deberías pedirle a un hombre que haga algo que haría enojar a su patrón. Sería muy inapropiado que Bernabé dijera algo así en una carta.

Nena se mordió un labio y apretó los puños en la tierra; los arcos de los dedos se le desdibujaron al llenarse sus ojos de líquido cálido. Félix se había negado a enviar su carta por miedo a la ira de sus padres. Su mamá la había regañado por obsesionarse por un peón perdido, porque era la hija del patrón y no debería importarle.

¿Cómo podría no importarle? Era un árbol al que le habían arrancado las raíces de un tajo. Era un ave sin parvada, un potrillo sin manada, perdido en el chaparral. El mundo no podía tener sentido sin el cielo arriba y la tierra abajo; así, su mundo tampoco tenía sentido sin Néstor. ¿Por qué todos parecían haberse olvidado de él? ¿Cómo se atrevían a esperar que ella hiciera lo mismo?

—Lo mejor es que lo dejes ir —le dijo la abuela tras suavizar su voz—. No podemos saber lo que piensa. Solo podemos rezar por que Dios lo cuide y nos lo traiga de vuelta un día.

Rezar no bastaba. Rezar todos los domingos en la capilla, todas las noches en las vísperas y todas las madrugadas contra una almohada húmeda de lágrimas no lo había traído de vuelta. Habían pasado meses. Había pasado casi un año.

—Pero ¿por qué se fue? —preguntó Nena con la voz quebrada, a un paso de quebrarse con ella—. ¿Por qué no regresa?

La abuela se hincó sobre sus talones y le dedicó una mirada larga y solemne. El orgullo de Nena se levantó sobresaltado, despierto e inquieto. Esa era la mirada que la abuela les dedicaba a los enfermos y a los sufrientes, cuando se asomaba a lo profundo de su ser, buscando qué había bajo su carne y sus huesos. Era una mirada que no solo revelaba el aura de Nena, sino que la evaluaba.

Y era de lástima.

Nena se paró repentinamente. Cayó tierra de su falda.

Podía soportar los regaños de su mamá y la impaciencia de Félix. Pero no le iban a tener lástima.

A partir de ese día, cuando se alejó del huerto de la cocina y de la abuela, juró que nunca volvería a pensar en Néstor.

Fracasó. A diario. Sus recuerdos rondaban sus pasos como perros callejeros. Cada brisa en los árboles susurraba su nombre, cada cambio en el viento le llevaba su voz.

El dolor le endureció los huesos. Le curtió la piel contra la noticia infrecuente pero abrasadora de que una carta proveniente de alguna ciudad lejana había llegado al jacal de los Duarte.

Se acostumbró. Creció. A veces, descubría que lo había olvidado durante días. Quizás en unos cuantos años se habría borrado por completo de su existencia, un golpe de su infancia demasiado distante como para recordarlo con algo más que perdón resignado y afable.

Pero esa noche lo vio.

La tomó por sorpresa. Sintió que la tierra se sacudía bajo sus pies. Que el cielo se vaciaba y regaba esquivas de estrellas sobre la cabeza de Néstor para formarle un halo de santo.

Luego, la sorpresa pasó. Se calmaron las aguas.

Sentada cosiendo en la sala, Nena vio que nada había cambiado en su vida. Los yanquis aún amenazaban su hogar. Iba a partir al campo de batalla y tenía muchas cosas que preparar: hierbas para las limpias y los emplastos; vendas, agujas e hilo para las heridas.

No importaba que Néstor hubiera regresado.

Nada podría distraerla de la tarea de convencer a su papá de que era más valiosa para su rancho dentro de él que casada con alguien de fuera. Que era la sucesora de la abuela y su valor no se podía medir como la sal que usaban en los trueques ni como los caballos que vendían.

No importaba que Néstor hubiera regresado.

Siguió entretejiendo esos pensamientos alrededor de su columna vertebral, cada vez más apretados, mientras el juego continuaba en la sala. Mientras tanto, unos pasos se acercaban a la casa, una silueta entraba al patio y se dirigía hacia la puerta. Si hubiera alzado la vista hacia la ventana, quizá lo habría visto. Quizá no la habría sorprendido el toquido en la puerta.

Félix se levantó y tomó una vela. La puerta se abrió hacia adentro; Nena no alcanzaba a ver a

quién saludaba su hermano, pero debió haber reconocido algo en la manera en la que les cambió la cara a sus primas, veloz como un pasar de páginas, de desinterés a curiosidad intensa.

Se quedó paralizada, con la aguja suspendida frente a ella, cuando Néstor Duarte le preguntó a Félix si podía hablar con la señorita Magdalena.

Como una manada de ciervos alzando la cabeza ante la aparición de un jinete, todas las caras de la sala giraron hacia Nena. Los ojos de Didi y de Alejandra estaban desorbitados de gozo; Javiera la miraba con intensidad, con el ceño fruncido. Félix la contemplaba desde la puerta abierta, expectante. Esperando.

Nena clavó la mirada en su bordado. Aún tenía la aguja suspendida, brillando argentina a la luz de las velas.

Acometió la siguiente puntada.

—Dile que ya me fui a la cama —dijo con malicia.

Una mirada de sufrimiento, extrañamente parecida a la de su madre, cruzó el rostro de Félix.

—Puede oírte, Nena.

A Didi se le escapó una risita suave a pesar de que se tapó la boca con la mano.

Una ola de calor subió desde el cuello de Nena hasta sus mejillas.

Todos seguían mirándola. Cada expresión era un eco del pasado: Félix agachando la cabeza para verla cuando le rogó que le dijera si había recogido la correspondencia en la comisaría; Didi acercándose a su cama en la oscuridad para encontrarla llorando contra la almohada; Javiera observándola, atenta como gavilán, mientras su mente divagaba al cortar las verduras.

No era débil, ya no. Llevaba mucho tiempo sin serlo.

Dejó su bordado. Se paró. Se alisó la falda con manos temblorosas. Sus pies la hicieron cruzar la sala hacia Félix como si no fueran suyos; sus tacones sonaban nítidos contra las baldosas.

Félix le entregó la vela y retrocedió. Nena posó la mano en la puerta abierta y ocupó el lugar que antes había ocupado su hermano.

Volteó a ver a Néstor.

Por un largo instante, solo el suave coro de los grillos rompió el silencio. Nadie adentro habló. Tampoco Nena.

Las manos de Néstor descansaban sobre su hebilla en señal de respeto. Su pelo negro, peinado hacia atrás, se veía más desarreglado que antes. Se veía serio, quizás incluso decidido, pero la luz de la vela le suavizaba algunos rasgos toscos. A esa distancia, Nena alcanzaba a distinguir una pequeña cicatriz blanca debajo de su labio inferior. Había olvidado esa cicatriz.

Cuando tenían once años, un mesteño a medio domar lo había arrojado al piso. Nena estaba en el corral aquel día, viendo cómo el potro corcoveaba y lanzaba a Néstor por los aires como resortera. Recordaba haber gritado al verlo golpear la tierra; se colgó de las varas de la cerca, pero Casimiro la agarró del brazo y la jaló hacia atrás.

—No pasó nada —dijo Casimiro mientras ella batallaba por que la soltara para correr a ver si

se había lastimado—. ¿Ves?

Incluso antes de que otro vaquero llegara a su lado, Néstor ya se había puesto de pie. Tenía la cara ensangrentada, pero sonreía.

Ese fue el primer día en que el corazón le latió tanto por miedo de que algo le pasara a Néstor que le dolió.

No sería el último.

Sin embargo, los años pasaron y ella se cansó del dolor. Hizo callo. También ella había sangrado y tenía sus propias cicatrices.

Lo estaba viendo directo a los ojos. Una mirada demasiado familiar. Demasiado íntima.

—Buenas —dijo él suavemente.

Sin retirarle la mirada, Nena le cerró la puerta en la cara.



NÉSTOR

NÉSTOR DABA VUELTAS frente al porche del jacal de su familia. Dentro de su cabeza, las viejas voces y las recientes se batían en duelo.

“Mi niña está muerta”.

“Magdalena, ven acá”.

Nena estaba viva. Él la había visto. Ella lo había mirado a los ojos y se había levantado. En aquel instante, el tiempo se estremeció y se hizo más lento bajo sus pies, como cascos resbalando sobre suelo agreste.

Pero no podía ser. Él había sostenido su cuerpo frío. La había cargado durante sabrá Dios cuánto tiempo por la oscuridad, rogando por que respirara, por que su corazón latiera. En vano.

Desde donde estaba, vio siluetas con enaguas volver de la asamblea a la casa mayor: doña Mercedes y una muchacha alta y espigada que podría ser Javiera. Algunas tías de Nena; sus primas Didi y Alejandra.

Siguió dando vueltas.

Don Félix y otra silueta se acercaron a la casa mayor. Una silueta de falda completa y el pelo trenzado alrededor de la cabeza como corona. Una silueta cuyo andar reconocía aunque no la hubiera visto en nueve años.

Desaparecieron al entrar a la casa mayor.

“Mi niña está muerta”.

Y, sin embargo, estaba viva.

Ambas verdades se miraban a los ojos, con las pistolas desenfundadas y las manos temblando. Una tenía que ganar. Una tenía que salir vencedora. Pero ninguna se atrevía a jalar el gatillo.

Tenía que hablar con ella. No había de otra.

La noche se asentó sobre el rancho con todos sus sonidos. Don Feliciano seguía en el patio. No tenía razón para temer acercarse al porche. Recorrer nuevamente el camino por el que había cargado a Nena.

Puede que le tomara una hora atreverse. Lo sintió como si nada. Lo sintió como tres horas. Respiró hondo para prepararse y dejó que sus pies lo guiaran por el pasto.

Se acercó a la puerta de la casa mayor. Alzó la mano. Tocó. El ruido agitó el aire en sus costillas. Tenía trece años, estaba cayendo de rodillas en el piso duro de tipichil, con Nena encima, aplastado por su peso imposible. Sacudió la cabeza para aclarársela. Carraspeó.

Don Félix abrió la puerta.

Y entonces, antes de que pudiera pensar siquiera qué iba a decir, ella estaba en el umbral.

Tenía a Nena frente a él. Tan cerca que si hubiera levantado una mano, habría podido tocar su mejilla. Sentir su calidez, su vida.

Durante nueve años había estado muerta.

Había sido un fantasma que lo acosaba noche y día; su bruma se espesaba y se difuminaba al ponerse y levantarse el sol, pero nunca se iba. Sin importar qué tan duro o qué tan lejos cabalgara, se aferraba a su piel como el olor del sueño. La tenía marcada en el alma, una herida profunda, renegrida y llena de cicatrices. Desde el día en que se había ido de Los Ojuelos, una parte de él sabía que aquella vida era un plato de segunda mesa. Una resignación. Una cosecha magra cultivada a la larga sombra de su ausencia.

Nada de eso era verdad ya.

Pues ahí estaba, vela en mano. Mirándolo.

Debió haber sentido que no le alegraba verlo. Debió haber hecho o dicho algo para empezar con el pie derecho, pero estaba paralizado. Para él, los grillos se callaron. El ruido de la asamblea en el patio se esfumó; la luna dejó de brillar. La noche no tenía más señora que ella.

En silencio, en reverencia, contempló el vaivén de la flama reflejado en sus ojos negros y líquidos. La luz de la vela bañaba de oro las puntas de sus pestañas y bailaba en sus cabellos, acariciando sus mechones castaños peinados elegantemente hacia atrás. Ya era una mujer, mucho más hermosa de lo que se había imaginado.

Solo una cosa importaba: una descarga de anhelo tan vasta como el cielo. Una certidumbre tan deslumbrante que hizo trizas cualquier visión que hubiera tenido del futuro.

Eso era lo que quería.

Su mente estaba en otra terraza, una con la que había soñado durante años, construida con sus propias manos, en su propia tierra. En sueños en los que se volteaba a ver y se encontraba solo; ahora lo entendía.

Nena.

Se bebió su rostro, tan cambiado y tan exactamente igual, con cejas delgadas y parejas, mejillas redondas, barbilla en punta. Boca gruesa. Debió haber notado que estaba tensa, en una línea firme. Debió haber sabido que tenía poco tiempo. Que solo tenía una oportunidad.

—Buenas —exhaló.

Una decisión tajante cruzó los rasgos de Nena mientras daba un paso atrás.

Y le cerraba la puerta en la cara.

—¿MIJO?

Néstor giró sobre su propio eje. La abuela lo contemplaba desde el umbral, examinándolo con sus ojos negros. Estaba dando vueltas de nuevo frente al jacal de su familia, jadeando como si hubiera corrido y con el peinado arruinado por la cantidad de veces que se había pasado la mano por el pelo.

—¿Pasa algo? —preguntó la abuela con una ceja arqueada.

Néstor sentía que su vida estaba pisoteada, aplastada aún más por cada paso que daba. No tenía adónde ir. No tenía nada más que aquellas dos pistolas apuntándose: Nena estaba muerta. Nena estaba viva. Nada más que eso y la conciencia sombría, creciendo y extendiéndose con vergonzosa calidez, de que había hecho algo muy, muy mal. Algo que nunca podría corregir.

No dijo nada de eso. Solo dijo:

—Nena.

El rostro de la abuela se suavizó al comprender.

—Eso pensé —dijo—. ¿Se enojó al verte?

Así que la abuela tampoco sabía. Ni Casimiro ni Bernabé ni nadie en la asamblea se había asombrado de ver a Nena. Ni su padre ni su madre. Doña Mercedes, a quien la última vez había visto aullando “Mi niña está muerta”, la había tomado del codo y le había hablado como si nada.

No era posible.

Por fin, las pistolas se dispararon.

—Se murió. —Dejó de dar vueltas y miró a la abuela de frente. Ella se sentó a la mesa del porche y dio unas palmaditas a su lado en la banca. Néstor ignoró el gesto—. Esa noche. La cargué de vuelta a la casa mayor. Estaba muerta. Todos lo decían. Y yo...

Su voz se quebró en un jadeo. Sus pies lo llevaron de nuevo, aplanaron el pasto frente al porche, aplastando recuerdos bajo sus suelas. El peso de Nena en sus brazos, tieso y sin vida. Su fría mejilla contra la suya. La urgencia de que respirara, un deseo tan desesperado que se le clavó en el hueco de la garganta.

—Mijo —dijo la abuela, indicando con un gesto que se sentara a su lado—. No estás entendiendo.

—Pero es verdad.

Las palabras restallaron en el aire como látigo.

—Néstor. —Eso ya tuvo la resonancia de una orden. El cuerpo de Néstor respondió antes de que sus pensamientos se percataran de ello: dejó de dar vueltas y la miró—. Respira —le indicó—. Siéntate.

Néstor entró al porche para obedecerla y se sentó junto a ella en la banca.

—Una noche, doña Mercedes me llamó a la casa mayor —dijo la abuela—. Era Nena. Se

veía... como si la hubiera atacado una bestia. Pero eso no era todo. La había enfermado su veneno.

Néstor recargó los codos en la mesa y puso la cabeza entre las manos. Se concentró en los nudos y vetas de la madera ante él, en las volutas familiares que, de niño, había trazado miles de veces con los dedos; pero lo único que podía ver era a Nena sangrando en el piso y a doña Mercedes aullando junto a ella.

—Tú sabes qué pasó —dijo la abuela muy quedo.

Todo era su culpa.

Se preparó para recibir una oleada de tristeza, las tinieblas nauseabundas que lo hundirían. Sin embargo, no sucedió. Tenía la mano de la abuela en el brazo, tranquilizándolo con su peso. Consolándolo.

Pero no era suficiente para convertir sus pesadillas en palabras.

—Estás suponiendo que estuve ahí —la evadió. Sabía que la estaba evadiendo y sabía que era una tontería. La abuela siempre sabía.

—Conozco a mi nieto —dijo—. ¿Qué le pasó?

Néstor apretó los ojos. Garras largas como machetes desgarraron la oscuridad; los gritos de Nena reverberaron contra el fondo de su cráneo.

—Fue horrible —dijo apenas por encima de un susurro.

—¿Qué fue?

—No... no sé. —Era la verdad—. Estaba muy oscuro.

Mentira: la débil luna había alumbrado un pellejo gris, una nariz plana contra un cráneo de murciélago. Y dientes, tantos dientes, oscuros y goteando la sangre de Nena.

—No podía ver nada —continuó Néstor. Respiró hondo y abrió los ojos. Luego habló lo más rápido que pudo, en una larga frase sin aliento dirigida hacia la mesa—. Cuando se fue, Nena estaba herida, la cargué a la casa mayor, ahí estaban doña Mercedes, don Félix y el patrón, y dijeron que estaba muerta, el patrón estaba gritando y yo... todo fue mi culpa.

Ahí murió su voz. No le quedaban más palabras.

—Así que huiste —dijo la abuela.

El silencio se tensó a través del crepúsculo, roto solo por el profundo suspiro de la abuela.

—Y ahora entiendo por qué me negaron tu presencia tanto tiempo —dijo con una voz cargada de tristeza. Le dio una palmadita en el brazo y dejó la mano ahí, como si no quisiera volver a tenerlo fuera de su alcance—. Has oído del mal que azota a los vaqueros, ¿verdad, mijo?

Néstor alzó la cabeza, sorprendido por el repentino cambio de tema.

—Beto me contó que era susto.

El susto era una de las enfermedades espirituales de las que hablaba la abuela. Cuando Néstor era niño, sus costumbres regían el mundo. Hasta la fecha, nunca despertaba a nadie de golpe, pues según ella, había riesgo de que el alma errante durante el sueño se separara del cuerpo que

entraba en vigilia. No estaba seguro de creerlo; solo sabía que si la abuela creía en algo, lo mejor era seguir su ejemplo.

—Muchos han sido afectados en Los Ojuelos —dijo la abuela—. Es un veneno que paraliza en vez de matar, como el de un alacrán. Aquella noche, Nena estaba envenenada. Pero también sufrió un golpe en el espíritu. Dos, creo yo. Del primero la curé aquella noche, cuando doña Mercedes me llamó a la casa mayor. —Negó con la cabeza. Sus trenzas blancas parecían más brillantes conforme la luz moría y la noche se hacía más honda—. Pero del segundo no se ha recuperado nunca.

Néstor se quitó las manos de la cara, esperando a que la abuela continuara. Era una pausa que conocía por haber oído mil cuentos junto al fuego; cayó en el ritmo de su habla como si no se hubiera ido nunca.

—El golpe de perderte —dijo, buscando su cara con los ojos—. Para ti, Nena murió. Para ella, te fuiste. Son dos duelos muy distintos.

Él había huido por nueve años, y ella se había quedado ahí. Sola.

La había abandonado.

El pavor se soltó en su pecho. Se sintió a la vez lleno de náuseas y horrible, imposiblemente vacío al comprender que, sí, había cometido un error. Uno que nunca podría corregir.

Se acercaban voces y pasos. Eran Beto y Casimiro, de vuelta de la asamblea. Un aumento en la brisa llevó consigo los ricos aromas del cabrito y los frijoles al porche.

Néstor alzó la cara. Su estómago se retorció hasta formar un puño ansioso. Se le había olvidado comer; ahora, el olor a cebollitas a la parrilla, pimientos, comino y tortillas calientes, no lo dejaba pensar en otra cosa.

—Te traje algo, hermanito —anunció Casimiro mientras le ponía un plato en la mesa. Beto le dio uno a la abuela.

—En realidad te traje dos algos —añadió Casimiro. Pasó las piernas por encima de la banca para sentarse mientras Néstor se hundía en la comida. Beto también se sentó y buscó una hoja de maíz y tabaco en su bolsillo—. Una chamba.

—¿Ah? —preguntó Néstor mientras se llevaba a la boca un taco de cabrito. El jugo se le escurrió por los dedos mientras mordía la suave tortilla y la carne tierna. Madre santa, nada que hubiera comido en los últimos nueve años se comparaba con la cocina de Los Ojuelos. Tenía que haber algo mágico en la leña de mezquite, en las sartenes o en la forma como molían el maíz. Algo. Nada se comparaba.

—La hija del patrón va a venir con el escuadrón a Matamoros —dijo Casimiro—. No sé si te acuerdes de la señorita Magdalena —añadió con tono malicioso.

—¿Qué? —tosió Néstor, casi ahogándose con su taco—. ¿Por qué? No es seguro.

Beto frunció los labios mientras liaba su cigarro, con las cejas arqueadas, muy interesado en la reacción de Néstor.

Néstor carraspeó y se limpió la boca con el dorso de la mano. No podía decirle a Beto lo que Nena significaba para él. Eso atraería preguntas. Y eso implicaría evasiones o explicaciones, y no estaba en condición de ninguna de las dos.

—El patrón dice que necesitamos curanderas —continuó Casimiro. Se robó un pimiento asado del plato de Néstor y se lo metió a la boca, luego señaló a la abuela con la cabeza—. Supongo que podrías decir que es la aprendiz de la abuela. En fin, don Félix quiere que esté bien protegida en el camino. Nos apuntó para turnarnos guardias y velar por ella noche y día. Puedes con el trabajo extra, ¿verdad?

Cuidar a Nena implicaría cabalgar a su lado, o al menos cerca. Montar guardia afuera de su tienda mientras dormía. Verla a diario. Se le aceleró el corazón de la emoción al pensarlo.

Eso le daría oportunidad de hablar con ella. Podría decirle que...

¿Que qué?

Esa noche se había quedado sin palabras cuando le cerró la puerta en la cara.

“Son dos duelos muy distintos”, había dicho la abuela.

Su tristeza se había afianzado en sus piernas y las había mantenido huyendo. La de Nena, al parecer, iba de la mano con la rabia.

—¿Verdad? —preguntó de nuevo Casimiro, estirando las sílabas.

—Claro —contestó Néstor rápidamente.

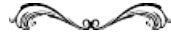
Cuando Casimiro y Beto empezaron a contar las demás cosas que se habían discutido en la asamblea, fijó los ojos en la casa mayor, detrás de ellos, en la luz de las velas que se asomaba por las ventanas.

Durante una sola noche, su mundo había girado y lo había lanzado al suelo como un potro a medio domar. Se había tropezado al levantarse, pero empezaba a sentir una tranquilidad inesperada recorriéndolo. Tenía los pies bien firmes en la tierra y la mirada en el horizonte, en lo único por lo que valía la pena luchar.

Nena estaba viva.

Sí, había cometido un error insondable. Sí, Nena no quería hablar con él; quizá no quisiera tener nada que ver con él. Podía pasar el resto de su vida arrepintiéndose o podía tomar ese milagro imperfecto y roto que el destino le había soltado en las manos y hacer algo con él.

“Lo voy a arreglar”, juró con los ojos fijos en las ventanas de la casa mayor. Aunque no tuviera idea de cómo hacerlo, ni de cuánto tiempo le tomaría, era un voto. Una plegaria. “Lo prometo”.



NENA

PARA CUANDO APAGARON las velas del dormitorio, varias horas después, nadie le había preguntado a Nena por Néstor. Contempló el techo mientras el sueño suavizaba la respiración de sus primas y de Javiera en la oscuridad. El perro de Javiera, Pollo, recorrió el cuarto tres veces, castañeando rítmicamente el piso de piedra con las garras, hasta acomodarse finalmente al pie de la cama de su dueña.

El sueño revoloteaba burlón sobre su coronilla, tan cerca que casi podía tocarlo. Se quedaría ahí, tan cerca pero tan irritantemente lejos, mientras los pensamientos dieran vueltas por su mente como potrillos en el corral de entrenamiento, apisonando la tierra con las pezuñas.

¿Cómo se atrevía Néstor a ir a hablar con ella? ¿Cómo se atrevía a interrumpirla en una de las pocas noches de paz que le quedaban con su familia, antes de que el escuadrón partiera al peligroso viaje a Matamoros? ¿Y para decirle qué, tras nueve años de silencio?

Un zumbido irritado se alzó en su pecho, fatalmente suave como el cascabel de una serpiente, al recordar su cara iluminada por la luz de la vela en el umbral. La manera en la que el resplandor del interior de la casa suavizaba los rasgos duros de su rostro.

¿Cómo se atrevía a presentarse ahí, como si de verdad se creyera con derecho a hablarle después de tantos años fuera? Después de no haber dicho ni una palabra. Tras casi una década de silencio.

Ella no le debía nada. Ni la cortesía de la conversación ni el tiempo que tardaran sus palabras en salir de su boca.

Poco antes, mientras las muchachas se desvestían para acostarse, Nena estaba segura de haber oído a Didi susurrándole “te lo dije” a su hermana Alejandra. Alzó la cara y les lanzó una mirada severa por encima del hombro mientras cerraba el pestillo de la única ventana del cuarto.

—¿Qué dijiste? —espetó.

Sus primas se lanzaron miradas gemelas de culpa. Alejandra confesó de inmediato.

—Vimos a Néstor Duarte llegar a la comisaría en la tarde —dijo, atropellando las palabras

conforme se ponía más nerviosa—. Podríamos haberte dicho, tal vez debimos, pero...

—Pero sabíamos que te ibas a enojar —intervino Didi, y su expresión se tiñó de vergüenza al esconderse de la mueca de Nena.

Así que podrían haberle advertido. La ira se le revolvió en el pecho al pensar que alguien podría haberle avisado que Néstor estaba a punto de entrar al patio. En vez de eso, la sorpresa la hizo quedar como estúpida.

No lo necesitaba. Había aprendido a vivir sin él y lo seguiría haciendo. En dos días, el escuadrón partiría. El rancho olvidaría que Néstor Duarte se había aparecido siquiera.

Se puso bocabajo de golpe y se quitó de encima aquellos pensamientos como si fueran una cobija demasiado pesada. Cerró los ojos.

El sueño al fin la invadió. Su abrazo fue imperfecto, picaba como lana, que nunca llega a ser confortable.

Soñó con Néstor.

Lo vio ser lanzado al suelo por el mesteño corcoveante, una vez, luego dos, y corría hacia él. Tenía las piernas demasiado pesadas; era como si corriera en arena mojada cuando Casimiro la agarró. La oscuridad cubrió a ambos vaqueros, distorsionó sus voces, se los tragó. El sueño ondeó y se escurrió hacia adelante; de pronto, miles de brazos intentaban agarrarla, la buscaban en las tinieblas. Movía con urgencia ambas piernas, desesperada por huir, con el corazón palpitándole frenético en la garganta. No podía ver detrás de ella y no se atrevía a voltear, pues sabía que los brazos que la buscaban eran largos y tenían garras. Sabía que le pertenecían a algo terrible, algo que estaba a un pelo de distancia. Estaban justo atrás: mil ojos, mil conciencias cayendo sobre ella como murciélagos, cegándola. Los tenía encima. Estaba cayendo, cayendo...

Trató de gritar.

El sueño se tragó el sonido; cuando despertó, sentándose de golpe entre las cobijas enredadas, no quedaba más que un chillido ahogado y denso. Jadeó, respirando de forma áspera y desigual, mientras barría el cuarto con la mirada: el crucifijo en la pared, las siluetas durmientes de Didi y Alejandra, el altarcito a la Virgen, el tocador cubierto de cepillos, joyas y listones junto a la ventana. Todo en su lugar.

Excepto...

Javiera estaba sentada, muy tesa, en su cama. Su alarido partía en dos la noche. Eso era lo que la había despertado. Los ojos de su hermana se veían alarmanamente blancos a la luz de la luna que entraba a la habitación.

Nena bajó de su cama de un salto, se tropezó con Pollo y trastabilló hasta Javiera. El perro ladraba sin cesar, casi sin respirar, con voz afónica y furiosa.

Surgieron quejidos de las camas de Didi y Alejandra, arrebatadas del sueño, preguntando qué pasaba. Nena las ignoró. Se sentó en la cama de Javiera y tomó a su hermana entre brazos.

—Tranquila, tranquila, aquí estoy. —Javiera temblaba con violencia, pero al sentir a Nena, sus

gritos cesaron y se desplomaron convertidos en sollozos. Nena tomó su cabeza para recargarla en su hombro—. Regresa conmigo, Javiera. Respira. Solo fue un sueño.

Pollo seguía ladrando. Llegaron ruidos del resto de la casa. Voces contrariadas. A pesar de las órdenes de Didi y Alejandra, el perro seguía ladrando, apuntando la nariz hacia la ventana, los pelos del lomo erizados, las patas abiertas y firmes, la cola erguida y alerta.

Javiera respiró hondo.

—Esa cara —susurró contra el hombro de Nena—. La de mi sueño. No tenía ojos. Y dientes, cuántos dientes...

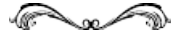
Una ligera brisa recorrió la espalda de Nena. Unos dedos fríos y húmedos jugaban con el sudor suave que cubría su nuca.

Se le puso la piel de gallina.

Estrechó a Javiera aún más fuerte y miró por encima del hombro.

La luz de la luna inundaba el piso del cuarto lentamente, espesa como un charco de sangre. La ventana estaba abierta. El pestillo fuera de lugar y los postigos abiertos de par en par hacia el cielo nocturno y despejado.

En el centro del charco de luna estaba Pollo. Apuntaba directamente a la ventana con la nariz y no dejaba de ladrar.

*NENA*

EL ESCUADRÓN AVANZÓ hacia Matamoros como una bestia torpe e inexperta, con demasiadas extremidades que le impedían avanzar rápidamente. Además de los rancheros y sus caballos, Nena contó por lo menos dos reservas por cada ranchero. Luego estaban los vaqueros y sus monturas, el ganado y las cocineras de los ranchos montadas en carretas gigantescas, asegurándose de que el escuadrón estuviera bien alimentado. Mientras cabalgaban, su papá le dijo que, de todos modos, aquel se consideraba un grupo austero y rápido, comparado con una división de infantería. Llegarían a Matamoros en nueve días, si Dios quería, y ahí podría ver el tamaño de un ejército de verdad.

A Nena no le quedaba claro cómo su papá podía hablar con tanta autoridad de esas cosas. ¿Acaso no había pasado toda su vida al norte del río Bravo, en los parajes agrestes de aquel Norte olvidado por el resto de México? No obstante, se mordió la lengua. Asintió mientras él y los demás rancheros criticaban la estrategia del general Arista o especulaban acerca de cuántos batallones yanquis habrían llegado al norte del río Bravo, al fuerte que estaban construyendo y al que habían bautizado como Fuerte Brown. Ansiosa por quedar bien con su padre, obedecía con presteza cuando le pedía algo; procuraba mantener la cabeza agachada y se concentraba en sus labores de curandera y de mujer en el campamento.

El nerviosismo de los hombres era palpable. Nena sabía que muchos no querían estar ahí, los había oído decir que los habían obligado a dejar a sus esposas, hijos y padres ancianos; que habían ido solo porque sus rancheros se los habían ordenado. Los rumores acerca del susto corrían como volutas de humo, transformándose a cada giro. Decían que los tejanos, ansiosos por expandir su territorio, habían envenenado los arroyos, y que por eso los hombres caían inconscientes. Algunos afirmaban que, luego de haber tomado Puerto Isabel, los yanquis habían entrenado perros feroces y que los soltaban en los ranchos; por eso algunos hombres habían sido atacados, no solo entre los vaqueros, sino también entre la infantería mexicana. Otros más juraban por la tumba de sus abuelos que los yanquis tenían una nueva arma que mordía y

envenenaba.

Aquel fue el único rumor que se le clavó bajo la piel como una espina de huizache infectada. No dejaba de recordar la enfermedad de Ignacio y su extraña herida. No dejaba de mirar hacia atrás cuando recogía agua y hacía las labores del campamento, y brincaba cada vez que oía un susurro en los árboles. Las más de las veces, el ruido resultaba no ser más amenazante que cucarachas en las hojas de un sabal a la orilla del río, o el chismorreo gorjeante de un zanate negro y brillante en los mezquites.

O sus guardias.

Su papá le había dado a Félix la responsabilidad de elegir a los hombres que la protegerían durante el trayecto. Ella no le había dado importancia hasta que vio una silueta familiar hablando con Félix a la hora de la siesta; oyó voces y distinguió el brillo de las pistolas al ser limpiadas bajo el sol.

Su papá no tenía favoritos entre los vaqueros. Félix, sí. Respetaba a Bernabé Duarte como a un igual, y le pedía consejo tan a menudo como a sus tíos o incluso a su mismo padre.

—El Duarte chico en particular tiene una excelente puntería —le informó Félix a su papá la primera noche.

Un sentimiento extraño la inundó al oír eso. Una pizca de pavor, una dosis de rabia.

Cuando uno de los demás rancheros ofreció que sus vaqueros se unieran a la guardia de Nena, su papá descartó la idea con un ademán brusco, como si estuviera espantando una mosca de su comida.

—Los chicos de Bernabé se comportan como caballeros. Les confiaría mi vida.

Nena no se fiaba de Néstor Duarte más que de un coyote en un gallinero.

Se acostumbró a los otros dos que se turnaban afuera de su tienda o jugando a ser su sombra cuando iba por agua al río con las pocas mujeres que acompañaban al escuadrón: algunas cocineras, algunas sirvientas y algunas esposas de vaqueros. Ya era bastante raro estar lejos del ritmo familiar del rancho; aquella disrupción le facilitó habituarse a un guardaespaldas. Casimiro era distante y cortés, como siempre. Años atrás, Néstor le había contado que Bernabé era increíblemente estricto con él y con Casimiro respecto a la manera correcta de comportarse con las mujeres del rancho.

El otro era Beto. Aunque su apariencia sugiriera una ascendencia anglo, con ojos azules y un matiz rojizo en el pelo claro, era indistinguible de los demás vaqueros. Era una criatura del chaparral como los demás, patizambo por haberse pasado la vida a caballo, con los rabillos de los ojos lleno de arrugas por entornarlos cuando tenía que ver hacia el sol. A diferencia del silencio de Casimiro, Beto tenía una cháchara agradable, que casi siempre hilaba largas y divertidas anécdotas de sus años en la carretera, siempre con un cigarro en la boca. A veces, si Nena se despertaba por la noche en la oscuridad de su tienda, lo alcanzaba a oír canturreando por lo bajo mientras montaba guardia. Empezó a asociar el olor a tabaco con consuelo. Dormía bien durante

esas noches.

Invariablemente, Casimiro y Beto eran siempre corteses en su presencia, algo que contrastaba profundamente con la manera en la que se comportaban con los demás vaqueros del campamento. A veces los oía a lo lejos, mientras ayudaba a otras mujeres a atizar el fogón o mientras iba de camino a otra parte del campamento para revisar a los hombres que se recuperaban de lesiones menores sufridas durante el trayecto.

A Beto en particular le encantaba levantar un coro de carcajadas entre los vaqueros contando disparates de Néstor. Que había encontrado el casco de un conquistador en las minas de plata de Durango. Que había lazado *longhorns* sedientos de sangre para marcarlos. Que había domado sementales mesteños salvajes a los que nadie más se podía acercar siquiera. Que se había acostado con las esposas y viudas de rancheros acaudalados.

Nena se sonrojó a altas temperaturas al oír de pasada una de aquellas últimas anécdotas. No pudo evitar asomarse por encima del hombro, agitada, para buscarle la cara a Beto y usarla para medir mejor su tono. ¿Sería una broma? ¿Una exageración brutal?

—¡Con todos estos cuentos, parecería que es Pedro de Urdemañas! —exclamó un vaquero.

Ahí estaba: alguien que se olía las exageraciones de un cuento de vaqueros. Comparar a alguien con aquel astuto héroe folclórico equivalía a declararlo falso abiertamente.

—No, Pedro de Urdemañas tuvo que usar trucos para salir del infierno —dijo Casimiro. Había visto a Nena; la miró a los ojos y le sostuvo la mirada por un minuto entero. Durante años, había sido todo inclinar el sombrero y gentiles “buenas tardes”, pero en ese momento, algo diabólicamente divertido despertó a la luz del fuego. Le retiró la mirada para concentrarse en su audiencia. Pero sabía que ella lo escuchaba también—. Néstor Duarte podría ganarse al diablo con sus encantos y salir de ahí silbando.

Sus palabras zumbaron alrededor de Nena, tan insistentes e irritantes como los mosquitos que atormentaban al escuadrón a medida que avanzaba hacia el sur. No debía creerlas, un cuento de vaqueros apenas llega a ser media verdad, pero la irritaban como paja durante las horas en las que Néstor montaba guardia.

ESTABAN A UN día de Matamoros. La angustia azotaba a los hombres como gruesos hilos de niebla; los caballos, al sentir el cambio en el aire, se tornaron inquietos, daban pisotones y relinchaban incluso durante la siesta. La intranquilidad le cubría la piel a Nena como el sudor constante que revestía cada día húmedo. Su papá y don Antonio Canales se habían adelantado para presentarse con el general y aún no habían vuelto cuando el ocaso enrojeció el poniente. Para empeorarlo todo, Néstor montaba guardia.

Lo ignoró a propósito mientras salía del campamento en busca de agua. Su larga falda de montar se arrastraba suavemente por el pasto aplastado del sendero. La maleza crecía inusualmente alta entre los ébanos que bordeaban el río. El aire se aferraba al calor de la tarde;

formaba un grueso velo sobre las márgenes. Hasta los gritos lejanos de las estruendosas chachalacas quedaban ahogados por este.

El único ruido eran los pasos de Néstor, siguiendo los suyos a una distancia respetuosa. A diferencia de otras veces durante aquella semana en que había sido su sombra, cuando él trataba en vano de iniciar una conversación, no decía nada.

Qué bueno.

Ese día no tenía la paciencia para ignorarlo. No lo había perdonado por tener el atrevimiento de presentarse a la puerta de la casa mayor con un simple “buenas” en vez de una explicación. Por cada mañana o tarde en la carretera en que había intentado hablar como si nada del clima, de los caballos o de los demás vaqueros o, válgame Dios, cuando le había intentado preguntar cortésmente qué curanderismo había aprendido de la abuela en su ausencia.

Pues esa ausencia nunca era mencionada. Todo el tiempo que habían pasado en el trayecto, él se había comportado como si iniciar una conversación con ella fuera lo más normal del mundo.

Mientras estaba acostada en su tienda por la noche, espantando mosquitos y anhelando tener a su lado la respiración reconfortante de su hermana y sus primas, llegó a una conclusión que hizo que los ojos le ardieran por las lágrimas que no derramó.

El muchacho que conocía y al que extrañaba estaba muerto. El hombre que había vuelto y llevaba su nombre era un fraude. Debajo de su máscara de encanto había un desconocido insensible. No le importaba cómo le habían afectado los años de ausencia, pues claramente no lo habían afectado a él.

No le interesaba conocerlo. De hecho, se rehusaba a hacerlo.

Apresuró el paso hacia el río, con el jarrón de agua en la cadera. Cuanto antes se lavara la cara y recogiera agua, más pronto se liberaría de él. Siempre notaba cuando la estaba observando. Sentía su mirada como un peso físico, como una mano suave en su brazo, como un susurro: “Aquí estoy”.

Pero ¿dónde había estado esos nueve años? ¿Por qué se había ido? ¿Por qué no se había comunicado? Esos pensamientos la impulsaban como el látigo mueve al cabestro; estaba tan ensimismada en ellos que le llevó medio camino percatarse de lo espeluznante que era el silencio del crepúsculo, roto tan solo por un suave zumbido.

Mientras escrutaba la maleza inusualmente alta a ambos lados del sendero, pensó que la sensación de estar siendo observada quizá se debía a algo más que a la presencia de Néstor. Aquella sensación que le abrazaba la nuca con la intimidad de un depredador.

Dobló la última curva en el camino y casi tropezó con el cadáver de un toro que bloqueaba la vereda hacia el río.

Su grito de sorpresa fue casi un alarido.

—Nena.

Una mano en su brazo la guio hacia atrás suavemente, sosteniéndola y manteniendo su

equilibrio. En cualquier otro momento, aquel contacto, la familiaridad de su apodo, la habrían crispado. Pero apenas si los notó, como tampoco notó las inhalaciones repentinas y sibilantes de Néstor.

El suelo suave y arcilloso de la ribera estaba agreste y fangoso por la agitación de las pezuñas; el toro había caído luchando. Estaba tirado de costado, con la cabeza chueca y apuntando hacia Nena y los ojos vidriosos sin haber sido ultrajados por los zopilotes. Las moscas se arremolinaban sobre sus narinas y una extensa herida en su garganta.

Era un cadáver fresco.

Su rostro tenía la expresión dura y hambrienta de las bestias al morir de inanición; la piel sobre el costillar y la cadera estaba tensa, delineando cada costilla alrededor de su panza, extrañamente vacía. Estaba desecado, como un limón puesto al sol, como cecina ahumada durante semanas, como si le hubieran chupado cada gota de líquido, sin dejar nada más que un cascarón.

La marca de la Hacienda del Sol ennegrecía uno de sus hombros. No se trataba de un buey silvestre que tuviera que arreglárselas solo, que pudiera enfermar y morir sin que nadie lo supiera. Era parte del ganado sano que habían llevado con el escuadrón.

—¿Pero qué diablos? —exclamó Nena.

La mano dejó su brazo. Néstor avanzó, rodeó con cuidado la cabeza del cadáver y se acucilló en la tierra removida para ver más de cerca. Nena se mantuvo un paso detrás de él, con el jarrón de agua en la cadera.

La herida en el cuello del toro era de un depredador: áspera, irregular, desgarrada por fauces. La sequedad del cuero del buey enfatizaba perforaciones de aguja alrededor de la herida.

—Nunca había visto nada igual —dijo Nena muy quedo, casi para sí.

Mientras las palabras salían de su boca, se preguntó si estas eran ciertas. Algo en el borde irregular de la herida le recordaba las extrañas perforaciones viperinas que había visto en la axila del vaquero Ignacio.

El sombrero de Néstor le hacía sombra en los ojos y ocultaba la mayor parte de su expresión, pero Nena alcanzaba a ver la mueca sombría de su boca.

—Yo sí —dijo.

—¿Qué fue? —preguntó Nena.

No parecía obra de un puma ni de un coyote; no había huellas de patas a la vista ni marcas de garras. Solo la agitación desesperada de las pezuñas.

—Pues... —Néstor se levantó lentamente. Meditabundo, se llevó una mano a la barbilla. Aquel gesto liberó una descarga de reconocimiento en el pecho de Nena. Ahí estaba él. La extrañeza que los rodeaba como un peso físico en el aire la hirió en carne viva; hizo que la descarga llegara más hondo. Ahí estaba él, y todavía lo extrañaba—. Un viejo vaquero me dijo una vez que era obra de espíritus.

En sus recuerdos, su voz era de adolescente, crujía como la escarcha al pisarla. Se había convertido en cuero desgastado: flexible y oscura, bien ceñida como una vieja silla de montar. Detestaba que sonara tan natural. Detestaba que se sintiera como una corriente de agua fresca. Detestaba cuánto quería que siguiera hablando.

La sensación de que alguien la observaba no había cesado; si acaso, había aumentado, como un hierro de marcar enrojeciéndose lentamente al fuego mientras el ocaso se profundizaba. Hablar la mantendría a raya.

—¿Qué significa eso? —preguntó.

—No sé. El tipo era un poco, este, raro. ¿Sí sabes cómo? —Soltó un silbidito e hizo un gesto en espiral con un dedo contra la oreja. Había dicho “raro”, pero quería decir “loco”—. Beto y yo arreamos ganado con él hace años, al norte de Presidio de San Vicente.

Solo fueron un par de oraciones, pero eso bastó para condenarlo. Los gestos familiares, la referencia de pasada a una vida lejos de Los Ojuelos. La manera tan casual en que había dicho “hace años”, como si ese tiempo hubiera transcurrido cómodamente, como si no hubieran sido los largos meses en los que Nena se había quedado asomada por la ventana, esperando a que Félix regresara de la comisaría con el correo. Esperando en vano cualquier noticia.

“Tienes que dejar de preguntar, Nena. Se fue”.

Nueve años. Durante nueve años se preguntó dónde estaba, si estaba seguro, si iba a regresar. Creció. El paisaje de su vida cambió irreparablemente. Quedó cada vez más constreñida por las cuerdas de la feminidad; él vagaba libre, libre de responsabilidades.

—Veamos si alguien en el campamento tiene una mejor explicación —dijo Néstor mientras se llevaba la mano a los labios.

Soltó un chiflido agudo y penetrante: dos notas dos veces repetidas, un mensaje claro como el agua para cualquiera que hubiera crecido en Los Ojuelos. “Vengan, vengan a ver”, sin la tercera nota, más aguda, la de “ayuda”.

—Ven acá —dijo Néstor. Se alejó del cadáver y le hizo señas para que lo siguiera—. Deberíamos esperar a que lleguen los demás, pero luego vamos al río.

Nena dio un paso hacia él y se detuvo. Seguirlo era un hábito muerto hacía mucho; detestó lo fácil que había resucitado. Lo fácil que había caído.

La tomó por sorpresa la repentina y cálida presencia de un sollozo denso, rápido y ahogado. Quizá fuera el agotamiento. Quizá fuera algo más. Lo aplastó de cualquier forma. Alzó la cara altiva, se acomodó el jarrón en la cadera y siguió adelante a zancadas por el sendero hacia el río.

—¿Nena?

No quería oír otra palabra, ni una sílaba más suavizada por el gangueo suave y rural que tanto sonaba a casa.

—Espera, por favor. —Pasos detrás de ella—. Prometí no dejarte sola.

Nena soltó un bufido.

—Qué promesa. —Sintió la acidez en sus palabras antes de que tocaran el aire—. No deberías prometerle a mi padre cosas que no has cumplido en el pasado. Podría perder los estribos.

Entornó los ojos. El río apareció detrás de una curva; su lenta superficie reflejaba el ocaso rojizo.

Los pasos a sus espaldas vacilaron. Continuaron.

—¿De qué chingaos estás hablando? Nena...

—No me digas así —espetó por encima del hombro—. Los desconocidos me llaman Magdalena. Los vaqueros me dicen “señorita” o, mejor aún, no me dirigen la palabra en lo absoluto. ¿Me has entendido?

Oyó una inhalación rápida por la nariz. Sus páas lo habían pinchado. Qué bueno. Se lo merecía. Deseó poder girarse y picarlo con mil más, con todas las cosas dolorosas que quería decirle. Hacer que ese hombre insultantemente despreocupado sintiera una fracción de lo que sentía ella.

—Madre santa —arrastró las palabras, secas y burlonas—. Casimiro debió haberme advertido que te habías convertido en una niña mimada.

Nena se giró para enfrentarlo.

Néstor se tocó el ala del sombrero con un gesto exagerado.

—Señorita —añadió tras una pausa.

Nena se ajustó el jarrón altiva y lo miró a los ojos. Se observaron como duelistas, pistolas en mano, amartilladas y refulgentes.

Una sensación desconocida se asomó en su pecho: un deseo agreste y salvaje de pelear. La necesidad repentina de luchar contra él y ganar, de dejarlo postrado en el polvo como se merecía.

—¿Y qué clase de trato esperabas? Me abandonaste. — Nunca lo había dicho en voz alta. Soltar ese peso se le subió a la cabeza como copa de vino. La dejó sin aliento, acalorada, ardiendo. Con ganas de más. Nunca le había alzado la voz a un hombre antes, pero ya que había empezado, no podía detenerse—. Deberías dar gracias de que siquiera te estoy hablando. No va a pasar otra vez, créeme.

Esperaba que le contestara igual. En vez de eso, a Néstor se le cayeron los hombros. Agachó la mirada.

—Lo siento —dijo.

—¿Crees que con eso basta?

No bastaba. No cambiaba nada. Era una delgada capa de pintura sobre una casa podrida y rota.

—No podía regresar —dijo.

—Una mañana me levanté y mi mejor amigo se había ido sin dejar rastro —espetó—. Sin decir una palabra. Nueve años.

Néstor se llevó las manos a la cara mientras ella hablaba; se presionó los dedos contra las sienes.

—Nena, yo...

—No me digas Nena —lo frenó.

Él siguió hablando, con la voz cavernosa por el sentimiento.

—Esa noche te moriste.

El retruécano de Nena murió en sus labios. Esperaba otra disculpa desgana. Eso la hizo tropezar y caer despatarrada sobre la tierra.

—No podía regresar —dijo Néstor. Se señaló el pecho con ambas manos, cada gesto entrelazado con franqueza, mientras casi se le quebraba la voz. Cerró los ojos, como si se preparara para el dolor—. No podía confrontarlo.

Hablaba con tanta convicción que Nena no pudo evitar detenerse un momento. Solo tenía fragmentos de esa noche entre las manos; mientras más aguzaba la vista para distinguirlos, más se le escurrían entre los dedos como agua. La abuela le había dicho que había sufrido de susto, pero eso no explicaba la cicatriz en su cuello.

Pero no era excusa.

—Basta —espetó. Tenía la piel erizada de irritación, de calor; bajo el cuello del vestido, sentía como si una ortiga le hubiera rozado la cicatriz—. Eres un mentiroso. No estoy muerta, ¿o sí?

A Néstor se le desorbitaron los ojos.

—¿Por qué mentiría sobre algo así? —dijo sin aliento, como si lo hubiera golpeado en el estómago.

—No sé. Ya no te conozco —contestó ella—. Porque te fuiste.

Él abrió la boca para contestar, luego se quedó quieto, con la cabeza ladeada como si escuchara un ruido lejano.

—¿Oíste eso?

Si el chiflido de Néstor había llamado a los demás vaqueros, estos ya deberían haber contestado. Sus pasos habrían sido decididos y ruidosos. Pero no se oía nada. El silencio espeluznante que espesaba el aire desde que descubrieran el cadáver no se había levantado; si acaso, se espesaba como calor mientras más tiempo pasaban en presencia del buey despedazado, amenazando con asfixiarla.

Sin embargo, no podía deshacerse de la sensación de que algo se acercaba. Algo que le elevó el pulso de terror al darse cuenta de lo oscuro que se había puesto mientras discutían. Era dolorosamente consciente de que no tenían una antorcha para alumbrar el camino; sintió un deseo feroz de tener una.

Un chasquido metálico le atoró el corazón en la garganta. Néstor se había girado y se había acercado a ella, con el brazo izquierdo estirado como si estuviera listo para defenderla. En la derecha traía una pistola.

—¿Son rinches? —susurró Nena mientras se acercaba más a su espalda. Se sobó la cicatriz para aliviar la irritación—. ¿Yanquis?

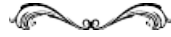
Néstor escrutaba tenso el crepúsculo, barriendo con la mirada los pastos a sus costados y el río a sus espaldas.

—No... no sé.

Entonces lo sintió: un zumbido como de insectos, como el batir de las alas de una chicharra. Pero no le tocaba los oídos. Lo sentía en la piel, en los brazos y las mejillas, en la piel suave del cuello mientras se elevaba entre el pasto. Se sentía como el olor a carne podrida: acre, repulsivo y fuera de lugar.

Néstor alzó la pistola. Nena agarró el jarrón, lista para lanzarlo y huir.

Aunque ninguno de los dos se moviera, una pisada rompió el silencio.



NÉSTOR

NÉSTOR RETROCEDIÓ LENTAMENTE, apretando el mango de su pistola. Una sensación avanzaba sobre su piel, caminando suave como las patas de una cucaracha: algo los observaba, agazapado, listo para saltar.

Soltó el seguro con un chasquido.

Nena estaba justo detrás de él, tan cerca que podía sentir su respiración en la nuca, queda y rápida como conejo al ser cazado. Su propio pulso repiqueteaba en sus oídos. El zumbido tensaba el aire. El crepúsculo parecía escurrirse hacia la noche entre un latido y el siguiente; la oscuridad cayó a su alrededor como un abrazo empalagoso e íntimo.

—¡Jesucristo!

Brincó sobresaltado, con el dedo flojo sobre el gatillo. Bajó la pistola de inmediato. Era la voz de Casimiro. Su chiflido había logrado llamar a otros vaqueros.

El zumbido que los rodeaba a él y a Nena disminuyó hasta convertirse en susurro y luego se esfumó. La oscuridad pareció retraerse, retirándose hacia la maleza en la margen del río.

El hechizo se rompió. Era el ocaso nuevamente, y el aire a su alrededor era tan ligero y normal que Néstor se preguntó si había imaginado aquellas tinieblas. Si se lo había imaginado todo.

Respiró hondo para tranquilizarse y enfundó su pistola.

—¿Qué chingaos pasó aquí? —exclamó sorprendida otra voz.

Nena pasó junto a él para acercarse a las voces mientras se acomodaba el jarrón en la cadera. Él la siguió de cerca.

Casimiro y Beto habían contestado a su chiflido y estaban junto al toro desecado. Casimiro estaba acuclillado cerca de la garganta de aquel cadáver, sacudiendo la cabeza desconcertado mientras la examinaba.

—Beto — llamó Nena.

El vaquero alzó la vista al oír su nombre y su mirada brincó de Nena a Néstor y de vuelta.

Beto sabía. Beto siempre lo leía como libro abierto.

Su segundo día de viaje inició sin preámbulo:

—Entonces... esta Magdalena. Tuvieron algo —dijo.

Estaban ensillando sus caballos y el de Casimiro mientras el campamento se desperezaba en una mañana aún nueva y pálida.

Néstor mantuvo la mirada concentrada en ajustar la cincha a Luna.

—¿Por qué lo dices?

—Te he oído decir “Nena” entre sueños —dijo Beto.

A Néstor se le hundió el corazón. Se le resbaló la mano; casi pierde la cincha. Carraspeó.

—Podría ser cualquier muchacha.

Cometió el error de asomarse por encima del hombro. Beto tenía la extraña mirada que tenían algunos anglos; incluso en el gris del alba, sus ojos eran tan azules que parecían casi traslúcidos. Néstor se bajó el sombrero sobre el ceño para evitarlos.

—¿Qué? —lo retó.

—¿Te acuerdas cuando estábamos arreando cerca de Presidio de San Vicente? —comenzó Beto, con tono inocente—. Hace tres años, trabajando para Álvarez.

Néstor jaló el estribo izquierdo sobre la cincha ajustada de Luna. Hizo un ruido neutro por respuesta.

Se acordaba.

Estaban en Coahuila, acampando en las montañas al norte del río, cuando creyó ver algo moverse en la oscuridad del chaparral. Una sombra que pasaba de andar en cuatro patas a dos, tan alto como un hombre en las tinieblas.

Luego, se esfumó tan rápido como había aparecido.

El corazón se le aceleró. Su respiración batallaba por mantenerle el paso; se le tensó tanto el pecho que le dolía. La oscuridad le mordisqueaba el campo visual, amenazando con ahogarlo. No podía controlar su respiración. Dio vueltas por el campamento, agitado, por mucho tiempo después de que la silueta desapareciera, escrutando la noche en busca de peligro con los ojos desorbitados de terror.

Solo estaba el chaparral vestido de noche. Solo estaba la silueta negra de las montañas, irguiéndose silenciosa en el horizonte. Solo estaba el resplandor del fuego, aunque sus sombras danzarinas lo pusieran nervioso.

Para cuando Beto lo agarró del brazo y le preguntó qué le pasaba, el miedo se había empezado a desgastar en los bordes. La conciencia de que los demás vaqueros lo observaban lo inundó de angustia; las espinas de la humillación le pincharon la piel.

—Te emborrachaste y empezaste a llorar por una muchacha —dijo Beto—. No dejabas de repetir “Nena, Nena”. Así le dicen, ¿no?

Néstor se quedó viendo el estribo frente a él, rascando con la uña una mancha imaginaria de espuma de jabón seca.

—Yo no lloro.

—Lloraste.

—No me acuerdo.

Se bajó aún más el sombrero y se montó en Luna.

Beto hizo lo propio.

—Mira, no voy a decirte qué hacer —dijo—. Lo único que te quiero decir es que siempre que tengo problemas con alguien, la mejor estrategia es ser honesto. Decir las cosas en alto. ¿Me entiendes?

Era un buen consejo. Beto siempre daba buenos consejos. Así que lo intentó, pero se tropezó de forma espectacular. La evidencia de su fracaso era clara: el aire alrededor de Nena restallaba de irritación mientras ella le hacía una seña a Beto.

—Ven conmigo al río, por favor —le dijo—. Luego escóltame de vuelta al campamento.

—Por supuesto, señorita —dijo Beto—. Pero ¿no era turno de...?

—El señor Duarte ya no tiene el privilegio de mi compañía —dijo Nena con altivez.

Néstor se contrajo de dolor.

Su estrategia para cerrar la brecha que lo separaba de Nena había rendido escasos frutos. Había aprendido a cortejar a las mujeres, a coquetear y a sacarle sonrisas a la cara más seria, pero no recurriría a esas tácticas. Ella no era cualquier mujer. Era Nena. Sin saber cómo hablarle, trató de calentar la escarcha con la que se rodeaba como lo habría hecho Beto: empezar con el clima, comentar sobre los caballos. Adormecer sus defensas con conversación silenciosa y cotidiana hasta que las bajara.

Pero Nena lo rechazó.

Por las noches, mientras vigilaba su tienda, se aseguraba que podría aceptarlo. Nena estaba viva. Avanzaba por el mundo con el mismo ladeo decidido en los hombros y el pedernal en los ojos que lo habían atraído cuando era niño, una polilla que volaba hacia su deslumbrante luz. ¿Acaso no era un milagro que hubiera resucitado? Con verla era suficiente. Oírla reír de nuevo, aunque fuera por uno de los largos y sinuosos chistes de Beto y no uno de los suyos, le era suficiente.

Podía sobrevivir con las sobras que le tirara desde la mesa. ¿Acaso no llevaba nueve años muriendo de hambre? Cualquier cosa que le diera era un festín. Todo iba a estar bien.

—Respeto sus deseos, señorita —dijo Beto lentamente, escogiendo sus palabras con cuidado—, pero su hermano nos ordenó protegerla, y tomando en cuenta esto —añadió señalando el cadáver del toro—, quizá haya un puma cerca. O... algo peor. —Se detuvo, como si se preguntara qué podría ser peor—. Yo voy por el agua, si no le molesta. Creo que lo mejor será que se regrese al campamento.

—Yo digo —añadió Casimiro mientras se levantaba— que no es seguro estar acá. —Se puso las manos en la cintura y le echó una última mirada al cabestro muerto antes de voltear hacia

Nena y Néstor—. Creo que Beto tiene razón. ¿Regresamos al campamento, señorita?

Nena vaciló. ¿Estaría sopesando cuánto quería tenerlo fuera de su vista?

—Bueno —dijo al fin.

Le extendió el jarrón a Beto, quien lo tomó mientras se llevaba la otra mano al sombrero en saludo cortés.

—Más vale prevenir que lamentar, señorita —dijo, y se fue hacia el río. Al pasar junto a Néstor, murmuró en inglés—. *You're welcome*.

Néstor se mordió la lengua. No alcanzaba a ver la expresión de Nena, no mientras esta le daba la espalda para avanzar altivamente y caminar junto a Casimiro, pero se imaginaba que no le agradaría nada que susurraran a sus espaldas en inglés.

El chiflido de Beto se levantó entre los pastos y se fue difuminando mientras se separaban en las crecientes tinieblas. Las fogatas del campamento apenas eran visibles entre los altos tallos; con su luz, Néstor vio a Casimiro llevarse una mano a la pistolera y echarle una mirada por encima del hombro. Fue un mensaje silencioso, quizá para no alarmar a Nena, pero tan claro como si lo hubiera dicho en voz alta: “Estate listo”.

¿Listo para qué?

Le había dicho la verdad a Nena cuando comentó que había visto algo parecido antes, cerca de Presidio de San Vicente. La misma noche en que Beto afirmaba que había llorado por Nena, él y otros dos vaqueros habían encontrado un *longhorn* enorme tumbado en el chaparral. Había señales de una lucha: rasguños de espinas en su pelaje y la tierra removida de forma demencial bajo su cuerpo. Pero no había más huellas alrededor. Ningún indicio de que un puma — el único depredador lo bastante grande para derribar a un buey de ese tamaño— lo hubiera atacado. Aunque hubiera sido un puma, no tenía sentido que hubiera abandonado a su presa.

Mucho menos que la hubiera dejado desecada.

Néstor se alejó asqueado, con un resquemor agrio en la boca. Había visto cientos de animales muertos en su vida. Incluso había destazado varios. Pero nunca había visto algo así: las cuencas de los ojos estaban vacías y renegridas de moscas, aunque eso era lo único normal. Parecía un saco de huesos, como si hubiera pasado semanas secándose al sol. El esqueleto sobresalía como raíces afiladas rompiendo la tierra; podía contar cada una de sus costillas, distinguir la cresta de su columna vertebral. Como si hubiera muerto de hambre en una sequía, aunque todo el rebaño que arreaban estuviera sano y robusto. El nivel de putrefacción y la falta de carroñeros significaban que había muerto hacía poco. Quizá solo un día.

Solo tenía una herida: justo debajo de la curva del cachete, la carne suave de la garganta había sido perforada por incisivos... si esos colmillos estuvieran situados en una mandíbula enorme.

Y ya.

No tenía sentido.

—Híjole.

Uno de los vaqueros que acompañaba a Néstor aquel día era el mayor de todos. Le decían el Viejo Juan, y era un desconocido con quien nadie había arreado nunca. El Viejo Juan se había mantenido apartado durante todo el trayecto; aunque compartiera su tabaco, nunca platicaba ni contaba historias alrededor del fuego. Néstor y Beto creían que era raro. Y ¿cómo no creerlo, si dejaba líneas de sal alrededor de su bolsa de dormir y dibujaba marcas curiosas en la tierra alrededor de los caballos? Todos creían que estaba un poco zafado y lo evitaban.

El Viejo Juan se acuclilló cerca de la garganta destrozada del toro, se levantó y se persignó rápido. Cuando habló, dijo la mayor cantidad de palabras que Néstor lo había oído hilar con su voz afónica y ronca.

—Esto no fue un animal —les dijo a Néstor y a los demás vaqueros—. Fue obra de los espíritus.

La carcajada cobriza y llena de sorna de los demás quebró el silencio inquietante que rodeaba el cadáver del buey.

Sin embargo, esa misma noche, cuando Néstor entró en pánico por haber visto una silueta casi humana entre las sombras, el Viejo Juan se le acercó y se sentó junto a él. Lió un cigarro en silencio. La luz del fuego hacía sus arrugas más profundas.

—Conozco esa mirada. Los has visto —dijo. Su voz sonaba como pisar grava. Néstor no contestó. Al Viejo Juan no pareció importarle, pues continuó sin que se lo pidiera—. Yo nací en Guadalajara, ¿sabes? Vine al norte buscando plata, hace mucho. El Norte es distinto. Tal vez tú no lo veas porque eres de aquí... algo extraño vive en estas tierras. —Pisoteó el suelo con el tacón de la bota para hacer énfasis. El fulgor de su cigarro encendido era como una brasa que brillaba al inhalar y luego soltaba un hilillo azul de humo—. Si vives cara a cara con el peligro toda tu vida, eres ciego a él. Pero te lo digo en serio. En Guadalajara no hay monstruos. No como aquí.

El aguardiente difuminó los bordes de aquella noche, pero la mente de Néstor se aferró a la orilla firme de un recuerdo: aquella noche, el Viejo Juan tomó un saquito de sal y lo vertió en círculo alrededor de su yegua y del lugar donde iba a dormir, usando su silla de montar de almohada.

Un círculo de sal. Quizá, por muy borracho que estuviera, su mente había guardado aquel detalle por la manera en que hacía eco de las historias de brujas y monstruos que contaba su abuela. Quizás había sido demasiado extraño para no notarlo.

El campamento se extendió ante ellos; un pequeño campo de tiendas y caballos. Las fogatas enrojecían la creciente noche. Estar de vuelta en su fulgor desató algo en los hombros de Néstor. Como si se hubiera estado preparando para algo mientras tenía la espalda expuesta entre la maleza.

Un grito gutural partió en dos la paz del campamento.

Néstor, Casimiro y Nena se congelaron como venados. Duró un largo instante, en un tono

agonizantemente agudo. Luego se quebró tan rápido como había empezado.

El silencio que siguió oprimió sus oídos con un peso sombrío y tenebroso.

El grito había venido del río.

Beto.

Tenía que regresar. Ya. Beto estaba en peligro.

Empujó a Nena hacia el círculo de luz del campamento.

—Quédate aquí. Con Casimiro. —No reconocía su voz. Nena dio un paso hacia atrás, más cerca del fuego. Tenía los ojos negros desorbitados de terror—. Por favor —añadió Néstor, con cada sílaba crispada de pánico.

—¡Una antorcha! —bramó Casimiro, y cuando le ofrecieron una, se la pasó a Néstor—. Ten cuidado.

Néstor y un puñado de vaqueros se adentraron de vuelta por el sendero. Los chasquidos metálicos lo rodearon mientras los demás preparaban sus armas. El sudor le perlaba la frente por el calor de la antorcha; sentía que la luz apenas si rompía las tinieblas mientras avanzaban. Rodearon el cadáver desecado.

Al llegar al río, Néstor creyó ver una forma casi humana inclinada sobre un cuerpo. Luego, al acercarse con la antorcha, la forma desapareció, se esfumó como una bruma en la superficie aceitosa del río.

El fuego alumbró una mata de cabello rojizo. Una cara pálida y afligida.

—Carajo. Carajo —dijo Néstor mientras le pasaba la antorcha al vaquero más cercano y corría el último trecho hasta Beto, resbalándose con los guijarros de la ribera—. Beto.

Tenía desgarrada una manga; un líquido húmedo y pringoso rezumaba de una herida en su brazo. Habría que vendarla para que no se desangrara. Néstor se arrancó el paliacate del cuello y empezó a atárselo frenéticamente en el brazo.

Le temblaban las manos. Se le tropezaban los dedos; soltó el paliacate sin querer. La sangre le manchó los dedos mientras intentaba contener nuevamente la herida.

Beto tenía la cara congelada en una máscara de terror, con los párpados completamente abiertos. El fuego se reflejaba rojizo en sus iris pálidos.

Su pecho no subía ni bajaba.

Cada vez que Beto se caía, se levantaba de golpe. Incluso cuando se conocieron, cuando su caballo lo tiró al ser embestido por un toro, se puso de pie y agarró su reata, sin dar importancia a su tobillo endeble.

Beto no se movía. Tenía los ojos vidriosos, como los del cadáver del buey.

Las tinieblas envolvían la visión de Néstor. Beto era la cuerda que lo mantenía atado al mundo. Era su hermano en todos los sentidos. Estaba congelado, colgado como cordero destazado entre una realidad y la otra, donde el olor del agua no era la del río Bravo, sino de los manantiales de Los Ojuelos, donde no era el pecho de Beto el que permanecía inmóvil, sin

importar cuánto se lo rogara, sino el de Nena.

Los demás vaqueros maldijeron por encima de su cabeza. Mientras hablaban, fragmentos dispersos de su conversación llegaron a oídos de Néstor, en un orden disperso, sin sentido.

—Susto —dijo una voz—. Veneno.

—Como Ignacio —dijo otro.

—La señorita Magdalena.

—Ándale, hay que cargarlo.

Aquella era una orden que podía seguir. Pasó los brazos por debajo de las axilas de Beto; una de sus manos se resbaló con la sangre mientras buscaba un punto de agarre. Otro vaquero le tomó las piernas; un tercero dirigió al grupo de vuelta al campamento con la antorcha en una mano y el sombrero enlodado de Beto en la otra.

Los ojos de Néstor nadaban. La luz de la antorcha iluminaba danzarina los pastos próximos. Las tinieblas se enroscaban hasta formar siluetas casi humanas en el fondo de sus ojos, casi fuera de su vista. Lomos curvos y encorvados; patas largas y delgadas que terminaban en garras como machetes. Beto olía al sudor del miedo, metálico y acre como pólvora. Olía a sangre. Su cabeza se ladeó contra el hombro de Néstor; su coronilla tronó contra su mandíbula.

El impacto hizo que Néstor mordiera el aire.

—Hijo de...

—Solo un poquito más, compadre —le dijo uno de los vaqueros.

Le dolía la espalda. Le ardían los muslos por el esfuerzo de cargar a Beto.

Pero no estaba solo. Había otros hombres maldiciendo junto a él. Otros hombres para quienes Beto aún no había muerto, que no parecían tan asustados como él.

Doblaron la última curva entre la maleza. El fulgor rojo oscuro del campamento se extendió ante ellos como un listón.

—¡Curandera! —gritó el vaquero de la antorcha—. ¡Rápido!

Unos pasos más. Néstor jadeó por el esfuerzo de cargar a Beto hasta el borde del fuego y dejarlo en el suelo.

Tomó su cabeza y la posó con el mayor cuidado posible.

Una voz femenina ladraba órdenes. Las sombras se movían a su alrededor.

Los ojos de Beto no dejaban de mirar hacia arriba. Vidriosos, sin parpadear, tan desorbitados que sus extraños iris pálidos estaban inyectados de sangre.

Nena se arrodilló junto a Beto. Puso dos piedras en el piso junto a ella con un ruido áspero; las hierbas secas y frescas surgieron de un morral de tela. Lavanda. Romero.

Aromas de la abuela. Aromas de una curandera.

—Dije que me ayudes o no estorbes —le espetó Nena. Néstor le devolvió una mirada confundida. Ella hizo un sonido de enojo y le entregó las piedras. Luego de dio un puñado de hierbas que no logró distinguir—. Muélelas.

Obedeció. Aquella orden lo obligó a arrancar los ojos de la mirada perdida de Beto. Los aromas que surgieron de las hierbas machacadas aliviaron las náuseas que comenzaban a reptar por su garganta al ver a Nena desatar su torniquete improvisado y bañarse los dedos con la película roja y húmeda de sangre. Un cuchillo brilló al cortar la manga de Beto y separar el brazo de su costado para exponer la herida que tenía cerca de la axila.

Era redonda y rugosa; parecía como si una bestia hubiera hundido sus fauces en la piel pálida del brazo de Beto.

Nena tomó una palangana y enjuagó la herida. Néstor desvió la mirada y se concentró en su labor.

—Ahora dámelas —le ladró Nena a Néstor y tomó las hierbas molidas.

Les añadió agua para formar un emplasto, luego tomó la mezcla con los dedos. La untó directamente en la herida de Beto, asegurándose de que toda la zona quedara cubierta. Concentrada, frunció el ceño mientras trabajaba, inclinada sobre el cuerpo de Beto. Luego se sentó de vuelta sobre sus talones y estiró la mano para tomar algo.

—¿Cuál es su nombre completo? —preguntó.

—¿Qué?

—El nombre completo de Beto —repitió Nena. Traía un manojo de romero seco en una mano—. Lo necesito.

—Albert Fitz —dijo Néstor—, pero lo odia. Usa su apellido materno.

—¿Cuál es? —lo incitó Nena con un dejo de impaciencia.

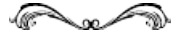
—Cepeda.

Le pasó el romero sobre el cuerpo con manos hábiles, de la frente al pecho y luego sobre las extremidades. Sus movimientos eran un espejo de los de la abuela, fluidos y seguros.

—Regresa, Albert Cepeda —murmuró mientras trabajaba—. Regresa. Beto Cepeda, regresa.

Quizá Néstor se lo imaginara. Quizá los “regresa” repetidos de Nena lo pusieran en trance, como una canción de cuna, como un hechizo que suavizara los bordes de su realidad, pero mientras hablaba, sintió que el aire a su alrededor se despejaba. Se suavizaba.

Beto cerró los ojos.

*NENA*

BETO INHALÓ CON fuerza por la nariz. Su pecho subía y bajaba. Dos veces. Una tercera. Un ritmo.

No abría los ojos.

¿Por qué no despertaba? Sin duda el emplasto le había succionado suficiente veneno de la herida para que se recuperara. Nena se inclinó al frente y recargó la oreja en su pecho.

Le latía el corazón. Firme y lentamente. Pero no recobraba la conciencia.

Tendría que intentarlo de nuevo. En algún sitio donde no estuviera rodeada de mirones que interfirieran con su concentración. En un lugar tranquilo.

El pánico que le había causado el ataque aún repicaba en su cuerpo. Ahora que estaba desocupada, un tremor le recorrió las manos. Si Beto no hubiera insistido en que regresara al campamento, lo que fuera que lo atacó la habría lastimado a ella.

Se irguió y en silencio rogó a la noche que no la dejara fracasar. Que cuando intentara hacer la limpia de nuevo, en un lugar tranquilo, Beto despertara y estuviera de nuevo entero. Apenas lo había conocido la víspera de su partida del rancho, pero era imposible no agarrarle cariño a sus anécdotas largas y divagantes y a su constante presencia. La moral de los hombres de Los Ojuelos quedaría devastada si Beto moría una noche antes de unirse al ejército mexicano. Ella quedaría devastada.

Aunque quizá no tanto como Néstor.

Aún seguía arrodillado en el piso cerca de la cabeza de su amigo. La luz de la fogata se escabullía debajo de su sombrero y jugaba con su expresión: demacrada, asustada. Había regresado al rancho con Beto. Las anécdotas más coloridas que contaba Beto, por mucho que las resintiera, eran sobre Néstor. Por un instante, la lástima le pinchó el corazón.

—¿Qué está pasando aquí? —la voz de su papá anunció su presencia.

Él y Félix se acercaban al grupo de vaqueros que la rodeaban a ella y a Beto. Presenciaron la escena: Beto, ensangrentado pero respirando, y Nena con su material de curandera.

Su papá casi nunca la había visto trabajar, pero ahora podía ver con sus propios ojos que estaba demostrando su valía. A través de la preocupación que la cubría, densa como la humedad, se encendió una chispa de esperanza. Eso era lo que quería. Eso era exactamente lo que quería que su papá viera.

—Hubo un ataque cerca del río —dijo mientras alzaba la cara y se esforzaba por hablar con seguridad—. Tiene susto, pero va a estar bien. Ya he curado esto en el pasado. —Y luego, dirigiéndose a los vaqueros que se habían reunido a su alrededor, añadió un poco más fuerte—: Necesito llevar a Beto a una tienda para que descanse.

—Ya la oyeron —rugió su papá a los vaqueros circundantes—. Rápido.

Se despidió de ella con un gesto de la cabeza —su estoica señal de aprobación usual— y dio la media vuelta.

Una oleada de victoria le calentó el corazón al ver a su papá retirarse.

Se puso de pie, se sacudió la tierra de la falda y recogió su morral. Néstor había tomado las hierbas al pararse y se las dio. Cuando las tomó para meterlas a su morral, Néstor la cogió de la muñeca suavemente.

—Eso fue lo que te pasó a ti—dijo casi afónico.

Ella le lanzó una mirada acusadora. Él señaló a Beto, cuya cara se veía tan apacible que parecía estar soñando.

—Eso fue lo que te pasó a ti—repitió Néstor—. Todos decían que te habías muerto.

Durante un rato, se le olvidó que estaba enojada con él. Le había ayudado sin chistar, moliendo las hierbas como la abuela les había enseñado. Sus cuatro manos se habían movido con fluidez, entrelazándose como un par de golondrinas fieles que siempre saben dónde está la otra.

Sin embargo, la familiaridad de su tacto, la suposición misma de que tenía acceso a ese tipo de intimidad, le disparó una descarga de resentimiento. Le arrebató su mano.

Pero había esperado demasiado tiempo. El movimiento fue muy llamativo. Félix no se había ido con su papá; podía sentir su mirada. Lo último que necesitaba era que cuestionara si su padre había tenido razón en llevarla, si podían confiar en que se comportara como era debido en el escuadrón. De lo contrario, le daría la razón a su mamá y su destino habría quedado sellado antes de que tuviera oportunidad de convencer a su papá de lo contrario. Félix le contaría a su papá y él la encerraría a piedra y canto hasta que pudieran enviarla a casa en espera del matrimonio en el que tanto insistían.

Maldito Néstor.

—No me toques —le espetó.

—Tienes que comprender —insistió. Casimiro lo miraba raro, al igual que Félix, sobre todo cuando apuntó hacia él—. Él estuvo ahí —dijo con voz quebrada—. Él vio lo que yo vi. Decían que estabas muerta y que era culpa mía.

Néstor le estaba inventando un cuento de vaqueros, adornando aquella patética excusa para

justificar sus nueve años de ausencia. Lo peor era que lo estaba haciendo frente a su hermano y un puñado de vaqueros. Carecía de vergüenza y de decoro.

Con un movimiento abrupto, le dio la espalda.

—Necesito a Beto en un lugar tranquilo, a solas —dijo dirigiéndose a Casimiro—. Necesito agua fresca y que enciendan un fuego cerca para que pueda trabajar. —Luego señaló a Néstor con un gesto burdo de la barbilla—. No lo quiero ver ni quiero hablar con él.

—Tienes que escucharme...

—Sí, señorita —dijo rápido Casimiro para interrumpirlo. Lo tomó del brazo—. Lo que usted diga. Néstor, deja de estorbar. Néstor.

Nena se ajustó el morral en el hombro mientras los hombres levantaban a Beto y se lo llevaban cargando. Antes de seguirlos, le echó una mirada de soslayo a Néstor. Habría querido que estuviera enojado con ella, que se viera listo para desenfundar y pelear como antes, cuando le dijo “niña mimada” y provocó un agarrón.

Pero eso no fue lo que vio en absoluto.

Se había echado el sombrero hacia atrás y se pasaba una mano por la cara. Por un instante, vio algo tallado ahí, en las comisuras de su boca, profundas y apesadumbradas, que la hizo pensar que estaba a punto de llorar.



LOS VAQUEROS RECOSTARON a Beto en una tienda alejada de las fogatas principales, en una parte tranquila del campamento. Mientras un vaquero encendía el fuego, Nena cerró la entrada de la tienda para que Beto quedara iluminado. La yesca se encendió y crepitó a sus espaldas, emitiendo el aroma distintivo del mezquite.

Nena se sentó sobre sus talones. Podría pedirle a alguien que le llevara el resto de sus cosas desde el otro lado del campamento: incienso, quizá. La abuela usaba incienso para las limpias que, sabía, serían más difíciles.

Pero eso solo desperdiciaría tiempo.

Lo que fuera que había atacado a Beto le había provocado el mismo susto y la misma herida que a Ignacio. Su aura estaba amoratada con la misma oscuridad. Ignacio no recordaba lo que le había pasado, pero había transcurrido al menos media hora entre el momento del ataque y cuando Nena lo revivió. ¿Y si el tiempo que pasaban inconscientes era lo que evitaba que las víctimas de susto recordaran lo que les había ocurrido?

Beto llevaba muy pocos minutos de inconciencia.

Cuanto antes lo llamara de vuelta, antes podría preguntarle qué lo había atacado. Sabría qué

era lo que asolaba el rancho. Qué había dejado su marca en ella.

Cuando se presentó en el jacal de Ignacio, Elena se asomó a ver si la abuela venía detrás de ella. No le tenía confianza.

Pero había curado a Ignacio. También podría curar a Beto.

Se acercó a él con el romero en la diestra. Le puso la zurda en el hombro, suavemente.

Cerró los ojos y empezó a visualizar su aura, a limpiarla de la mala energía. A despejar el camino para que su alma regresara.

—Regresa, Beto —murmuró—. Regresa.

El aroma del romero llenó la tienda; apretó con fuerza su manojó de hierbas mientras se lo pasaba por el pecho, por los brazos, por las piernas. Volvió adonde estaba su herida y canalizó su energía hacia él.

El sudor apareció en el nacimiento de su pelo y le escurrió por la espalda.

No pasaba nada.

—Regresa —dijo con la mandíbula tensa de tanto apretarla—. Beto Cepeda, regresa.

Estaba fracasando. Lo había hecho todo bien, pero no estaba funcionando.

¿Tendría razón la abuela? ¿Estaría bloqueada espiritualmente, incapaz de sanar a otros porque ella misma tenía el aura herida? No era posible. Había logrado curar a Ignacio apenas unas semanas atrás.

Pero luego regresó Néstor.

Puso todo patas arriba. Había reabierto viejas heridas y les había exprimido limón encima.

Supongamos que la abuela tenía razón. Que ella tenía el aura herida, que no podía ser la persona plena que exigía el sanar a otros. ¿Y qué? Estar herida nunca la había debilitado. No había impedido que curara a Ignacio. Ella no permitiría —ni se lo permitiría a Néstor y todo lo que representaba— que la retuviera justo cuando había tantas cosas en juego.

Se hundió en su interior, invocando toda su energía —herida o no— y la canalizó para llamar de vuelta a Beto.

—Regresa, Beto —lo llamó—. Regresa.

Una bocanada.

Nena abrió los ojos al oírla, al sentir el pecho de Beto alzarse bajo su mano.

Beto abrió los ojos. Buscó con la mirada hasta encontrar a Nena; frunció el ceño como si tratara de hacer que su presencia encajara con el entorno.

—Buenas, señorita Magdalena —dijo con voz débil—. ¿A qué le debo el placer?

Nena soltó una risotada, aguda, plena e impulsada por el alivio. Veía estrellitas en los bordes de su campo visual; recargó una mano en el piso, preparándose para recibir una oleada de vértigo.

Beto se removió para levantarse, pero Nena chasqueó la lengua.

—Tranquilo —dijo con un gesto para que se reclinara de nuevo—. Estás herido. Quédate

quieto.

Beto obedeció. Una delgada capa de sudor le cubría el ceño y le oscurecía el cabello; tenía la camisa pegada al pecho.

Nena le puso la mano en la frente. Estaba caliente, demasiado.

No importaba la fiebre. Eso era algo que ella podía remediar. Le sobraban hierbas para atenderla. Cuando desaparecieron las estrellitas, metió la mano en el morral y empezó a rebuscar en su interior.

Se asomó por encima del hombro. Algunos de los vaqueros que habían cargado a Beto se habían quedado cerca, susurrando mientras la observaban.

—¿Podrían traerme agua caliente, por favor? —pidió.

—Estoy hirviendo, ¿verdad? —preguntó Beto.

—No pasa nada —dijo Nena. Su voz temblaba de alivio. Beto estaba consciente, hablaba y lo que decía tenía sentido. Esas señales eran mucho mejores que la fiebre—. Tu cuerpo está luchando por quemar el resto del veneno.

—Veneno —repitió lentamente Beto. Por un instante, no hubo más ruido en la tienda que la piedra moliendo hierbas mientras Nena trabajaba para hacer otro emplasto—. ¿Fue una cascabel? —preguntó al fin.

Nena se detuvo. Incluso en las sombras, la confusión era evidente en la cara de Beto.

—¿No recuerdas qué pasó? —le preguntó.

—Recuerdo ver al buey —dijo. Su mirada divagó hacia el techo de la tienda. Frunció el ceño—. Recuerdo haberla visto a usted y a Duarte. Estaba enojada con él. —Una sonrisa maliciosa se dibujó en su rostro demacrado al recordarlo. Nena se sonrojó con una oleada de vergüenza—. ¿Sabe qué? Nunca he conocido un hombre mejor que él, pero es malísimo expresándose. Le preguntas cómo se siente y es como si nunca hubiera aprendido a hablar. —Se rio un poco—. Una vez, hace años, tuvimos que quedarnos en Laredo porque se había roto un par de costillas domando una mesteña para un hidalgo mimado de espuelas de plata. Duarte cobra un ojo de la cara por domar, pero ¿para esa fiera? Le juro que se quedó corto. Esa yegua tenía el diablo en la mirada...

Esa era la parte de la recuperación de los pacientes en la que la abuela le tiraría una mirada cómplice. El agotamiento y la fiebre los volvía silenciosos y débiles, o les soltaba la lengua y los incitaba a hablar sin parar. Era evidente que Beto pertenecía al segundo tipo. Mientras le limpiaba la herida, Nena lo escuchó divagar, dando gracias de que dejara de hablar de Néstor y empezara una historia sobre el diablo cabalgando por el chaparral y maldiciendo el calor abrasador de Tejas, para luego volver al infierno a descansar.

—¿Recuerdas algo más de hoy? —le preguntó Nena mientras le vendaba el brazo con tela limpia—. Te llevaste mi jarrón y te fuiste hacia el río.

—¿En serio? —Beto arrugó la cara de concentración—. Ay, chihuahua —soltó con un suspiro

de frustración—. No... no puedo. La vi a usted con Duarte, y un instante después estaba aquí, sintiendo como si tuviera la peor cruda de mi vida. —Alzó el brazo sano y se lo pasó por la cara—. Solo había oscuridad, señorita. Nada más que oscuridad.



CASIMIRO LA ESCOLTÓ de vuelta a su tienda para montar guardia; Nena le dio las buenas noches con un movimiento de cabeza y se metió a la tienda. Permaneció acostada en la oscuridad sofocante durante lo que le parecieron horas. Movía el cuerpo de un costado a otro mientras oía los ruidos del campamento y a Casimiro tallando algo pequeño para matar el tiempo mientras la vigilaba.

“Solo había oscuridad, señorita”. Las palabras de Beto se le aferraban como espinas.

Se obligó a recordar qué había pasado la noche de la desaparición de Néstor. Se había escabullido de la casa, desesperada por verlo. Él la estaba esperando. La pala brillaba como la plata que buscaban a la luz de la luna. Caminaron de la mano hacia los ojos de agua...

Luego estaba en su cama; las trenzas blancas de la abuela le acariciaban el brazo mientras le pasaba romero por el cuerpo y la llamaba de vuelta, con una voz suave y rítmica como hechizo. “Regresa, Magdalena Serrano de León. Regresa”.

La voz de la esposa de Ignacio, Elena, se coló a su recuerdo junto con la de la abuela: “Dios mío, creí que te me habías muerto”.

¿No se veía así aquella extraña enfermedad a los ojos inexpertos? ¿El cuerpo tieso e inmóvil, petrificado por el veneno?

La abuela pensaba que era un murciélago venenoso cuya mordida paralizaba a su presa como el aguijón de algunos alacranes. Pues, ¿acaso los ataques no ocurrían siempre en el ocaso o en lo profundo de la noche?

Durante meses, Nena lo creyó.

Pero eso no explicaba lo del toro, y el toro tenía que estar conectado con lo que le había pasado a Beto. Lo sabía en lo hondo de su ser.

Mucho después de la medianoche, cuando el resto del campamento se entregó a un sueño inquieto, cuando el agotamiento al fin empezaba a socavar su conciencia, oyó pasos acercarse a su tienda. El crujido de la grava al levantarse Casimiro; saludos cortos. Una voz en particular le llamó la atención.

Néstor.

Sintió una punzada de vergüenza por el mal trato que le había dado. Quizás había sido demasiado dura. Su amigo estaba herido, a fin de cuentas... era normal que estuviera

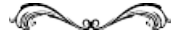
descompuesto.

“Eso fue lo que te pasó a ti. Fue culpa mía”.

Giró hasta quedar bocarriba y se llevó los dedos a la cicatriz en su cuello.

Cuando los pasos de Casimiro se alejaron, oyó a Néstor sentarse y acomodarse para montar guardia. Solo una delgada puerta de tela la separaba de él. Estaba tan cerca que alcanzaba a oír su respiración acompasada.

Sin que lo notara, el ritmo de su propia respiración disminuyó para encajar con la de Néstor. Luego disminuyó más y más, hasta que al fin la abrazó el sueño.



NÉSTOR

MATAMOROS, ESTADO DE TAMAULIPAS

EL HUMO DEL campamento del ejército en el llano de Palo Alto se elevaba hacia la noche; la luz de cientos de fogatas teñía el cielo de rojo atardecer. El Escuadrón Auxiliares de las Villas del Norte se había unido a las fuerzas del general Arista, que consistían en la infantería mexicana y los batallones de Morelia y de Puebla. La brisa del Golfo cargaba un resabio a salmuera y lo mezclaba con el olor de un ejército. Humo. Pólvora. Sudor. Los aromas le agriaron la boca a Néstor mientras limpiaba las sillas de montar, y persistieron aunque escupiera en la tierra para librarse del sabor.

Le dolían los antebrazos. Beto seguía débil por la pérdida de sangre y la impresión del ataque de la víspera. Apenas si fue capaz de montar su propio caballo durante las dos horas que les tomó unirse a las fuerzas del general Arista. Mucho menos pudo ayudar a Néstor. No importaba. Él necesitaba moverse para calmar la ansiedad que le zumbaba en los huesos como un enjambre de mosquitos. De poco le sirvió. Sin importar qué tan duro trabajara ni qué tan poco durmiera, nada podía evitar que las palabras de rabia de Nena revolotearan en su cabeza. La manera en la que se había convertido en una vorágine de chispas casi lo hacía extrañar la primera mitad del viaje a Matamoros, cuando lo desdeñaba con frialdad. Al menos en ese entonces no le decía mentiroso. Al menos en ese entonces cabía alguna esperanza de hablar con ella y arreglar las cosas.

Cuando las palabras apenas salían de su boca se percató de que debió haberlo planeado mejor, debió haber previsto lo ridículo que sonaría decirle “te moriste” a alguien que estaba ahí enfrente de él, con las bellas mejillas sonrojadas de rabia y el pecho subiendo y bajando con su respiración. Tan viva y tan hermosa como cualquier criatura de Dios.

Pero lo había agarrado por sorpresa. No esperaba tener aquella conversación en ese instante. Aún tenía la mente fija en el cadáver del buey.

Y entonces, Beto gritó.

La aprensión rasgó su columna vertebral a un ritmo desagradable mientras revisaba las herraduras de los caballos y los almohazaba hasta sudar.

Algo no andaba bien. La sensación que se enroscaba a su alrededor mientras discutían —ese silencio— le recordaba demasiado aquella otra noche, mucho tiempo atrás, cuando estaban solos en la oscuridad.

Estaba tan perdido en su trabajo que no se dio cuenta de que don Félix se acercaba hasta que lo tuvo encima.

—Buenas —dijo el hijo del patrón.

Cuando Néstor le devolvió el saludo, don Félix entrelazó las manos detrás de la espalda y alzó la cara un poco. Habían pasado casi nueve años desde la última vez que Néstor había trabajado con él, pero sus manierismos no habían cambiado en absoluto. Esa era la expresión que adquiriría cuando tenía que darles órdenes que no le gustaban a los vaqueros; cuando trataba de comunicar los deseos de su padre sin parecer un desgraciado. Néstor se preparó para el golpe. Lo que quiera que don Félix hubiera ido a pedirle, estaba seguro de que implicaría menos descanso antes de la batalla del día siguiente. Como si fuera a lograr dormir de cualquier forma, tan solo pensar en Nena al alcance de los soldados yanquis le despertaba pesadillas.

—Me alegra que te hayas ofrecido a venir con nosotros y que tolere la exigencia de mi padre de que alguien vigile a Magdalena en todo momento —dijo don Félix—. Sé que es trabajo extra y agradezco tus servicios.

Un “pero” tácito colgaba al final de esa oración, abierto como puerta de corral, esperando la siguiente parte de lo que diría don Félix. Pero Néstor era impaciente. Don Félix le había dado entrada a una conversación de hombre a hombre; él aprovechó la oportunidad y la continuó.

—Doña Mercedes dijo que estaba muerta —dijo. Después de todos esos años, incluso sabiendo que Nena estaba sana, salva y enojada con él, las palabras hicieron que el fantasma de un sollozo se le atorara en la garganta—. La noche en que la hirieron, en que la atacaron...

La reacción de don Félix fue inmediata. Frunció el ceño enfurecido, en un eco espeluznante de su padre.

—Ya basta, Duarte —espetó—. Sé que eran muy cercanos de niños, pero ya deja esta obsesión. Respeta tus límites.

Una contundencia metálica marcaba cada una de sus palabras, disonante como el martillo de un herrador. En cuanto a él concernía, la conversación había terminado.

Eso hizo que Néstor pelara los dientes. Una ira protectora surgió en su pecho, formando una barrera entre Félix y los recuerdos que cuidaba como si fueran plata. “Sé que eran muy cercanos”. “Cercanos” ni siquiera empezaba a describir lo que Nena significaba para él. Don

Félix no tenía idea.

Pero quizá lo presintiera.

—Me temo que no le estoy entendiendo, don Félix —dijo arrastrando las palabras lentamente sobre el carbón, dejando que ardieran y se ennegrecieran. Que don Félix oyera la rabia arremolinándose en los bordes de sus palabras como yesca a punto de encenderse. Que recordara que Néstor no era un peón del Rancho Los Ojuelos, ya no. Había regresado porque él le había pedido un favor y había decidido concedérselo. No debía a los Serrano ni honor ni respeto, ni una hora de su tiempo ni una pizca de trabajo. Eran afortunados de cabalgar a su lado y algún día lo sabrían. Incluso don Feliciano. Todos los vaqueros sabían que el patrón solo se miraba el ombligo; se le escapaban muchas cosas que aquejaban a los peones de su rancho.

Don Félix era distinto. Según lo que Bernabé y Casimiro decían, sería mejor patrón de lo que su padre había sido nunca. Poseía una nobleza de nacimiento que podía confundirse con distanciamiento; no era pecado, pues a diferencia de muchos hijos de rancheros, significaba que nunca tocaba a las mujeres de los peones. Era generoso con su tiempo y con su dinero. Era sagaz. Era observador.

Quizá demasiado observador.

—Creo que me entiendes a la perfección —dijo don Félix—. Esta es tu única advertencia: cualquier hombre que diga o haga algo que pudiera afectar su reputación no solo tendrá que enfrentarse a mi padre. En cuanto a mí... no permitiré que la lastimen de nuevo.

Una descarga de vergüenza le chamuscó la piel a Néstor, la sentía hirviendo bajo el paliacate. Sí, sabía que había lastimado a Nena. El Dios o mano invisible que había forjado el mundo le había concedido una cosita frágil y perfecta y, por un golpe de mala suerte, un destello de cobardía, la había roto en pedazos.

Esa vergüenza era su cruz. No tenía por qué tocar los labios de don Félix.

—Le juro que nunca volverán a lastimarla, no si yo puedo evitarlo —dijo enardecido.

—Entonces estamos de acuerdo —dijo Félix mientras se inclinaba hacia él. Luego pronunció cada sílaba lenta, enfática y deliberada, con una amenaza detrás de cada palabra—. Mantén tu distancia.

Era una verdadera orden de patrón.

Llegados a ese punto, discutir solo inflamaría la ira de don Félix. Si don Feliciano se llegara a enterar, o si don Félix decidía que otra persona vigilara a Nena, Néstor podría quedar completamente aislado de ella.

Se mordió la lengua.

No permitió que sus puños se cerraran hasta que Félix le dio la espalda para alejarse. Sus espuelas de plata reflejaban el fuego y le guiñaban un ojo burlón.

No, él ya no era un peón de Los Ojuelos. Pero ahí seguía.

Aquella era una de las muchas razones por las que no había querido regresar al rancho.

Un principio había regido su infancia en el rancho: la palabra del patrón era ley. El patrón tenía el fuste. Poseía la tierra. Les daba a los vaqueros y a los demás trabajadores la oportunidad de servirlo. De ganarse la vida en el rudo mundo del Norte bajo su mando benévolo. La palabra del patrón le daba forma al mundo y lo mantenía firmemente en su poder.

Al irse, Néstor cambió esa relación. Él decidía para quién trabajar y por cuánto tiempo. Si lo maltrataban o le faltaban al respeto, se iba. A diferencia de Bernabé y de los demás peones de Los Ojuelos o de cualquier otro rancho, no tenía deudas con ningún patrón. No se ataba a ningún amo. Si quería arrear con los vaqueros de Celeste y las manadas de Buenavista, se unía a ellos un rato y luego tomaba su dinero y se retiraba. No prometía nada. Él era quien decidía su fortuna. Él determinaba el rumbo de su vida. Sí, esa libertad implicaba vivir duro y dormir duro. Implicaba soledad.

Pero una vez que probó aquella libertad, por muy hueca que le pareciera a veces, el yugo del patrón y de su hijo le irritaba.

Era claramente consciente de quién cabalgaba con plata en las bridas y quién no. Qué sombreros y caballos eran nuevos y cuáles estaban desgastados por la edad. Él era un hombre de tierra que servía a hombres de plata: era imposible no saber qué lugar le correspondía en el mundo. Sobre todo si llevaba años trabajando para arrastrarse fuera del polvo y construirse una casa de piedra.

Una cosa era saber que arreglar lo que tenía con Nena era una batalla cuesta arriba. Otra era que le recordaran que, en lo que a ellos concernía, no había batallas que luchar.

“Los vaqueros me dicen ‘señorita’ o, mejor aún, no me hablan en absoluto”.

Siendo sincero, le daba miedo parecerle repulsivo a Nena. Sus diferencias nunca se habían interpuesto entre ellos antes. ¿Qué importaba que ella fuera la hija del rancho y él el hijo huérfano de un pobre vaquero cuando cuidaban juntos el rebaño? De la mano en el chaparral, eran los reyes del Norte, sin más ley sobre ellos que la extensión azul y brutal del cielo, que el sol descendiendo sobre el poniente.

Pero el pasado era pasado. Estaba muerto. A diferencia de Nena, no resucitaría milagrosamente. Él era un hombre de tierra y sudor; ella, la hija mayor de don Feliciano. No podía haber amistad entre ellos. Las buenas costumbres lo prohibían. La estructura misma de su mundo lo prohibía.

Don Félix lo había prohibido explícitamente.

Pero el consejo de Beto se le clavó como semilla de ayohuiztle.

Esa tarde, Nena le había gritado, pero ya sabía la verdad. Sabía que había cometido un error terrible al irse, pero quizá, después de ver a Beto, algún día lo considerara perdonable.

Tenía que seguir intentándolo.

Pues no le bastaba con ser su sombra, con interponerse entre ella y el peligro cada vez que pudiera. ¿Y cómo podría bastarle si lo único que tenía que hacer era cerrar los ojos y ver la hora

de la siesta a la sombra de los huizaches, oyéndola respirar coordinada con su propia respiración mientras se quedaban dormidos? Había guardado cada uno de sus secretos como joyas preciosas. Durante años, había temido el dolor que le provocarían tales recuerdos, el limón que le exprimían en las heridas.

Ahora que tenía a Nena viva frente a él, estos se apoderaron de su ser como golpe de calor. Aunque le gritara, él no podía evitar pensar en cómo se le había acercado en la sombra vespertina de la arboleda de anacahuítas, a salvo de las miradas de la casa. Cómo le había dicho que una de sus primas mayores le había contado que había gente que besaba mal. Que eso la llenaba de temor de que ella también fuera a besar mal si no tenía práctica. ¿Le ayudaría?

Tenía trece años. Por supuesto que le ayudó con entusiasmo. Pero cuando ella le tomó las manos, cuando sus caras estaban tan cerca que podía admirar las pecas espolvoreadas sobre su nariz y la curva perfecta de sus labios, lo abrumó una oleada de timidez.

—Eres muy malo en esto —susurró Nena.

Tenía ojos de ciervo, grandes, oscuros y con una fe inquebrantable en él, pero con un brillo burlón. Se estaba riendo de él.

—¡Ni siquiera he empezado!

—A eso me refiero, tonto.

—Tú también podrías empezar.

Estaba evadiendo. Ganando tiempo. Le habían empezado a sudar las manos. Le rogaba a Dios que ella no se diera cuenta.

—Se supone que el chico comience —dijo con autoridad. Sus pecas eran constelaciones. Quería mirarlas hasta marearse.

—¿Quién dice? —dijo él.

—Yo qué sé. Esas son las reglas, ¿no?

Eso lo hizo pensar.

—No hay reglas. ¿O sí?

¿Y si sí había? ¿Habría una bóveda secreta de conocimiento que Casimiro le estuviera ocultando, una puerta con candado que lo separara de la hombría?

Nena se encogió de hombros.

—Bueno, pues, si vas a ser tan cobarde...

Se inclinó hacia el frente. Antes de que Néstor pudiera procesarlo, tenía sus labios en los suyos. por un instante, su mundo fueron sus pestañas oscuras, la curva de su nariz, su mejilla. Mechones sueltos de su cabello acariciándole la piel. Luego cerró los ojos. Tenía los labios imposiblemente suaves. Su piel olía a sol, a ella, a casa.

Se separó.

—Listo —dijo con tono final. Estaba sonrojada como si hubiera corrido.

Un suave listón de deseo se desenrolló por la columna vertebral de Néstor. “Quiero”,

canturreaba. “Quiero más”.

—No estuvo tan difícil —dijo Nena.

Aflojó los dedos, como si pretendiera destrenzarlos de los suyos y alejarse; Néstor se resistió. Ella se detuvo. Él estaba seguro de que si alguno de los dos miraba hacia abajo, vería su corazón saliéndosele del pecho como si fuera conejo.

—Espera —dijo—. ¿Puedo intentar ir yo primero? — Su voz se sentía ajena. Carraspeó rápido—. Para practicar —aclaró.

—Buen punto —asintió Nena con una sonrisa. Echó los hombros para atrás y cerró los ojos—. Vas.

Néstor inhaló por la nariz; aguantó la respiración. Acercó su cara a la de Nena. Se quedó ahí un instante, solo uno, a un pelo de sus labios, de su tez de miel, para memorizar cada parte de ella.

Presionó los labios contra los suyos.

Cuando se separó de ella, vio que tenía los ojos abiertos y una mirada líquida e intensa.

Una revelación se abrió paso en su pecho: ambos sabían que no había sido práctica.

Había sido real.

—¡Nena! —la voz de una mujer surgió desde la casa mayor—. ¿Nena, dónde estás?

La inhalación rápida de Nena fue casi un grito ahogado.

—Es mi mamá —dijo. Dio un paso atrás; Néstor le soltó las manos de inmediato—. Si se entera de esto, me mata. No vayas a decir nada. ¿Me lo prometes?

—Te lo prometo.

La vio correr de vuelta a su casa. Las trenzas le rebotaban contra la espalda y el sol le formaba un halo bronceado en la cabeza.

NO LE BASTABA con estar bien. No le bastaba con mantener su distancia. No si eso era lo que tenía antes.

Seguiría intentando sin importar cuántas espinas le lanzara, sin importar si le gritaba o le bramaba.

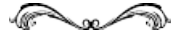
Al salir el sol, el escuadrón cruzaría el río y cabalgaría con la caballería mexicana. No le importaba que el ejército mexicano se encumbrara o cayera, que los yanquis ardieran.

Casi una década de duelo había influido en su visión del mundo. Sabía, con la conciencia aguda de un hombre mucho más viejo, que ciertas cosas valían demasiado para perderlas. Que otras tantas —su dignidad, su trabajo, su mundo mismo— no significaban nada.

No si Nena estaba viva.

El único propósito de la batalla próxima era sobrevivir a ella para alcanzar a Nena al otro lado.

Y nada —ni don Félix ni don Feliciano ni su propia cobardía— se interpondría en su camino.

*NENA*

AQUELLA MAÑANA, HABÍAN cruzado el río Bravo en un bote ancho y plano. Este vacilaba como borracho en las lentas aguas del río; Nena temía que se volcara en cualquier momento. Luego marcharon a Palo Alto, donde el plan de Arista era cortar los suministros que los americanos recibían de Puerto Isabel.

El tronar de los cañones le partió el cráneo en dos. Se agachó soltando un grito y se tapó los oídos con las manos. El humo y la humedad cubrían el suelo con una sábana sofocante que la ahogaba con el sabor a pólvora. Con el hedor metálico a sangre.

Habían pasado dos horas desde el mediodía. El sol le azotaba el pelo y traía la ropa pegada a la piel, empapada en sudor.

—Vendas, Magdalena.

Las mujeres del escuadrón estaban bajo el mando de una mujer directa y franca llamada Susana. Era curandera en uno de los ranchos de las afueras de Reynosa y tenía largas trenzas grises sobre un pecho amplio como el de un toro. Presumía una voz consecuyente.

Las botas de Nena chapotearon en la tierra cenagosa mientras avanzaba a tropezones hacia Susana, con las manos llenas de vendas. No quiso averiguar cuánto lodo se debía al agua de los cauces cercanos y cuánto a la sangre.

Los heridos yacían en filas a su alrededor, algunos gimiendo, otros tratando de sentarse en espera de las curanderas.

Muchos ya estaban muertos. No podía mirar sus rostros, sus párpados abiertos y la mirada perdida.

De momento, todos los caídos eran extraños vestidos con los uniformes de la infantería y la caballería mexicanas.

Pero eso no duraría mucho tiempo.

El Escuadrón Auxiliares de las Villas del Norte se había separado en dos secciones y apostado al oeste del campo de batalla. Su papá, los hombres de Los Ojuelos y los demás rancheros de los

alrededores de Mier estaban detrás de la caballería regular, que había cargado hacia la pradera, directamente contra la línea de bayonetas y cañones yanquis.

Nena y algunas mujeres del escuadrón, incluyendo otras curanderas, habían improvisado un área de curaciones para atender a los heridos. Se había hablado un poco sobre si las curanderas que acompañaban al escuadrón irían al hospital que estaba en la retaguardia del ejército de Arista. Al final, los rancheros decidieron mantener a sus mujeres cerca.

A caballo, Félix recorría la zona tranquila que había entre el lugar donde estaba desplegado el escuadrón y el área donde trabajaban las curanderas. La sombra que el ala del sombrero proyectaba sobre su rostro, ocultaba una expresión severa. Ya estaban llegando los heridos en andas —y a rastras, mezclando el fango con la sangre de sus uniformes—, pero Nena estaba concentrada en el escuadrón.

Félix le había dicho que el general Arista aseguraba que los rancheros, por ser auxiliares, quizá ni siquiera entrarían en batalla ese día.

Eso ya no era cierto.

Después de entregarle las vendas a Susana, Nena se cubrió del sol con una mano, buscando rostros conocidos entre el humo y la bruma. Los mosquitos zumbaban en sus oídos; los espantó a palmadas. Logró ver a su papá y a don Severo; sus caballos daban cabriolas por el miedo y la impaciencia. En la línea que estaba frente a su padre, atisbó a un vaquero montando una yegua negra. La mancha blanca en el testuz —curva y perfecta como luna menguante— le dijo exactamente quién era. Un instante después, ya no estaba. Se había perdido en el mar de sombreros y caballos agitando la cabeza.

La preocupación se removió en su pecho. Los vaqueros cabalgarían frente a los rancheros y los generales; los primeros en enfrentarse a las fauces de los cañones negros y a las bayonetas yanquis no serían los terratenientes. En el campo de batalla primaba la misma jerarquía que en el rancho. Eso significaba que había un menor riesgo de que su papá fuera herido, y debía dar gracias por eso.

Pero no las daba.

En cuanto la yegua negra se perdió en la multitud y el escuadrón se unió a la masa de la caballería mexicana, una estaca de miedo se le clavó en el pecho.

Los hombres alzaron sus armas y sus voces, gritando “¡Viva México!”. Todos los caballos del escuadrón salieron a medio galope y luego alargaron sus pasos, relinchando y sacudiendo la cabeza. La formación se mantuvo compacta mientras avanzaban hacia el humo de los cañones.

Nena sintió el suelo retumbar con el tropel del escuadrón galopando hacia la batalla. Mientras cargaban por la planicie, algunos de los jinetes del frente entraron a galope y se inclinaron al frente, con sus sables en alto. Los vaqueros y rancheros detrás de ellos se derramaron hacia adelante a todo galope con las pistolas listas. En cuanto se estrelló contra la refriega, la formación quedó partida en dos; los gritos quebraron el aire cuando los caballos arrollaron

soldados yanquis y fueron tragados por el caos de la batalla.

Nubes de humo ocultaban la distancia entre ellos y la línea yanqui.

Se habían ido.

¿Cuántos regresarían?

—Magdalena.

La voz de Susana la devolvió abruptamente a la realidad. Estaba acucillada junto a un soldado caído.

—Necesito que le hagas un torniquete en esta pierna —gritó—. Rápido.

Detrás de Susana había otro hombre. Traía puesto el uniforme azul de la infantería mexicana, pero estaba manchado de lodo y tenía una franja oscura y húmeda en el estómago. Los bordes de su aura vacilaban, débiles y sombríos. Un hedor pútrido reptó hacia su nariz: el tufo a otro tipo de suciedad. Aunque no hubiera visto la sangre en su estómago, sabía que iba a morir.

Nena lo volteó a ver mientras caminaba.

Su corazón se desplomó.

Era Néstor.

—No —susurró.

No, no podía ser él.

De un momento a otro, el espejismo se deshizo; sus pómulos se suavizaron y se ampliaron. Apareció un bigote donde Néstor no tenía uno.

Las náuseas impregnaron su boca. No, no era él. Era un truco de la penumbra.

Se obligó a caminar hacia Susana, persignándose. Tenía que mantenerse alerta para ayudar a los hombres y que tuvieran oportunidad de sobrevivir.

Pero el miedo por Néstor se mantuvo en su cogote, persistente, acre y asfixiante.

“Por favor, Diosito”, pensó mientras se hincaba junto a Susana y empezaba a vendar con fuerza la pierna del soldado para detener el sangrado. Le temblaban las manos al trabajar; se le resbalaron varias veces mientras usaba el cuchillo para cortar jirones de ropa y vendajes. Su hoja brillaba sangrienta. El hedor que se elevaba del fango pisoteado olía a carroña. “Por favor, mantenlo a salvo. No dejes que lo lastimen. No así”.

El tumulto provocado por el galopar y el relinchar de los caballos se hizo trizas por el impacto de un cañón. Los oídos de Nena se partieron por el zumbido; se agachó, encorvando la espalda e inclinándose sobre el hombre al que estaba atendiendo. Como si eso pudiera protegerlos. Un tremor feroz agitó la tierra e hizo que sus rodillas temblaran; imaginó caballos cayendo de rodillas y a sus jinetes volando sobre sus orejas hacia la refriega.

Alzó la mirada, segura de que vería una bala de cañón silbando hacia ella. El humo negro ocultaba el cielo. Siluetas oscuras se arremolinaban alrededor de la zona de curación.

—¡Váyanse de aquí! ¡Corran!

Era la voz de Félix. Nena se obligó a levantarse. Le zumbaban los oídos. Agarró su cuchillo.

Los disparos esporádicos taladraban el aire; el relinchar de los caballos le hizo castañear los dientes.

Félix ya no estaba patrullando tranquilamente la zona de curación. Cargó hacia adelante, pistola en alto.

Anglos a caballo cargaron contra los heridos y las mujeres, con sus caras ocultas por los sombreros y las chaparreras ondeando como alas de murciélago. Las pistolas refulgían en sus manos. Rinches. Texas Rangers.

Un movimiento repentino llamó su atención. Susana se hizo para atrás abruptamente, como si alguien le hubiera puesto las manos en los hombros para alejarla de un empujón del hombre agonizante. El rojo floreció en su pecho.

Nena gritó. Un grito mitad de sorpresa y mitad de horror.

Susana cayó de espaldas en el fango, con la mirada perdida en el humo.

Su aura se había perdido, rota. Estaba muerta.

Los rinches se abrieron paso entre los heridos, sin importarles si los aplastaban. Nena los esquivó y quedó aislada de las demás mujeres como un cabestro de su manada.

Alguien la agarró del pelo; su cabeza latigueó hacia atrás y una descarga de dolor blanco le recorrió el cuello. Gritó mientras la jalaban de espaldas, arrastrando las botas por el lodo. Los cascos de un caballo retumbaban directamente a su izquierda; tenía la mejilla pegada a las chivarras de alguien. El borde de un estribo se le clavaba en el hombro.

El dolor le abrasaba el cuero cabelludo. La iban a aplastar. O el caballo tropezaría y le rompería el cuello, frágil como gallina.

Pero aún tenía su cuchillo.

Con todas sus fuerzas, apretó el mango y hundió la hoja en la pierna del rinche.

Un grito; soltaron su pelo de golpe. Al caer al suelo, el corazón se le trepó a la garganta.

Pegó los brazos al pecho al rodar en el fango hediondo, pero se obligó a levantarse de inmediato. La cabeza le daba vueltas, pero el recuerdo de los cascos crujiendo sobre los heridos estaba demasiado fresco en su mente. El suelo implicaba muerte. Tenía que estar de pie.

Cuando se tranquilizó, con un zumbido persistente en los oídos, no podía distinguir hacia dónde veía. ¿Al este? ¿O al oeste y lejos de la refriega? El humo cubría el campo de batalla como bruma. Le ardían los ojos y la nariz. Sin importar hacia dónde mirara, no encontraba ningún punto de referencia para huir de la refriega.

El cuerpo le temblaba sin control; la piel debajo de la cicatriz de su cuello le picaba como si hubiera sido atacada por los mosquitos. Su mente lo observaba todo con desapego mientras oteaba el perímetro a su alrededor. Cuerpos caídos salpicaban el lugar, algunos abiertos y desmembrados por los cañonazos. Carne estridente y desollada, repleta de tábanos; su zumbido llenaba el aire tanto como el humo de los cañones, denso y persistente. El sombrero de un vaquero aplastado en el lodo. Un paliacate, azul como el cielo de verano, oscurecido y pegado a

un pecho empapado de sangre.

Un olor sulfuroso llegó a su nariz, envolvió su lengua y le escaldó el paladar. El cielo gris plomo y una tierra cenagosa empapada de sangre. Por un instante, juraría haber visto aparecer siluetas como fantasmas en la penumbra, siluetas de patas largas corriendo como coyotes.

Luego desaparecieron. Había sido un espejismo, una visión.

¿Así sería el infierno? No una vorágine ardiente, sino húmedo y pringoso, el aire espeso por el sabor a azufre y pólvora, los dedos agarrotados de los muertos intentando alcanzarla, buscando su alma para jalarla hacia abajo...

Un relincho agudo y metálico la devolvió a la realidad. Había una yegua asustada cerca. No tenía jinete.

Y estaba cerca.

—Tranquila —la llamó, rogando que eso la calmara—. Tranquila.

La yegua estaba retrocediendo con los ojos desorbitados, lista para girarse y salir corriendo. Nena saltó para alcanzar las riendas. Las agarró. Plantó los talones en el fango resbaladizo.

—Por favor —murmuró, concentrando su voluntad en el animal aterrorizado—. Si quieres vivir, tienes que calmarte. Shh, tranquila.

La yegua dejó de retroceder. Infló las narinas; le temblaban las piernas.

—Shh —repitió. Lo susurró una y otra vez, como plegaria, para calmar a la yegua pero también a sí misma mientras se le acercaba pisando la tierra chapaleante de sangre. Unos pasos más y alcanzaría el estribo. Unos pasos más y estarían a punto de salir de la refriega.

Un disparo tronó a sus espaldas. Se agachó de puro miedo y se llevó las manos a los oídos. Las riendas se soltaron de sus palmas con un latigazo abrasador. La yegua se encabritó; un destello rojo le manchó las grupas. Una bala la había rozado, apenas a unos pies de la oreja de Nena.

La yegua huyó.

—¡No! —gritó Nena—. ¡Alto, no!

Estaba sola.

Gritos a sus espaldas. No era español.

Dos soldados yanquis cabalgaban hacia ella. Uno blandía un sable; su hoja refulgía de un rojo húmedo. El otro le apuntó con la pistola.

No tenía dónde esconderse.

Unas botas golpearon el piso a su derecha. De reojo distinguió el sombrero de un vaquero. Alguien la tomó por el brazo y la jaló hacia atrás. El fulgor de una pistola.

Pam. Pam.

El olor a pólvora fresca floreció ante ella. Dos cuerpos más cayeron por tierra. Dos caballos más libres de sus jinetes se perdieron en el humo.

Néstor la puso entre su cuerpo y su yegua Luna para protegerla de la batalla. El pecho de su

camisa estaba oscuro, pero era de sudor, no de sangre. La sangre —¿suya o no?— le oscurecía una de las mangas sucias. Pero estaba a salvo. Estaba de pie. Gracias a Dios. Sus ojos la barrieron de pies a cabeza, buscando —al igual que había hecho ella— algún indicio de heridas.

—Tienes que salir de aquí —dijo a gritos para que lo oyera entre el estruendo—. Vamos.

Se metió la pistola en la funda y, con un jaloncito en el brazo, la giró para ponerla frente a su yegua negra.

Pie de ladrón y ya estaba montada en la silla. Los estribos le quedaban demasiado largos, pero no había tiempo para ajustarlos. Tomó las riendas y miró a Néstor, que seguía parado junto a su rodilla, con una mano en el hombro de la yegua. Le estaba murmurando cosas tranquilizadoras a Luna; Nena no le alcanzaba a ver el rostro por el sombrero hasta que alzó la vista hacia ella. Lo tenía manchado de polvo y sudor.

—Ve al oeste —dijo alzando la voz para que lo oyera entre el estrépito—. No tomes las lanchas, hay una retirada. La gente se abarrota en ellas y se ahoga. Al oeste, el río está bajito. Oí a los yanquis decir que sus espías habían cruzado por allá.

Sin embargo, el humo cubría el campo de batalla como bruma, denso e impenetrable. No había ningún punto de referencia que pudiera guiarla durante las diez millas que los separaban del río. Ni siquiera el sol.

—No me voy a ir sin ti —dijo—. No puedo.

Era cierto. Néstor estaba desarmado, indefenso. No lo dejaría ahí a que se perdiera en la matanza, a que le dispararan, lo aplastaran o algo peor.

—Ven conmigo —dijo—. ¿Puedes subir detrás de mí?

Néstor abrió un poco la boca; iba a contestar; nunca lo hizo. Dio media vuelta y se echó a correr.

—¿Néstor? —lo llamó con pánico en la voz mientras tomaba las riendas. La yegua también alzó la cabeza alarmada. No podía perderlo. No lo iba a abandonar.

Néstor brincó sobre un cuerpo caído y siguió corriendo. Nena miró delante de él: una yegua sin jinete pero con silla de montar a la mexicana trotaba directo hacia él. Néstor chifló y, cuando la yegua alzó las orejas y disminuyó el paso, corrió hacia ella y la montó de un salto. Tomó las riendas sueltas y clavó los talones en los estribos para tomar el control y hacerla girar.

—¡Por acá! —le gritó a Nena.

Salieron a trote. Luna estaba tan ansiosa por seguir a Néstor como Nena. Aunque el estruendo de los cañonazos la sobresaltaba, parecía confiar en que estaban saliendo de la zona de peligro. Néstor cabalgaba a su lado, tan cerca que podía estirar la mano y tomar la brida de la yegua de ser necesario para esquivar a los soldados yanquis. La refriega se fue difuminando conforme avanzaban; muy pronto, había más cuerpos regados en montones en el piso que de pie y luchando. Más allá, un amplio cauce brillaba entre los troncos de los árboles.

—¿Qué chingaos? —dijo Néstor, tan quedado que Nena estuvo a punto de no oírlo.

Enfrente de ellos, tres siluetas delgadas estaban encorvadas sobre soldados mexicanos caídos, acunándolos con ternura. Por un instante, Nena pensó que se los iban a llevar cargados, quizá a una enfermería de campo.

Al acercarse se percató de que estaba muy equivocada.

Una de las figuras alzó la vista.

No tenía ropa. Era gris, de cabeza calva y moteada; tenía la mandíbula húmeda de sangre fresca, que le goteaba por el pecho y sobre una banda de metal que portaba como correa en la garganta. A su lado había cadáveres marchitos y secos, desecados como si llevaran semanas bajo el sol del desierto.

La criatura soltó al soldado que sostenía. El cadáver golpeó el suelo con un ruido nauseabundo; su cabeza se ladeó para revelar una herida brillante y húmeda en la garganta.

El segundo monstruo alzó la cabeza embarrada con la sangre de su presa. No tenía ojos, pero Nena supo que los estaba viendo mientras se erguía hasta alcanzar su estatura completa. Patas delgadas de araña, panza abultada, pecho estrecho. Cara gris como el humo y garras largas de zopilote refulgentes de sangre.

Necesitaba gritar. No podía. Tenía la boca demasiado seca, la garganta tensa de terror mientras la yegua intentaba alejarse de los monstruos, con las orejas pegadas a la cabeza y los ojos titilantes. La montura de Néstor también retrocedía.

—Madre de Dios —exclamó.

Estiró un brazo, tomó la brida de Nena y espoleó a su propia yegua hacia adelante. Su trote aumentó hasta convertirse en galope. La impresión se quedó con Nena aunque dejaran atrás a las criaturas.

No podía ser real. Tenía que ser una alucinación.

Los cascos de las yeguas chapotearon en tierra suave; bajaron a medio galope.

El pasto de zacahuistle era denso alrededor del cauce; el medio galope se acortó hasta convertirse en trote. Néstor soltó la brida de Nena y cabalgó ligeramente adelante, aunque se asomaba por encima del hombro cada tantos pasos, como para asegurarse de que siguiera ahí.

Se paró en sus estribos para ver a través de los árboles. Luego se sentó rápido y se llevó una mano a las pistolas.

—Carajo.

—¿Qué? —preguntó Nena.

—Cuando diga ya, cortamos por el vado y seguimos galopando. No te detengas. ¿Entendiste?

A Nena se le aceleró el corazón.

—¿Qué?

—¡Ya!

Néstor espoleó su caballo, que arrancó a pleno galope. Nena lo siguió; se inclinó sobre la silla, apretando las rodillas y los muslos para mantenerse en ella, y se abrieron paso por los últimos

matorrales de la ribera.

Gritos en inglés retumbaron en sus oídos.

Pam. Pam.

Una bala le rozó la cabeza. El ruido brutal y gutural de alguien gritando de dolor. Néstor les disparó a un par de yanquis. A juzgar por el rápido vistazo a sus uniformes mientras caían de bruces en el lodo, eran rinches.

Después, ella y Néstor cargaron hacia el cauce cenagoso. El agua se elevó a su alrededor, hasta los estribos de Nena, luego le inundó las botas. Le subió hasta las rodillas. Su yegua alzó la cabeza para mantenerla sobre el agua mientras avanzaban.

—Esto no me gusta nada —dijo Nena con voz aguda; el pánico se agolpó en sus labios y cobró la forma de un sollozo—. Nada de nada.

—A mí tampoco —dijo Néstor mientras la volteaba a ver desde su montura, un poco adelante y a la derecha—. Todo va a estar bien. Sigue avanzando.

Los cañonazos retumbaban a lo lejos. Nena miró el agua turbia. Imaginó que le subía al pecho, al cuello, sobre la cara, que la asfixiaba...

Un deseo feroz de girar sobre sus talones la poseyó. Necesitaba salir del agua. Necesitaba salir.

—No mires abajo —la llamó Néstor—. Mírame a mí.

Se obligó a alzar la vista. Néstor miraba hacia el frente y luego hacia ella.

—Ya casi llegamos.

No era cierto. Estaban en medio del cauce. Sentía el agua oscura y fría en las rodillas mientras Luna alzaba aún más la cabeza. Una sacudida; Nena se agarró del borrén. Las yeguas estaban nadando.

—Mírame —repitió Néstor.

La respiración de Nena era agitada, en *staccato*, pero la ahogaba el retumbar de los cañones a sus espaldas. Permanecieron suspendidos, jadeando en medio del cauce mientras las yeguas nadaban.

Se atrevió a alzar la mirada. Los ojos de Néstor ardían con desesperación en su cara manchada de polvo.

No iba a dejar que se ahogara.

—No te me separes —le gritó.

Entonces se oyó el chasquido metálico de las herraduras en la piedra; la yegua de Nena se meció hacia el frente mientras sorteaba las hierbas. Nena se inclinó hacia adelante para que su peso la ayudara a avanzar. Una de las patas se resbaló; Luna se tambaleó precariamente.

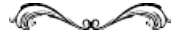
—¡No! —gritó Néstor.

A Nena se le trepó el corazón a la garganta. Envío todo su peso hacia el otro lado para ayudar a Luna a equilibrarse.

—No te me separes —gritó Néstor. Las yeguas avanzaban tensando el cuello para salir laboriosamente del agua. Néstor se inclinó hacia el frente y tomó la brida de Nena con la izquierda—. No te me separes.

En ese momento supo que no lo haría.

Sin importar qué les deparara el destino, no se separaría de él.



NENA

CASI UNA HORA después, al fin frenaron su cabalgata al oeste por el denso chaparral. A Nena le dolían las piernas del cansancio; le ardían las manos por la fuerza con la que había apretado las riendas. Ni ella ni Néstor hablaron durante el trayecto. Se mantenían fuera de la vista, lejos de los senderos concurridos: Néstor abría el chaparral con un machete que encontró atado a su silla. Los cañones aún tronaban a lo lejos. Una neblina cubría el cielo, oscureciendo el horizonte y tiñéndolo de rojo. A pesar de que el calor de la tarde había empeorado conforme el sol se deslizaba hacia el oeste, había tanta humedad que su ropa y su silla seguían mojadas por el cruce del cauce. La falda le rozaba el interior de los muslos y le colgaba pesadamente sobre las piernas.

Al llegar a un claro, Néstor detuvo su montura.

—Podemos descansar aquí, si quieres —dijo con voz rota y cansada. Desmontó y barrió con la mirada los alrededores. Todo estaba tranquilo. Por primera vez en la tarde, el aire sabía despejado—. Creo que es seguro.

Nena permitió que sus manos agarrotadas y adoloridas soltaran las riendas y bajó de la silla sin ninguna gracia. Cuando sus botas golpearon el piso con ruido sordo, sus piernas se tambalearon, como en espera de más cañonazos.

Néstor ya estaba detrás de ella, con una mano en la espalda para tranquilizarla.

—Cuidado —dijo—. ¿Estás bien?

¿Cómo era que después de tantos años, aún sentía tan natural voltear hacia él, rodearlo con los brazos y enterrar la cara en su pecho? Él respondió estrechando su abrazo. Nena inhaló su aroma a sudor y a cuero desgastado, el resabio metálico de la sangre seca, el calor de su cuello. Una sombra la cubrió cuando Néstor recargó la mejilla en su pelo: el ala de su sombrero le tapó el sol.

—Estás a salvo —murmuró. Nena sintió su voz más que oírla, un suave ronroneo en su pecho.

Pero Félix no estaba seguro. Ni su papá. ¿Seguirían vivos? ¿Estarían heridos? ¿Y los vaqueros de Los Ojuelos, como Casimiro? Sintió miedo por ellos.

Sin haberla llamado, la imagen de Susana mirando al cielo con los ojos vacíos vino a su

mente. El crujir de huesos, el sonido húmedo y denso de la carne destazada, los heridos aplastados bajo los cascos de las monturas de los rinches.

Un sollozo, franco y seco, salió de su pecho. A la siguiente respiración, ya estaba llorando sin control. Era consciente de que su cuerpo temblaba, pero no podía hacer nada para detenerlo. Si los brazos de Néstor no la hubieran sostenido, quizá se habría desplomado.

Néstor no dijo nada. Simplemente la siguió abrazando, con las piernas bien abiertas para soportar el peso de ambos, respirando acompasadamente.

Por fin, sus sollozos se hicieron más suaves y luego cesaron por completo. En su pecho se desmadejó la conciencia: la tarde a su alrededor era tranquila y silenciosa. No había más ruido que el corazón de Néstor, que su respiración. Una nueva idea floreció hasta convertirse en una espina de vergüenza: estaba en los brazos de un hombre, pero no de cualquiera.

Estaba en los brazos de Néstor.

Se puso tensa; Néstor aflojó los brazos y la soltó.

—Seguro te estoy manchando de sangre —murmuró Nena mientras retrocedía un paso. Sus brazos seguían pegajosos. Un sabor metálico, sorprendentemente fresco, le mordía la lengua. Contuvo un escalofrío.

—¿Estás herida? —preguntó Néstor.

Nena negó con la cabeza.

—¿Y tú?

—Tampoco.

Su pulso se estabilizaba. Ahí, a varias millas de Palo Alto, era como si la batalla no existiera. El calor de la tarde subía, como siempre había hecho, como siempre haría. Desde el río se oía los graznidos de las chachalacas; los trinos y el batir de alas salpicaban los árboles mientras Néstor la conducía a la sombra. Desató una cantimplora de su silla de montar y se la entregó.

Nena rodeó con los dedos el cuero desgastado de la cantimplora, aún caliente por el sol. El zumbido chasqueante de las chicharras aumentaba y disminuía en pulsos mientras Néstor dirigía su atención a las yeguas. Las guio hacia la sombra y empezó a soltarles las cinchas y a limpiarles el lodo del pelaje. Nena se percató de que canturreaba en voz baja.

El pánico retrocedió dejando su cuerpo débil y tembloroso. Se dejó caer sobre la tierra dura y se quedó sentada entre las raíces de los árboles, con las rodillas abrazadas al pecho. Aún tenía empapada la falda; su peso la sofocaba al absorber el calor de la tarde.

El agua de la cantimplora estaba tibia y sabía a estanque, pero se la bebió de todas formas, mirando a la nada mientras Néstor buscaba una rama donde asegurar las riendas de los caballos. El susurro del cuero se acercó; sus espuelas chasquearon cuando fue y se sentó junto a ella dejándose caer en el piso con un golpe seco. Soltó un largo suspiro, pero no dijo nada, ni siquiera cuando ella le pasó la cantimplora.

A lo lejos, un cañón retumbó.

Nena se sobresaltó. Aún le zumbaban los oídos. Quizá nunca dejarían de zumbarle.

—¿Estás segura de que no es tuya? —preguntó Néstor con suavidad.

Nena llevó la mirada hacia sus manos y brazos manchados de sangre. Esta se había oscurecido y quebrado como tierra seca bajo el sol. Comenzaba a picarle; se rascó hasta quitarse algunas costras.

No había logrado salvar a los hombres anónimos a quienes pertenecía aquella sangre. En el campo de batalla era casi una inútil. ¿Cómo habría podido ayudar, con los ojos ardiéndole por el humo y la pólvora, mientras los cuerpos eran arrastrados, uno tras otro, frente a ella y a las demás curanderas? ¿Qué podría haber hecho ante tal carnicería?

Había sido una estupidez creer que podía ser de ayuda. Creer que así podría haberle demostrado a su padre su valía como curandera.

—Debería limpiármela —murmuró.

—Podemos encontrar un lugar para hacerlo —dijo Néstor—, pero vamos juntos. No quiero que ninguno de los dos se quede solo con... esas cosas sueltas.

Se echó el sombrero hacia atrás y se pasó una mano por la cara. Tenía una expresión distante y afligida.

Lo único en lo que Nena podía pensar era en aquella cara gris y ciega levantándose de los cuerpos de los soldados mexicanos caídos, con la sangre refulgiendo en su barbilla, para mirarla. No tenía ojos, pero sabía, con una fría certeza en lo profundo de su ser, que la estaba viendo.

Un escalofrío le recorrió la piel al recordarlo.

—¿Qué eran esas cosas? —preguntó.

—Tú también las viste —dijo Néstor. No era una pregunta, usó un tono firme, como si confirmara que no estaba loco—. Parecía como si estuvieran comiendo... —No terminó.

—Chupando sangre —dijo Nena—. Eso era lo que estaban haciendo.

Lo había visto con sus propios ojos. Ella iba a caballo y estaba a varios metros de distancia, pero no podía equivocarse. Las patas larguiruchas acunando los cuerpos caídos, llevándose las gargantas y los brazos a la boca. Hacia sus largos dientes empapados de rojo.

—¿Como murciélagos? —preguntó Néstor.

Pensó en asentir. Luego, en el fondo de su mente, oyó el eco de la voz de don Antonio Canales. Cuando estaba en el rancho, hablándole a su papá de reunir un escuadrón, había citado a un guerrillero que se refería a los yanquis...

—Vampiros —dijo secamente—. Como vampiros.

Hubo un largo silencio. El canto de las chicharras en las ramas que los cubrían había perdido toda su calidez. Solo servía para recordarle lo solos que estaban, afuera en el chaparral. Tenían la espalda hacia los árboles, pero fuera de eso, estaban expuestos. Vulnerables.

“Duérmete, niña; duérmete ya...”.

¿Cuántas veces la voz de la abuela la había arrullado al calor de la siesta cuando era niña y

aquella rima macabra había cerrado sus ojos con dedos tiernos?

—O el Coco —añadió—. Lo que te haga sentir mejor.

Miró a Néstor de soslayo; se estaba mordiendo el labio, mirando preocupado el sendero que los había llevado hasta aquel claro.

—No me estás dando mucha opción, la verdad —dijo secamente.

Una risotada quebró la boca de Nena como un latigazo. Le sonó disonante, maniaca, como si estuviera demente. Así se sentía. Estiró las piernas, tratando de soltar la tensión en su espalda y cuello por abrazarlas tan fuerte.

—¿Quién habría pensado que los cuentos de la abuela eran reales? —dijo.

—Yo —contestó Néstor muy quedo.

La risa de Nena murió tan rápido como había brotado.

—Desde esa noche —añadió, aún con los ojos fijos en la maleza. Ya no tenía la mirada vigilante, sino distante, evasiva. Abrió la boca; vaciló—. No quería creerlo, en serio. Esa noche... ¿te acuerdas que queríamos encontrar plata española? —Sus palabras no tenían las esquinas bien redondeadas de un cuento de vaqueros. Titubeó y desanduvo sus pasos. Se estaba abriendo camino por un secreto, desmadejándolo por primera vez para alguien más—. Uno de esos... monstruos... te atacó. Apareció y, en un instante, estaba encima de ti...

—Son lo que está provocando el susto —lo interrumpió Nena abruptamente. Lo que quiera que Néstor quisiera decirle sobre aquella noche, no podía oírlo todavía. No cuando el recuerdo de esas criaturas seguía fresco en su mente. No cuando estaban tan solos y expuestos, cuando el árbol a sus espaldas era su única protección en el campo vasto y abierto—. Han de tener algún tipo de veneno en su mordida. Al menos eso concluyó la abuela. Si no, ¿cómo dejan inconscientes a sus presas?

Como Beto. Le habían dejado heridas como las de los hombres de Los Ojuelos; estaba débil como si se hubiera desangrado durante horas. Sí, estaba inconsciente, tumbado por lo que la abuela creía que era veneno. Pero había perdido mucha sangre.

Los monstruos —los vampiros— querían sangre. Ellos habían sido lo que atacó a Beto. Lo que le había chupado la sangre al cadáver de buey desecado con el que se habían tropezado antes.

Si los hombres estaban enfermando de susto y muriendo en Los Ojuelos, eso significaba que aquellos monstruos estaban ahí. Que Javiera y las demás se despertaban gritando por la sensación de ser observadas, por la sensación de ser presas.

Porque lo eran.

Esas cosas lastimaban a la gente del rancho. Podían lastimar a su familia.

Y Nena los había abandonado.

Ahora que sabía qué causaba la enfermedad, no se podía quedar ahí, lejos de su hogar y de su familia. No cuando había depredadores acechando Los Ojuelos como lobos, esperando para

arrancar a su hermana de su cama y hundir los dientes en su carne...

Tenía que regresar.

Había querido demostrarle a su papá que le brindaba fuerza al rancho, que era esencial para su prosperidad. Pero, al intentar hacerlo, ¿no había sido egoísta?

Lo que el rancho necesitaba era alguien que pudiera ayudarle a la abuela a curar el susto, alguien que supiera qué lo causaba y que pudiera averiguar cómo prevenirlo. Y ahí estaba, a varios días de distancia, sentada bajo un árbol y cubierta de sangre de hombres muertos. Por haber estado tan segura de que al curar a los defensores de México en un glorioso campo de batalla ganaría la aprobación de su papá.

Qué estupidez. La vergüenza hormigueó bajo su piel, creciendo y clavándose como espinas. Había estado tan segura de que aquella era la solución, de que al aprovechar esa oportunidad podría garantizar un futuro en el que nunca se iría de Los Ojuelos y en el que sus padres se enorgullecerían de su curanderismo, aunque se quedara soltera.

Pero al hacerlo, había dejado al rancho vulnerable. A la misma gente a la que decía servir... la había abandonado.

Tenía que regresar.

Quizá si regresara al campamento podría redimirse. Aún podía demostrarle su valía a su papá, como tenía pensado hacer en su plan original. Si seguía cuidando a Beto y a cualquiera que cayera víctima del susto, sería inevitable que los demás rancheros o Félix le hablaran de sus acciones a su papá, lo que la validaría ante sus ojos.

Pero no podía. No cuando sabía lo que acechaba en el chaparral, tan cerca de su hogar. Lo que quizás había causado que Javiera se despertara gritando.

Tenía que regresar.

Y cuando volviera, el pacto con su padre estaría sellado. Se enfrentaría a las consecuencias de su mala apuesta. Le había permitido acompañar al escuadrón a Matamoros, y a cambio, ella se casaría con el hijo del hacendado rico que él eligiera.

Una amarga revelación surgió en su garganta. Quizás eso fuera lo mejor. Quizá sus papás tuvieran razón.

La visión —y los horrendos sonidos— de los rinches cruzando el humo a galope para atacar a las curanderas la perseguiría por el resto de sus días. Eran tantos, tan decididos a dañar a los desarmados. A los heridos, a las mujeres.

Eso era a lo que se enfrentaban. Eso era contra lo que había que fortalecer a Los Ojuelos. Esa fortaleza podía comprarse con dinero, con más hombres. Con conexiones y reputaciones que el dinero no podía comprar, pero sí el regalo de una hija.

—¿Entonces me crees? —Las palabras de Néstor eran cautelosas. Precavidas. Tanteaban el terreno para ver si reaccionaba, y cómo—. ¿De lo que pasó esa noche?

Se había llevado las rodillas al pecho como para protegerse y sostenía el ala del sombrero

frente a las espinillas. Tenía el pelo sudoroso y la cara y la camisa manchados de tierra.

Era un hombre que vestía con los jirones del muchacho que había conocido, un desconocido al que aún no sabía si podría perdonar. Aún así, su corazón se detuvo en la tierna esperanza que detectó en sus ojos.

No debería dolerle. No después de lo que acababan de sobrevivir. No después de que la había rescatado. Debería estarle agradecida por estar a salvo, porque los dos estaban a salvo, aunque no tuvieran manera de saber qué les había pasado a Félix, a su papá y a Casimiro.

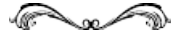
Pero algunas heridas corrían demasiado cerca de sus huesos. Algunos sufrimientos le habían hundido sus garras demasiado hondo y envenenado la sangre durante años. No la soltarían sin resistirse.

Dejó que la pregunta flotara en el aire y giró la cabeza lejos de él, hacia el claro.

—Tengo que regresar —dijo.

—¿Al campamento? —preguntó Néstor con una pizca de sorpresa.

—No— contestó. Tenía que llevarle el conocimiento de los vampiros y cómo causaban el susto a la abuela, para defender el rancho de los monstruos. También tendría que enfrentar las consecuencias de su apuesta fallida. Pero al hacer ambas cosas, haría lo mejor para el rancho. Saberlo tendría que darle fuerzas sin importar lo que le esperara—. A Los Ojuelos.



NÉSTOR

—*ABUELA PUEDE CURAR* el susto, pero no conoce su causa real. No sabe... —Hasta entonces, su voz había sonado quebrada, pero de pronto se volvió firme. Más segura—. No sabe de ellos. No hay nadie que la ayude. Voy a regresar.

—El patrón se va a preocupar si no te encuentra —dijo Néstor—. Y don Félix.

—Tú puedes regresar a avisarles —contestó.

—¿Y dejarte sola? —La incredulidad disparó el tono de su voz hacia el falsete. ¿Cómo podría sugerirle algo así? No había manera—. Ni loco.

—Entonces le enviaré un mensaje a papá en cuanto pueda —dijo Nena—, pero no puedo esperar. Voy a regresar.

—Vamos a regresar —la corrigió.

—¿Y si quiero estar sola? —dijo con altivez.

Su momento de suavidad se replegó tras una dura pared, demasiado rápido para atraparlo. Como humo entre sus dedos. No le había dicho que le creyera ni que lo perdonaba. Quizá nunca lo haría. Enterró ese pensamiento lo más rápido posible, antes de que lo quemara.

Se concentró en el peligro inmediato: Nena no podía viajar sola. No en un mundo en el que las figuras grises que acechaban en sus pesadillas aparecían en el campo de batalla. Al recordarlas entre los cuerpos, un miedo visceral se desató en la base de su cráneo. No eran un espejismo ni una esquirra de terror que se hubiera escurrido desde la memoria inconsciente hacia la luz del día, entre el terror del campo de batalla.

Eran reales.

El sol iluminaba tímidamente sus lomos grises y curtidos, sus rostros ciegos embarrados de líquido oscuro. Encorvadas sobre cadáveres hinchados y hediondos a causa del calor; sus costillas expandiéndose y contrayéndose con cada codicioso trago.

—Entonces te seguiré a una distancia respetuosa —dijo.

—¿Como perro?

—Un perro fiel —ofreció.

Nena bufó suavemente.

—Eso es mucho decir para alguien que me abandonó.

Esto último se le clavó bajo de las costillas como puñal, cogiéndolo desprevenido.

—Yo... —comenzó.

—¿Te vas a defender? —preguntó Nena.

—Sí —contestó tan rápido que se tropezó con la palabra.

—Vas, pues. Habla —dijo brusca, impaciente. Tenía la cara volteada hacia otro lado, con la expresión cerrada: no le interesaba nada de lo que pudiera decirle. Quizá nunca—. No tenemos nada mejor que hacer.

Durante un largo instante, el silencio cundió entre ellos. Néstor oía la brisa en las hojas sobre sus cabezas, los ruidos distantes del río. Su propio pulso bajo su barbilla. El crujir de su destino, torciéndose y cambiando.

—No podía regresar —dijo.

Incluso sus muecas eran hermosas. Néstor alzó la mirada al oír ruido de faldas. Nena se estaba acomodando la tela lodosa alrededor de las rodillas, lista para levantarse.

La vergüenza le subió por el cuello. Se había imaginado muchas reconciliaciones con ella, una noche insomne tras otra. En ninguna había se había mostrado tan torpe al hablar.

Pero ahí estaba. Y ahí estaba ella... a menos de diez pies, distante e inalcanzable como santo de capilla. No lo estaba regañando por decirle Nena ni insistiendo en que no le hablara en absoluto. ¿No la había tenido en sus brazos hacía unos instantes, cálida, real y aferrándose a él como si fuera lo único que mantuviera el suelo bajo sus pies y el cielo sobre su cabeza?

Estaba con él. Lo único que él quería era mantenerla ahí.

—Todo este tiempo, si hubiera regresado...

Se habría dado cuenta de que era un imbécil. Un cobarde. Todas las noches de insomnio que había pasado elaborando discursos extendieron las alas y despegaron para alejarse de su mente con la gracia sincronizada de un puñado de garzas. Todas las palabras ingeniosas y apasionadas que había memorizado mientras cabalgaba detrás de ella y de don Feliciano se esfumaron. No tenía nada. Se había quedado con las manos vacías.

—Lo siento —dijo.

Eso era lo único que podía ofrecerle. Eso y su vergüenza.

Un cañón tronó. Su cercanía los sobresaltó en un mismo movimiento, sus codos y rodillas chocaron entre sí mientras buscaban estabilizarse.

Pero no había sido un cañón. Al trueno le siguió un retumbar gutural que sacudió las alturas. Néstor alzó la mirada hacia el cielo: al este, los nubarrones se mezclaban con el humo de Matamoros. Llovería en unas horas.

—Tenemos que irnos —dijo Nena muy quedo.

Era cierto. El eco de los truenos lo devolvió a la realidad como un balde de agua fría a la cara: aparte de lo que traía en la silla de montar, no tenían suministros, dinero ni refugio. Y había una pesadilla a sus espaldas. ¿Cómo iban a llegar a Los Ojuelos?

No tenía respuestas. En vez de planear, se había sentado bajo un árbol, tratando de hablar en vano. Como debilucho. La vergüenza se abrió en su pecho. Ya no sería débil nunca más. Carraspeó.

—Cuando íbamos a Matamoros, vi unos jacales abandonados —dijo—. Creo que hay uno a unas horas hacia el noroeste. Sería buen lugar para pasar la noche. En caso de que, Dios no lo quiera...

No terminó la frase. Dios no tenía vela en ese entierro. Cualquiera fe que Néstor escondiera en su pecho era frágil y traslúcida, una tela tan desgastada y débil que si la ponías a contraluz, el sol la atravesaría. Lo que había sucedido aquel día acabó por hacerla jirones. “En caso de que tengamos compañía” era lo que quería decir, pero sentía que decirlo en voz alta era mala suerte, en el mejor de los casos. En el peor, sonaba a profecía.

—En caso de que suceda lo peor —dijo Nena con la mirada clavada en el cielo, quizá buscando, como hacía la abuela, indicios de lo que les deparaba el clima—. Y porque nos va a seguir la lluvia.

—Entonces hay que apurarnos —dijo Néstor. Cuanto antes se alejaran de lo que acechaba el campo de batalla, mejor. Podría pensar en el camino. Habría asentamientos, rancherías en las que podría trabajar para ganarse techo y sustento. Ya lo había hecho antes y lo haría de nuevo si implicaba llevar a Nena a casa a salvo. Si cabalgaban fuerte, si Nena podía cabalgar fuerte, cubrirían el trayecto de vuelta en menos de la mitad del tiempo que le había tomado al escuadrón llegar a Matamoros—. ¿Qué tan rápido puedes cabalgar?

—Tan rápido como tú —dijo Nena en un tono afilado y defensivo—. Pero... —Se miró la falda enlodada, aún húmeda por haber cruzado la resaca— así no. Tan solo el roce de la silla... —Negó con la cabeza.

—¿Tienes...? —Néstor dejó la pregunta a medias y se mordió el labio al darse cuenta de lo estúpida que era. Por supuesto que Nena no tenía una muda de ropa más apropiada para montar. Todas sus pertenencias estaban en el campamento. Y no podían volver para recoger nada; era demasiado riesgoso.

—¿Tú no tienes nada que me pueda poner? —le devolvió la pregunta con sorna—. Los vaqueros viajan con su vida en sus sillas, ¿no?

Era verdad. Al menos tenía una camisa. Solo las chivarras que traía puestas, pero tenía otro par de pantalones. Cruzó el espacio que los separaba de los caballos. Luna alzó las orejas al oírlo acercarse, y Néstor le acarició el cuello inconscientemente antes de meter la mano a sus alforjas.

Sus dedos rozaron algo duro.

Frunció el ceño mientras seguía rebuscando. Sacó una botellita de vidrio oscuro y retorcido,

marcada en el frente con una cruz rústica. Parecía una de las botellas de agua bendita de la abuela, pero estaba llena de algo blanco. Le quitó el taponcito y se asomó adentro.

Sal.

La botella estaba llena de sal.

La víspera de su partida de Los Ojuelos con el escuadrón, recordó haber visto a la abuela cerca de las sillas de montar que los Duarte habían dejado colgadas en el barandal del porche. ¿Le habría metido eso en la suya?

¿Por qué sal?

La metió de vuelta en la alforja y sacó su muda de repuesto.

Nena estaba justo detrás de él cuando volteó. No la había oído acercarse. Lo ponía incómodo —en el buen sentido, hacía que su corazón le subiera a la garganta— estar tan cerca de ella.

—No tendrás chivarras, pero será mejor que nada —dijo mientras le extendía la ropa.

Nena las tomó. Sus manos ensangrentadas rozaron las suyas.

—Gracias.

Un largo silencio cundió entre ellos. Nena le echó una mirada regañona.

—Ah —carraspeó—. Claro, me... me volteo.

Se dio la vuelta de inmediato. Al hacerlo, los tacones de sus botas cavaron espirales en el suelo por la velocidad. Se concentró en la silla de Luna. Se distrajo ajustándole la cincha y quitándole el limo del río a los estribos. El olor a cuero mojado le hizo temer la incomodidad del trayecto que los esperaba. Tendría que tallar toda la silla en su siguiente siesta.

A pesar de que tratara de concentrarse en cualquier otra cosa, oyó el susurro de la tela a sus espaldas, seguido por el innegable suspiro desinflado de la falda al golpear el suelo alrededor de unos tobillos.

Movió las manos hacia la crin de Luna. Se concentró en deshacerle los nudos, en la tierra en sus nudillos y en el pelo negro y áspero de la yegua.

—Ya estoy vestida —dijo Nena a sus espaldas.

No iba a voltear rápido. No. Lo más casualmente que pudo, cambió su peso a la otra pierna y se asomó por encima del hombro.

Nunca había visto a una mujer en pantalones. Obviamente le quedaban grandes: los tenía que sostener con una mano. Y sin embargo, su mirada percibió cómo los pantalones acentuaban la delgadez de su cintura, cómo la tela de su camisa —una camisa que había remendado con sus propias manos más de veinte veces— le colgaba sobre los senos.

Retiró la mirada rápido. ¿Por qué tenía la boca tan seca? Carraspeó. ¿Debería decir que se veía bien? ¿Sería mejor no decir nada?

—No tienes un cinturón, ¿o sí? —Las palabras de Nena, dichas sin humor, eran más una afirmación que una pregunta.

No, no tenía otro. Pero sí traía mecate. Lo buscó, ansioso por tener algo que hacer con las

manos. Se lo enseñó a Nena, extendiéndolo como si lo fuera a medir en su cintura.

Ella se lo arrebató, esforzándose por mantener los pantalones arriba al mismo tiempo.

—Yo puedo. —Se lo pasó por las trabillas de los pantalones y lo ató con un nudo firme—. ¿Me lo cortas?

Tomó su cuchillo y dio un paso al frente mientras tomaba el sobrante de cuerda en la mano. El cuerpo de Nena se inclinó hacia él al tensar el mecate. Sintió el calor sonrojarle cuello y mejillas. Tenía la cuerda en las manos. Si quisiera, podría jalarla más cerca, tan cerca que pudiera oler su pelo, inclinar la cara hacia la dulce curva de su cuello que ya no estaba cubierta por su vestido y presionar los labios contra su piel...

Entonces notó que la piel a un costado de su cuello, debajo de su escapulario, donde hacía una curva elegante sobre la clavícula para llegar al hombro derecho, estaba cubierta por una larga cicatriz.

Casi se le cae el cuchillo de la sorpresa.

—Dios mío —exclamó—. ¿Es de...?

—Corta la cuerda y ya —espetó Nena. Cuando la obedeció, ordenó—. Vámonos.

Pasó junto a él bruscamente, hacia el caballo que Néstor montaba y comenzó a ajustarle la cincha. Hacía movimientos bruscos, irritados. Como si le incomodara la ropa o su pregunta. O ambas.

Néstor la observó. Durante un instante, lo único que podía oír era cómo gritaba su nombre en la oscuridad. El ruido húmedo y pesadillesco de un monstruo hundiendo los dientes en su carne.

Traía una pistola a cada lado de la cadera. Siempre lo hacía, desde el instante en que pudo comprarse una segunda. Se quitó la funda de la derecha.

—Toma —dijo mientras doblaba las cintas de cuero debajo de la pistola para entregársela—. Ojalá que no la necesites.

EL AIRE DE la tarde era denso y caluroso; titilaba como esmalte mientras ensillaban las yeguas. Se daban la espalda, cada uno ensimismado en sus pensamientos mientras montaban para partir. Las nubes se desplazaban con paso firme hacia el oeste, oscureciéndose conforme los truenos amenazaban a lo lejos. El olor a tormenta les pisaba los talones; la humedad aumentó hasta estar a punto de estallar, pesada y fétida, en su piel como el aliento de un depredador.

Pero no estalló. No entonces.

Quizás uno de los dos debió haber montado guardia mientras cabalgaban. Quizá debieron haber echado un vistazo hacia atrás cuando retomaron la carretera cerca del río.

Quizá entonces habrían notado una silueta solitaria en la ribera, no muy lejos de donde habían cruzado. Surgió de entre los carrizales, los observó en silencio y se retiró lentamente.

Pero no se retiró muy lejos.

No se retiró nada lejos.

FUERON AL RÍO, se limpiaron la sangre seca lo más rápido y lo mejor que pudieron y luego siguieron adelante. ¿Lograrían cubrir toda la distancia que los separaba del jacal que había visto Néstor antes del anochecer? Se arriesgaron a tomar la carretera para ahorrar tiempo, pero la abandonaban cada vez que oían jinetes acercarse. Encontrarse con desconocidos planteaba tres problemas posibles que Néstor quería evitar a toda costa.

El primero: si miembros del ejército mexicano los veían y creían que estaban desertando, al menos él sería aprehendido y obligado a regresar, y Nena tendría que volver sola a Los Ojuelos, sin protección.

El segundo: notarían que Nena, una joven soltera, estaba viajando a solas con un vaquero. Si descubrían que era la hija de un ranchero, sería fácil acusar a Néstor de habérsela robado, una ofensa merecedora de azotes o incluso de la muerte.

Todo eso eran nimiedades en comparación con el tercer problema: encontrarse con yanquis. No le era fácil olvidar su imagen al alba, con las bayonetas refulgiendo al sol. El ruido de aquellas armas atravesando las entrañas de los soldados mexicanos le daba náuseas. Mantuvo a raya esa sensación y el hambre que sentía ralentizando el paso para comer tacos de cecina montados en sus sillas.

La comida era otra preocupación que perseguía a Néstor junto con los nubarrones. Aparte de la cecina y las tortillas de la cocina del campamento, tenían muy pocas cosas. En la silla de montar del muerto en la que cabalgaba Nena, habían encontrado provisiones para hacer pan de campo, pero con la lluvia inminente, no podría cocinar cuando descansaran en la noche. Entonces, se aseguró de tomarse el tiempo para recolectar y comerse un puñado jugoso y brillante de tunas y cortar provisiones de nopales mientras se lavaban junto al río. Hasta el día siguiente, todo lo que tenían era eso, tortillas duras y cecina.

Nena llevaba las riendas de la conversación con puño severo. Pasaban largos periodos en los que no contestaba a sus preguntas cautelosas. Podría haberla dejado en su silencio. Pero ¿acaso Beto no había logrado muchas veces sacarlo a él de sus silencios taciturnos?

Al inclinarse hacia ella para ofrecerle más cecina, le dijo:

—Ya pareces vaquero, comiendo montada. Quizás al final sí tengas un futuro entre nosotros.

Mantuvo su tono cuidadosamente ligero, casi burlón, al referirse a su deseo infantil de convertirse en vaquero como él. Como si nada de lo que había pasado en los últimos dos días hubiera sucedido y siguiera tratando de romper su ley del hielo de camino a Matamoros.

Quizá lo que quisiera romper era la sensación espeluznante que le llegaba desde el este, el silencio que les pisaba los talones. Los truenos que resonaban en su pecho, prometiendo que si no aumentaban el paso pronto, no lograrían escapar de la tormenta. Incluso desde su montura, alcanzaba a ver que la tensión tiraba a Nena de los hombros.

—Pero todavía tienes mucho que aprender —dijo.

—¿Ah, sí? —preguntó ella.

—Has cambiado —dijo—. Te falta malicia. Antes eras más rebelde. ¿Te acuerdas del día en que Félix dijo que no podías montar el semental que llevó de la Hacienda del Sol? El gris bridón. Te tiró a un nopal.

Una sonrisa le cruzó el rostro a Nena.

—Te juro que todavía tienes la cicatriz en el cachete —añadió.

—Claro que no. —¿Era su imaginación o su tono era más cálido? ¿Había una pizca de hoyuelo en la comisura de su boca? —Mi mamá no perdería oportunidad de recordármelo si la tuviera.

—Ah, doña Mercedes —suspiró dramáticamente, recordando a la villana autoritaria de su infancia—. Te ha vuelto muy prudente. No puedo evitar preguntarme si ya no sabes portarte mal.

—Ja —contestó en tono plano—. Tal vez tengas razón.

Néstor se imaginó que sus voces proyectaban un velo de seguridad a su alrededor. Si seguían hablando, sería como si solo estuvieran a unas millas de Los Ojuelos. Como si fueran de un rancho a otro después de una visita, sin preocuparse de que estuvieran siguiéndolos.

No tenía razón para creer que los estuvieran siguiendo, pero una sensación que le subía por la nuca retorció su imaginación, llevándola a lugares inhóspitos y haciéndole un nudo en la garganta.

—Entonces tienes que volver a aprender a ser mala para ser una vaquera decente —dijo mientras tomaba un bocado de cecina y saboreaba aquella carne dura y salada—. Por fortuna, te está acompañando un experto.

Nena lo miró de soslayo.

—Me han contado —dijo con altivez—. Tu amigo el gringo desperdiga anécdotas como si fueran margaritas.

A Néstor le dio un vuelco el corazón, como un caballo que pierde piso. Beto le había prometido ser infaliblemente cortés cuando vigilara a Nena. Se lo había jurado.

Pero los demás vaqueros hablaban. ¿No habían estado rodeados de vaqueros todo el camino hacia Matamoros? No era imposible que Nena se hubiera enterado de sus peleas en bares, de las apuestas y de los rumores de su relación con Celeste Romero, del Rancho Buenavista. ¿Se habría enterado de Celeste? ¿Y si sí? ¿Qué pensaría de él?

Nunca le había importado lo que las mujeres o los demás vaqueros pensarán de él. Asumía el papel de juguete de rica con gusto. Así conseguía lo que quería: mejor paga y mejor trabajo. Un valioso vistazo a lo que implicaba administrar un rancho.

Pero Nena era otra cosa.

Sus miedos se removieron bajo la piel; otros nuevos surgieron y mostraron sus espinas. No sabía qué significaba para ella. “Los vaqueros me dicen ‘señorita’ o, mejor aún, no me hablan en absoluto”. Le daba miedo no ser nada para ella. Ofrecerle el corazón, y que ella lo tomara y lo

tirara al suelo para que se desangrara cada vez que la llamara su padre.

Eso significaba que Nena podía hacerlo trizas, en mente y alma.

Aquella revelación lo dejó derrumbado, indefenso, vulnerable.

Y no le gustó nada.

Alzó la guardia con la velocidad de un reflejo.

—Entonces puedes confiar en mi experiencia —dijo poniéndose la máscara coqueta que le había ganado la admiración de Celeste y tantas otras—. Imagínate: te llevo a una gran ciudad, a algún lugar donde nadie sepa quién eres, y te enseño a ser mala. —Se dejó un pedazo de cecina entre los dientes como cigarro y siguió hablando mientras contaba con los dedos—. Primero, vamos a una cantina. Te enseño a tomar caballitos. Luego, jugamos baraja.

La escena se proyectó en su mente mientras esperaba su respuesta: los dos en una cantina en penumbra, rodeados de risas, del entrechocar de vasos, de volutas del humo azul del tabaco. Él cerca de ella, frente a ella, con sus mejores ropas, como la noche en que volvió a Los Ojuelos. Con anillos en los dedos y espuelas de plata en los tacones. Tan bien vestido como cualquier hidalgo de familia con concesión de tierras. Suficiente para una mujer como ella. El ruido del lugar disminuiría al verla a los ojos. Ella tomaría el caballito lleno del líquido pálido que él le ofrecería y chocaría su vaso con el suyo.

—¿Me puedo poner un vestido rojo? —preguntó Nena.

—Rojo como fruta guadalupana —contestó. La imagen en su mente cambió, vistiéndola con un modelo tan brillante como las semillas rubí encendido de la fruta.

—Lo quiero rojo sangre —dijo Nena con firmeza—. Y con un escote tan bajo que las tías no dejen de hablar del tema por semanas.

Esa alteración al ensueño disparó una descarga de deseo en su pecho. Carraspeó y concentró la mirada al frente, en el horizonte.

—Yo mismo te compraré la tela —dijo.

De reojo, juró ver una sonrisa dibujarse en su comisura.

—Trato hecho —dijo Nena—. ¿Y luego qué?

Era embriagante cuánto quería que confiara en él. Que se relajara con él. Que sonriera como antes, cuando eran niños. Una sonrisa amplia, sin defensas y con dulces hoyuelos, con dientes refulgentes como una pistola cargada bajo el sol. Dejaría que esa arma lo matara a tiros cualquier día.

—Te enseño a hacer trampa y luego te enseño a disparar —dijo—, por si te metes en problemas por estafar a un pobre diablo.

Eso le sacó una risotada, una risa tan dorada que hizo retroceder los nubarrones que se cernían sobre ellos. Creó un halo de seguridad a su alrededor, una antorcha fulguerosa contra las sombras de alrededor.

—Te tengo otra idea —dijo emocionado por su respuesta—. He ido a un burdel en Laredo que

tiene una cantina y además una casa de apuestas, así que si vamos allá, podemos hacer varias cosas malas a la vez...

—¿Has ido a burdeles? —preguntó Nena con voz de navaja. Su buen humor se había esfumado como un portazo.

Carajo. Se esforzó por recobrarse.

—Te estoy siendo honesto —dijo. Hizo un ademán hacia su pecho, fingiendo una confianza desmesurada—. Soy un hombre malo.

—Entonces sé honesto conmigo de verdad, maldosín — le espetó Nena, torciendo sus palabras con veneno—. ¿Con cuántas mujeres te has acostado?

Néstor calló. Dejó que cundiera el silencio. Si le mentía, no tenía duda de que lo descubriría tarde o temprano, de que la falsedad se le enroscaría en el cuello como cuerda en el patíbulo. ¿Y si le decía la verdad?

Tiró los dados.

—¿Dieciocho, creo? ¿Veinte?

—¿Crees?

—Normalmente había mucho alcohol involucrado —explicó encogiéndose de hombros. Podría recobrarse. Podía sacudírselo recordándole lo malo que era. A fin de cuentas, eso era lo que les gustaba a Celeste y a las demás: el atractivo del vicio en sus vidas confinadas. Él era su rebeldía.

No ayudó: Nena le echó una mirada fría y bufó. Empujó a su yegua a trote.

—Nena...

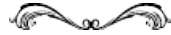
Ella alzó una mano para callarlo.

—No me hables hasta que pasemos ese maguey —dijo por encima del hombro.

Franjas de morado crepuscular se erguían en el horizonte; el cielo era una laja distante y apagada. Señaló hacia adelante, vagamente.

—¿Qué maguey? —preguntó Néstor.

—Exacto.



NENA

LA NOCHE ALCANZÓ la plena oscuridad mientras cabalgaban. El silencio entre ellos se condensó. Cada vez eran más propensos a disparar la mirada contra cualquier ruidito en el chaparral. Los pájaros dejaron de cantar, pero los insectos no llenaron el vacío de su partida.

Tridentes de relámpagos partían ocasionalmente el cielo a sus espaldas, siniestros e incontenibles. El aire se apretaba contra su piel, denso, con la promesa de lluvia.

—Ahí —dijo Néstor al fin, apuntando hacia las tinieblas.

Nena aguzó la vista para distinguir el jacal que surgía entre la penumbra. Huizaches sin podar envolvían la mitad del porche, ladeando un poco el techo; el umbral parecía una boca alta y chimuela. No había puerta ni indicios de que alguien hubiera estado ahí en meses, quizás en años. No era una fortaleza, pero sería un refugio. Un muro que les cubriría las espaldas durante la larga noche. Con eso bastaba.

Con eso tendría que bastar.

Durante la última hora, Nena no había podido librarse de una sensación que le recorría la nuca y bajaba por sus vértebras. No habían visto ni un alma en la carretera; decidió que eso era bueno, aunque el aislamiento le diera un resabio espeluznante a la noche. Aunque no pudiera evitar sentirse observada. En cuanto se puso el sol, incluso admitió que era bueno tener a Néstor detrás de ella, con una pistola en el cincho. Con un machete para abrir el chaparral atado a su silla y una cartuchera rebozante de balas colgada en su pecho.

Aún así, llevaba horas sin hablarle. Mantuvo el silencio mientras desmontaban cerca del jacal. Hizo seña de entrar al porche, pero él alzó una mano y desenfundó la pistola. Soltó el seguro con un chasquido suave.

—Quédate con las yeguas —dijo mientras le entregaba las riendas de Luna—. Me voy a asomar primero.

Cruzó el porche de puntitas hasta llegar al umbral; luego, aún en el lado exterior de la apertura podrida, dio un fuerte pisotón. Se asomó con la pistola lista.

Silencio.

—Está vacío —dijo mientras enfundaba de nuevo.

Nena subió las yeguas al porche y le devolvió sus riendas.

—Nunca hay que suponer que somos los únicos que necesitamos refugio —dijo a modo de explicación.

—Qué listo —dijo.

—Te voy a contar de la vez en que casi me mata un ocelote en una cueva —contestó con sequedad—. Así ya no vas a creer que soy tan listo.

Estaba demasiado oscuro para leer su expresión. A veces se parecía tanto al muchacho que había conocido que sentía un tirón en las entrañas parecido a un golpe. Aquella no era una de esas veces.

Ese hombre era un desconocido.

—Si tú prendes el fuego, yo desensillo tu yegua —dijo Néstor—. ¿Sale?

—Sale, pues.

Sus espuelas tintinearón cuando entró al claro alrededor del jacal. Un coro de grillos se elevó a su alrededor, chirriando con ritmo.

Sintió un cosquilleo en el cuello, concentrado en su cicatriz.

Encogió los hombros para destensarlos. No había nada que temer. Lo único que tenía que hacer era recoger leña y volver al jacal. Entonces podría encender un fuego y habría luz. Luz bendita y danzarina lamiendo el techo de su refugio.

Recogió fajina con rapidez: ramas de mezquite secas y lo bastante gruesas para arder.

La sonrisa de Néstor interrumpió su mente, intensa y retorcida. “¿Dieciocho, creo?”. Pisó una rama para partirla en dos. Se trozó fácilmente con la fuerza del golpe. La recogió con movimientos rápidos.

Dieciocho, creía. El Néstor al que amaba no tenía ojos para ninguna chica del rancho más que para ella. El Néstor con el que estaba era un desconocido. No tenía interés en saber nada más de él, no si cada cosa que decía la molestaba más.

Se imaginó sentada bajo las anacahuítas detrás de la casa, esperando a que Félix regresara de la comisaría con la correspondencia. Con cara —como había comentado una de sus tías— de ser el par perdido de unos zapatos.

¿Y dónde estaba Néstor? En cantinas y burdeles, al parecer, sin ninguna intención de volver a casa.

Una pincelada fría de razón se entrelazó con su rabia. “Piensa por qué”, decía esa voz.

Si lo que Néstor decía era verdad —que había sido atacada por uno de esos monstruos y que esa era la causa del susto del que la abuela la había llamado de vuelta— entonces tenía sentido que creyera que estaba muerta. Eran unos niños. ¿Qué otra cosa iba a pensar?

Una mujer de cabeza más fría entendería por qué nunca había vuelto. Una mujer más racional

lo perdonaría. Ella no era ninguna de las dos y no tenía ganas de convertirse en ellas. No en lo que a él respectaba, al menos.

Tenía los brazos llenos de leña cuando se detuvo a medio paso.

Algo la estaba observando.

Lo sintió como si unos dedos rozaran su columna vertebral, poniéndole la piel de gallina. La incomodidad le cosquilleó debajo de la cicatriz.

Hasta ese momento, no se había percatado de cuánto había espesado la oscuridad, qué tan bajo colgaba el cielo nocturno, oscuro y pesado con nubes preñadas de lluvia. Cuánto se había alejado del jacal. Sentía que la distancia que la separaba de la seguridad de aquella construcción era como un miembro fantasma: larga, expuesta y desnuda.

Néstor silbaba mientras almohazaba a las yeguas; cada nota se elevaba y se retorció en la noche, delgada y espeluznante.

Estaba demasiado lejos del jacal.

Miró por encima del hombro. Giró para enfrentarse al chaparral. Su corazón retumbaba contra el fajo de leña que apretaba contra el pecho. Escudriñó la noche con ojos grandes, sin parpadear.

No había nada.

Ninguna silueta patilarga y ciega en la oscuridad. Ningún destello de bayonetas yanquis.

Se retiró al jacal lo más rápido que pudo, asomando la cabeza por encima del hombro para revisar a su alrededor hasta llegar al porche. El sonido de la respiración de las yeguas la tranquilizó. Ya podía oír bien los silbidos de Néstor, una melodía común y segura. Imaginó que formaba una barrera alrededor de la pequeña choza, alrededor del porche, manteniendo a raya lo que claramente había sido su imaginación excitable.

Pero su corazón seguía palpitando cuando metió la leña a la oscuridad del jacal y la puso junto a la chimenea, que apestaba a podredumbre y moho. Néstor había metido el machete que cargaba en la silla de montar; Nena lo usó para cortar la leña del tamaño adecuado mientras le prohibía a su mente preguntarse a quién le habrían pertenecido el machete, la silla y la yegua en la que Néstor había huido del campo de batalla.

El pedernal chisporroteó y la fajina se encendió. Nena se concentró en hacer que relumbrara la llama. En llenar la choza con su luz dorada y el aroma humeante del mezquite ardiente.

—Qué rápido.

Nena alzó la vista. Néstor observaba su progreso desde el umbral mientras limpiaba el cepillo que había usado para almohazar a las yeguas.

—Tuve un maestro decente —dijo a pesar suyo, manteniendo la mirada fija en las ramas humeantes mientras las empujaba con un palo verde para acomodarlas. Por supuesto, Néstor le había enseñado a encender fuego, en las frías mañanas de invierno que habían pasado con el rebaño en el chaparral.

Lo oyó decir algo, pero no alcanzó a distinguir sus palabras. Se había salido del campo visual

del umbral.

—¿Qué dijiste? —preguntó.

Quería que siguiera hablando. Las voces disparían la tensión, esa sensación de estar expuesta. Puso otra rama en el fuego crepitante y lo siguió al porche para recoger su alforja. Le dolían todos los huesos. Había unos nopales amarrados a su silla que podría cocinar sobre el fuego, pero se sentía demasiado cansada para tener hambre. Creía que se había acostumbrado a viajar, pero ese día habían pasado muchas más horas en la carretera que cuando viajaban con un engorroso escuadrón de quinientos hombres.

—Dije que serías una vaquera decente —contestó Néstor mientras ponía su silla de montar en la mesa medio podrida que había a un extremo del porche. Las yeguas estaban atadas con mecates largos y rumiaban al otro lado de la casa, limpias y contentas.

Nena frunció el ceño. Por la manera en la que no la miró a los ojos mientras le aventaba una alforja, pensó que había dicho otra cosa. Atrapó el bulto contra el pecho con un golpe seco.

—Ojalá fuera tan útil como un vaquero —dijo. La amargura volvió sus palabras ásperas. Por un momento la sobresaltó oírla con tanta claridad. Hacía que su voz sonara ajena—. Quizás entonces mi papá no estaría tan preocupado por casarme con el mejor postor.

Néstor no contestó de inmediato; estaba recogiendo la segunda alforja. Su pregunta, cuando llegó al fin, fue tentativa. Cuidadosa.

—¿En serio está haciendo eso?

Nena apretó la alforja entre los brazos.

—No quiero hablar de eso.

Al igual que cuando eran niños, fue como si cerrara una puerta. Néstor la dejó cerrada. Le hizo señas de entrar al jacal.

Una vez adentro, Nena dejó su alforja en el suelo y volvió a atender el fuego. Detrás de ella, oyó a Néstor dejarse caer con una exhalación larga y agotada. Luego, el tintineo grave y metálico de las balas cuando dejó su cartuchera en el piso.

Por un largo rato, solo se escuchó el alegre chisporroteo de la fogata. Nena observaba las astillas humear y retorcerse antes de estallar en llamas.

—Estoy harta —admitió hacia la chimenea.

—¿Harta de qué? —preguntó con voz suave.

—Desde que te fuiste, he sido la hija perfecta —contestó muy quedo. Quizá porque se había ido. El amor de sus padres era frágil y caprichoso; Néstor era la única persona en quien había confiado que nunca dejaría de amarla. Que nunca la abandonaría. Cuando se fue, la escasez apretó su vida con su puño tosco y la exprimió hasta dejarla seca: si desobedecía a sus padres, si ponía un dedito fuera del redil, podría perder todo lo que le daban. ¿O no?—. Sí, he cambiado, y estoy harta. Estoy harta de ser buena. De ser amable.

Néstor soltó una exhalación suave y divertida. Una media risa que conocía tan bien que su

corazón dio un vuelco. Si no volteaba a verlo, podía imaginárselo como había sido antes, tan vívidamente como si hubiera sido ayer: extremidades larguiruchas, los brazos flacos de los que Casimiro hacía burla. El cinturón con hoyos adicionales para evitar que se le cayeran los pantalones que le había heredado su primo, mucho más ancho que él. El pelo abundante y negro, tan rizado y rebelde como siempre, sin importar cuánto se lo empujara hacia atrás, sin importar cuánto batallara la abuela por domarlo antes de la víspera. Los ojos grandes e inocentes, la expresión abierta y completamente suya.

Finalmente, terminó por asomarse por encima del hombro. Y ahí estaba, con la ropa polvorienta por el trayecto, el sombrero en el piso junto a él, la cabeza recargada contra la pared del jacal. Sus ojos trazaron la línea de su garganta, desde el hueco inferior hacia la manzana de Adán y luego a su barbilla; después se detuvieron en su boca.

—Pues sé mala de vez en cuando —dijo. El cansancio le hacía arrastrar las sílabas—. Sé cruel.

Odiaba el efecto que su voz tenía en ella. Era como si le rozara la piel con los dedos, despertándole todos los nervios al pasar.

—Ya no creo saber cómo.

—Ja —dijo en tono parco—. Por el contrario, te sale muy bien.

Nena lo fulminó con la mirada. ¿Lo decía en serio? No... tenía un brillo burlón en los ojos.

—¿No me crees? Ándale, ve qué fácil es decirme algo cruel —la provocó—. Yo me agunto.

Lo decía en serio. Bueno, en serio quería tentarla a entrar a su juego. “Antes eras rebelde”. Eso le picó como las espinas del nopal que habían cortado por la tarde. Algunas se le quedaron enterradas en las yemas, una irritación constante. Lo mismo había sucedido con sus palabras.

Se detuvo un momento en busca de ideas.

—No me caes bien.

—Qué horror —declaró. Una sonrisa juguetona se dibujó en su rostro, aguda como navaja—. Prueba otra vez.

—Creo... —Nena desvió la mirada hacia el fuego—. Creo que eres feo.

—Sé a ciencia cierta que ni tú te lo creíste.

Su tono de voz indicaba que su sonrisa se había torcido con sorna. Nena dejó caer la mandíbula y sus mejillas se incendiaron como fajina. ¿Cómo se atrevía? Lo fulminó con la mirada.

—Vete a la chingada. —Las palabras le surgieron con más facilidad de lo que esperaba.

Néstor le guiñó un ojo. Se tocó el ala imaginaria del sombrero.

—A sus órdenes, señorita.

Su tono de voz le envió una sensación al esternón, como un toquecito gentil con los dedos. Como pasos dirigidos sin vacilación hacia un umbral.

—Deja de portarte así —gruñó entre dientes.

—¿Así cómo?

Fingía ignorancia, pero su voz sonaba engreída: sabía exactamente lo que estaba haciendo. Tenía que saberlo. ¿No se había metido con ardides en la cama de las esposas y viudas de varios rancheros? ¿No se había metido con ardides debajo de su propia piel? Le dieron ganas de arrancarle esa cara de satisfacción a cachetadas.

—Así... no me coquetees —dijo enardecida—. No me interesa.

Néstor soltó un gemido histriónico y se llevó una mano al corazón, como si le hubieran disparado. Cerró los ojos de golpe, fingiendo dolor.

—¡Madre santa, eso sí dolió!

—Es en serio —le espetó. No quería los coqueteos que le ganaban favores entre desconocidas. Ni sus guiños ni sus sonrisas fulgurantes bastarían. Se lo juró en ese mismo instante: el precio era su alma entera.

—¡Órale! Ahora sí estamos progresando —dijo Néstor, inclinándose hacia el frente emocionado. Los ojos le chisporroteaban tan cálidos como el fuego. Puso las manos frente al pecho, como si se preparara para soltar puños—. Pégame otra vez.

¿Qué era lo más cruel que podría decirle a Néstor?

Si la vida le había enseñado algo, era que nada podía herir más que la verdad.

Volteó a ver el fuego.

—Don Feliciano Serrano preferiría matar a un hombre que permitir que un vaquero cortejara a su hija.

El silencio que cundió en el jacal fue tan absoluto, tan denso, que si hubiera tirado una aguja, habría flotado antes de tocar el suelo.

—¿Por qué dirías algo así? —preguntó con voz queda.

—Me pediste que te pegara —contestó en tono parco—. Eso hice. Pensé que podrías aguantarlo. A fin de cuentas, es tu juego.

El susurro del cuero. El ruido de botas con tacón cruzando el piso de duela del jacal a sus espaldas. Cuando Nena alzó la vista del fuego, Néstor estaba en el umbral. Se recargó en el marco de la puerta, viendo hacia la noche, dándole la espalda.

—Esto no es un juego, Nena. —Las palabras iban dirigidas hacia las tinieblas—. Tú y yo.

Solo que no había ningún tú y yo. Sintió una oleada de rabia como si le zumbaran los oídos. No había habido ningún tú y yo desde que él la había abandonado.

—Dije la verdad —dijo—. ¿No te gusta? Vete otra vez. No hay nada que te lo impida.

Néstor se giró hacia ella. Tenía la cara fruncida de dolor. ¿Qué estaría pensando?

—Tal vez lo haga.

Lo dijo lenta y deliberadamente, sin una pizca de enojo ni de veneno. Eso hizo que le doliera mucho más.

—Sabía que no te quedarías —le espetó—. No tienes ni un solo hueso firme en el cuerpo. Vete y da gracias de ser hombre. No todos tenemos la libertad de pararnos y abandonar a todos

nuestros seres queridos cuando se nos antoje.

—No seas injusta —dijo Néstor con voz grave, áspera como ruedas de carro sobre la grava.

—Es la verdad —lo desafió Nena.

—Tú también tienes esa libertad —dijo Néstor mientras alzaba la voz—. ¡Mírate! —Señaló sus pantalones, sus botas—. Botas, caballo, vía libre. Podrías irte si quisieras, cuando quisieras. Tú eres tu propia dueña. Solo te faltan güevos para decirle que no a tu papá.

Nena se levantó, enardecida por la necesidad de pelear.

—No te atrevas a decir nada de mi padre —dijo apuntándole con el dedo.

—Voy a decir lo que yo quiera —dijo Néstor—. Es un pendejo que trata a la gente como perros.

—Cómo te atreves —gritó. Cerró las manos con puños tan apretados que le dolían los nudillos. El calor le inundó el cuello, picando como sarpullido—. Tú no entiendes lo que es ser responsable de una comunidad. Mi papá, sí. Yo también. Tú no entiendes la responsabilidad en absoluto. Lo único que te importa eres tú.

—Eso no es verdad —dijo Néstor, también acalorado.

Nena aguzó la vista. Su visión nocturna estaba impedida por el fulgor del fuego. Una sombra se irguió detrás de Néstor; él seguía hablando, completamente ignorante de cómo cuajaba y se acercaba a sus espaldas.

Había alguien allá afuera.

Cada tendón de su cuerpo le avisó que no eran buenas noticias.

—Métete —le espetó—. Que te metas.

Néstor debió haber visto el pánico en sus ojos; dejó de hablar y se giró para enfrentarse a lo que tuviera atrás. Retrocedió un paso, con una mano arriba para indicar “alto”.

Con Néstor fuera del umbral, Nena vio que la sombra era un hombre.

Un yanqui.

Peor: un rinche.

Le parecía vagamente familiar. ¿Acaso era uno de los hombres que habían atacado a las curanderas durante la batalla? ¿Uno a los que Néstor había disparado durante su horrorosa huida? La luz del fuego titilaba en su uniforme ensangrentado; tenía una herida de bala a un lado del pecho. La sangre estaba negra y seca por el tiempo transcurrido.

Néstor empezó a hablar en inglés, en un tono cuidadosamente neutro, hasta preocupado, mientras señalaba la herida en el pecho del hombre. Con cada palabra, se movía ligeramente a la derecha, acomodándose lentamente entre la puerta y Nena. Sin un sombrero bajo el cual esconder las trenzas, era obvio que era mujer.

Nena tenía la boca seca como un hueso. Con aquel tipo en el umbral, no había otra forma de salir del jacal. Estaban atrapados. Todavía traía la pistola de Néstor en la cadera; puso una mano lentamente sobre ella. El corazón le palpitaba en la garganta. Los rinches nunca salen solos, le

había dicho alguna vez Félix. La pregunta era cuántos estarían detrás de ese, esperando entre las sombras.

El hombre no respondió ninguna palabra de Néstor. Tenía una expresión extrañamente neutra, hasta vacía: algo en sus ojos evitaba que enfocaran. Pasaron por encima de Néstor, se resbalaron por encima de sus rasgos y por las paredes desnudas y oscuras del jacal.

Hasta llegar a Nena, junto al fuego.

Ahí se quedaron. Fijos, decididos.

Algo en sus ojos le heló la sangre. Ocultaban algo extraño. Algo impuro, que brillaba como la luz sobre el agua oscura.

Néstor estaba tratando de hacer que el tipo retrocediera, pero no se movía. Estaba concentrado en Nena como un gato ante un ave, inmóvil, sin parpadear.

—Algo anda mal —susurró Nena. Apenas logró sacar las palabras. Tenía el corazón en la garganta, asfixiándola mientras martillaba su carne suave con una orden insistente: corre, corre, corre.

El tipo dio un paso al frente.

Un chasquido; un grito de advertencia.

Otro paso.

Un disparo.

Nena se llevó las manos a los oídos. Su pulso palpitaba en el silencio.

La pistola de Néstor estaba en sus manos, cañón humeante. A Nena le ardían los ojos y la nariz por la pólvora.

Le había disparado a quemarropa. Directamente en el pecho. Justo al lado de su otra herida. Justo en el corazón.

No cayó.

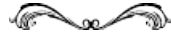
Su cuello se engarrotó y se ladeó hacia atrás, apuntando al cielo con la barbilla. Entonces, con un crujido de huesos que le arrancó un grito ahogado a Nena, se dobló aún más hacia atrás. Su garganta se partió, cortada desde adentro por una pata larga y zarpada.

Un monstruo surgió a rastras del interior del cuerpo del hombre, embarrado de vísceras, húmedo como recién nacido, con sus largos dientes pelados. El crujir de los huesos y el chasquido de los tendones rompiéndose rebotaron contra los muros del jacal a medida que su cabeza y sus hombros surgían del pecho. No tardaría en liberarse del cuerpo en el que los había seguido, en deshacerse de su jaula con voracidad, en trozar su huevo protector de carne y hueso.

—Putra madre —dijo Néstor.

Tenían el fuego a sus espaldas. Una pequeña pila de leña, ramas rotas. Dos pistolas. Las municiones de Néstor estaban tiradas en un montón contra la pared del fondo.

Estaban atrapados.



NENA

NENA CERRÓ LOS dedos de Néstor en torno al mango de la segunda pistola. Estos temblaban contra su palma.

—Dispárale —gruñó en su oído—. Dispárale ya.

Néstor alzó el brazo. Nena se cubrió detrás de su espalda, con las manos sobre los oídos. No había manera de fallar a esa distancia; después del estallido siguió un aullido sobrenatural, espeluznante. Las yeguas amarradas detrás del jacal alzaron la voz por el miedo que les causó el disparo.

El vampiro trastabilló hacia atrás, más allá del umbral, y cayó. Se contorsionó y convulsionó como escarabajo bocarriba, arañando la jaula de carne que lo contenía. Abrió heridas oscuras en su pecho y en su garganta, luchando por liberarse.

—Balas —chirrió Néstor—. En la pared del fondo.

Nena se tambaleó hacia atrás y brincó para agarrar la bandolera del piso. Luego se dio la vuelta y se la lanzó a Néstor.

Con un grito húmedo y brutal, el vampiro se sacudió los restos de sus ataduras de carne y avanzó en cuatro patas, dando tumbos. Mientras se erguía hasta alcanzar su altura total, Néstor metió una bala y pólvora en la primera pistola, luego en la segunda. Las balas atinaron en el pecho y el cuello del vampiro; cada impacto lo hacía estremecerse, pero seguía erguido ante ellos, una cabeza más alto que Néstor. La sangre brillaba en su cráneo calvo y la banda de metal que le rodeaba la garganta, resplandeciente a la luz del fuego.

Pero no caía.

“La única manera de matar al Coco es cortándole la cabeza”. Las historias de la abuela eran cuentos de fantasmas. Nada más.

¿O no?

Nena echó un vistazo rápido a la chimenea en busca de cualquier cosa que pudiera usar como arma. Las ramas ardían en el hogar convertidas en brasas. Había una pila de leña sin usar; entre

las ramas intactas había una larga y verde, que planeaba usar como atizador para remover las brasas cuando el fuego cediera.

Aún mejor: junto a la leña estaba el machete. El fuego se reflejaba en su metal gastado, como guiñándole un ojo.

Néstor estaba completamente concentrado en dispararle al vampiro, en empujarlo de vuelta al porche.

Nena corrió hacia la chimenea. Agarró el machete con la diestra y un palo ardiente del hogar con la zurda. Luego se giró hacia la puerta cuando un grito —un grito humano— partió la noche.

Néstor estaba esquivando las garras del vampiro, húmedas de vísceras. La luz del interior del jacal se reflejaba en ellas como si fueran navajas. El monstruo lo estaba obligando a retroceder por el porche, hacia la mesa podrida y la arboleda de huizaches, donde quedaría atrapado.

Pero entonces se giró, dirigió su cabeza de vuelta hacia el umbral. De vuelta hacia Nena. Quizá la considerara una presa más fácil, atrapada como estaba entre los muros estrechos del jacal. Ocupó el zaguán entero y dirigió toda su atención hacia ella mientras alzaba una pata larga y arácnida para agarrarla.

Con un grito salvaje y un movimiento borroso, Néstor apareció detrás del vampiro. El metal destelló en su mano; con todas sus fuerzas, le clavó el cuchillo en el cuello.

El vampiro soltó un aullido ahogado, mitad de rabia, mitad de dolor, con los dientes pelados como armas a la luz del fuego. Trastabilló un paso en reversa, luego, con un movimiento fluido, tomó a Néstor de un brazo y lo aventó por el porche como si fuera un trapo mojado.

Un golpe nauseabundo crujió en el aire. No hubo grito ni quejido; solo un gemidito ahogado y el ruido de un cuerpo al caer. El tintineo de un cuchillo golpeando el piso de tipichil del porche.

Néstor.

Tenía que interponerse entre el vampiro y Néstor. Estaba indefenso. Nena alcanzó el umbral en tres pasos y quedó envuelta por la noche.

Ante ella estaba el lomo correoso y gris del vampiro. Estaba encorvado sobre un cuerpo postrado en el piso, frente a la mesa medio podrida sobre la que descansaban sus sillas de montar, acostado de lado, como dormido.

Néstor.

El vampiro alzó la zarpa derecha.

Nena le clavó la rama ardiente en la axila expuesta lo más fuerte que pudo. Un chisporroteo nauseabundo; el olor repentino a carne quemada. Con un aullido ahogado, el monstruo se giró hacia ella. Nena tiró la rama. En vez de retroceder, embistió hacia el frente, decidida como toro, esquivando el brazo y las garras del monstruo. Se trepó a la mesa podrida sosteniendo el machete con ambas manos.

El vampiro volteó a verla. Aunque no tuviera ojos, y las cuencas donde debían haber estado estuvieran húmedas de sangre, a Nena se le puso la piel de gallina: era obvio que le sostenía la

mirada.

“Santa Madre, auxíliame”, pensó. “O el santo que sepa de estos asuntos. Por favor”.

El vampiro tenía una herida en la garganta donde Néstor lo había apuñalado, justo debajo de la banda de metal que traía en el cuello.

Nena se tensó.

Cuando el vampiro se acercó, blandió el machete como si estuviera talando un árbol, apuntando justo encima del collar de metal.

Sonó como un cerdo al ser destazado.

Ya fuera porque el machete estaba demasiado chato o porque sus fuerzas no bastaron, la hoja no cortó limpiamente el cuello; quedó enterrada en su carne cuando el monstruo cayó y la arrastró consigo al suelo.

No hubo grito. Ni chillido, ni chorro de sangre que la rociara.

Creyó oír el ruido hueco del metal golpeando la piedra, luego sintió el piso y rodó. Se raspó la cara y los brazos antes de golpear el muro del jacal. Su campo visual se llenó de estrellitas mientras se obligaba a levantarse, buscando frenéticamente el machete. Se recargó contra la pared y lo extendió al frente con el corazón en vilo, jadeando acaloradamente.

Pero el vampiro ya no estaba.

Lo único que quedaba ante ella era una capa de polvo gris en el suelo, formando grumos en los charcos de la sangre oscura del rinche, como ceniza de fogón.

Entre el polvo y la sangre estaba la banda de metal.

Pero el vampiro no estaba. Madre santa, ya no estaba.

—¿Néstor?

No se había movido. Seguía hecho ovillo en el piso, apretando el brazo izquierdo contra su pecho. Soltó un leve quejido.

—Métete —dijo. Tenía la voz teñida de dolor.

Nena tiró el machete junto a la puerta. Cayó con estrépito mientras contemplaba la sangre que le mojaba la camisa a Néstor, hecha jirones como si hubiera recibido un zarpazo. Se acuclilló junto a él.

—¿Te puedes levantar?

Néstor soltó otro quejido y se irguió, aún presionando el brazo izquierdo contra su pecho. Le colgaba en un ángulo que parecía totalmente incorrecto.

Nena se acomodó en el costado derecho de Néstor y pasó su brazo bueno sobre los hombros para estabilizarlo. Le ardieron los muslos del esfuerzo para levantarlo.

De alguna manera lograron entrar al jacal, ignorando el estropeado cuerpo del rinche en la entrada. Se dejaron caer junto al fuego. Néstor se deslizó hacia el piso como si quisiera acostarse bocarriba, pero soltó un gemido animal y se irguió de vuelta. El sonido partió a Nena como un trapo desgarrado en dos.

No se podía recargar sobre el hombro.

—Déjame revisar —dijo Nena—. Relaja el brazo izquierdo.

Su voz le sonaba extraña, distante. Como si estuviera afuera de su cuerpo, observando la escena en vez de vivirla. Néstor, frente al fuego, con el hombro en un ángulo incorrecto y destrozado por garras. Con el rostro pálido y perlado de sudor mientras le obedecía y dejaba caer el brazo izquierdo a un costado. En el aire, el denso olor del miedo.

El brazo le colgaba a un costado, el hombro se veía hueco bajo su carne, hundido donde debía formar la silueta fuerte que la hacía perder el aliento.

Lo tenía dislocado.

*NÉSTOR*

EL TECHO DEL jacal le daba vueltas. Por encima del zumbido en sus oídos, oyó a Nena soltar un siseo suave y empático. Se arrodilló a su lado, concentrada en su hombro.

—¿Hay más?

Podía forzarse a hablar si lo intentaba, pero buscar las palabras correctas era como intentar agarrar un pez en el agua. Resbaloso. Casi siempre terminaba con las manos vacías.

Trató de mover el brazo izquierdo y soltó un grito ahogado de dolor. Un cosquilleo suave le recorrió todo el cuerpo; el sudor le cubrió la cara, el cuello y el pecho. Su mente giraba fuera de sí, como una rueda que queda separada de una carreta luego de una colisión. Había disparado. El vampiro se cernía sobre él y luego se giró hacia Nena.

Nunca dejaría que un monstruo la tocara de nuevo. Agarró su cuchillo y actuó.

Reconoció el sonido de su carne al ser destazada; un estallido que le dio un vuelco a su estómago. Desde entonces, solo percibía el mundo a través de una paliptación densa y brutal.

—Ya no está —estaba diciendo Nena—. No hay otros, creo.

Nena estaba ahí. La pesadilla había terminado. Estaba a salvo. Podía descansar. Podía cerrar los ojos y descansar por fin, ¿no?

—Néstor. —Su voz restalló como latigazo. Abrió los ojos de golpe—. Mírame.

Lo hizo. Le encantaba mirarla. Quería que ella fuera lo último que viera, lo primero que viera, su cielo y su tierra. Su pelo castaño formaba un halo desordenado alrededor de su cara, pero se veía hermosa sin ser dulce: estaba firme y decidida, con una línea dura en vez de labios.

—Siéntate lo más derecho que puedas y mírame.

Le tomó la camisa para levantársela. Eso llamó su atención. El corazón le brincó a la garganta al sentir sus manos rozarle la piel. Durante un momento demente y bendito, olvidó el dolor: Nena le estaba quitando la ropa.

Madre santa, ¿quién podía pensar en dolor cuando la emoción le recorría la piel como un trago de aguardiente?

Pero le estaba quitando la camisa por la cabeza y moviéndole el brazo izquierdo en el proceso. Su ensueño sin aliento quedó destrozado ante una oleada de dolor blanco. Titilaron estrellas en los bordes de su campo visual.

—Voy a estar bien —dijo apretando los dientes.

—Cállate —le ordenó.

Tiró su camisa a un lado y le puso las manos en la piel para explorar su costado izquierdo. Sintió el calor de sus palmas en el pecho, en las costillas, subiendo hasta la clavícula. El peso amable de sus dedos. El susurro de su aliento en su hombro al inclinarse hacia él.

—Tienes el hombro dislocado —murmuró—. Te lo tengo que acomodar.

Estaba hincada tan cerca que alcanzaba a oler su pelo: sudor, pólvora y preciados rastros de jabón de flores silvestres. Quería enterrar la cara en él y quedarse dormido envuelto en su aroma. Caer en un olvido ebrio y olvidar el jacal y todo lo que había ocurrido.

A lo lejos, se percató de que Nena había hablado.

—Sí —contestó con retraso—. Sí, está bien.

Sus palabras sonaron más sibilantes de lo que esperaba. Sonaban tan dispersas como él, tan intoxicadas como él. ¿Sentiría Nena cómo el corazón le saltaba, apresurándose por mantener el ritmo de su pulso? ¿Vería la piel de gallina que provocaba el avance de sus dedos?

Nena le lanzó una mirada suspicaz. Néstor notó el abanico de sus pestañas, la aparición de una arruga entre sus cejas.

—Te va a doler un poco —dijo secamente, como si tuviera que aclarar algo que creía extremadamente claro.

—Dale. Sí aguanto —contestó con la esperanza de sonar casual. No estaba seguro de estar diciendo la verdad. El dolor martillaba un tormento apagado y constante en su brazo izquierdo. Conforme la impresión se derretía como hielo bajo el sol, distintas partes de su cuerpo le empezaron a doler. La espalda, donde había golpeado el piso de piedra del porche. Su rodilla buena, que había chocado primero, deteniendo su caída. Vio manchones de sangre brillante en la mano de Nena; se dio cuenta vagamente de que estaba sangrando.

Pero si tener las manos de Nena encima era un destilado, bebería hasta vomitar.

Algo cambió en la postura de Nena, en su respiración.

—Ya sé que sí aguantas —dijo. Cambió su peso y se inclinó hacia él, con la mejilla tan cerca de la suya que podía sentir las ondas de su voz contra su oreja a la vez que la oía—. Eres un maldoso, ¿no? Aguantarás un poquito de dolor.

Se atragantó con su respiración.

El peso de las manos de Nena cambió. Se volvió más decidido. Una subió suavemente por sus costillas; la otra por su pecho.

Lo único que tenía que hacer era girar la cabeza a la izquierda y su nariz rozaría la de ella. Estaban tan cerca que los mechones de pelo que se le habían soltado de las trenzas le

cosquilleaban la mejilla.

Bajó la mirada hacia su boca. El espacio entre sus labios estaba hirviendo de promesas. Un corto movimiento era lo único que necesitaba para robarle un beso, para perderse en ella.

En algún lugar del fondo de su mente, un llamado distante se activó.

Estaba demasiado concentrado en la mujer frente a él, en vez de lo grave que era la situación a su alrededor: estaban lejos de la civilización, con pocas armas y aún menos suministros; su única protección contra la noche y sus criaturas eran los muros endebles del jacal. Él estaba herido de gravedad.

Pero lo único que veía era a Nena.

—¿Sabes en los problemas en los que me metería si se enteraran de que estoy tan cerca de un hombre? ¿Y sola, además? —Bajó la voz, ronca contra su oído. ¿Acaso su respiración era tan trabajosa como la suya? ¿Tan superficial?—. Pero aquí no hay nadie —susurró—. Y me gusta estar sola contigo.

Estaba asentando las manos. Una estaba posada en su bíceps izquierdo; la otra, en lo alto de su pecho. Él quería que le acariciara las costillas. Al diablo el dolor, las quería más abajo.

—¿En serio? —suspiró.

Una alarma sorda se desató en el fondo de su mente al sentir su mano apretarle el bíceps. Un leve pitido de advertencia que desapareció en el viento en cuanto Nena volteó hacia él. La punta de su nariz le rozó el pómulos. Nena. Era su Nena, hermosa, perfecta, real, y ahí mismo.

Nena bajó las pestañas oscuras con timidez.

—Sí —dijo—. Me da ideas.

El corazón le tañía potente y metálico. Si tan solo Nena supiera la clase de ideas que le inspiraba a él estar cerca de ella. Mientras desmontaban el campamento, se distraía viéndola caminar por la manera en la que los pantalones acentuaban la forma de sus piernas y su culo. Incluso horas después, en la carretera, no podía dejar de pensar que esos pantalones eran suyos, que la tela que él había usado mil veces ahora rozaba su piel, y cubría la suavidad de sus muslos mientras cabalgaba.

—¿Qué...? —comenzó. Quería preguntar “qué tipo de ideas”, pero Nena lo interrumpió al recargarse contra él y apalancar su brazo izquierdo.

Una descarga de dolor le recorrió el brazo. Un grito brotó de su interior.

Su hombro crujió.

Sintió náuseas subir por su garganta.

—Hijo de puta —aulló—. ¿Qué fue eso?

Nena se separó de él para sentarse en sus talones, con una sonrisa de satisfacción en los labios. Había tomado su brazo dislocado y lo había acomodado en su lugar.

—Funciona mejor si no te lo esperas. Afortunadamente —añadió con no poca petulancia—, eres muy fácil de distraer.

Nena se levantó y salió al patio, evitando con cuidado el cuerpo del rinche muerto. En unos segundos regresó con el cuchillo de Néstor; luego fue al fondo del jacal, donde estaban las alforjas, y volvió con su vestido sucio en la otra mano. Se sentó con las piernas cruzadas junto a él y de inmediato se dispuso a cortar franjas anchas de tela de la falda. Arrancó una última, la examinó y, satisfecha, se la ató en el puño a Néstor. El tono seductor con que le susurraba al oído había desaparecido, reemplazado ahora por una curandera trabajadora y concentrada que estaba fabricando un cabestrillo.

Néstor se sonrojó al ver que se le acercaba. Gruñó cuando le tocó el codo para incitarlo a que doblara el brazo sobre el estómago. Recibió su tacto con la vista despejada y la mente aguzada por el dolor, sintiendo cada movimiento mientras lo rodeaba para amarrarle el cabestrillo en el hombro derecho.

Debía darle vergüenza lo fácil que lo había seducido, cómo incluso en un momento así podía drogarlo para que le obedeciera sin usar nada más que sus manos y su voz. Hasta debía asustarle. Ninguna mujer le había demostrado nunca que pudiera controlarlo con tan poco esfuerzo.

No estaba asustado.

En vez de eso, los espectros de lo que podría hacerle si hubiera hablado en serio bailaban por su mente; espejismos perfectos y crueles que titilaban fuera de su alcance... y que ahí se quedarían. Quería gemir de agonía.

Los dedos de Nena le rozaron la espalda y el brazo izquierdo. Su carne se estremeció tiernamente ante su contacto, mientras ella examinaba algo que no alcanzaba a ver.

—¿Tienes alcohol? —murmuró.

—¿Para el dolor? —preguntó. ¡Qué no daría por un balde de aguardiente para ahogar los sucesos del día!

Nena dudó.

—Sí —dijo.

Néstor le dijo dónde encontrar la anforita que había llenado con Casimiro esa mañana. Fingieron chocarlas como copas y tomaron un sorbo solemne cada uno antes de volver a ensillar sus monturas para la batalla. Cerró los ojos. Como lo único que vio fueron visiones de sementales de caballería empalados en bayonetas yanquis, se obligó a abrirlos de nuevo y contempló las sombras que proyectaba Nena al cruzar el jacal y regresar.

Un dolor fresco, abrasador y de un calor ardiente le desgarró el brazo. Nena había mojado un trapo de su vestido con aguardiente y se lo estaba pasando por las heridas sangrantes.

—¡Jesucristo, Nena! —se quejó.

—No hay infecciones en mis pacientes —dijo—. Toma —añadió con tono de disculpa al pasarle la anforita.

Néstor gruñó entre dientes mientras ella pasaba al siguiente tajo; luego tomó un sorbo de aguardiente y saboreó su amargura. Al haber crecido al cuidado de la abuela, sabía que el alcohol

podía impedir infecciones en el futuro cercano. Debió haber hecho la conexión antes. Pero, carajo, cómo dolía.

—No tengo... no tengo nada —continuó Nena—. Ni hierbas ni nada. Todas mis cosas se quedaron en el campamento. —Su voz vaciló mientras se movía para sentarse frente a él con el ceño fruncido y la mandíbula tiesa—. Vas a estar bien.

Lo dijo con firmeza, como si quisiera convencerse a sí misma.

—Nunca me he sentido mejor —contestó Néstor.

Nena le examinó el rostro con ojos entornados y suspicaces. La manera en la que lo miraba lo hizo sentir que de verdad lo estaba observando, como hacía la abuela cuando evaluaba el aura de alguien. Era una mirada cariñosa. Una mirada que anhelaba tanto prolongar que le provocaba un dolor dulce y tierno.

—En serio —dijo muy quedo—. No te voy a mentir, duele de la chingada. Pero estoy bien.

Seguramente Nena averiguó lo suficiente a partir de eso y de su larga mirada, pues hizo un ruidito de satisfacción. Se enderezó.

—Debería ir a ver si todavía tenemos yeguas —dijo sombría.

Luna. Destellos del toro desecado serpentearon en el campo visual de Néstor. ¿Y si estaba herida?

—Yo también voy —dijo.

—De ninguna manera —le espetó Nena—. Quédate quieto. —Su tono y la descarga de dolor que serpenteó por su hombro izquierdo al inclinarse hacia el frente lo petrificaron—. ¿Quieres ser útil? Ve si puedes ponerte la camisa y recargar tus pistolas con una sola mano. Con cuidado —añadió con firmeza.

Fue hacia la puerta y, luego de echarle una mirada de asco al cuerpo del rinche que seguía postrado cerca del umbral, tomó el machete con el que había decapitado al vampiro.

—Tú también ten cuidado —dijo Néstor.

En su lecho de muerte recordaría esa imagen: las largas trenzas de Nena brillando a la luz del fuego y rozando la espalda de su camisa blanca manchada de sudor —la camisa de él, y también sus pantalones— mientras volteaba para verlo por encima del hombro. Aunque Néstor temiera las garras de la oscuridad que esperaban afuera del jacal, Nena mostraba valentía en su postura y en la manera en la que blandía el machete. Ella lo iba a proteger. Era tan capaz de cuidarle la espalda como él a ella.

No había otra mujer en la Tierra como ella.

Se adentró en las tinieblas del porche.

Néstor oyó sus pasos hasta que tocaron grava y luego pasto. Siguió escuchando mientras hacía lo que le había ordenado: agarró su camisa y metió lentamente el brazo bueno en una manga.

Habría preferido que ella le ayudara a ponérsela como se la había quitado. Por un instante, una parte excepcionalmente estúpida de su cerebro se preguntó si debía decírselo en voz alta.

Jesucristo, era un idiota. O el efecto que Nena tenía en él no había cedido por completo o el dolor en el hombro le había arrebatado la cordura. Soltó un quejido mientras se pasaba la camisa por encima del brazo en el cabestrillo y se abría un par de botones con torpeza para liberar su mano izquierda.

Por el contrario, el dolor lo mantenía sorprendentemente sobrio. Las palabras que había dicho Nena antes de que apareciera el vampiro se arremolinaban en su cabeza como un borracho ruidoso incapaza de mantenerse en pie.

“Don Feliciano Serrano preferiría matar a un hombre que permitir que un vaquero cortejara a su hija”.

“Chamaco”, le había gritado el patrón al señalarlo. Para él, Néstor nunca era nada más que “chamaco” o “tú”. Como si su existencia no fuera lo bastante notable para merecer un nombre. Para don Feliciano, él no importaba más que los perros del rancho.

Al diablo con él. Había amenazas más grandes a su felicidad —y su sueño de estar en el porche de su propia casa con Nena— que el patrón.

Como los vampiros, por ejemplo. Como el hecho de que tenía un brazo incapacitado y sangraba energía como buey destazado. Como el hecho de que tenía que recargar sus pistolas.

Se paró, se tambaleó y se deslizó hasta el suelo, junto al muro trasero del jacal, donde estaban sus balas. Hizo una mueca de dolor al apoyarse con sus dedos temblorosos. No podía evitar pensar que Nena y Luna estaban afuera, en la oscuridad. No podría protegerlas hasta tener al menos una pistola cargada. No encontraba la otra. ¿Se le habría caído? ¿Por qué tenía los dedos tan sudorosos que se le resbalaban las balas? ¿Por qué no había regresado Nena?

—¿Estás bien allá afuera? —la llamó.

Un “todo bien” sordo llegó doblando la esquina del jacal. No alivió sus miedos, ni por un instante, no hasta que la vio en el umbral. Tenía la camisa mojada de lluvia; apenas la vio y la preocupación zumbante de su cabeza se despejó, oyó las primeras gotas golpeando tentativas en el techo del jacal.

—Están espantadas, pero intactas. Y ahí siguen —dijo con una risa incómoda y etérea, como si no lo pudiera creer—. Yo estaría a mitad de camino a Los Ojuelos si fuera ellas. Toma.

Le puso la segunda pistola a un costado. Él le dio las gracias con la cabeza, demasiado concentrado en cargar la primera para hablar.

Algo en la mano de Nena brilló a la luz del fuego. Antes de poder preguntarle qué era, estaba de vuelta en el zaguán, abriendo una botellita en cuclillas. Vertió una delgada línea de algo que parecía arena en el umbral.

Era la sal de su alforja.

—¿Qué haces? —le preguntó.

—¿Te acuerdas de los cuentos de la abuela? —contestó mientras cerraba la botella y se la metía en el bolsillo. Se encogió de hombros en gesto derrotista. El agotamiento le tiraba las

comisuras de la boca—. Cualquier cosa que ayude.

—Hablando de eso —dijo Néstor.

Le dio vuelta a la pistola cargada para que el mango apuntara hacia Nena y se la entregó. Ella la tomó dubitativa. La sostuvo por algunos segundos, como si sopesara su utilidad contra las amenazas que enfrentaban.

—No sé disparar.

—Mañana te enseño —dijo Néstor—. Para que te puedas defender luego de que te enseñe a hacer trampa en la baraja —añadió, pero su voz era una hueca imitación de lo que había sido en la tarde. Ninguno de los dos se rio.

Nena metió la pistola en la funda que traía en la cadera y volteó hacia el fuego.

—¿Cómo te sientes? —preguntó mientras se acuclillaba frente al hogar para atizarlo. Chisporroteó y crepitó; el jacal se llenó con el aroma tranquilizador del mezquite.

—¿La verdad? —contestó.

Recargó la cabeza contra el muro. La presión de la pared en los cortes en su espalda los hacía palpar. Le pulsaba el hombro. Le dolía todo el cuerpo luego de haber volado por el porche. Sabía por su experiencia con las corcovadas de mesteños a medio domar que eso se arreglaría durmiendo bien, pero ¿qué probabilidad tenía de eso? ¿Si todo lo que los separaba de la noche era una delgada línea de sal?

Soltó un suspiro profundo. Que eso fuera su respuesta.

—Ya sé —dijo Nena.

La luz del fuego titilaba en su cara, iluminando la fatiga que pesaba en sus líneas y ángulos. Puso dos ramas más en el fuego, esperó a que se encendieran y se acercó a él. Se sentó a su derecha, con un golpe seco.

El jacal que les había parecido un refugio se sentía endeble contra la noche. Era demasiado pequeño. Demasiado fácil de rodear. Demasiado poco defendible. Tanto Néstor como Nena estaban golpeados, ensangrentados y completamente agotados.

—Deberías dormir —dijo Nena muy quedo, con la mirada fija en la chimenea—. Todo lo que puedas.

Solo Dios sabía cómo iba a poder dormir con aquella punzada en el hombro izquierdo. Sabiendo que, afuera de las delgadas paredes del jacal, las siluetas que lo perseguían en sueños eran reales. Que nada lo protegía de ellas más que una delgada línea de sal y su fe frágil en una leyenda.

Pero Nena estaba a salvo junto a él, con el machete cerca. Tenía una pistola cargada a su izquierda. El fuego calentaba, pero no demasiado. Si se imaginaba que su fulgor formaba un anillo seguro, si se engañaba para creerlo, quizá lograría cerrar los ojos. Permitir que el agotamiento lo llevara al olvido.

—Tú también —dijo.

—Sí —contestó mientras se ponía una de las trenzas sobre el pecho. Jugueteeó con las puntas—. Pero me toca la primera guardia.

Contra eso no podía discutir.

—Me parece justo —dijo con la voz áspera de fatiga.

Tenía el hombro de Nena recargado contra el suyo. Ladeó la cabeza un poco para tocar la suya suavemente. Por un momento, Nena no se movió; luego, con un ligero suspiro, recargó su cabeza contra él. Se quedaron así, sentados, juntos, en silencio. El pelo de Nena olía a la lluvia que tamborileaba en el techo. El fuego crepitaba feliz, ignorante de los peligros de la noche. Si cerraba los ojos, si escuchaba la lluvia y la respiración de Nena, quizá él también pudiera engañarse y olvidar lo que había afuera del jacal.

—Te dije cosas horribles hace rato —dijo Nena, casi en un susurro—. No era en serio. Lo... lo siento. Por favor, no te vayas.

Si el vampiro hubiera regresado para arrancarle el brazo, le habría dolido menos que oír su voz quebrarse.

—Nunca —contestó.

Alzó la mano derecha y rozó con sus dedos los de Nena mientras le quitaba la trenza y le pasaba el pulgar por encima. Su peso y su suavidad contra sus callos eran justo como los recordaba. Juguetear con ella le resultaba tan natural como siempre. Cuando su mundo seguía siendo angosto y sagrado, antes de que cargaran con la tiranía de la adultez y todas sus expectativas. Cuando cuidaban el rebaño juntos y el pesado calor del mediodía suavizaba las canciones pastoriles de tío Macario hasta convertirlas en ronquidos sibilantes. Cuando jugaba con su pelo acostados hombro con hombro sobre un rebozo viejo, viendo las ramas de los huizaches danzar con la brisa.

—¿Sabías que sueño contigo? —dijo. Si hablaba lo bastante quedo, nunca se rompería el ensueño. Los recuerdos los envolverían como sarape y los mantendrían a salvo toda la noche—. Desde que me fui. —El único ruido era el crepitar del fuego y la suavidad de su respiración—. Sueño que cuidamos el rebaño. Que nos quedamos dormidos bajo los árboles.

—Suenan muy apacibles —susurró.

—Sí. —Le pasó el pulgar sobre la trenza de nuevo, memorizando sus crestas y el cosquilleo de los pelos sueltos—. Hasta que despierto y estoy solo.

¿Cuántas mañanas se había despertado frío en el chaparral, sabiendo que Nena estaba muerta? ¿Cuántas mañanas habría abierto ella los ojos y deseado que estuviera cerca? ¿También soñaría con él? ¿Sentiría su ausencia en su vida tanto como él? Quizás el agotamiento le estuviera soltando la lengua, o el dolor, o sentir el hombro de Nena contra el suyo, su olor, el peso de su trenza entre sus dedos. Algo encontró la verdad escondida detrás de su corazón y la sacó a la superficie. Le dio palabras para expresarse, alas para volar.

—Esa noche, tu mamá dijo que estabas muerta —dijo—. Félix lo sabía. Tu padre lo sabía.

Dijeron que estabas muerta.

Una gota de sudor, luego dos, le recorrieron la cara. Gotearon de su barbilla. Dejó la trenza para limpiarse. Se detuvo a medio gesto: tenía las mejillas húmedas, pero no de sudor.

Eran lágrimas.

La vergüenza lo inundó en una oleada caliente y nauseabunda.

—No podía afrontarlo —dijo—. Un mundo sin ti. No soy tan valiente.

Su respiración salía en esquivas, pero no podía evitarlo. No podía detenerla como no podía frenar un potro a galope y no podía parar la lluvia que había empezado a caer. Cerró los ojos con fuerza. Un intento patético por esconderse.

Sintió algo en el muslo. Nena había posado la mano ahí con cautela, ligera como un pájaro. Sabía que si se movía, la quitaría. Se quedó lo más quieto posible. Tan quieto como se lo permitía su pecho estremecido.

Si no abría los ojos, nada habría salido mal. Nunca le habrían arrebatado nada. Nunca habría huido.

La voz de Nena fue suave.

—No tienes por qué llorar.

¿Cuándo había sido la última vez que lloró por ella? ¿Cuánto había pasado? ¿Años? Mantenía sus sentimientos cerca de su pecho, donde estaban a salvo de la despiadada luz del día. Ya no. Ya no podía volver a levantar esa muralla.

—Sí, sí tengo —dijo—. Creo que sí tengo que llorar.

Lloró. Nena mantuvo la mano en su pierna hasta que recobró el aliento.

—La manera en la que se alenta la respiración... —Dejó que la idea se esfumara suavemente—. Se parece a la muerte. No eres el primero en equivocarse.

Le tomó la mano.

Nueve años los separaban, pero el tiempo no significaba nada para sus manos: sus dedos se entrelazaron con tanta naturalidad como si tuvieran ocho años, o diez, o trece. Palma con palma, pulgar sobre pulgar. Un puente entre ellos. Posó sus manos abrazadas sobre su muslo.

Ese viaje se sentía como si avanzaran a rastras por una pesadilla, por un sueño que engañaba al durmiente indefenso para que pensara que había terminado y entonces daba un nuevo giro y se alejaba a galope. Su único propósito era sobrevivir. Garantizar que Nena saliera de sus fauces indemne.

Nunca había sentido con más fuerza que tenía algo por lo que valía la pena vivir y luchar. Si regresaban de una pieza a Los Ojuelos, si sobrevivían el siguiente giro de la pesadilla juntos, surgirían nuevos obstáculos. Brillaban en el horizonte amenazantes, aceitosos como espejismos.

Fueran lo que fueran, no se iba a enfrentar a ellos solo. Ella estaba con él. Y cuando despertara, seguiría ahí.

—Duérmete —murmuró Nena.

Le obedeció.



NENA

SE TURNARON LA guardia durante la noche. Cuando Nena dormía, era de forma intermitente. Sentía que estaba despierta: corría por un campo de batalla, tropezándose con cuerpos que portaban los rostros grotescos de gente conocida. Vaqueros que había curado en Los Ojuelos. Su papá. Félix. Cada visión se tambaleaba hacia la siguiente sin descanso, y cuando se despertó al sentir la mano de Néstor en el hombro antes del alba, supo que no lograría dormir de nuevo.

Se acomodó entre Néstor y la puerta y escuchó su respiración hacerse más estable y más lenta. Se preguntó dónde estarían su papá y Félix, si estarían vivos, si estarían bien. Dejó que el fuego se consumiera. No despertó a Néstor para la siguiente guardia.

No fue sino hasta que la noche afuera del jacal se tornó gris que notó algo diferente en el porche.

Se le atragantó la respiración.

Lentamente, para no despertar a Néstor, se levantó. Incluso después de nueve años de separación, seguía conociendo el ritmo de su respiración. Aún sabía cuándo estaba profundamente dormido, cuándo podía levantarse y alejarse con cuidado sin riesgo de despertarlo.

La línea de sal que había trazado en el umbral horas atrás estaba exactamente igual como la había dejado, limpia y derecha como costura de camisa.

Pero detrás de ella, el cuerpo del rinche había desaparecido.

Hasta donde alcanzaba a ver en la penumbra, no había rastros de que lo hubieran arrastrado por los charcos de sangre que aún oscurecían el piso del porche. Ninguna indicación de que alguien se lo hubiera llevado. Se había esfumado.

Pero ¿cuándo?

Se le puso la piel de gallina; todos los vellitos de sus brazos se erizaron en oleada.

Néstor habría visto algo. Néstor habría defendido el jacal de cualquier cosa monstruosa, a pesar de estar herido, y eso la habría despertado.

Así que el cuerpo había desaparecido durante su guardia.

Se alejó del umbral. Traía una pistola al cinto, pero ya había visto lo poco efectiva que sería. Tomó el machete y apretó el mango con fuerza. Se paró detrás de la línea de sal y no se movió durante el resto de su guardia.

—*ODIO SENTIRME TAN* inútil.

El calor de la siesta pesaba sobre los hombros de Nena. Habían partido al amanecer y cabalgado durante horas, hasta que el sol estuvo alto en el cielo y a Néstor se le puso la cara gris de dolor. No podía ensillar ni desensillar las yeguas sin ayuda, pero las almohazaba vigorosamente con una sola mano, soltando groserías periódicas. No era un inútil: incluso herido, sus movimientos tenían el ritmo del hábito. Estaba en su elemento igual que la mamá de Nena gobernaba la cocina o dirigía la escuela. Aun así, había cosas que no podía hacer, por lo que Nena siguió sus instrucciones y puso una trampa para capturar algo, lo que fuera que complementara su suministro anémico de cecina, tortillas duras y nopales. El día anterior, Néstor había dicho que planeaba hacer pan de campo, pero se lastimó. A Nena se le hacía agua la boca mientras esperaba cerca de la trampa, distraída por pensar en la sazón de sus tías o en lo que podría cocinar si atrapaban una liebre. O quizás un jabalí gordo, separado de su manada por estar lastimado o por pura casualidad. Cómo chisporrotearía su grasa sobre el fuego; cómo su jugo suavizaría las tortillas viejas y se derramaría por sus manos al comer.

No hubo jabalí; una codorniz sin suerte se convirtió en su almuerzo.

Después de comer, Nena se bañó en el río. Aspiró con fuerza el olor del agua mientras se tallaba la sangre, el polvo y el sudor, disfrutando el silencio que la envolvía al sumergirse en el agua. La frescura le aliviaba los cientos de piquetes de mosquito. Se secó lo mejor que pudo y se vistió rápido, azuzada por saber que Néstor no estaba muy lejos, en el campamento que habían montado en la ribera, y que podría estarla espiando por entre los troncos de los mezquites y los sabales.

Sin embargo, cada vez que miraba de reojo encontraba pura inocencia: Néstor limpiando la comida, silbando o almohazando las yeguas. Nunca volteándose hacia ella. Ni una sola vez. Y claro que no. No debía espiarla, y lo sabía.

Entonces, ¿por qué le bajaba el ánimo que no lo hiciera? ¿Por qué quería que la viera cepillarse el pelo húmedo, semidesnuda? Era una idea tonta. Debía olvidarla de inmediato. Sus papás de por sí ya estarían impactados si se enteraban que había pasado tanto tiempo a solas con un hombre. Comprenderían que aquello era preferible a cabalgar sola con rinches y cosas peores acechando en el chaparral, aunque de todos modos su mamá se estrujaría las manos hasta que le quedaran pálidas pensando en su honor.

Sin embargo, de momento, todo ese futuro estrujamiento de manos sería en balde. Néstor se estaba comportando como debía. Quizá le coqueteara, pero le daba su espacio y retiraba la

mirada cuando la modestia lo exigía.

Ella era la que había rozado la línea.

Podía repetirse a sí misma que había sido para reacomodarle el hombro dislocado, pero ¿de verdad eso era todo?

Se tiró a la sombra de los árboles con un golpe seco. La humedad y el mal humor le pesaban como una cobija demasiado caliente. Espantó un mosquito y escuchó el tintineo de las hebillas de la brida y los insultos cada vez más innovadores de Néstor mientras limpiaba los arreos y los revisaba en busca de daños. Por fin se levantó, se quitó el chaleco de cuero y, con un quejido de incomodidad, se quitó la camisa.

Nena dejó caer la mandíbula de sorpresa. Se recargó sobre los hombros.

—Qué haces. —La frase salió plana, como si no fuera una pregunta, sino una acusación.

Néstor se encogió de hombros.

—Tú ya te pudiste limpiar —dijo señalando sus trenzas, que seguían tan húmedas que le dejaban sombras oscuras en la camisa—. Nunca le voy a sacar la sangre a esto —dijo mientras hacía bola su camisa— si no la lavo pronto. Luego empacamos y partimos antes del ocaso.

Se volteó y caminó hasta la orilla. El sol le acariciaba el pelo y la espalda con lengüetadas doradas.

—Si me vas a estar viendo, mejor siéntate más cerca —dijo por encima del hombro. Le hizo gesto de que lo siguiera—. Se ve mejor desde acá.

—Qué chistoso —le contestó.

Pero se alegró de que no volteara a verla. Habría notado que estaba completamente sonrojada.

Se quedó dormitando junto a las brasas moribundas de la fogata en la que habían cocinado. Indolente, observó a un lagarto cornudo corretear por las rocas bajo el sol, arrullada por las chicharras y el ruido de las yeguas comiendo pasto. No se dio cuenta de que se había quedado completamente dormida hasta que la despertó el ruido de pasos y un chasquido de lengua, como si arrearan a un caballo. Néstor estaba afuera de la sombra, con el pelo húmedo y peinado hacia atrás. Aún tenía el pecho descubierto: detrás de él, hacia el río, Nena atisbó una camisa blanca extendida sobre un mezquite chaparro y retorcido para secarla al sol, brillante como bandera de rendición.

—Cuando te despiertes, ¿me puedes hacer un favor? —preguntó Néstor.

—No estaba dormida —murmuró.

Néstor hizo una mueca, divertido.

—Claro —dijo. En una mano traía el cuenquito de latón que había usado para limpiar la silla; en la otra, aún con el cabestrillo, un círculo de metal pulido—. ¿Me sostendrías el espejo para rasurarme? Si es que me logro rasurar —añadió irritado.

—Bueno —dijo Nena.

Salió de la sombra y se acomodó para reflejar a Néstor, sentado de piernas cruzadas. Tomó el

espejo, que no era más que un trozo deforme de latón bruñido, pero que bastaba para que Néstor viera su reflejo mientras cubría su mandíbula con espuma de jabón de Los Ojuelos. Durante su vida había visto a su papá y a Félix rasurarse cientos de veces, pero nunca había observado a un hombre hacerlo sentado justo enfrente de ella. Estaban tan cerca que sus rodillas casi se rozaban. Le sorprendió no sentir timidez. Quizá fuera porque Néstor mantenía la mirada fija en su reflejo mientras trabajaba con movimientos firmes sobre su quijada. El ángulo de su mandíbula no era distinto al de Casimiro, pero no pudo evitar pensar que su cara era mucho más elegante. Quizá fueran sus pómulos, la manera orgullosa en la que se elevaban hacia sus sienes. Quizá fueran sus rasgos tan finos. Si otros hombres eran esbozos al carboncillo, él estaba dibujado con tinta.

La hoja de la navaja le guiñó un ojo. Nena parpadeó y luego cometió el error fatal de mirar hacia Néstor al mismo tiempo que él la miraba a ella.

Le retiró los ojos, nerviosa de pronto. Lo había contemplado demasiado tiempo.

—¿Qué opinas, me dejo el bigote? —preguntó tranquilamente Néstor.

Eso le arrancó una risa sorprendida.

—De ninguna manera —dijo—. Te verías viejísimo.

La sonrisa de Néstor se amplió como sol rielando en el agua de su piel bronceada. Era un alivio ver placer genuino en un rostro que había estado contrito de dolor toda la mañana. Un capullo de alivio se abrió en su pecho. Quizá el terror de ver al vampiro arrojarlo al piso nunca se disiparía, pero a menos él sanaría.

Mientras Néstor limpiaba la navaja en el cuenco de agua, Nena volteó el espejo y contempló sus propios rasgos en su superficie ondulada. Llevaba mucho más tiempo del que acostumbraba bajo el caliente sol de mayo. Nadie, ni siquiera su mamá, podía rehuir el sol durante mucho tiempo en el rancho: las mujeres de Los Ojuelos trabajaban al aire libre y nunca se verían tan pálidas como las esposas de los hacendados ricos, las madres de los hombres con los que la quería casar su padre. Pero eso no cambiaba que su mamá insistiera en que todas las muchachas usaran sombrero a partir de cierta edad. La turbiedad del espejo no le permitía discernir cuánto daño había sufrido durante las últimas dos semanas.

Giró el espejo de vuelta hacia Néstor cuando estuvo listo para rasurarse el otro cachete. En respuesta a su mirada inquisidora, explicó:

—Mi mamá va a decir que me puse prieta, estoy segura.

—Jum.

Se limpió la espuma del cachete recién rasurado con un trapo y le puso la mano en el antebrazo para bajar el espejo. Se inclinó hacia el frente para examinarle la cara.

Olía a jabón, a sol y a piel cálida. No por primera vez, Nena se sintió extremadamente consciente de que no traía camisa y de que, por supuesto, ya había visto a muchos hombres trabajar en el rancho con el pecho desnudo. Hasta le había quitado la camisa a Néstor la víspera para ponerle el brazo en su lugar. No debería sentirse nerviosa.

Pero lo estaba.

Una idea cruzó por su cabeza, rápida como pez en el agua: si ella también se inclinaba hacia el frente, sería muy fácil cerrar la distancia entre ellos y presionar sus labios contra los de Néstor.

Facilísimo.

Madre santa, ¿por qué se le ocurría eso? Debería desterrar la idea de su mente lo más rápido posible...

Lentamente, Néstor alzó una mano para apuntar al puente de su nariz con el meñique.

—Por lo menos tres pecas nuevas—dijo. ¿Qué tenía su voz que le despertaba un dolor en el esternón, como un pulgar presionado contra un viejo moretón? Le dolía, era delicada, pero tenía además una dulzura que la hacía desear que no se detuviera nunca—. Ay, Dios —continuó—. ¿Cómo le va a hacer tu padre para casarte ahora?

La mención de su papá rompió en pedazos el momento, como una piedra que atraviesa una ventana de vidrio. ¿Por qué se le había ocurrido hablar de eso en aquel instante, cuando estaba tan cerca que podrían haberse besado? ¿Por qué pensaba siquiera en eso?

Nena soltó una fuerte exhalación, en tono de desprecio, y alzó el espejo de nuevo. El metal no podía formar una barrera que los separara por sí mismo: para ello tendría que recurrir a su lengua afilada.

—No me queda duda de que encontrará a alguien —dijo con brusquedad.

Néstor se reclinó lentamente, casi con flojera, y se siguió rasurando. Había bajado la mirada hacia su reflejo, pero Nena lo podía sentir midiéndola. Observándola.

—¿Por qué lo dices? —preguntó inocente.

—Nada se interpone entre mi papá y hacer lo mejor para el rancho. —Era la verdad. Su papá amaba Los Ojuelos más que nada, más que a ella o a Javiera o a Félix, incluso más que a su mamá. Se le notaba en la manera en la que supervisaba su funcionamiento sin tregua, en la manera en la que hablaba de él con los demás rancheros. Aquella tierra era su hogar. Era su propósito. Una cosa, decía a veces, era trabajar duro en vida para ganarte el acceso a las puertas del cielo. Otra era nacer en el cielo y sacrificarte para cosechar lo que te regalaba con tanta generosidad.

Lo peor era que la estaba sacrificando a ella. Prefería mandarla a la casa de un desconocido que permitir que Los Ojuelos se enfrentara solo a cuatreros y a ladrones de tierras.

No, lo peor era que ella amaba tanto Los Ojuelos que lo entendía. Que le permitiría hacerlo.

—Lo que quiere es seguridad —dijo—. Aliarnos con un rancho más grande nos dará más protección de los yanquis. Quiere un hombre con poder y dinero. Conseguiré uno y yo me casaré con él.

Néstor soltó un suave gruñido. Se le había resbalado la mano; quizá se había cortado.

—*Shit* —se quejó en inglés.

La noche anterior, le había hablado en inglés al rinche. O a lo que creían que era un rinche. Se

sacó la imagen de la mente. Se concentró en observar la navaja de Néstor.

—¿Desde cuándo hablas inglés?

—Beto me enseñó —contestó con una ligera mueca mientras se hacía pases sobre el labio superior; ya casi acababa de rasurarse. Qué bueno, quería alejarse de él; estar tan cerca le estaba dando ganas de salirse de su piel—. Es útil para mercar con yanquis. Y para espiarlos.

—¿Comerciaste con yanquis? —dijo Nena, con asco retorciéndole las palabras—. Se supone que está prohibido.

—Fue en nombre del Rancho Buenavista —explicó.

Buenavista. Doña Celeste Romero, la viuda del Rancho Buenavista, era una de las mujeres más cotizadas de la alta sociedad: era joven, agradable y universalmente admirada por su belleza y por las enormes manadas que había heredado de su difunto esposo.

¿Significaba eso que los chismes de Casimiro sobre viudas acaudaladas eran verdad?

—Dispénsame —dijo, saboreando el ácido en su voz—. No había entendido. No sabía que habías violado las normas comerciales y sacrificado tus principios en nombre de alguien con quien te estabas acostando. Eso hace que tus decisiones se vean mucho mejor.

—Comercí con ellos porque era una chamba por la que me pagaron —dijo con cuidado, con los ojos fijos en su reflejo mientras daba los últimos pases con la navaja en la suave piel debajo de su barbilla.

No negó su acusación.

Todos los chismes de los vaqueros eran verdad: era un mujeriego, un borracho y un apostador. No sabía qué le disgustaba más: que se hubiera acostado con doña Celeste Romero o que la hubiera abandonado a ella y procedido a tener una vida tan feliz y enojosamente libre de responsabilidades.

—No todos nacimos con tierra y dinero —continuó Néstor—. Algunos tenemos que sacrificar nuestros principios para comer. Algunos —añadió con ácido propio— tenemos que trabajar de verdad.

Nena infló el pecho, a la defensiva. ¿Cómo se atrevía a insinuar que ella no trabajaba, después de todo lo que había hecho aquel mismo día? Estaba agotada hasta los huesos.

—Todo mundo trabaja en el rancho —dijo acaloradamente.

—Pero algunos trabajan más y otros se quedan con las ganancias —dijo Néstor, con una dureza en la voz que no le reconocía—. ¿Nunca te has detenido a pensar en eso? ¿Por qué mi tío se parte el lomo, pero vive en un jacal en vez de construirse su propia casa de piedra? Supongo que nunca has tenido que pensarlo. No cuando el patrón no para de hablar de la nobleza de la vida en Los Ojuelos. —Le goteaba sarcasmo de cada palabra—. De cómo deberíamos darle las gracias.

—La vida en Los Ojuelos sí es buena —contrató Nena—. Solo un arrogante le haría el feo.

—¿Y si no quiero una buena vida si esta incluye la manera en la que nos trata el patrón? —

Cerró la navaja de un golpe y la puso con firmeza en la tierra—. ¿Y si quiero perseguir plata y viudas y dormir tranquilo al terminar la noche sabiendo que mi dinero se queda en mi bolsillo y no en el suyo?

—¿Eso es lo que quieres? Pues vete. —Nena señaló con una floritura sarcástica el sendero que salía de su campamento—. Ni que me importe.

Néstor tensó los hombros; su boca se torció con dureza.

—Perdón.

—Ya me harté de oírte pedir perdón —le escupió—. A veces pienso que mejor no hubieras regresado.

Néstor le lanzó una mirada herida. Qué bueno. Qué importaba que no fuera la verdad. Lo que quería era que sintiera lo que ella había sentido cuando se fue: que todo le dolía, que estaba hueca. Que la había abandonado. Que la había tirado como tortilla dura.

—¿Y qué habría sido de mí si me hubiera quedado? —la retó Néstor. Su voz era suave al inicio, pero la frustración la endureció conforme hablaba—. ¿Qué futuro me deparaba ahí?

—¿Qué futuro? —repitió Nena, incrédula. Un futuro con ella. Un futuro en el que no estaba sola—. Nuestro futuro.

Las palabras salieron de sus labios antes de pensar en detenerlas.

Pero era la verdad. La herida que más infectada tenía no era la de la soledad. Podía aguantar estar sola. Podía hacer callo y volverse más fuerte.

La peor herida era que, al irse, Néstor le había robado su presencia. La había dejado sin la única persona que la escuchaba, que la hacía sentir que el mundo giraba solo en torno a ella.

—Cuál chingado futuro —dijo con agudeza Néstor—. Anoche me lo dejaste perfectamente claro.

Nena sintió la vergüenza inundarle el pecho. Había sido cruel decirle eso. Aunque fuera verdad.

—¿Qué se suponía que hiciera yo? —preguntó con el color subiéndole por las mejillas—. ¿Agradecer estar en deuda con tu padre toda mi vida? ¿Agradecer el poco tiempo que podía pasar contigo? ¿Y luego quedarme viendo cómo te casaba con el ranchero rico que le diera la gana?

Nena entornó los ojos. Le había pegado, pero ella sabía devolver los golpes. Podía pelear tan bien como él.

—¿No va a acabar pasando eso de todos modos? —contratócó.

Por un instante, Néstor no dijo nada, solo dejó la boca ligeramente abierta.

Le había sacado sangre.

—Ya estuvo. —Se paró de golpe y gruñó de dolor por el esfuerzo. Agarró el agua que había usado para rasurarse y le dio la espalda para irse al río—. Ya me harté de tratar de hablar contigo.

Pero el sabor de la pelea solo la había dejado con ganas de más.

—Óyeme, ven acá —dijo mientras tiraba el espejo y se levantaba también—. Todavía no acabo.

—A mí nadie me da órdenes —contestó acalorada y altivamente por encima del hombro—. Deberías intentarlo un día, si te crecen los güevos.

Sus palabras se quedaron en el aire mientras se alejaba. Nena observó su espalda, morena y musculosa, brillando bajo el atardecer.

Solo percibía la espalda de su oponente y el deseo ardiente de demostrar que estaba equivocado. Que hacía mal en darle la espalda.

Lo siguió. Alargó las zancadas para alcanzarlo y lo agarró de la muñeca del brazo sano.

—No te atrevas a dejarme hablando sola —le dijo acaloradamente.

Plantó los pies y lo obligó a detenerse.

Néstor se giró para enfrentarla, con relámpagos en el ceño. Abrió la boca para hablar —para soltar palabras de enojo, sin duda—, pero no le dio oportunidad.

Nena le pasó la mano derecha por la nuca para bajar su cara hacia ella y lo besó.

Néstor inhaló fuerte por la nariz; Nena sintió su sorpresa rozarle la piel. Durante un instante, se preguntó si había cometido un terrible error; luego, con un tañido brillante y metálico, el cuenco y la navaja cayeron al suelo.

Néstor la tomó de la cara con su mano buena y le devolvió el beso, con una urgencia que le robó el aliento. Todos los besos que había recibido de sus pretendientes al pasar de los años habían sido puritanos y castos, fríos como un lecho vacío. Nunca como se imaginaba que debía sentirse un beso. Aquel pensamiento fue fugaz como la niebla dispersada por el calor del verano. Ningún indicio de nada podía sobrevivir cuando su mundo se había reducido a eso: la cálida piel de Néstor bajo sus palmas, la voz de Néstor murmurando: “Nena, mi nena, mi nena”, mientras le pasaba los dientes suavemente por el cuello. La boca de Néstor de nuevo contra la suya, tan fuerte que estaba segura de que le sacaría un moretón, pero no demasiado fuerte. La mano potente de Néstor en su cintura, haciéndola retroceder hacia la sombra y presionando sus caderas contra las suyas. Un abrazo tan estrecho que sentía todas sus curvas esbeltas y musculosas, toda su dureza contra los muslos. Era brasas desnudas cobrando vida; el calor le inundaba el cuerpo, impulsado por sus manos.

Una parte de ella siempre había deseado eso, siempre desde que regresó, desde el instante en que lo vio entrar al patio de la casa mayor vestido de negro y refulgiendo como plata bruñida. ¿Y cómo no hacerlo? Había regresado a su vida como un hombre que sabía quién era, con los hombros cuadrados y la quijada en un ángulo arrogante. Era como si hubiera salido de un sueño: su primer beso, el primer muchacho al que había amado tanto que había sentido que el corazón se le derrumbaba cuando se fue. Había vuelto. Más que eso: le estaba pasando la mano buena por la espalda, la cintura y más abajo, la estaba agarrando para apretarla contra él.

Un gemido suave se le escapó de la garganta; se rompió contra sus labios.

De pronto, Néstor se separó de ella y recargó su frente contra la suya. El pecho le subía y le bajaba rápido, impulsado por sus jadeos. Sus ojos eran la única parte de su cara que el tiempo y la madurez no habían cambiado: eran de un color cálido, tan oscuros que eran casi negros. Antes, cuando la miraba así, los ojos le rebozaban de adoración, con una confianza tan plena y perfecta que sentía que podría caminar sobre el agua si lo intentara.

Ahora, había reticencia. Se estaba echando para atrás. No, eso era lo último que quería. Le robó un besito y lo invitó con una sonrisa a robárselo de vuelta. A regresar a lo que estaban haciendo.

Él no la siguió.

—Para, Nena —murmuró.

—¿Por qué? —preguntó, y hasta ese momento se dio cuenta de que su respiración estaba tan acelerada como la de él.

Basta de hablar. Le rozó la nariz juguetonamente con la suya. Néstor cerró los ojos.

Aunque aún tuviera la frente recargada tiernamente contra la suya, aunque aún la estuviera abrazando, un vacío se le abrió en el estómago. El miedo de que, si seguían hablando, algo malo iba a ocurrir.

—¿Qué haces? —preguntó Néstor en voz baja y rasposa.

La pregunta la agarró desprevenida. ¿Qué no era eso lo que él quería? Estaba segura de que sí. Desde el momento de su regreso, había portado su mirada como un velo: si ella estaba presente, sabía que él estaba consciente de ello. Sabía que le lanzaba miradas de soslayo cada vez que podía. Estaba segura de que trataba de ser discreto, pero era imperfecto. ¿Y cómo no serlo? Algo feroz y vivo los ataba, tenso como cuerdas, tan palpable que sentía que podía asirlo.

¿Qué hacía? Estaba cediendo. Estaba tensando esa cuerda que los unía para acercarse a él. Pero ¿cómo decirlo en palabras?

—Te enseño que tengo güevos —dijo.

Bromear era fácil. Le salía natural. Siempre había sido así con él.

Pero ninguna sonrisa le iluminó la cara.

—Nena —dijo suavemente—, no me vas a usar para probar un punto. —Aflojó el brazo y dio medio paso hacia atrás. La mano le temblaba un poco mientras le quitaba mechones sueltos de la frente con dedos ligeros como plumas—. ¿Qué quieres?

Quería que el mundo desapareciera a su alrededor. Nada de guerra, nada de papá, nada de boda con un desconocido esperándola al final del viaje. Porque eso era lo correcto. Porque incluso cuando eran niños, cuando pasaban aquellas tardes perezosas cuidando el rebaño, sabían que compartían raíces. Sus ramas se entrelazaban mientras intentaban alcanzar el cielo, y siempre lo harían.

Pero el mundo se había entrometido. Se retorció sobre su hombro como una tía metiche, picoteando sus partes más suaves, las más expuestas. ¿Qué dirían su mamá o su papá si supieran

que se había comportado así? El roce de los labios de un pretendiente sobre sus nudillos era una cosa; esto era una situación completamente distinta. Néstor Duarte tenía su reputación.

Y era un vaquero.

Una vez despertado el coro, no logró apagar su cacofonía. Ya no se podía oír pensar, mucho menos hablar.

Algo como el duelo recorrió la cara de Néstor. Le pasó un pulgar suavemente por la mejilla.

—Eso pensé —murmuró, con una voz tan queda que era como si hablara solo. Su borde áspero la golpeó en el lugar resentido, en lo profundo del esternón, justo donde estaba más herida.

Néstor dejó caer la mano. Carraspeó mientras daba un paso entero hacia atrás. Se dio vuelta, recogió el cuenco y la navaja que había tirado y caminó hacia el río.

Nena vio su espalda alejarse. Ya no lo siguió. Se quedó, muda e inmóvil, viéndolo irse. Le tomó toda su voluntad detener su respiración cuando cada inhalación amenazaba con convertirse en sollozo.

No había pensado antes de besarlo. Se había montado en sus impulsos como un potro a medio domar hasta que la tiraron al suelo. Ahí estaba, hecha un ovillo, con una oleada de emociones encontradas, todas apuntando hacia una sola corriente, una sola nota, una sola verdad:

Las cosas no debían haber acabado así.



NENA

NO SE DIRIGIERON la palabra mientras Nena ensillaba las yeguas y partían hacia el noroeste. Se cubrió los ojos del brutal sol de la tarde y no volteó a ver a Néstor mientras cabalgaban. El único ruido que rompía el silencio eran el rítmico andar de los caballos y los golpes del machete cuando Néstor abría un camino a través del chaparral. Tres horas después, el hambre empezó a mordisquearle las costillas y le amargó aún más el ánimo.

Si Néstor hacía un comentario sobre un pájaro difícil de ver o lo que el atardecer le decía del clima del día siguiente, le contestaba con monosílabos. Conforme las millas del camino quedaban atrás, las piezas en pugna que había en su interior se forjaron en una conclusión.

La había rechazado, así de fácil.

Le ardía como la quemazón de una cuerda en las palmas; cada movimiento, incluso una brisa inocente, irritaba lo que ya estaba en carne viva. Le recordaba por qué siempre actuaba igual, por qué siempre se esforzaba por complacer a la gente: para evitar eso.

—Mira, Nena.

Esa vez, cuando Néstor habló, Nena alzó la vista por la urgencia de su voz. Estaba señalando al sur.

Por encima de las siluetas de cactus y magueyes, cuatro columnas de humo se enroscaban hacia el cielo rojizo, separadas entre sí con buen orden.

Había gente ahí. Un grupo lo bastante grande para tener cuatro fogatas.

Néstor se removió en la silla y frenó su yegua hasta detenerla. Nena siguió su ejemplo; las piernas le dolieron por el esfuerzo. Lo único que anhelaba era comida caliente y la sensación de hundirse en su cama. A pesar de estar logrando un buen tiempo, de que cabalgaban duro desde el alba hasta que hacía demasiado calor y luego, tras la siesta, hasta lo profundo de la noche, Néstor estimaba que aún estaban a dos noches de Los Ojuelos. Sus provisiones eran casi inexistentes. Como él tenía un brazo lesionado, Nena había asumido la carga de buscar comida en el chaparral. Era una responsabilidad pesada con la que no quería tener que cargar nunca más.

Donde hubiera más gente, habría comida. Quizás tendrían tanta que considerarían mercarla por el precio adecuado.

Siempre y cuando fueran amigables.

—¿Quiénes crees que sean? —preguntó Nena, entornando los ojos para ver el humo a contraluz.

—¿Ves esas siluetas contra la colina? ¿Entre los huizaches chaparritos? —Néstor señaló unos borrones sombríos que casi se perdían en la pendiente. Si no se los hubiera señalado, Nena no los habría notado. Eran rectangulares, casi como...

—¿Son carretas?

Néstor descansó la mano en el borrén y asintió.

—Carreteros —dijo.

—¿Crees que tengan comida? —preguntó Nena.

—Seguro —dijo Néstor—. La pregunta es qué podemos darles a cambio.

Ya habían saqueado las alforjas de la yegua en la que Néstor había huido de la batalla. Aparte del machete, mecate y pólvora, había una camisa extra y jabón para la silla. Balas. Cosas básicas de las que les costaría deshacerse a medio viaje.

Nena se llevó una mano al cuello. Sacó su escapulario de oro. La delicada cadenita descansó entre sus dedos.

—¿Servirá esto?

A Néstor se le desorbitaron los ojos al ver refulgir el pequeño pendiente de oro bajo la luz del ocaso. Quizá lo reconociera.

—Sí —dijo—, pero... eso es tuyo. Siempre lo has tenido.

El viento cambió. El olor a humo serpenteó cuesta abajo hacia ellos, y con él llegó el olor a carne asada.

A Nena le rugió el estómago.

—Puedo conseguir otro —dijo—. Le digo a mi mamá que lo perdí en la batalla.

—Yo te lo repongo —dijo Néstor con firmeza—. Te lo prometo.

La brisa les llevó otra bocanada de carne asada. ¿Acaso era... cabrito? Tenía que ser. Nena se puso de buenas. Pronto estarían comiendo.

—Escapulario de oro, vestido rojo —enumeró mientras le dedicaba una sonrisa divertida—. Es toda una lista del mandado. ¿Dónde planeas conseguir tanto dinero?

Néstor la fulminó con la mirada. No le contestó. Se bajó el sombrero hasta casi cubrirse los ojos, giró su yegua hacia la carretera y siguió caminando en dirección a los carreteros para darle la espalda.

Nena se le quedó viendo con la boca semiabierta.

Ella lo decía en broma. Obviamente él no lo había entendido así. En absoluto.

El silencio incómodo cundió entre ellos, tan cosquilleante y denso como si nunca hubiera

desaparecido. Se mantenía en el espacio que los separaba, solo roto por el ruido de los cascos contra las piedras, hasta que se acercaron tanto al grupo de carreteros que Nena logró distinguir las siluetas de las carretas cargadas de suministros provenientes de la capital. Tendrían porcelana, algodón y plata. Un cargamento que hacía muy peligroso andar por una tierra plagada de yanquis.

—Creo que serán huraños con los desconocidos —dijo Néstor mientras desmontaba, como si le hubiera leído el pensamiento—. Necesitamos una historia. No queremos que crean que vamos a guiar a los yanquis hasta aquí.

Nena desmontó y pasó las riendas por la cabeza de su yegua.

—Somos desertores —dijo—. Con eso basta, ¿no?

Néstor se mordió el labio y no contestó. Al parecer, no.

—Les vamos a decir que eres mi esposa —dijo lentamente.

La reacción de Nena fue rápida, como un reflejo.

—De ninguna manera.

—No pueden saber que estamos viajando sin estar casados —dijo Néstor—. ¿Sabes lo mal que me vería?

Nena se cruzó de brazos.

—No creo que sea necesario explicarnos.

Néstor fingió que se le acercaba como si fuera un desconocido y la saludó llevándose la mano al sombrero con un gesto exagerado.

—Buenas tardes, señor —dijo en tono de falsa alegría—. Soy un pobre vaquero con una sórdida historia, y esta hermosa joven es la hija del patrón de un rancho. ¿Qué dice? ¿Que qué hacemos solos en el chaparral, con mal aspecto y claramente huyendo de algo? Bueno, le tengo una respuesta completamente razonable. Vampiros, señor. Estamos huyendo de vampiros.

Cuando Nena peló los ojos, Néstor dejó su sonrisa falsa.

—Tengo razón —dijo parcamente—. Admítelo.

Sí la tenía. Estaba siendo demasiado terca. ¿Sería porque no quería verse forzada a fingir intimidad con él? Después de lo que había ocurrido esa misma tarde, le resultaría agonizante. Sería como echarle sal a la herida.

—No van a saber que soy la hija de tu patrón —dijo.

—Primero que nada, tu papá no es mi patrón —contestó Néstor con fuerza. El tono la lastimó como un latigazo. La agarró por sorpresa—. No trabajo para él y tampoco para ti. En segundo lugar, en cuanto abras la boquita, van a saber que eres de familia con tierras. A los carreteros no les interesa involucrarse en asuntos que amenacen sus relaciones con los rancheros. ¿Un vaquero y una joven de sangre noble solos en el chaparral? —chasqueó la lengua—. Ni siquiera tú estás tan sobreprotegida como para no saber lo mal que suena eso. Van a pensar que te robé.

Nena no dijo nada. Sí, estaba sobreprotegida, pero no era tan ignorante como para no

reconocer la prudencia de sus palabras. Eso no significaba que estuviera dispuesta a admitir su derrota en voz alta. Dejó las riendas de su yegua sobre su cuello y se desabrochó el escapulario. Luego se lo entregó a Néstor. El pendiente de oro se columpió entre ellos como péndulo.

—Di lo que tengas que decir —dijo—. Yo te sigo.

Néstor tomó el escapulario. Su boca era una línea recta.

—Entiendo que la mera idea de fingir estar casada con un vaquero te sea repugnante, pero no lo sugeriría si no creyera que es necesario. ¿Sí? —terminó bruscamente—. Ahora, vámonos.

Nena lo siguió varios pasos detrás de su yegua, observando su espalda y su andar decidido.

Lágrimas de frustración se agolparon en sus ojos mientras caminaban: calientes, húmedas e inesperadas. Ya lo había insultado dos veces sin querer. El espacio que los separaba estaba minado de grietas peligrosas, gruesas y llenas de espinas. Ella quería librar la brecha, acercarse a él, pero estaba demasiado cansada para confrontar lo que eso requería. Demasiado hambrienta para sentir cualquier cosa que no fuera el dolor por la frialdad con que la había rechazado. Por cómo la había apartado esa tarde.

Quizá tuviera razón. Quizá, a diferencia de ella, él sí fuera prudente. ¿Acaso cualquier cosa que sucediera entre ellos no tendría que terminar abruptamente en cuanto regresaran a Los Ojuelos? Saldrían de esa zona gris, de ese viaje sin ley en el que su supervivencia importaba más que cualquier norma de la gente decente, y volverían al mundo en el que habían nacido. Un mundo en el que los vaqueros no les hablaban a las hijas de la casa mayor, donde su madre, el honor y el decoro eran la ley. Un mundo en el que el trato que había hecho con su padre conllevaría el fin de su libertad.

Quizá eso fuera lo correcto, pero no era lo que ella quería.

¿Y qué sí quería?

Quería tomarle la mano a Néstor por la noche, como si fuera un talismán de protección contra la oscuridad. Sí era un talismán. Estaba lleno de una magia que no lograba comprender, era la llave que abría una parte de sí misma que llevaba mucho tiempo muerta. Para ella, Néstor valía mucho más de lo que sospechaba. No era un vaquero. Era Néstor. Era suyo. Era una tontería que cualquiera de los dos fingiera lo contrario.

Y, sin embargo, ahí estaban, acercándose a los hombres que rodeaban el fuego y que se levantaron con cautela al ver aproximarse a Néstor, buscando sus fusiles con las manos. Ahí estaban, fingiendo que no se pertenecían y, al mismo tiempo, fingiendo que sí.

—Buenas tardes, señores —le dijo Néstor al grupo mientras se quitaba el sombrero con respeto—. Mi esposa y yo vamos de camino a Laredo a visitar a su familia. Unos salteadores yanquis nos quitaron la mayoría de nuestras provisiones hace unos días y terminé herido. ¿Podemos comer con ustedes? ¿Quizá mercar por provisiones?

Les mostró el escapulario de Nena. Brillaba bajo la luz del sol poniente.

Un hombre se separó del resto. Estaba a la mitad de sus cincuenta, con un rostro desgastado

por haber pasado la vida en la carretera, y tenía la complexión de tío Macario, el pastor al que le ayudaban Nena y Néstor cuando eran niños: hombros caídos, pecho robusto, piernas cortas y firmes. Aguzó la vista hacia Néstor.

—Creo que te reconozco —dijo—. ¿No trabajas para el Rancho Buenavista?

—He trabajado para ellos —contestó Néstor, tan casual como siempre—. Me he movido entre ranchos y tengo noticias de muchos. Con gusto las comparto frente al fuego.

—Lo que queremos son noticias de Matamoros, si las tienen —dijo el hombre—. Y tenemos mucho que compartir a cambio, sobre todo con viajeros tratados injustamente. Venga, señora —le dijo a Nena. Notó su apariencia, pero no pareció resultarle extraño que usara ropa de hombre—. Yo soy Diego. Se ven muy cansados.

—Yo soy Néstor y esta es mi esposa, María —dijo Néstor rápido—. Estamos agotados.

Nena siguió a Néstor para llevar sus yeguas con los demás caballos, luego regresaron y se sentaron frente al fuego. Incluso tras el calor implacable del día, agradeció la temperatura en su cara. Sobre todo porque había un caldero enorme de algo que olía a caldo puesto sobre el carbón y soltando largas volutas blancas de vapor.

Se le hizo agua la boca. Se la humedeció con un sorbo de la cantimplora y escuchó a Néstor intercambiar noticias con Diego, quien parecía ser el líder *de facto* del grupo de carreteros. Habían tenido que detener su viaje por el inicio de las hostilidades en Matamoros; viraron al oeste para evitar a los ejércitos y a los bandidos de ambos bandos, que podrían considerarlos una presa tentadora. Néstor le dio noticias de la batalla, con cuidado de no sonar como desertores. Luego de ordenar que les sirvieran caldo en jícaras, Diego reportó que algunos soldados en fuga les habían contado que los mexicanos habían perdido la batalla.

A Nena se le hundió el corazón. Se quedó viendo la sopa caliente que tenía entre las manos. El vapor le calentaba la cara, pero estaba insensible, insensible incluso a su aroma tentador y a los trozos de cabrito que flotaban en el caldo refulgente.

Habían perdido.

¿Qué le habría pasado a Félix? ¿A su papá? ¿Estarían bien? ¿Estarían a salvo?

Según Diego, el ejército yanqui había continuado su ofensiva hacia el sur de Matamoros.

—¿Qué fue del escuadrón de auxiliares que luchó con la caballería? ¿El grupo de las Villas del Norte? —preguntó Néstor—. Mi primo estaba con ellos. ¿Saben algo?

—Ah, sí —dijo Diego—. Oí que algunos de ellos cabalgaron al sur para seguir hostigando a los yanquis.

—¿Y los demás? —preguntó Néstor.

Diego se encogió de hombros.

—Eso fue todo lo que oí. —Le dio un plato de sopa—. Entonces, ¿cuál es tu historia, vaquero? ¿De dónde vienen?

Néstor empezó a hablar. La historia brotó de sus labios completamente formada, detallada y

tan gastada como un par de botas viejas. Él y Nena —es decir, “María”— se habían casado hacía tres meses en el rancho de su padre al sur del río Bravo, no muy lejos de Matamoros. Nombró al menos a seis de los veinte primos del área circundante que asistieron a la boda, incluyendo a Beto. La memoria de Nena se sacudió al recordar que Beto había dicho que su madre era de cerca de Matamoros. Quizá todos esos detalles provinieran de cosas que Néstor le había oído a su amigo.

Estaba bien que Néstor fuera el que hablara. Nena apenas si lograba mantener el paso de todas sus falsedades fluidas como público, mucho menos lo haría como participante. Solo esperaba que Diego no le hiciera preguntas adicionales. Estaba demasiado cansada para darle respuestas creativas. Sin embargo, Diego era cortés: como ella era la esposa de otro hombre, no le preguntaba nada directamente a ella, sino a Néstor. Cuando la conversación pasó al clima, Nena se concentró en su sopa. La carne de cabrito estaba suavcita y se le deshacía en la boca; el caldo era sustancioso y estaba bien sazonado. Nunca había probado algo tan rico.

Aunque estuvieran sentados juntos, tan cerca que sus hombros casi se tocaban, Néstor casi no volteó a verla en toda la noche. Nena no descubrió ninguna de esas miradas furtivas que le cubrían la cara y el cuerpo. Ya se había acostumbrado a su presencia; su ausencia se sentía fría, como si le hubiera dado la espalda.

Se quedó viendo su plato vacío mientras los hombres hablaban, con tibias lágrimas que amenazaban con brotar de sus ojos. Se le estrujó la garganta, como si una mano se la hubiera apretado. Parpadeó rápido para sacudirse las lágrimas.

Estaba cansada. Por eso se sentía mal. Eso era todo. Estaba cansada y agradecida de tener el estómago lleno de sopa y de no temer que enfrentarse a otra noche casi sin dormir.

Uno de los carreteros estaba terminando un cuento de Pedro de Urdemañas y le pidió a Néstor que contara algo.

Néstor le dio un sorbo a su sopa y se tomó un momento antes de contestar.

—Creo que me sé uno —dijo. Le echó una mirada de soslayo a Nena. Eso la agarró por sorpresa: casi no le había dirigido la palabra ni la mirada en toda la noche. Luego se aclaró la garganta y alzó la voz—. Una vez oí que en un ranchito cerca de Mier había dos huerquillos, un niño y una niña. Crecieron juntos aunque el padre de la niña era rico y el del niño, no. El niño estaba tan enamorado de ella que la mitad del tiempo no podía ni pensar bien, ¿sí saben cómo? —Soltó un chiflido e hizo un gesto hacia su cabeza para indicar locura. Algunos de los hombres se rieron un poco—. Lo ponía medio loquito. Siempre estaba tratando de impresionarla. Una noche, vio una luz extraña a lo lejos, amarilla como el oro, y supo que tenía que significar que había un tesoro enterrado ahí. Él y la niña agarraron unas palas y se adentraron en la noche, convencidos de que iban a cavar y encontrar la plata enterrada de un viejo conde español. No había luna. Estaban solos. Y cuando llegaron al lugar donde refulgía la extraña luz, desapareció. Algo salió de la oscuridad y los atacó.

Los hombres alrededor del fuego se habían quedado tan callados que Nena oía pastar al ganado, el crepitar de las ramas ardiendo y los pisotones suaves de los cascos. El canto de los grillos surgió a su alrededor como un velo que los separaba de la profunda noche. Sentía como si estuviera en un sueño mientras Néstor contaba la historia de lo que les había pasado de niños.

—Era una bestia, alta como un hombre, calva y retorcida, con largas patas y pezuñas de cabra. Tenía dientes largos como colmillos de cascabel y garras como machetes. Corrió hacia la niña —continuó Néstor—. Era el Coco, con hambre de niños. El niño peleó con todas sus fuerzas, pero no podía contra el monstruo. La niña quedó muy herida. El niño la cargó de regreso al ranchito, con su familia, pero cuando llegó a la casa, ya estaba muerta. Su padre gritó que era culpa del niño, así que huyó. Corrió y corrió hasta que se le vencieron las piernas, hasta que se le rompió el corazón. Y luego siguió corriendo. Estuvo en duelo durante el resto de su vida, hasta que, un día, tuvo que regresar al ranchito.

“Al llegar, descubrió que la niña estaba viva”.

Una ola de murmullos recorrió el grupo de carreteros.

—Una curandera, bendecida con el don de la sanación, había devuelto a la niña de entre los muertos —dijo Néstor—. Ahora era una mujer, madura y hermosa, y para desgracia del niño, estaba comprometida con un rico hacendado. Pues verán, el niño no tenía nada. Una noche, tomó una pala y desanduvo sus pasos hacia el chaparral, buscando la luz que bailaba sobre el tesoro enterrado del conde español. Pensaba que, si fuera rico, quizá la niña que amaba se casaría con él. Así que se adentró en la noche. Pero la noche era oscura y silenciosa, y aunque él no lo supiera, las tinieblas comenzaron a seguirlo...

Fascinada, Nena lo escuchó tomar su historia y convertirla en un cuento de vaqueros. Se elevó como neblina para escurrirse, de oreja en oreja, entre los carreteros. Con ellos, viajaría por todo el Norte, de pueblo en pueblo, llegando a oídos de desconocidos, pasando por la boca de gente desconocida, transformándose y cambiando hasta que la lejana noche que la había separado de Néstor se convirtiera en parte de esa tierra, como el ruido de las chicharras en las tardes calientes o el retumbar del ganado al moverse por las lomas bajas junto al río.

—¿Dónde oíste esa historia? —le preguntó Diego a Néstor cuando terminó.

—De un vaquero con el que arrié hace muchos años —dijo Néstor. Una respuesta formulaica. Otro cuento.

Diego se pasó la mano por la cara sin rasurar.

—Todos los cuentos tienen algo de verdad —dijo lentamente—. Hay rumores de bestias peligrosas. Nosotros las vimos cerca de San Luis Potosí. Deberían tener cuidado.

—Eso intentamos —dijo Néstor. Alzó el brazo herido para hacer énfasis—. Lo último que necesito luego de los yanquis es que el Coco trate de arrebatarle a mi mujer.

Su intento de broma fue recibido con un perdigón de risas nerviosas. Ambas amenazas eran demasiado reales.

—¿Por qué no pasan la noche junto a nuestro fuego? —preguntó Diego—. Siempre se está más seguro acompañado.

Néstor volteó a ver a Nena con una ceja arqueada, pidiendo su opinión. De solo pensar en dejar ese círculo de gente donde se sentía segura, de dejar el fulgor dorado del fuego y adentrarse en la noche, le daban escalofríos. Asintió.

Se levantaron juntos y caminaron hasta las yeguas, donde la vieja cobija de Néstor estaba enrollada y amarrada a la silla de Luna. Cuando Néstor batalló por desatarla con la mano buena, Nena se estiró sobre su brazo para hacerlo ella.

—¿Qué te pareció mi cuento? —preguntó Néstor. La miró a los ojos mientras tomaba la cobija entre los brazos. Nena sintió el calor subir por sus mejillas. De pronto el momento se sentía demasiado íntimo, ahí parados, viéndose a los ojos. Dejó caer la mirada.

—Está un poco triste —dijo en voz baja mientras se daba la vuelta para regresar a la fogata. Él caminó a su lado—. No me gustó el final.

Néstor se quedó callado un momento. La tierra arenosa crujía bajo las suelas de sus botas.

—Sabes qué —dijo en voz muy baja—, puedes cambiar el final. Si quieres.

Evitó su mirada mientras ella le examinaba el rostro, su perfil en claroscuro contra la luz anaranjada del fuego. Cambiar el final de qué historia, ¿de la que él había contado o de la suya?

No tuvo oportunidad de preguntar. Había carreteros por doquier, preparándose para dormir. No tenía palabras para preguntarle a qué se refería.

Nena extendió la cobija cerca del fuego y se acostó bocarriba. Néstor se quitó el sombrero y se recostó junto a ella, sobre el costado derecho para protegerse el hombro herido.

Nena cerró los ojos y escuchó los ruidos sordos del campamento apagándose a su alrededor. La respiración constante de Néstor.

—¿Estás bien?

Su voz tocó suavemente su oído y se hundió suavemente en su cuerpo. Asintió.

Un carretero, quizás el que montaba guardia, comenzó a cantar una melodía en voz baja. La tonada se mezcló con el crepitar del fuego, con los latidos de su corazón, con su respiración. El sueño la había acechado sobre el hombro toda la noche; al fin la cubrió como cobija pesada. Tenía el estómago lleno. Había alguien más montando guardia. Néstor estaba a su vera.

Esa noche, al fin podría dormir.

—No se me hace repugnante —dijo, tan quedo que la única persona que la alcanzaría a oír sería el que yacía a su izquierda.

—¿Qué?

Volteó la cabeza hacia él y abrió los ojos, luchando contra la pesadumbre del sueño. Su cabeza bloqueaba la luz del fuego y proyectaba una sombra sobre la cara de Néstor. Estaban tan cerca que se rozaban sus narices.

—Casarme con un vaquero —susurró—. Nunca lo he creído. No si es el vaquero correcto.

Los ojos de Néstor eran negros y líquidos mientras la observaba. Incluso en penumbra, su belleza la sumió en una quietud de trance, como si el mundo a su alrededor hubiera dejado de existir.

Si tan solo no se hubiera separado de su beso. Si tan solo las cosas no estuvieran tan tensas entre ellos. Lo único que anhelaba era que las cosas fluyeran fácilmente entre ellos, como antes. Eso se sentía fácil: estar acostados juntos bajo un cielo pando, aterciopelado y cargado de estrellas. Si estiraba una mano, quizá lograra tocar una, chamuscarse los dedos con su fulgor. Si intentaba tocar a Néstor, sabía que nunca volverían a separarse. Nunca había sentido que algo fuera tan fácil.

Lo difícil era todo lo demás.

—No todo el mundo cree lo mismo —dijo Néstor muy quedo.

Tenía razón. Su mamá, no; y definitivamente su papá tampoco. Tampoco sus aliados de los ranchos circundantes, que creían que las familias como las suyas estaban por encima de tales asuntos. Sabía lo que temían sus padres: que si sus vecinos no tenían en buena estima a los Serrano, cuando enfrentaran un ataque, tendrían que enfrentarlo solos. Y quizá no sobrevivirían.

Nena giró la cabeza de vuelta hacia las estrellas y cerró los ojos. El sueño la cobijó rápidamente. Suavizó el mundo a su alrededor y cubrió el ruido del campamento.

—Ya sé —susurró—. Pero a veces no me importa.



NÉSTOR

CUANDO NÉSTOR DESPERTÓ, el campamento estaba en silencio. El cielo era de un gris albo, a punto de amanecer; los pájaros apenas empezaban a cantar. El aire estaba fresco y olía a frío y a humo.

También olía a Nena. En sueños, se había acomodado de lado y acercado a él. O él se había acercado a ella. De cualquier manera, se habían acurrucado juntos, con las caderas pegadas y la espalda de ella en su estómago. La mano de su brazo herido posado en su cadera. Manteniéndola cerca.

No sabía qué diría Nena si se despertara en esa posición.

Alzó la mano. Esperó a ver si su respiración cambiaba. Seguía dormida.

El dolor no irradió de inmediato desde su hombro al moverse. Era buena señal. Se irguió lentamente y trató de alzar el brazo hacia el frente, luego encogió el hombro. Le dolía un poco, pero mucho menos de lo que le había dolido tras el ataque del vampiro.

Quizá fuera por lo largo y profundo que había dormido. Beto debía tener razón con eso de dormir bien.

Al mirar a su alrededor vio a otros hombres levantándose y estirándose. Uno atizó las brasas de la fogata de la víspera y puso una ollita para el café.

No tardarían en partir. Lo mismo harían él y Nena. El aire se aferraba a un pinchazo de frío primaveral, pero no duraría; el cielo estaba despejado y pálido. Para el mediodía, el calor sería abrasador. Tenían que cubrir mucha distancia antes de que eso sucediera.

Néstor revisó las botas de Nena —abandonadas junto a ella mientras dormía— en busca de alacranes. Luego, satisfecho, le puso una mano en el hombro para despertarla. Estaba calentita por el sueño. Parte de él deseó poder dejarla dormir todo lo que quisiera.

—Nena —susurró—. Es hora de irnos.

Nena abrió los ojos. Se irguió y echó una mirada amodorrada a su alrededor. Los carreteros se pasaban tacitas de latón con café y calentaban tortillas. Néstor ayudó a Nena a levantarse y,

mientras ella enrollaba y guardaba la cobija en la silla de Luna, habló de suministros con Diego. No tardó en tener una bolsa de tela llena de comida —tortillas, carne seca y algunas frutas— para alimentarse el resto del viaje. Se lo llevó a Nena, junto a las yeguas, y se dispusieron a empacar las provisiones en sus dos sillas.

—Una última cosa —dijo Diego, quien se había aparecido detrás de Néstor. Cuando este se volvió, el viejo le entregó una bolsita que le cabía en la palma de la mano. Se sentía como si estuviera llena de arena.

Nena se asomó al saquito de cuero y le sacudió unos granitos blancos.

—Es sal —dijo.

Néstor examinó la cara de Diego. Ese hombre sabía que lo que acechaba en la noche no eran simples fieras.

Sabía la verdad.

—Cúidense —dijo, luego dio media vuelta y se alejó.

Néstor tuvo ganas de retenerlo y hacerle mil preguntas, pero Diego ya le estaba chiflando a su gente y preparándola para desmontar el campamento antes de que el sol saliera por completo. Entonces intercambió una mirada con Nena, quien se veía tan sorprendida como él. Le entregó la sal para que la guardara con las provisiones de su silla.

Tras unos minutos más de ajustar cinchas y alforjas, se acomodaron en sus sillas. Néstor se despidió de los carreteros con un movimiento de su mano y a trote se adentraron en el gris amanecer.

SE ARRIESGARON A tomar la carretera durante varias horas y cubrieron bastante distancia, manteniéndose cerca de la parte del río que pasaba por Camargo. Al mediodía dejaron que las yeguas tomaran agua de la orilla. Todo estaba en silencio, excepto por el tintineo de las herraduras contra las piedras y el ruido de las yeguas bebiendo tragos largos y ávidos. Néstor escrutó la margen opuesta mientras rellenaba las cantimploras. No había siluetas oscuras. Tampoco bayonetas refulgentes. El día había estado tranquilo.

Demasiado tranquilo.

No había chachalacas graznándole al cielo sin nubes. Ni chicharras cantando a su alrededor. Cuando terminó de beber, Luna agitó la cabeza. Las orejas se le pegaron al cráneo.

Un susurro en la hojarasca le disparó la angustia. Se paralizó con la mano sobre la pistola.

Un chillido fuerte; Nena soltó un grito al oírlo. Sin pensarlo, Néstor tenía la pistola en la mano y el corazón en el hueco de la garganta.

Un traqueteo de pezuñas sobre la grava. Un grupo de seis jabalíes irrumpió desde los arbustos, huyendo del río como si trajeran al diablo encima. Néstor bajó el arma.

Nena soltó una risita.

—Allá va la cena —dijo secamente cuando se asentó el polvo levantado por los jabalíes.

Sin embargo, la inquietud se posó en los hombros de Néstor como escalofríos que le cortaban el calor y le calaban los huesos.

Algo los estaba observando. Lo que quiera que había asustado a los jabalíes acechaba en las cercanías, y no quería averiguar qué era.

Le hizo una seña a Nena y siguieron su camino aprisa.

PARA LA HORA de la siesta, las yeguas estaban exhaustas. Néstor encontró una arboleda densa donde podrían descansar a la sombra, lo bastante cerca del río para recibir una brisa bienvenida de vez en cuando. El calor descendía en ondas sobre el chaparral. Néstor sentía cómo lo envolvía en la clase de sudor que nunca se secaría con aquella humedad. Ni siquiera la sombra era mucho alivio mientras desensillaban las yeguas y les daban de beber.

Se quitó el cabestrillo con cuidado y probó el brazo moviéndolo para delante y para atrás. Le dolía, pero ya era funcional y podía almohazar a Luna. Detuvo su cepillado para ver a Nena ir al río a rellenar las cantimploras. La tarde goteaba sobre su silueta; el fulgor duro del sol en el río la rodeaba con el halo de un santo.

Aún tenía bajo la piel los comentarios que le había hecho sobre el escapulario y el vestido rojo, irritantes como semillas de ayohuiztle. Por Dios que había ahorrado y ahorrado y tenía toda la intención de cumplir ambas promesas. Lo que le molestaba era que había hecho la broma basada en el supuesto de que no podía. Porque era un vaquero, ¿no? ¿Un hombre de tierra que vivía en deuda con su patrón por el privilegio de trabajar en su rancho? ¿Un hombre que nunca veía los frutos de su trabajo, ni en el fin de sus días? Quería que supiera que era un hombre libre. Quería que supiera que tenía los medios para comprar tierras y ser digno de pedir la mano de la hija mayor de don Feliciano.

Quizá por eso había reaccionado de más cuando ella se resistió a fingir ser su esposa ante un grupo de carreteros. Porque él quería que lo fuera de verdad con un dolor tan agudo y presente como el que sentía en el hombro.

¿Y cuando le preguntó qué quería?

Su silencio fue como una cox de mula en el pecho.

Él sí sabía exactamente lo que quería. Quería casarse con ella. Construirle una casa y hacer un hogar juntos. Quedarse dormido oliendo el jabón de flor silvestre de su cabello todas las noches, durante el resto de su vida, sin importar lo que pensaran don Feliciano y doña Mercedes.

¿Pero si lo decía en voz alta?

Incluso en un momento como el de la tarde anterior, cuando ella lo había besado con un deseo que solo habra creído posible en sus sueños más sucios, proponérselo la habría detenido en seco. Podría haber destruido todo lo que habían construido con tanto cuidado.

“No si es el vaquero correcto”, le susurró la noche anterior. Nariz con nariz, mezclando sus alientos.

En otro lugar, eso habría implicado el fin de aquella danza. Si hubieran estado solos, si no hubieran estado con una decena de desconocidos, se lo habría confesado todo: cada moneda que había ahorrado y lo que pretendía hacer con ellas. Que desde que había regresado a Los Ojuelos y descubierto que estaba viva, pasaba todas las noches mirando las estrellas y eligiendo las palabras para pedirle que se casara con él. Rezando por que lo escuchara algún día.

Quizá sí lo escucharía. Cuando fuera el momento correcto. Habían avanzado mucho desde su proclama furiosa de “los vaqueros me dicen ‘señorita’ o, mejor aún, no me hablan en absoluto”. Aun así, era cauteloso. Decir demasiado muy pronto podría arruinarlo todo. Decir demasiado poco, como había hecho la víspera, podría resultar igual de dañino. Tenía que lograr un equilibrio delicado, y la cautela era lo único que lo mantenía cuerdo ante visiones como la que tenía frente a él: Nena caminando hacia él desde el río, con las cantimploras llenas en las manos. Le dio una, cerró los ojos y bebió de la otra parada junto a él. El agua le mojó el frente de la camisa. Néstor siguió el curso de su barbilla hacia su cuello y encontró cada mancha húmeda en la tela. Estas guiaron su mirada hacia la curva de la camisa sobre sus senos, lo que naturalmente lo hizo pensar en lo que se escondía bajo la tela.

La cautela era lo único que lo mantenía cuerdo. Apenas.

“Cálmate, Duarte”, se regañó.

Retrocedió un paso y bajó la mirada. Se tropezó con la pistola enfundada en la cadera de Nena.

—¿Quieres aprender a usar eso? —le preguntó cuando hubo terminado de beber. Para responder su mirada curiosa, señaló la funda.

—¿De qué me sirve contra los vampiros? —contestó seca.

Era un buen punto.

—Pues también nos tenemos que preocupar de los rinches —dijo.

Se alejaron un poco de las yeguas y del canto de las chicharras hacia el río. Néstor tomó la pistola y, mientras la descargaba, señaló sus partes y le dijo sus nombres.

Luego se la devolvió. Sus dedos se rozaron en el intercambio.

—Ahora apúntale a ese árbol para que vea cómo la sostienes —dijo.

Nena le echó una mirada suspicaz, pero obedeció. Se plantó frente al árbol y alzó la pistola en una pose tiesa con ambas manos, con la cara arrugada de concentración. Néstor soltó una risotada de sorpresa.

—No está mal —mintió—. Le estás apuntando a lo que le quieres disparar, que es lo más importante. Vamos a arreglar el resto.

Se acercó a ella y le puso las manos en los hombros para ponerla de perfil respecto al árbol al que le apuntaba.

Ella no volteó a verlo, sino que se mantuvo concentrada en su blanco. Su mandíbula formaba una curva filosa hacia su oreja. Contradecía lo suave que era al besarla, lo fácil que le ofrecía su

garganta.

Se tranquilizó. “Cálmate”.

—Recuerda que la mayoría de las veces hay alguien contestándote los disparos —dijo—. Ponte de perfil para darles el blanco más chico posible.

Se paró detrás de ella para ajustar su manera de agarrar la pistola. Puso su mano sobre la de ella para acomodarle suavemente los dedos.

—Suelta un poco —murmuró—. Sé firme, pero gentil.

La mano de Nena había estado sobre la suya cuando le enseñó a sostener un lápiz y a escribir su nombre en la tierra detrás de la escuela. Ahora, la de él estaba arriba y él estaba parado detrás, tan cerca que le hablaba al oído. Tan cerca que tenía su espalda casi pegada al pecho, como cuando se despertaron por la mañana.

—Cuando dispaes, el cañón se va a calentar —dijo. No lo distraería el aroma a sol de su piel. Ni la duda de qué tan cálida se sentiría su mejilla contra sus labios. Ni el recuerdo del sabor de su boca—. Solo tienes tres tiros antes de que se caliente tanto que no lo puedas recargar. ¿Sabes apuntar?

—¿Como si señalara el blanco? —sugirió Nena. Sonaba un poco sin aliento. Era porque estaba concentrada, se aseguró. No por su cercanía.

—Esto de acá arriba es la mira —dijo mientras le soltaba la mano para señalar una pequeña muesca en la parte superior de la pistola—. La tienes que alinear con el blanco, ¿entiendes?

Miró hacia abajo. El pecho de Nena subía y bajaba de forma irregular mientras asentía. No había forma de negarlo: estar tan cerca de él la afectaba.

Una parte presuntuosa de él creía que por supuesto que eso era cierto. Sabía tratar con mujeres. Sabía que era guapo y sabía aprovecharlo.

El resto de él vibró de exaltación ante el descubrimiento. Esa era Nena, la que le había azotado la puerta en la cara, la que había creído que nunca lo voltearía a ver de nuevo. La que lo volvía loco de solo tocarlo y decirle un par de cosas.

Él también podía jugar ese juego, ¿o no?

—Cuando dispaes, la pistola va a recular con fuerza —dijo—. Así.

Movió la mano al cañón del arma y lo jaló hacia arriba.

—Ah —exclamó Nena mientras trastabillaba hacia atrás y chocaba con él.

—¿Ves? —dijo Néstor mientras ella regresaba un paso al frente, sonrojada—. Hay que hacerlo otra vez. Mantén el brazo flojo, pero tienes que estar lista. Ponte firme.

—¿Cómo le hago para estar floja y firme a la vez? —murmuró Nena entornando los ojos detrás de la mira—. No tiene sentido.

—El brazo está flojo, pero te pones firme de acá —dijo Néstor. Le pasó el brazo izquierdo por la cintura y le puso la palma contra el estómago, tan bajo que dos de sus dedos caían sobre el cinturón improvisado de cuerda.

Esa vez sintió su inhalación sobresaltada, no solo la oyó.

Sí, él también podía jugar ese juego.

—Asegúrate de repartir el peso entre tus pies —murmuró mientras le quitaba la mano lentamente del estómago. Quizá dejó los dedos arrastrarse más lento de lo que debería sobre su cintura. Quizá debía haber dado un paso atrás. Pero se quedó para hablarle al oído—. Mantén la respiración estable. El truco es jalar el gatillo cuando exhales.

—Sí —contestó prácticamente en un susurro.

—Inhalas, apuntas —dijo Néstor—. Exhalas y disparas.

Nena inhaló fuerte por la nariz, aguzó la vista y se concentró.

—Firme —murmuró Néstor.

Nena exhaló y jaló el gatillo. Hubo un chasquido quedo y luego silencio.

—Pum —susurró Néstor—. Le diste en el centro. Bien hecho.

Nena volteó a verlo por encima del hombro, con una sonrisa en la comisura de la boca mientras bajaba el arma. Le dieron ganas de acunar su carita entre sus manos y contar el puñado de pecas de su nariz. De entregarse a ella como el día anterior. Sabía a sal, a calor, y cuando su lengua había entrado en su boca, estaba hambrienta, buscando.

Dios santo, lo único que quería era ceder a la tentación. Pero primero tenía que decirle lo que pretendía. Que la quería ya y la quería para siempre. Era una conversación que tenían que tener. Aunque significara negarse ese momento, cuando notaba por su respiración entrecortada y el color de sus mejillas que resistirse era una agonía para ambos.

Quizá pudiera ceder un ratito. Solo una probada breve y pecaminosa.

Le llevó la mano derecha a la barbilla y se la tomó con el pulgar y el índice para alzarle la cara hacia él.

—Recuerda no agarrarla muy fuerte —dijo—. Suave, pero firme.

Cruzaron miradas. Néstor olvidó dónde estaban. Olvidó su propio nombre.

—Néstor —exhaló Nena.

Su voz lo bautizó de nuevo. Le pasó el pulgar por los labios; luego, cuando ella lo atrapó con los dientes, con un brillo travieso en los ojos, se quedó sin aliento.

Al carajo sus inhibiciones. Podían conversar después.

Se...

Sonó un grito desde el río.

Néstor alzó la cara de golpe. Dejó caer la mano del rostro de Nena. Se esforzó por escuchar por encima del retumbar de su corazón en los oídos.

Había voces: tres o más, arrebatándose la palabra.

Hablando en inglés.

Nena tenía los ojos desorbitados de angustia; le dio la pistola con un movimiento tenso y alerta. Néstor la tomó y le hizo seña de que se escondiera detrás de él. Lo más sigiloso que pudo,

se acercó a los árboles que habían estado usando de blanco y se agachó entre la hojarasca. Tres pasos ligeros, con Nena acucillada a un lado.

Rebuscó en su bolsillo y sacó una bala para cargar la pistola con manos temblorosas.

Las voces se acercaron.

Varios planes cruzaron volando la mente de Néstor, chillando como murciélagos. Estaban separados de las yeguas. Si se movían, los descubrirían antes de que lograran huir. Había demasiadas voces para siquiera pensar en pelear. Si se quedaban, seguramente los encontrarían. Pero, ¿a dónde iban las voces? Forzó los oídos. ¿Se estaban acercando al río? ¿Llegarían a esa arboleda, donde él y Nena estaban completamente expuestos?

Un tintineo de pesadas cadenas serpenteó por la broza. El mugido de una yunta jalando algo con mucho esfuerzo.

Y un grito que no se parecía a nada que hubiera oído antes.



NENA

NENA SE TAPÓ los oídos con las manos y respiró con un siseo. El ruido se sentía como si le clavarán cuchillos en el cráneo. Era como si rasparan piedra contra piedra; se sentía más fuerte que cualquier otra cosa que hubiera oído, excepto un trueno. Sin embargo, a diferencia de un trueno, no tenía crescendo ni caída; se mantuvo en un tono que solo un murciélago podría haber alcanzado durante varios segundos, largos y agonizantes.

Se calló.

A Nena se le agolparon las lágrimas mientras bajaba las manos.

Néstor exhaló suavemente a su derecha. Se asomó por la maleza con el ceño fruncido, buscando respuestas.

Desde el río llegó el ruido de más voces y cadenas metálicas chocando entre sí. Estaban agitadas. Sonaban enérgicas, como solo el inglés suena enérgico. Exigentes.

Cada vez más cerca.

Aumentó el ruido de al menos seis personas avanzando por la hojarasca. Sin duda eran demasiadas para enfrentarlas. Tenían que huir.

Se inclinó hacia Néstor.

—¿Corremos? —le preguntó en un susurro que apenas superaba el fragor de sus latidos. Se sentía tensa como liebre en el camino de un depredador. Cada pulgada de su cuerpo temblaba y estaba lista para huir de ser necesario.

Néstor negó lentamente con la cabeza.

—Espera —exhaló. Entonces se quedó quieto, con la cabeza ladeada como un perro que escuchara un chiflido distante y el dedo en el gatillo de la pistola en su mano derecha.

¿Esperar qué? ¿Que esos desconocidos se tropezaran con ellos? ¿Que ese grito partiera en dos la tarde otra vez? Tenían que irse de ahí. Nena se removió en su sitio, preparándose con angustia para solo Dios sabía qué.

Una ramita se quebró bajo su bota.

Néstor le tomó la mano. Se la apretó. No la soltó. La miró a los ojos.

—Espera —dijo sin ruido.

Tenía que confiar en él. Confiar en que lo fuera que estaba planeando los pondría en el lado correcto de la vida y la muerte. Un montón de visiones cruzaron su mente de pronto: una ráfaga de balas en el aire; Néstor con una herida roja en el pecho, cayendo de rodillas; miles de manos agarrándola, jalándole el pelo, rompiéndole la camisa.

Néstor le apretó más la mano.

Otro grito desgarró el calor. A Nena se le atoró la respiración; se mordió el labio para contener una exclamación. Fuerte. Cerró los ojos, como si eso fuera a ayudarlo.

Por todos los santos, ¿qué era eso?

Néstor le apretó la mano de nuevo y luego le dio un tironcito. Cuando abrió los ojos para voltear a verlo, Néstor señaló hacia el río con la cabeza.

Si aguzaba la vista entre la broza, alcanzaba a distinguir figuras en la orilla. Hombres en uniforme azul estaban cruzando el río en una barcaza de fondo plano; costaba trabajo distinguir cualquier cosa entre el fulgor de la tarde.

Sin embargo, los uniformes de los que estaban en la orilla dejaban muy claro que eran rinches. Eran unos seis: uno les lanzó una cuerda a los que venían en la barcaza y otro le ayudó a jalarla hacia tierra.

Pero cuando los demás entraron al campo visual que le permitían los matorrales, Nena perdió el aliento.

Cuatro de ellos cargaban cadenas en las manos. Estaban jalando algo hacia la luz cegadora, inclinados para usar todo su peso, maldiciendo y plantando los talones en la orilla de grava.

Las cuatro cadenas estaban unidas a un collar de metal. Era tan grueso como un yugo y brillaba bajo el sol.

Estaba ceñido al cuello de un vampiro.

Se retorció mientras los rinches lo arrastraban hacia adelante. Sus patas larguiruchas se convulsionaban bajo el sol, echaba la cabeza hacia atrás por la agonía. Soltó otro grito.

Otro hombre se le acercó con un fusil y le golpeó la cabeza con la culata.

Nena brincó. Néstor soltó un gruñido quedo y empático al ver caer a la bestia. Los rinches la metieron a rastras a la cubierta de la barcaza. No era más que una maraña de extremidades, un montón nervado de carne gris bajo el sol. Las moscas formaban un halo macabro alrededor de su boca y de las heridas en su lomo. Sonaron chasquidos metálicos cuando los rinches usaron ganchos en la barcaza para asegurar sus cadenas y dejarla inmóvil como un animal listo para el matadero.

Luego volvieron a tierra, limpiándose el sudor de la frente y llamándose entre sí mientras salían de la vista de Nena.

Su corazón retumbaba en sus oídos. Apenas si podía comprender el espectáculo que se

desarrollaba ante sus ojos, aunque el acto grotesco se repitiera con un segundo vampiro. Los rinches lo arrastraron hacia adelante. Se encogía ante el sol asolador de la orilla y aullaba de agonía. Su voz desgarraba la tarde y le hacía rechinar los dientes. Nena no podía separar los ojos de la escena. No podía.

Ni siquiera cuando el primer vampiro alzó la cabeza lo más que pudo, a pesar de estar encadenado a la cubierta de la barcaza.

No tenía ojos. A la luz del día, era grotescamente obvio: un delgado pellejo se estiraba sobre sus cuencas en su rostro casi humano. Abrió las narinas al girar la cara hacia la orilla.

Hacia Nena.

Un escalofrío repentino le recorrió la espalda. El sudor que la había envuelto toda la tarde se tornó pringoso. El frío le caló los músculos hasta llegar al hueso, hasta el centro de sus entrañas.

Un cosquilleo se deslizó bajo la cicatriz de su cuello, caliente como piquetes de jején.

Siempre sentía lo mismo cuando estaban cerca. ¿Sería porque la estaban observando? ¿Porque olían la presencia de alguien mordido, de un plato sin terminar?

Una necesidad feroz de huir la inundó. Se le tensaron los músculos. Ya no se podía quedar quieta, sobre todo cuando el vampiro abrió de nuevo sus fosas nasales para husmear el aire. Menos aún cuando el segundo siguió su ejemplo, aunque lo estuvieran encadenando a la cubierta con más cadenas que al primero.

—Me ve —exhaló hacia Néstor—. Me ve.

Los rinches estaban ocupados manteniendo sometidos a los vampiros en la cubierta, una labor que les resultaba cada vez más complicada porque se retorcían y alzaban la cara para aspirar aire por sus narices de murciélago. Los hombres intercambiaban gritos y se lanzaban cuerdas. Estaban distraídos. Si huían en ese instante, tenían una oportunidad de escapar desapercibidos.

—Nos vamos a ir en silencio —exhaló Néstor—. Llegamos a la carretera y galopamos.

Nena asintió, incapaz de separar los ojos de la escena que tenía enfrente. Incapaz de sacudirse la sensación de que había cruzado miradas con el primer vampiro. Sabía que —por muy ciego que estuviera— la había visto, igual que ella lo veía a él.

—Ya —exhaló Néstor.

Nena salió de la hojarasca lentamente y en reversa, con Néstor a su lado. Quebraban ramitas al avanzar; cada una azuzaba su pánico, tañía una nota cada vez más aguda en la necesidad estridente de huir que le taladraba el cerebro.

Luego se giraron y corrieron batiendo los brazos, jadeando sin parar.

Al llegar con las yeguas, les apretaron las cinchas con manos temblorosas y húmedas de sudor. Toda la comida seguía amarrada a la silla de Néstor y la sal, a la de Nena; casi no habían desempacado nada en el poco tiempo que se habían quedado a descansar ahí.

Montaron en sus yeguas y salieron a trote de la parte más densa de la arboleda; entonces, un grito de alarma surgió en el río.

—¡Rápido! —gritó Néstor.

Nena se inclinó hacia el frente y espoleó su montura a medio galope. Las ramas le arañaban la cara; su yegua se tropezó y se volvió a enderezar en el sendero pedregoso. Hacia la carretera. En cuanto llegaran a la carretera, podrían huir de verdad.

Se abrieron paso por el chaparral hasta alcanzar el camino salvador, que apenas era lo bastante amplio para contener a dos caballos a la vez.

Pero estaba despejado.

—¡A galope! —aulló Néstor.

Nena se asomó rápido por encima del hombro y lo vio justo detrás de las grupas de su yegua, pistola en mano.

No necesitaba más ánimos. Clavó los talones en el costado de su montura, se encorvó hacia sus crines y voló.

GALOPARON HASTA QUE los caballos quedaron empapados de sudor y resollando sin aliento, hasta que Néstor estuvo convencido de que nadie los seguía. Entonces salieron de la carretera y se adentraron en el chaparral. Néstor iba adelante, abriendo camino a machetazos en las partes más densas. Decía que ya no se sentía seguro cabalgando cerca de la orilla, más despejada; también se sentía expuesto en la carretera.

Estaban exhaustos. Los caballos estaban fundidos, con las cruces y cinchas espumosas de sudor. Siguieron avanzando al calor de la tarde, hasta que mantenerse fuera de la carretera demostró valer su peso en oro: unas colinas se elevaban hacia el sur, moteadas de nopales y magueyes. En la punta del mayor de esos cerros, una peña expuesta se erguía solemne y negra.

—Ahí —dijo Néstor, señalando el lugar donde la roca se hundía para formar una pequeña cueva—. Hogar, dulce hogar.

Subieron lentamente la colina y encontraron un claro en la boca de la cueva. La cueva misma apenas era más profunda que un porche: poder ver claramente el fondo significaba que ningún depredador de ningún tipo acechaba en las tinieblas, pero su sombra y sus gruesos muros aún ofrecían un refugio fresco del sol poniente. Su ubicación elevada significaba que Néstor podía otear el terreno circundante como ave de presa. Mientras desensillaban las yeguas, mantuvo un ojo en el río, recorriendo su pelaje brillante y serpenteante con la mirada en busca de algún indicio de rinches en barcasas.

No vio ninguno.

El corazón de Nena se desaceleró. El agotamiento le impedía moverse demasiado rápido; cuando las yeguas al fin estuvieron almohazadas y pastando cerca, ella y Néstor se dejaron caer en la boca de la cueva.

—Hoy no haremos fogata —dijo Néstor—. Podría llamar la atención. Es demasiado peligroso.

Pero no tener fuego también planteaba riesgos. La piel se le puso de gallina por toda la

columna vertebral al recordar al primer vampiro sostenerle la mirada mientras abría las largas narinas ovaladas para olisquear el aire.

Obligó a sus muslos adoloridos a levantarse y trastabilló hacia su alforja. Sacó la sal que los carreteros les habían dado esa mañana.

Más valía prevenir que lamentar.

Trazó un delgado arco alrededor de la boca de la cueva, lo bastante amplio para dejar espacio para las yeguas tras el atardecer. En vez de devolverlo a la alforja, cuando se dejó caer al suelo junto a Néstor, puso el frasco en el piso junto a ella.

Se quedaron sentados en silencio, viendo el sol reptar hacia occidente. Viendo la panza plateada y viperina del río tornarse dorada y luego roja. Normalmente seguirían cabalgando a esa hora, aprovechando la luz y el descenso del calor. Pero los caballos estaban fundidos por haber galopado duro durante la peor parte del día.

—¿Qué crees que haya sido eso? —preguntó Nena por fin.

Néstor maldijo en voz baja, luego se recostó bocarriba en el piso, con el sombrero abandonado a un costado. Entrelazó las manos detrás de la cabeza y soltó una exhalación larga y derrotada.

—No sé —dijo. Pasó un largo momento silencioso solo interrumpido por los graznidos de los pájaros vespertinos y el susurro del viento en los pastizales—. ¿Crees... crees que los rinches estén tratando de deshacerse de los vampiros?

Nena giró una larga hoja de pasto entre los dedos, preocupada, mientras miraba el río. Ella también lo había pensado mientras cabalgaban; lo había meditado y luego descartado. Había formas más sencillas de destruir a esos monstruos que lo que estaban haciendo los rinches. Habían capturado a esos vampiros. Los estaban llevando a algún lado, una labor que claramente requería una cantidad enorme de tiempo y esfuerzo.

Le recordaba a los hombres que había visto arrastrar cañones por la tierra suave de Palo Alto, cómo sus botas se hundían en el fango, cómo tenían la cara roja y se les botaban las venas del cuello del esfuerzo.

Ese recuerdo de los cañones fue lo que le llevó a la mente la noción de armas.

—No —dijo muy quedo—. Yo creo... creo que los están usando para deshacerse de nosotros.

Néstor se irguió sobre los codos para mirarla.

—¿Qué?

—Piénsalo —dijo Nena. No lo miró a los ojos, por miedo a que una reacción incrédula le desinflara la idea—. ¿Y si los mandan antes del ejército para debilitarnos? Solo atacaron hombres en Los Ojuelos, lo que socavó nuestras defensas. En el ejército mexicano había rumores de que también los estaban atacando a ellos. Y yo vi con mis propios ojos que tenían casos de susto. Es casi como... están atacando a los hombres que nos van a defender. Para dejar a los ranchos débiles ante una agresión.

—No —dijo Néstor, arrastrando el monosílabo con incredulidad—. No lo puedes decir en

serio, Nena.

—¿Entonces cómo explicas las cadenas? —gritó—. ¿Los collares en el cuello? Eran cautivos. Estaban... —recordó al rinche que le dio un culatazo en la cabeza a uno de los vampiros para noquearlo. Se aguantó una mueca de dolor—. Hizo que me dieran lástima.

Eso le sacó a Néstor un sonido de auténtica incredulidad. Señaló con la cabeza su cicatriz en el cuello y luego su propio hombro, que apenas se había sacado del cabestrillo aquella misma tarde.

—Tal vez no mucha —se corrigió—. Pero ¿qué tal si... qué tal si son animales salvajes, como lobos o zopilotes, criaturas que no pueden elegir cómo se comportan, y a las que están usando en nuestra contra?

—Pero ¿cómo? —la desafió—. Se puede domar un caballo, pero domar a una de esas cosas...

—¿No puedes quebrar a cualquier animal si lo lastimas lo suficiente? —dijo Nena—. Además, Félix siempre dice que los anglos nunca han encontrado nada que no puedan convertir en un medio para conseguir lo que quieren.

Néstor se sentó y se pasó una mano por el pelo, frunciendo el ceño mientras pensaba.

—No me gusta tu idea.

—¿Por qué? —preguntó Nena.

Néstor soltó una exhalación pesada.

—Porque significa que son más listos de lo que creíamos, y más poderosos, y...

No terminó.

Nena esperó. Aun tras nueve años de separación, seguía familiarizada con su ritmo al hablar. Sabía que tenía más cosas que decir, que estaba buscando las palabras correctas o desenmarañando una idea difícil. Era uno de los pocos hombres que conocía que pasaba tiempo con sus pensamientos antes de hablar, incluso durante una discusión o cuando estaba emocionado. Por eso lo amaba.

—Me asusta —dijo por fin, mirando hacia la noche—. Me hace pensar en Dos Cruces.

Nena se abrazó las rodillas contra el pecho. Los rumores de asesinatos y robo de tierras se esparcían por las Villas del Norte como fuego incontenible. Los sucesos que habían llevado a Néstor y a su familia a Los Ojuelos desde el Rancho Dos Cruces, en San Antonio de Béxar, se estaban repitiendo una y otra vez, y cada vez más cerca que la anterior. ¿Sería solo cuestión de tiempo que llegaran a las puertas del rancho de los Serrano?

—De eso trata esta guerra, ¿no? —dijo parcamente—. Reclamaron toda la tierra desde el Nueces hasta el Bravo. ¿Se detendrán ahí? ¿Seguirán tomando y tomando? ¿Y luego qué? —Tenía la voz en carne viva de la emoción—. ¿Qué será de nosotros? ¿Quiénes seremos sin la tierra en la que crecimos? ¿Sin nuestro hogar?

Nena apretó los brazos alrededor de las rodillas. Como si eso pudiera protegerla del miedo a lo que le esperaba cuando su papá la vendiera a otro rancho. Dejaría atrás Los Ojuelos. Todo su corazón estaba enterrado debajo de la arboleda de anacahuítas que había detrás de la casa mayor,

metido entre los guijarros del arroyo. Se posaba cada mañana bajo el alero de la capilla que había construido su abuelo, esperando a que las golondrinas le cantaran al sol naciente. Sin él, se quedaría hueca.

—No todo es la tierra —dijo—. También importa la gente.

—Pero cuando te quitan la tierra, la gente se dispersa —dijo Néstor apasionadamente—. Ya lo viví.

Porque eso era exactamente lo que le había pasado a su familia.

—Y entonces no importa dónde estés —añadió con la voz suavizada por la nostalgia—. Ya no tienes hogar cuando la gente a la que quieres no está.

Cuando Nena alzó la mirada, Néstor la estaba observando. Tenía una expresión soñadora. Nena habría pensado que estaba atrapado en un recuerdo querido y distante de no ser porque tenía los ojos clavados en ella: estaba presente. Aguantaba el aliento mientras medía su reacción.

¿Estaba hablando de ella? Sí. Había vagado durante años, lejos de casa, porque creía que estaba muerta. Que ya no estaba.

¿Cómo se sentiría cuando ella se casara y se fuera del rancho? Se le estrujó la garganta de solo imaginarlo. No podía pensar en eso, no cuando el crepúsculo lavanda estaba suavizando sus líneas duras, cuando él la estaba mirando así, con unos ojos que le irradiaban un calor agradable en el rostro, que la hacían sentir como si ella fuera la única otra persona en esta Tierra.

Y, sin embargo, eso era lo único que podía pensar cuando él la miraba así.

—Cuando regresé y te vi, lo supe —dijo suavemente—. Mi hogar eres tú. Siempre serás tú.

Eso era todo lo que quería oír. Era lo que temía oír. Lo iba a decepcionar. Lo iba a lastimar y lo quería demasiado para herirlo. Quizá no fuera lo bastante fuerte para evitar lastimarlo. Tenía que ser honesta con él.

—¿Y si no puedo estar contigo? —Tenía la voz hecha trizas. Sus mejillas estaban mojadas de pronto.

Néstor le puso una mano en la rodilla y se la apretó con suavidad. Tenía cicatrices en los nudillos y callos en el pulgar. Se imaginó esa mano posada en su vientre, o acariciando su cuerpo cuando se estaban besando. Quería hacer eso una vez más. Quería sentir el calor que dejaban sus dedos a su paso. Quería que la abrazara con tanta fuerza que le dejara marcas, que la besara hasta asfixiarla.

Esa tarde, en la carretera, Néstor había dicho que llegarían a Los Ojuelos al día siguiente, a la hora de la siesta. Llegar al rancho significaba que volverían al mundo en el que no pasaba el día a solas con él. Donde las divisiones explícitas y tácitas creaban barreras entre ellos. Donde su madre se escandalizaría de oír siquiera a Néstor hablarle con tanta familiaridad.

En ese mundo, ella y Néstor eran una pareja imposible. Siempre había sido así.

—Si me quieres, haré que puedas —dijo suavemente—. Moveré cielo y tierra. Nena... —Se detuvo para limpiarle las lágrimas de las mejillas con dedos tiernos. Las gotas saladas cayeron

sobre sus labios de todos modos. Néstor tenía una expresión tan tranquila, tan segura, que la hacía querer romperse—. He pasado los últimos nueve años ahorrando para comprar tierra. Para construir una casa. Tengo suficiente, Nenita. La voy a construir para nosotros.

Era su sueño desde que eran niños: su propio rancho, su propia tierra. Ellos, juntos.

Pero, para su papá, Néstor siempre sería un vaquero. Nunca sería digno de ella. Nunca lo permitiría. Ella misma se lo había dicho, cruelmente, la noche que pasaron en el jacal. No se lo diría de nuevo. No podía decirle que se estaba haciendo falsas esperanzas, porque ¿no estaba haciendo ella lo mismo? ¿Acaso no soñaba con una casita propia en Los Ojuelos, o cerca de allí, con levantarse al salir el sol para hacerle el café en su cocina propia?

La imagen se sentía muy real, pero estaba fuera de su alcance.

—Nena —murmuró Néstor en voz queda y ronca—. Mírame.

Nena sorbió sus lágrimas y volteó a verlo. Néstor le tocó la nariz con la suya, un gesto suave y tierno. Recargó la frente contra la suya. Alzó la mano hasta su nuca y la dejó ahí, cálida, sólida.

Al día siguiente, la realidad de la vuelta a Los Ojuelos se desplomaría a su alrededor. Los destruiría. Incluso si no se casaba y se quedaba en el rancho, le era imposible imaginarse estar cerca de Néstor y no sentirse así. No querer estar con él cada instante del día. No querer besarlo cada vez que lo veía.

—Te juro que lo voy a lograr —exhaló Néstor—. Si me aceptas, lo voy a lograr.

A Nena se le atoró un sollozo en la garganta. Néstor creía con tanta pasión que era posible y no lo era.

—Pero ¿y si no puedes? —dijo.

—¿Confías en mí? —preguntó mientras le limpiaba las lágrimas y le acomodaba los mechones sueltos detrás de las orejas. Sus dedos eran ligeros y amorosos, sus ojos nunca se separaban de ella mientras recargaba la frente contra su cabeza.

Nena asintió.

—Sí.

La esperanza le iluminó las facciones a Néstor. Una luz interior.

—Entonces no llores, mi nena. Estamos juntos y siempre lo estaremos. Ese mero hecho es un milagro. Tú eres mi milagro.

Cuando juntó los labios con los suyos, su contacto fue una promesa. Un juramento sellado.

Nena cerró los ojos y le devolvió el beso, dócil entre sus brazos mientras la acercaba al calor de su cuerpo. Tenía la barba áspera de pelo nuevo y le rozaba la piel. Tenía las manos firmes en su espalda, en sus caderas, en sus senos. Sentirlo siempre despertaba una parte de su ser que quería tenerlo en todos lados a la vez.

Había mil maneras en las que todo podía salirles mal, mil caminos que llevaban a destinos que los lastimaran a ambos. Mil razones para resistirse, para apartarse, para decir de nuevo que era imposible y que deberían aceptar sus pérdidas. Que había sido un error besarlo antes. Que él

había tenido razón en apartarla. Que aunque lo deseara de una manera para la que le faltaban las palabras, aunque no hubiera otro hombre al que pudiera amar como a él lo amaba —inocente, feroz y rabiosamente—, era imposible.

Pero ¿cómo podía decirlo con las manos de Néstor enredadas en su pelo? ¿Con el calor que se desmadejaba por su vientre al sentirlo explorar su cuerpo? ¿Mientras sus besos reverentes bajaban de su garganta a sus clavículas? No se quería resistir. No quería nada más que estar presente en el momento, abrazarlo, abrazarlo a él mientras el mundo a su alrededor se desvanecía.

Solo una cosa importaba: tomar la camisa de Néstor y sacársela suavemente por la cabeza, recorrer su pecho cálido con las manos, deleitándose en la suavidad inesperada de su piel. Ayudarle con los botones de su propia camisa.

—Te tiemblan las manos —dijo. La voz le sonó más jadeante de lo que esperaba.

Néstor soltó una sonrisa tímida, casi cohibida, y la besó de nuevo. Le quitó la camisa con un ligero empujón hacia los hombros, para que se resbalara hacia los costados y expusiera su piel al ocaso profundo.

Le plantó un beso en la base de la garganta, luego uno más abajo, más y más abajo, recostando su cuerpo suavemente hasta tocar el suelo y cambiando su peso para quedar encima de ella, con las rodillas a ambos lados de su cadera. Luego volvió a sus labios con un beso agresivo y sin aliento.

—Nena —le canturreó contra la boca—. Soy tuyo. Te obedezco.

Sin importar qué sucediera al regresar a Los Ojuelos, siempre le quedaría esa noche. Quería tener una parte de él por siempre.

Lo tomó de la cadera y lo jaló con fuerza hacia ella. Néstor soltó un gemido que le disparó una oleada de placer.

—Te quiero entero —dijo.



NÉSTOR

NÉSTOR MONTÓ GUARDIA primero. La luna era apenas una esquirla; su luz palidecía ante el fulgor de las estrellas. Contempló la oscura franja del cielo con el cuerpo relajado y la mente dichosa y tranquila.

Nena dormía a su derecha. Estaba acurrucada de lado, con las rodillas abrazadas al pecho. Se había puesto la ropa sin mucho cuidado. Incluso dormida y exhausta, incluso manchada de tierra y sudor por los días de viaje, era más hermosa que cualquier otra mujer que hubiera visto. Lo único que quería era abrazarla fuerte y quedarse dormido sintiéndola, con la cara enterrada en su cabello. Ya tendría tiempo para eso. Noches en las que podrían dejarse consumir por el otro, en las que la acariciaría hasta que gimiera de placer una y otra vez. Una vida entera de noches.

Pero esa noche se mantuvo alerta. No estaba seguro de que lograría despertarla para que tomara su turno en la rotación de guardias, no cuando la veía dormir con tanta paz.

Luna dio un pisotón y aquel sobresalto lo devolvió al presente. Luego de que Nena se quedara dormida, se había puesto las botas y la ropa, y metido a las yeguas al círculo de sal. Luna tenía la cabeza levantada, con las orejas aplanadas contra el cráneo.

Un escalofrío lo recorrió como si lo hubiera golpeado una brisa fría. Un tremor secuestró sus hombros; un ligero dolor le pinchó el hombro a medio sanar.

Pero no había brisa.

La noche estaba quieta. Hasta hacía unos momentos había sido cálida, llena del canto rítmico de los grillos. Ahora, cundía el silencio.

Demasiado silencio.

Néstor se irguió. Tenía cada vellito del cuerpo erizado. Estiró la mano para tomar su pistola — abandonada en cuanto Nena le empezó a abrir los pantalones— y se arrepintió. Se estiró por encima del cuerpo durmiente de Nena para alcanzar el saquito de sal. Lo apretó en un puño mientras se ponía de pie sobre ella y escrutaba la noche a su alrededor en busca de movimiento.

Algo se removió a la izquierda de su pequeño campamento. Por el rabillo del ojo atisbó

extremidades largas y musculosas que caminaban lobunas, en cuatro patas, y luego se esfumaban en las tinieblas.

El corazón le dio un vuelco.

A su derecha, otro cuerpo se movió. Al girar la cabeza y escrutar la penumbra, exigiéndole que revelara sus secretos, no vio nada. El pulso le galopaba en el hueco de la garganta. Juraría que había visto algo. Juraría que a la luz de las estrellas, se veía gris.

¿Lo estaría engañando su cabeza? ¿Sería solo el pánico lo que silenciaba los sonidos de la noche o habría algo que temer? Quería tomar sus pistolas, sentir su peso en sus manos, pero sabía en sus entrañas que eran inútiles. Ya le había disparado a un vampiro una, dos, tres veces, y lo había seguido atacando. Solo tenía la sal en su mano y la esperanza de que lo que había visto fuera un truco de la noche.

Esa esperanza murió rauda.

Pues ahí estaba esa silueta de nuevo. Más cerca. La duda abandonó su corazón: ahí estaba, un torso gris con las costillas salidas como animal hambreado. Y otra. Y una tercera. El centelleo del metal cuando la luz de las estrellas se reflejó en sus collares.

Lo estaban observando.

Lo supo con la certidumbre de una presa. Su pulso era el único sonido en aquel silencio total y absoluto.

Los depredadores lo rodearon. Iban y venían, uno a la derecha, el otro a la izquierda. En círculos. Pacientes como zopilotes alrededor de un toro agonizante.

Pero se mantenían varios pasos detrás de la barrera de sal. No se acercaban a ella.

Aunque tampoco retrocedían.

Nena murmuró algo entre sueños y se removió, ignorante del peligro que los acechaba a unos metros de distancia.

Néstor no permitiría que se le acercaran más. Nunca más.

Con la sangre retumbando en sus oídos, dio un paso al frente. La grava crujió bajo las suelas de sus botas mientras desataba el cordón del saquito de sal con dedos sudados y temblorosos.

Cada tendón de su cuerpo le gritaba que se diera la vuelta para huir. Pero dio otro paso al frente. Llegó hasta la frágil barrera, se agachó y regó más sal en el piso.

Los vampiros retrocedieron hacia las sombras. Uno soltó un largo siseo venenoso, como el de una cascabel vengativa. El corazón le dio un vuelco en la garganta. No obstante, tensó la quijada y engrosó la barrera de sal. A cada paso que daba por el perímetro del arco blanco, añadía más sal, hasta que el polvo claro refulgió bajo las estrellas como una vena de escarcha primaveral.

Regresó junto a Nena, con el corazón martillándole las costillas.

Los vampiros siguieron dando vueltas. Lo observaban, midiéndolo y rodeándolo, lánguidos y alertas, pero más alejados de la sal que antes.

Entonces, entre un paso y el siguiente, desaparecieron. Se esfumaron en la noche, como si

hubieran cruzado un umbral de un cuarto al otro. Como si siempre hubieran formado parte de las sombras.

La voz de un solo grillo se elevó en la noche. No tardaron en unírsele más. El calor y la humedad le envolvieron la piel, familiares e incómodamente cerca, como si nada las hubiera perturbado.

Pero su corazón seguía a galope.

Se agachó y trazó otro círculo de sal, esa vez directamente alrededor del cuerpo durmiente de Nena. Se paró dentro de él, encima de ella, con los brazos cruzados sobre el pecho y el saquito de sal apretado en una mano.

Ahí se quedó hasta que el alba tiñó de gris el horizonte.

CASI ERA HORA de la siesta cuando salieron de la carretera para tomar un sendero familiar y consabido. Muy pronto, la silueta del techo de la comisaría despuntó frente a ellos. Detrás de ella se elevaba la alta verja de madera que rodeaba el corazón de Los Ojuelos.

—Lo logramos —se le quebró la voz a Nena a causa del cansancio, de la emoción o por ambos—. Llegamos.

Néstor se llevó una mano a los labios y chifló. Dos notas agudas para llamar la atención de los que vigilaban las puertas del rancho y asegurarles que los dos extraños jinetes eran gente de Los Ojuelos.

Cruzaron las puertas hombro con hombro. Qué diferente resultaba volver a Los Ojuelos esta vez. Ni temor ni angustia: nada le pesaba en los huesos, nada le apretaba la garganta con sus garras. Lo único que sentía al acercarse a las casas y desmontar era alivio. Se puso las riendas de Luna en la mano izquierda para poder caminar junto a Nena mientras se acercaban a la casa mayor.

Sin embargo, al posar la mirada sobre el edificio principal, en la mujer que los observaba desde el porche con las manos en la cintura, un profundo desánimo lo inundó. Aún le quedaban batallas que librar. Quizá fueran las más difíciles.

—¿Nena? ¡Nena!

Una figura esbelta surgió corriendo de la cocina de la casa mayor, entre gallinas desperdigadas y cacareantes. Un perrito amarillo le pisaba los talones.

Javiera, la hermana menor de Nena, la embistió y le echó los brazos al cuello.

—Nena, creímos que te habías muerto —gritó Javiera, con una voz ahogada por tener la cara enterrada en el hombro de su hermana. Nena trastabilló hacia atrás por la fuerza de su abrazo; instintivamente, la mano derecha de Néstor se dirigió a su espalda para estabilizarla.

Al alzar la vista, doña Mercedes había salido del porche y cruzado la mayor parte de la distancia que la separaba de ellos. Entornó los ojos al ver la mano de Néstor en la espalda de Nena y lo fulminó con la mirada.

Así que así empezarían las cosas: de inmediato, sin descanso del viaje ni oportunidad de explicar nada.

Dejó caer la mano, pero no le retiró la vista a doña Mercedes. En vez de eso, se tocó el ala del sombrero y bajó la barbilla con cortesía.

—¡Papá escribió diciendo que no te encontraban! —chilló Javiera con voz aguda—. ¿Qué más íbamos a pensar?

—No fue mi intención asustarlas —dijo Nena mientras soltaba a su hermanita—. Tuvimos que huir.

—Y... y... —Javiera volteó a ver a Néstor, tímida de pronto—. Félix dijo que él también había desaparecido... —Señaló con la cabeza a Néstor— y que esperaba que eso significara que estaban juntos en algún lado, pero eso no le gustó a mamá...

—¡Magdalena!

Néstor retrocedió cuando doña Mercedes dio un paso al frente y tomó a su hija entre sus brazos.

—Gracias a Dios —dijo—. Gracias a la Virgen que estás a salvo.

Soltó su abrazo y solo dejó las manos sobre sus hombros. Le brillaban los ojos de lágrimas.

Néstor sintió una punzada en el corazón por doña Mercedes. Por supuesto que su familia había pensado que Nena estaba herida, cautiva o muerta. Debería haber encontrado la manera de enviarles un mensaje.

—¿Cómo pudiste hacernos esto? —preguntó doña Mercedes—. ¿Cómo pudiste dejar que temiéramos lo peor?

—Huimos —dijo Nena—. Tuvimos que huir. No había tiempo para enviar mensajes. Regresamos lo más rápido que pudimos porque...

—Y mírate nada más. ¿Qué es esto? —dijo doña Mercedes barriendo con la mirada crítica a su hija, desde su camisa manchada de sudor hasta sus piernas empantalonadas. Los dos estaban sucios y exhaustos, empanizados de polvo y abatidos por los piquetes de mosquito. Néstor no podía negar que había devuelto a Nena a casa en un estado mucho peor—. Olvídalo. Tienes que bañarte y descansar. Llegaron noticias de tu padre esta mañana.

—¿Está a salvo? —exclamó Nena. Todo su cuerpo estaba despierto de pronto, alerta, como si alguien le hubiera echado un balde de agua fría—. ¿Está bien? ¿Qué pasó? ¿Y Félix?

Doña Mercedes explicó que luego de haber perdido la batalla, don Feliciano y Félix se habían retirado al otro lado del río. Félix estaba herido, pero aún podía montar. El escuadrón se dividió: algunos se dirigieron al sur para seguir la pelea, mientras que los demás volvieron a casa. Don Feliciano y Félix se dirigieron a Los Ojuelos, adonde llegarían en un día o dos con los vaqueros supervivientes del rancho.

—¿Qué hay de Casimiro Duarte? ¿Hay noticias de él?

Doña Mercedes le dedicó una mirada fría, como si se hubiera entrometido en una

conversación privada.

Le dolió como piquete de alacrán.

No podía tenerle miedo. Si se iba a casar con Nena, tenía que demostrarles a sus padres que era su igual. Eso significaba no eludirlos con la cabeza gacha, como cualquier peón. Implicaba incomodidad, y tenía que afrontarla. Miró a doña Mercedes a los ojos y esperó su respuesta.

Doña Mercedesladeó la barbilla con arrogancia.

—El patrón no transmitió noticias de los vaqueros —dijo en un tono gélido.

—Gracias, doña —contestó Néstor.

Ya había ganado suficiente terreno por un día. Se estaba asomando a la boca de una larga y dura batalla, y necesitaba ser estratégico. No podía pelear cuando estaba medio muerto por no haber dormido y haber pasado todo el día cabalgando bajo el sol.

—Yo me llevo las yeguas —le dijo a Nena.

—No, tú sigues herido —dijo poniendo su mano (y las riendas) fuera de su alcance—. Apenas podías levantar la silla esta mañana. Tienes que ir con la abuela para que te revise el hombro.

Antes de que Néstor pudiera contestar, también le arrebató las riendas de Luna.

Cuando la mirada de doña Mercedes se posó en él, por un instante vio lo que veía ella: la hija intocable del patrón le estaba tomando las riendas a un mero peón. A un vaquero. Comprendió que eso destrozaría su visión del mundo, que la haría querer proteger a Nena a toda costa.

Sus instintos lo empujaron a recuperar las riendas. Para aplacar a doña Mercedes, para evadirla y volverse tan invisible como había sido cuando tan solo era otro niño en el rancho.

Se mantuvo firme.

—Deja que los vaqueros atiendan a los caballos —dijo fríamente doña Mercedes. Y añadió hacia Nena—. Métete a la casa. Pero ya.

—Mamá, ya te dije que está herido —contestó Nena sin soltar las riendas—. Yo me llevo a las yeguas.

La mirada de Javiera rebotó de una mujer a otra y luego hacia Néstor, con los ojos desorbitados de angustia.

Ese duelo de voluntades fue piadosamente interrumpido cuando se acercó Ignacio, uno de los vaqueros que no se habían unido al escuadrón porque se estaba recuperando del susto.

—Señorita Magdalena. ¡Duarte! —dijo—. Gracias a Dios que regresaron a salvo.

Tomó las riendas de Nena y saludó con el sombrero a doña Mercedes.

—Buenas tardes, doña.

—No lo dejes trabajar —dijo Nena señalando a Néstor—. Está herido y agotado.

Ignacio se despidió de las mujeres con un gesto de la cabeza.

—Como usted diga, señorita.

Se retiró con las yeguas y volvió a ser invisible para la doña de la casa mayor, como debería ser cualquier peón y vaquero.

Eso puso la conducta de Néstor en un fuerte contraste.

Doña Mercedes le dedicó una última mirada lapidaria que no logró desentrañar por completo y tomó a Nena por el codo. Mientras las tres Serrano regresaban a la casa mayor, con el perro amarillo de Javiera pisándoles los talones, Nena lo volteó a ver por encima del hombro.

”Vísperas”, le dijo sin palabras.

Luego ladeó la cabeza hacia la arboleda de anacahuitas.

A pesar de que las mujeres lo habían dejado nortado, exhausto y herido por su primer enfrentamiento con doña Mercedes, aquello alegró su corazón. Tras el rezo de la noche, se encontrarían en la arboleda en la que tantas veces se habían refugiado de niños.

Mientras tanto, podría descansar por fin.

Se alejó de la casa mayor, hacia el jacal de su familia.

La abuela lo abrazó con furia y armó un escándalo, luego le atiborró la panza de comida.

Más tarde, se recostó boca abajo en la oscuridad tranquila del jacal, rodeado por el aroma a romero, lavanda e incienso de la abuela, mientras ella le aplicaba un emplasto en el hombro izquierdo para aliviar la hinchazón e irritación. Aquella pasta se sentía fresca y le brindó un inmenso alivio.

La abuela había sido la primera en meterle sal en las alforjas antes de partir. No sintió ningún recelo al soltarle toda la historia de su última semana. Desde los vampiros en el campo de batalla hasta la primera noche, cuando le sacaron el hombro de lugar, y todos los días que le siguieron.

—Hizo bien en actuar rápido —dijo la abuela, pensativa, mientras le aplicaba más emplasto en el hombro.

—Ya sé —dijo Néstor, soñador. Su mente agotada divagó hacia aquella noche y la manera en la que Nena lo había distraído mientras se preparaba para ponerle el brazo en su lugar. “Me gusta estar sola contigo. Me da ideas”—. Es perfecta.

A pesar de tener los ojos cerrados, prácticamente podía oír la mirada escéptica de la abuela.

—Me imagino que no te ha azotado ninguna puerta en la cara últimamente —dijo secamente.

Néstor se rio.

—No —dijo—. No, todo lo contrario, abuela. Me voy a casar con ella.

La abuela no habló durante largo rato.

—Mijo —dijo con una gentileza en la voz que le hizo abrir los ojos para mirarla—. Me alegra verte sanando. Verte con estas esperanzas. Pero ¿qué hay de don Feliciano?

En efecto, ¿qué había de don Feliciano?

Confrontar a doña Mercedes apenas era la primera reja que debía franquear. Prefería enfrentar a doce toros furiosos que al patrón.

Pero ¿por Nena?

Por Nena sí podía. Con Nena sí podía. ¿O no?

—Juntos, Nena y yo podemos enfrentar cualquier cosa —dijo—. ¿Acaso no vencimos al

Coco? Don Feliciano es pan comido en comparación.

Abuela le dio una palmadita en el hombro. Quizá un dejo de lástima titiló en sus ojos; quizá fuera su imaginación.

—Ojalá tengas razón, mijito. Ahora descansa.

Néstor cerró los ojos. Arrullado por el ruido de su abuela canturreando mientras trajinaba por el jacal, no tardó en caer en un sueño profundo y despejado.



NENA

RANCHO LOS OJUELOS

CUANDO NENA, SU mamá y Javiera entraron a la casa, sus primas, Didi y Alejandra bajaron con cubetas de agua caliente de la cocina para el baño. Javiera las siguió medio paso atrás, habiendo olvidado todos los quehaceres que le quedaban esa tarde. El suave traqueteo de las garras de Pollo en el piso anunciaba su presencia.

Didi y Alejandra ayudaron a Nena a limpiarse el sudor y el polvo del pelo, y se lo cepillaron hasta deshacerle los nudos, mientras discutían encantadas cuál de las dos le informaría a su madre, la tía de Nena, que esta había aparecido usando ropa de hombre. Ninguna de las dos mencionó a Néstor. No cabía duda de que sabían con quién había viajado Nena; el rancho mantenía sus secretos como un vaso quebrado contiene el agua. Cualquiera que los hubiera visto cruzar las puertas y desmontar juntos le habría contado a todos sus conocidos, y el rancho entero seguramente no tardaría en enterarse que habían regresado de Matamoros juntos, solos.

El prospecto de convertirse en protagonista del chismorreo hizo que quisiera retorcerse de vergüenza. Néstor era un asunto privado que de repente había quedado expuesto. Se sintió desnuda y vulnerable.

Pero incluso sus primas chismosas daban vueltas alrededor del tema de Néstor. También evitaron preguntarle por Matamoros y prefirieron contarle todo lo que había sucedido en el rancho durante su ausencia. Quizás habían visto a su mamá metiéndola a la casa con un nubarrón en el ceño y, por instinto de preservación, habían decidido que aquel era un tema demasiado peligroso para tocarlo. Javiera sin duda había concluido lo mismo.

Cuando Nena se retiró a su cuarto para dormir el resto de la siesta, Javiera la siguió en silencio. En vez de meterse a su propia cama, siguió a Nena a la suya y se acurrucó contra ella como cuando era bebé. La culpa se filtró en el cuerpo de Nena al recordar lo fuerte que Javiera la

había embestido cuando llegaron y la capa lagrimosa en los ojos de su mamá. Pero había regresado, y ahora que estaba de vuelta, podía mantener a salvo a su hermana y al resto del rancho.

NENA NO SE despertó para la merienda; durmió hasta que sus primas la llamaron para la cena y la llevaron al porche, donde la dejaron frente a un platón hirviente de arroz, tortillas, pimientos y un fragante cabrito. Nena asintió o negó con la cabeza para contestar las distintas preguntas con la que la atosigaron sus tías mientras comían.

—¿Y qué vaquero fue el que te trajo a casa? —preguntó una con delicadeza, como si el tema fuera un insecto o un murciélago aplastado por un caballo en el corral de entrenamiento. Algo que había que rodear. Algo desagradable.

La vergüenza le inundó de calor las mejillas.

Al ver que Nena tenía la boca llena, Didi proveyó la respuesta con ansias y un brillo en los ojos.

—Néstor Duarte.

Al final resultó que no tenía instinto de preservación.

La mamá de Nena le dedicó una mirada torva. No dijo nada, pero la tensión en sus hombros fue una indicación de que debería dejar de hablar. Nena tragó su bocado y se apuró a decir algo antes de que Didi siguiera irritando a su mamá.

—Qué bueno que no estaba sola —dijo—. Nos persiguieron gran parte del viaje.

—¿Los yanquis? ¿Los rinches? —preguntó otra tía.

—No —empezó Nena lentamente, eligiendo sus palabras con cuidado—. Unas fieras extrañas.

—¿Cómo? —preguntó Didi.

Javiera la miraba con ojos de lechuza, tensa y vigilante mientras esperaba su respuesta.

Nena partió una tortilla en cachos cada vez más chiquitos, rogando que las palabras correctas le llegaran a los labios.

—Algún tipo de depredadores —dijo por fin—. No eran lobos ni pumas, sino... unas bestias calvas, con muchos dientes.

El silencio cayó sobre la mesa como un velo.

—Como dije, qué bueno que no estaba sola —ofreció Nena con un tono falsamente alegre, con la esperanza de cerrar el tema y mostrar de forma favorable al acompañante con el que había vuelto al rancho.

Pero Didi siempre podía presentir una buena historia.

—¿Ah, sí? —preguntó con la cara redonda iluminada de golpe—. ¿Qué pasó? ¿Te salvó la vida de los rinches? Eso fue, ¿verdad? —preguntó inclinándose sobre la mesa hacia ella.

Su mamá se levantó abruptamente.

—No se hablará más de cómo regresó Magdalena al rancho —anunció con un tono acre que

cerró definitivamente el tema—. Es hora de las vísperas, hora de que agradezcamos en oración que está de vuelta con nosotros.

Las mujeres de la familia se pararon y levantaron la mesa, luego fueron al patio de la casa mayor para la oración. Nena las siguió, pero su mamá la detuvo en seco al tomarla del codo.

—No sé qué cuento estés urdiendo —dijo—, pero no se hablará más de fieras extrañas en mi casa. Ni de cómo cabalgaste a solas con un peón durante días. —Nena sintió una pinchada instintiva. Néstor no era un peón. Era un hombre libre. Pero se mordió la lengua mientras su madre continuaba—. Tu honor es el de la familia, Magdalena. Si queremos barrer esto bajo la alfombra, todos tienen que mantener el asunto en silencio. ¿Me entendiste?

¿Acaso no había sabido que ese momento llegaría? ¿Que cuando volviera al rancho con Néstor a su lado, su mamá se le iría encima con toda la fuerza que usaba para meterla en cintura cuando era niña? Hacía años que no usaba ese tono con ella.

Y, para su vergüenza, su reacción fue volverse lo más chiquita posible. Hablar bajo. Aplacarla. —Sí, mamá —dijo—. Perdón.

EN AUSENCIA DE don Feliciano, doña Mercedes dirigía la oración vespertina. Además de la comida, aquella era una de las dos veces en las que todos los miembros del rancho se reunían en el patio de la casa mayor.

Néstor estaba ahí con su abuela y con Bernabé. Nena se quedó sin aliento al verlo entrar lentamente al patio del brazo de la abuela. Al igual que ella, había tenido oportunidad de bañarse y cambiarse; estaba rasurado de nuevo, y traía el pelo peinado hacia atrás. Sus ojos negros brillaron al cruzar miradas con ella.

A su derecha, oyó a su mamá carraspear.

Nena bajó la mirada rápido. Entrelazó las manos frente a ella con recato.

¿Si su mamá ya se estaba comportando así, qué diría su papá al regresar? Necesitaba poca imaginación para saber que la actitud de su madre era tan mal agüero como ver un tecolote. Mientras las voces canturreaban la oración nocturna, el pavor se arremolinó en su estómago, lento y viscoso como sangre.

Sin importar qué pasara, Néstor iba a salir herido. El desastre que había creado era como un buey fugitivo cuyos destrozos fueran inevitables.

La oración parecía interminable. Cuando al fin terminó y la gente del rancho empezó a dispersarse para hacer sus labores nocturnas, se escabulló de la mirada vigilante de su mamá lo más sutilmente que pudo. Era como si tuviera diez años de nuevo, rodeando la esquina de la cocina a hurtadillas y esquivando a un par de tías. Se quedó en el huerto detrás de la cocina, de rodillas en la tierra y fingiendo buscar algo.

Frotó unos tallos de romero entre los dedos mientras esperaba, inhalando hondo el aroma tranquilizador.

Entonces, de reojo, vio una silueta dirigirse a la arboleda de anacahuítas y desaparecer detrás de los troncos.

Se le aceleró el corazón. Debía estar tranquila, pero su cuerpo traicionero moría por estar con él. Era una emoción nerviosa e inquieta como un capricho infantil.

Esperó unos minutos más, oyendo su propio pulso en sus oídos. Luego, después de asomarse rápido por encima del hombro para asegurarse de que nadie la estuviera observando desde la cocina, se levantó y caminó lo más casual posible hacia los árboles.

El zumbido de las chicharras pulsaba sobre su cabeza, rítmico y tranquilizador en el calor de la noche. Tan fuerte que rogó que nadie hubiera oído su grito sordo cuando Néstor la tomó firmemente por la cintura y la estrechó para plantarle un beso en la sien.

—¡Néstor! —dijo convirtiendo su nombre en un gruñido regañón. Le empujó el pecho y él la soltó de inmediato—. Si alguien nos ve, me matan. —Retrocedió un paso, agitada, e hizo un intento vano por tranquilizarse. Se suavizó la falda y se quitó un mechón de la cara, que se le volvió a soltar de inmediato para cosquillear su mejilla—. Hay que tener cuidado.

Néstor le pasó el mechón rebelde detrás de la oreja con dedos gentiles. La suavidad de su tacto le dobló el corazón en un cuadrito.

—Muy pronto ya no tendremos que tener cuidado.

Nena carraspeó y dio medio paso hacia atrás.

—Mi papá regresa mañana —dijo incómoda.

—Ya lo sé —contestó Néstor. Se metió las manos a los bolsillos y se recargó contra un árbol, la imagen misma de la tranquilidad modesta—. Estoy listo.

Pero no lo estaba. Y ella tampoco. Se mordió el interior de la mejilla y cruzó los brazos.

—Mi mamá ya está enojada —dijo—. Yo...

Ella sabía perfectamente bien por qué su mamá estaba molesta con ella, pero no se atrevió a decirlo en voz alta. Debía contarle el trato que había hecho con su papá. Sus cláusulas. Quería decirle que había hecho el trato antes de que él regresara siquiera, y que se arrepentía. Que parte de ella quería tirar todo por la borda y estar con él, pero no podía. No luego de ver de lo que eran capaces los yanquis. Los rinches. El rancho era vulnerable, y ella lo tenía que proteger a toda costa, aunque fuera a costa suya.

Pero ¿cómo poner eso en palabras, cuando él la estaba mirando así, con la confianza firme y tranquila de alguien que contemplaba lo único que le faltaba en la vida?

No podía.

Cambió de tema rápido.

—Traté de mencionar a los vampiros en la cena. Javiera ha tenido pesadillas y yo no quiero dormir sin sal en la puerta, pero no me quiso hacer caso.

A Néstor le cambió el semblante.

—La abuela dijo que tuvieron dos ataques más mientras no estábamos —dijo con expresión

plomiza—. Solo uno sobrevivió.

El frío le caló hasta los huesos.

—¿Quién no lo logró? —susurró.

—El tercer hijo de tío Macario, Jesús —dijo Néstor. La tristeza le marcaba las líneas a ambos lados de la boca—. Antier. Tenía dieciocho años.

Nena se persignó. Debía haber estado ahí. En vez de eso, se había lanzado de bruces a una apuesta egoísta y condenada al fracaso. Ese era el precio que había pagado el rancho.

—Dios mío —murmuró.

¿Podría haberlo salvado? Nunca lo sabría.

Nunca debió irse.

Pero, si no se hubiera ido, tampoco habría descubierto muchas cosas sobre los vampiros. Que decapitarlos los destruía. Que se podía usar sal como protección. Que los rinches los encadenaban.

—Javiera me dijo que Félix envió una carta —dijo—. Dice que los están siguiendo, pero algo en su manera de formularlo me hizo preguntarme qué es exactamente lo que los está siguiendo.

—Sal —dijo Néstor parcamente—. Todo mundo necesita poner sal en su zaguán.

—Y en las ventanas —añadió Nena al recordar la víspera de su partida con el escuadrón. A Pollo, normalmente callado, ladrando sin cesar hacia la ventana abierta—. Dudo que mi mamá me escuche, pero Javiera y mis primas, sí. Tenemos que avisarle a todo mundo antes del anochecer.

Era la hora del crepúsculo. El cielo estaba teñido de un púrpura cada vez más oscuro. No les quedaba mucho tiempo.

—Ignacio y Elena ya están en mi casa hablando con la abuela —dijo Néstor mientras se erguía—. Podrían ayudarnos a esparcir las instrucciones.

—Tienes que ir a decirles —dijo Nena. Durante un instante, sintió como si estuvieran de nuevo en la carretera, dependiendo el uno del otro para sobrevivir. Sus vidas nunca volverían a ser así—. Dile a todo mundo. Tengo que ir por sal a la cocina sin que mi mamá sospeche nada.

—¿Te puedo acompañar? —preguntó Néstor.

—No —dijo Nena rápido. De ninguna manera. Eso solo atizaría más a su mamá—. Voy sola. Una sombra de dolor le cubrió la cara a Néstor.

—Es lo mejor, por ahora —añadió rápido.

—Entiendo —dijo, pero el tono sombrío de su voz la hizo querer tomarle la mano.

Se aguantó.

—Mañana nos vemos —dijo Nena—. Cuando regrese mi papá.

Dio media vuelta para regresar a la casa.

—Nena —dijo Néstor.

¿Le iba a preguntar por qué se estaba comportando distinto? Un relámpago de terror la

fulminó de solo pensar en su respuesta. Pero al voltear a verlo, Néstor negó con la cabeza.

—Este... nada —dijo—. Mañana hablamos. Buenas noches.

—Buenas noches —contestó.

Sus enaguas susurraban mientras avanzaba a paso rápido por el pasto; entró a la casa por la cocina, con la esperanza de que su mamá no la viera. Tomó una jicarita y la llenó de sal de la alacena, luego se asomó a la sala.

Estaba vacía. Su mamá estaría en el porche o preparándose para dormir.

Corrió a su cuarto y cerró la puerta en silencio. Volteó y casi choca con Didi.

—¡Ah! —exclamó sorprendida su prima. Miró la jicara de sal—. ¿Para qué es eso?

Didi, Alejandra, Javiera y Pollo, el perro, la estaban viendo. Sus ojos negros brillaban inquisitivos a la luz de las velas.

—Para protegernos —dijo Nena. Se agachó y regó una línea en el umbral—. No le digan a mamá.

Se paró y fue a la ventana. La cerró, le pasó el pestillo y vertió una línea gruesa de sal en el alféizar.

Ojalá que con eso bastara. De alguna manera, se sentía más expuesta en ese dormitorio que la noche anterior, cuando había dormido en el piso bajo las estrellas, junto a Néstor.

Expulsó ese pensamiento de su mente y se apartó rápido de la ventana. Dejó la jicara de sal junto a su cabecera, se desvistió y se puso el camisón. Didi y Alejandra se hablaron en susurros mientras apagaba las velas y se metía bajo las sábanas de su cama.

—¿Para protegernos de qué? —preguntó Javiera muy quedo. Sus ojos y los del perro refulgían en la oscuridad, abiertos y temerosos. Explicarle en ese momento solo le provocaría una noche plagada de pesadillas.

—De la mala suerte —dijo Nena—. Ahora váyanse a dormir. Todas.

El sueño abrazó a las demás rápido. La habitación no tardó en llenarse de ronquidos suaves.

A pesar de que su cama y el peso de sus cobijas eran algo con lo que había fantaseado después de haber dormido en el suelo durante muchas noches, a pesar de que el agotamiento le abotargaba las piernas tras largos días a caballo, no lograba conciliar el sueño.

Pensó en la sombra de dolor que había recorrido el rostro de Néstor. En la manera fría y condescendiente en la que su mamá le había hablado.

Era una cobarde. Todo el día se había retorcido en su vergüenza, en sus intentos por no lastimarlo, pero ¿para qué? ¿Qué cambiaba? El daño estaba hecho. Era como si ya hubiera jalado el gatillo y estuviera ahí, viendo la bala volar hacia él, paralizada, sin hacer nada por salvarlo.

EL CALOR LE picaba la piel y le espantaba el sueño durante la siesta del día siguiente; se levantó para ocuparse con la pila de remiendos de Javiera en el porche, y así reducir su mundo a puntadas diminutas y continuas. Las chicharras zumbaban en los robles; el canto de los grillos

espesaba el calor de la tarde. El aroma a jazmín brotaba de los arbustos junto al porche. El relinchar de un caballo, delgado y curioso, se elevó a lo lejos, quizás hacia la carretera.

Si alguien la hubiera visto, ahí sentada contando puntadas en la sombra del porche, habría pensado que las últimas dos semanas no habían sucedido. Como si regresar a Los Ojuelos hubiera dado un fuerte tirón a las riendas de su vida para de volverla con violencia al inicio. Antes del escuadrón, antes del viaje. Antes de que regresara Néstor.

Pero ahí estaban las rozaduras de la silla de montar en el interior de sus piernas. El dolor en su espalda baja y su coxis por haber pasado días en una silla que le quedaba demasiado grande. En lo profundo, entre sus costillas, algo se había reorientado hacia un nuevo norte, sin importarle un carajo lo que su mente supiera imposible. Canturreaba y miraba de reojo hacia el jacal de los Duarte.

Muchas cosas habían cambiado. Muchas más seguirían cambiando. La abrumaba la sensación de estar parada en el borde de un acantilado, de que una amplia barranca separaba el pasado del futuro. Contra su voluntad, y sin previo aviso, algo la empujaría. Una oleada de vértigo le inundaría los oídos; el estómago le daría un vuelco por la caída repentina. Y ahí acabaría. El resto de su vida se extendería ante ella. No habría forma de regresar al estado de cosas anterior.

La campana de la capilla comenzó a sonar. Una, dos, tres veces.

Dejó la aguja a medio camino en la tela.

Con todo el rancho conteniendo el aliento a la espera, aquellas campanadas solo podían significar una cosa.

Aventó los remiendos a la mesa y se puso de pie. Se alzó las faldas y salió corriendo del patio dando tres zancadas inestables, haciéndose sombra con la mano mientras doblaba la esquina de la casa para dirigirse a la entrada trasera del rancho.

Ya había una línea de caballos amarrados en el corral.

Su papá y Félix habían vuelto.

Corrió hacia allá.

Llegó jadeando, maldiciendo la existencia de las faldas y anhelando la facilidad de correr en pantalones. Serpenteó entre los caballos y los hombres, asintiendo y saludando rostros familiares. Llevó una cuenta silenciosa mientras avanzaba. ¿Vendrían más por la carretera detrás de este primer grupo? ¿O serían estos jinetes todo lo que quedaba de la contribución de Los Ojuelos al escuadrón condenado? Tragó saliva densa, volteó y encontró un rostro familiar.

—¡Beto! —exclamó mientras corría para saludarlo.

—¡Señorita! —Alzó el sombrero para saludarla, con un relámpago de placer en sus ojos pálidos—. ¡Qué gusto me da verla! ¿Duarte estaba con usted? ¿Está acá?

Nena hizo una seña hacia los jacales.

—Llegamos ayer.

Beto alzó las manos, con las palmas hacia el cielo.

—Gracias a Dios —dijo—. Gracias a Dios.

—¿Y Casimiro? —preguntó Nena.

—Está herido, pero sigue con nosotros —dijo Beto. Con la barbilla, señaló hacia las puertas, donde más caballos entraban en fila india desde la carretera—. Viene en la retaguardia. Nos habría venido bien su ayuda tras la batalla, señorita. Había muchos heridos, y demasiadas infecciones. Y susto —añadió, bajando la voz—. Dios mío. Nunca había visto nada igual.

Se estremeció como si una sensación incómoda recorriera su cuerpo.

—¿Tú también lo sientes? —le preguntó Nena abruptamente.

Beto frunció el ceño.

—Me temo que no la entiendo, señorita.

Nena se jaló el cuello del vestido hacia un lado para revelar su cicatriz.

—Aquí —dijo mientras se presionaba las arrugas de la cicatriz con los dedos—. Cuando están cerca. Cuando te están... observando.

A Beto se le desorbitaron los ojos.

—Pensé que me estaba volviendo loco —dijo en voz baja—. Señorita, me temo... que nos han estado siguiendo. Están a la espera. Se lo juro, pero nadie me creería si lo dijera.

A Nena se le puso la piel de gallina.

—Yo te creo —susurró. El sol les azotaba la cabeza, pero cuando la noche extendiera sus dedos codiciosos por el rancho, todos estarían en peligro.

—Ve con la abuela de Néstor y habla con ella en cuanto puedas. Cuéntales a los demás vaqueros lo que te diga de la sal —dijo rápido—. Si no te creen, diles que son órdenes mías y que tienen que obedecer. Con eso...

—¡Nena!

El pánico creciente hizo que se sobresaltara fácilmente; alzó la cabeza bruscamente al oír su nombre.

Soltó un grito ahogado al ver a Félix desmontar de su semental blanco afuera del corral. Traía una venda ensangrentada en uno de los brazos.

—Vaya —dijo Beto—. Voy a hacer lo que me dijo. Tenga cuidado, señorita.

—Tú también —contestó.

Entonces dio la media vuelta y trepó los postes de la reja, sin importarle que su mamá fuera a decir que era inapropiado, sin importarle quién la viera comportarse como niña. Entre más rápido llegara con su hermano, mejor.

Le metió los brazos bajo las axilas y lo abrazó fuerte. Tenía un olor metálico: a sangre, a pólvora. Olía agotado y enfermo. Lo supo incluso antes de apartarse un poco para voltear a ver la mancha gris de su cara sin rasurar, las perlas de sudor que brillaban en su ceño bajo la banda del sombrero. Le señaló el brazo.

—Eso está infectado —dijo parcamente—. Ven para la casa. — Le hizo señas a un vaquero, le

quitó las riendas de la mano a Félix y se las pasó con un gracias gentil—. Pero ya.

—Qué gusto verte también —dijo Félix con un humor irónico, impávido ante la herida que había sufrido. Le siguió el paso mientras se dirigían a la casa mayor—. ¿Estás ilesa?

—Así como me ves —dijo. Luego se detuvo. ¿Y si tentaba las aguas con él primero? ¿Para ver qué tan dispuesto estaría a calmar a su mamá (y seguramente a su papá) sobre la manera en la que había vuelto a casa?—. El señor Duarte me escoltó a casa a salvo.

—Ah —dijo Félix—. Lo sospeché. —Se quedó callado algunos pasos—. Tú y un vaquero, solos en la carretera —dijo. Nena hizo una mueca de dolor ante su tono: era serio. Severo—. No se pueden esparcir rumores de esto. Tu honor es el de la familia, y si se llega a saber algo...

—Ya lo sé. Eso fue lo que dijo mamá. Pero, Félix, tienes que hablar con ella. —Por favor, que su desesperación no fuera muy obvia. Necesitaba una voz sensata. La única voz que escuchaban sus padres—. Lo único que hizo fue protegerme. Había rinches y cosas peores, y de no ser por él...

—¡Nena! ¡Félix!

Su mamá estaba en el porche de la casa mayor, haciéndoles señas a ambos.

Su papá estaba sentado a la mesa, despatarrado por el agotamiento. Al ver a Nena, se levantó con grandes esfuerzos y, luego de quitarse el sombrero, le extendió los brazos.

—¡Papá! —exclamó ella—. ¿Estás bien?

—Mija —dijo él. Tenía el rostro arrugado de alivio cuando Nena entró a la sombra del porche para abrazarlo, dejando descansar la mejilla en su pecho de barrica. Olía a carretera. A agotamiento—. Lamento mucho no haberte mantenido a salvo, mija —dijo. La voz le retumbaba desde lo profundo del pecho, pero al llegar a sus oídos, sonaba flaca. Cansada—. Nunca debí haberte dejado venir. Era demasiado peligroso. Es un milagro que hayas llegado a casa a salvo.

—No tengo ni un rasguño —comenzó mientras se separaban—. Gracias a...

—Pero el estado en el que regresó —la interrumpió su mamá. Nena volteó a verla abruptamente, sorprendida por la manera en la que la rabia le tensaba la voz. Félix arqueó las cejas mientras se despatarraba en una silla y se quitaba el sombrero—. Casi sin ropa. Solo eran ella y el chamaquito Duarte. Cruzó la raya, Feliciano —añadió con voz temblorosa. Nena se sintió atrapada mientras la voz de su mamá se volvía cada vez más aguda y ella se ponía nerviosa y molesta. Mientras veía una tormenta crecer en el rostro de su padre, una parte tranquila y desapegada de su mente notó que su mamá lo estaba haciendo a propósito para conseguir que su esposo hiciera lo que quería. No era tan distinto de la manera en la que ella le rogaba a Félix que hablara en su nombre, ¿o sí? En vez de expresar su insatisfacción sola, en vez de hablarle directamente a Nena, estaba atizando la ira del toro con un hierro candente—. La manera en que le habla, ¿en que la toca? Sería mejor que no hubiera regresado.

El calor de la vergüenza le tiñó las mejillas a Nena; la garganta se le cerró de la conmoción. Las palabras de su madre fueron como una bofetada.

—Oye —dijo Félix débilmente. Tenía la cara más pálida que antes, como si desmontar y salir del sol le hubiera robado sus últimas fuerzas—. Cálmate, mamá. Nena regresó a salvo y eso es lo único que importa.

Su mamá lo ignoró.

—Te dije que era difícil tenerlos separados de niños, pero no me hiciste caso. Nunca me haces caso. Ahora ya pasó lo peor —gritó—. Esto es culpa tuya por llevártela con el escuadrón cuando te dije que perdería su reputación. Todo mundo los vio volver. Todo mundo los vio. Todas las familias decentes de aquí a Laredo pondrán en duda su honor. Nunca podremos mostrarla de nuevo en sociedad.

Su papá y Félix se quedaron viéndola, pasmados por el ataque repentino de su madre. Ella escondió la cara entre las manos. Había estado tan obsesionada con los sentimientos de Néstor a causa del trato con su papá que no lo había visto venir. La había tumbado, rápido y fuerte, y estaba mareada como si hubiera tocado el piso de verdad.

—Eso no es cierto —dijo. Tenía que reagruparse. Tenía que tranquilizar a su madre de algún modo. No ganaría nada de esa conversación, solo más problemas. Dejó caer las manos y echó los hombros hacia atrás—. Estás exagerando, mamá. No pasó nada y nadie va a pensar nada. Félix, dile que está exagerando.

Félix miró a Nena, luego a su mamá y luego a su papá, como si se estuviera ahogando. Estaba enfermo. Estaba exhausto. Era injusto arrastrarlo a esa batalla, pero ¿qué más le quedaba? Necesitaba su apoyo. Tenía que convencer a sus padres de que nada afectaría sus planes.

—Félix —gruñó entre dientes.

—Ya basta, Nena —la cortó su madre en seco—. Ninguno de los dos sabe cómo habla la gente. Esto va arruinar todos nuestros planes, Feliciano —dijo desviando su veneno hacia él—. Es culpa tuya.

—Entonces yo lo arreglo —tronó su padre. Nena brincó al verlo voltear hacia ella, enorme, con el pecho y los hombros casi al doble de tamaño de lo usual—. Teníamos un trato. Confié en ti. Traicionaste mi confianza.

Dio la media vuelta y salió a trancos del porche.

Hacia el jacal de los Duarte.

Fue como si la conversación girara como trompo, en vueltas cada vez más cerradas hasta que perdió su centro. Entonces viró salvajemente, fuera de su control.

Tenía que ir por su papá. Ella y Félix podían hacerlo ver razones, pero no con su mamá atizándolo con un fierro al rojo vivo.

Volteó para seguirlo. Tenía que alejarlo de su mamá, de Néstor, de cualquier cosa que le siguiera inflamando los ánimos. Tenía que calmarlo. Asegurarle que su trato seguía en pie.

Pero su mamá la agarró del codo y la jaló hacia atrás.

—Tú te quedas aquí —dijo enérgica—. Si queremos casarte con el hijo de don Hortensio, hay

que darle un castigo ejemplar a ese chamaco.

Un castigo. Había puesto a Néstor en peligro. Era inexcusable. Tenía que arreglarlo.

Volteó hacia su madre.

—¿Y si yo no quiero? —gritó, ya sin ningún control.

Su mamá puso cara de que la hubieran abofeteado.

—¿Qué no amas al rancho? —dijo—. Esta tierra ha estado en la familia durante generaciones, confiada a tu bisabuelo por el rey de España. Es tu herencia. Es nuestra vida. ¿La desearás así como así? —Entornó los ojos—. ¿Acaso yo te críe tan egoísta?

—No, mamá —dijo Nena—. Quiero lo mejor para el rancho igual que tú.

—Entonces sabes que somos débiles, Magdalena —le espetó su madre—. No tenemos otra opción.

—Pero ¿y si la fortaleza del rancho no son sus alianzas? —dijo Nena—. ¿Y si es la gente que ya está aquí? ¿Y si me quiero quedar aquí y mantenernos fuertes así? Déjame hablar con papá.

Le arrebató el brazo a su madre. Ella bufó burlona.

—A tu edad, yo ya tenía un esposo, un hijo y todo un rancho que dependía de mí. Tú sigues siendo una chamaca. Ándale, habla con tu papá. Pero sigues siendo una chamaca si crees que te va a hacer caso.

Nena cerró los puños y le dio la espalda al porche. A su madre. Salió al calor abrasador de la tarde y corrió detrás de su papá.



NÉSTOR

—¡LEVÁNTATE, NÉSTOR! ¡DESPIERTA!

No quería. Todavía le dolían todos los huesos por la fuerte y veloz cabalgata de vuelta al rancho. Alguna vez ya había montado durante más tiempo, por supuesto, pero rara vez tan duro, y nunca con tantas cosas en juego. Todos los sueños que emergían de las profundidades de su subconsciente estaban llenos de monstruos que salían a zarpazos de cadáveres de rinches, o de garras que intentaban atrapar a Nena desde las sombras. La veía desde el suelo, sabiendo que estaba muriendo, que lo habían matado, y que no podría protegerla del vampiro que se alzaba imponente y hambriento ante ella.

Se desprendió del sueño lentamente, apelmazado por la modorra. Las trenzas de marfil de la abuela se columpiaban sobre él; lo estaba sacudiendo mientras miraba por encima del hombro hacia la puerta.

—El patrón está acá afuera, miijo —dijo entre dientes. La angustia le emanaba como ondas de calor que se colaban bajo la piel de Néstor—. Está encabronado. Levántate ya.

Néstor se levantó de golpe de su petate. A juzgar por la luz vespertina que inundaba el dormitorio comunal del jacal de su familia, la siesta aún no terminaba. Tenía la garganta seca, pero no le daba tiempo de tomar agua. Se echó una camisa encima y siguió a la abuela al porche, alzando una mano para hacerse sombra sobre los ojos mientras se adaptaban.

Don Feliciano estaba en el porche, tan fuera de lugar como un extranjero. Néstor no recordaba haberlo visto nunca tan cerca de la casa de su familia; entonces se percató, a través de las densas nubes de sueño que aún le espesaban el pensamiento, que algo andaba muy, muy mal.

Don Feliciano ya estaba cruzando el porche en tres zancadas, con un tintineo de espuelas, y lo agarró del cuello de la camisa.

—Cómo te atreves a desobedecerme —tronó.

Tenía la cara cansada y llena de arrugas, pero estaba iluminado por una rabia interior que teñía su cara bronceada de un tono más oscuro. Su bigote gris estaba a unas pulgadas de la cara de

Néstor, temblando de ira. Aún olía al polvo y sudor del viaje. La mezcla de agotamiento y enojo le daban un aire feroz.

Recuerdos duros y por mucho tiempo enterrados vinieron a la memoria de Néstor. Don Feliciano cinturón en mano, con Casimiro doblado frente a él, azotándolo por supuestamente haber coqueteado con la hija de un ranchero que había ido de visita. Don Feliciano señalándolo a la luz de las velas la noche en que murió Nena.

—No creo haber desobedecido sus órdenes, señor —dijo con mucho cuidado, manteniendo la voz baja y estable.

—Desertaste del escuadrón —le escupió don Feliciano.

—Estaba protegiendo a la señorita Magdalena, como se me ordenó —dijo Néstor.

—No tuerzas mis palabras. Mis órdenes fueron que mantuvieras a Magdalena a salvo con el escuadrón —escupió don Feliciano—. Te robaste a mi hija. Debería azotarte.

Néstor inhaló por la nariz para calmarse. Tenía que estar tranquilo ante la tormenta creciente de don Feliciano, como si se enfrentara a un toro irritado en un corral: ningún movimiento repentino, ninguna muestra de su propio enojo, o podría salir cornado.

—Cuando estuvo en peligro, la saqué de la batalla —dijo hablando lenta y claramente—. Ella quería regresar a Los Ojuelos y era peligroso que volviera sola, así que...

—¿Crees que eso excusa tus actos? —tronó don Feliciano—. Eres una mancha en su honor. Ella tiene un futuro, un matrimonio, y no permitiré que ningún rumor sobre un peón se interponga en esos planes.

La ira se alzó en el pecho de Néstor como cascabel, con los dientes pelados. Se quitó la mano de don Feliciano de la camisa.

—Yo no soy su peón —escupió—. No trabajo para usted. No le debo dinero. Soy un hombre independiente y le exijo que me trate como igual, pues soy su igual.

Por un instante, don Feliciano se le quedó mirando como si le sorprendiera que fuera capaz de hablar.

Luego echó la cabeza hacia atrás. Su risa retumbó por el rancho, estridente y burlona.

Por encima del hombro de don Feliciano, Néstor atisbó una figura femenina que corría hacia su jacal desde la casa mayor.

Nena.

Néstor cerró los puños y los apretó. Tenía que controlar sus emociones. Era hora de tener la conversación que había ensayado cien veces mientras cabalgaban de vuelta al rancho, listo o no.

—Voy a comprar una porción cerca de Los Ojuelos —dijo, luchando por mantener la voz firme—. Cuando lo haga, me casaré con Magdalena. Ella y yo ya lo hablamos.

Eso mató de un golpe la risa de don Feliciano. Frunció el ceño, su rostro convertido en una máscara sombría de sorpresa.

No era buena señal. Néstor plantó los pies, preparándose para una larga batalla.

—¡Papá! —gritó Nena sin aliento al acercarse. Gracias a Dios. Por fin habían llegado sus refuerzos. Nena tenía la frente y las mejillas brillosas de sudor por haber cruzado el rancho a la carrera—. Papá, escúchame. Necesitaba protección de regreso a casa. Ya lo sabes. Déjalo en paz.

Don Feliciano volteó hacia ella abruptamente.

—¿Estás comprometida con este hombre?

Nena arqueó las cejas y dejó caer la mandíbula.

—¿Qué? —exclamó. La pregunta la había agarrado por sorpresa—. No, papá. Ven, tengo que hablar contigo a solas.

A Néstor se le hizo un hueco en el estómago.

“Si me quieres”, le había dicho. “Si me aceptas”.

Un zumbido grave le llenó los oídos.

Nunca le había contestado.

“¿Qué quieres?”, otra pregunta que nunca respondió.

Él dijo: “¿Confías en mí?”, y ella dijo que sí. Fue lo único que dijo.

Pero él no debió haber confiado en ella.

Nunca debió haber creído que se enfrentaría tan fácilmente a sus padres.

—Nena —dijo con la voz seca. Le sonaba ajena, hueca y débil—. Dile.

Nena lo ignoró. Ni siquiera lo volteó a ver. Néstor lo sintió como un latigazo.

—Ven conmigo, papá —dijo—. Tengo que hablar contigo. A solas.

Le lanzó una mirada a Néstor que se notaba que quería decir algo, pero él no logró descifrarla. El corazón le pulsaba en las sienes.

—Nena...

—¡Silencio! —rugió don Feliciano.

Si su cara había estado negra de rabia antes, ahora estaba consumida por un placer retorcido al ver el giro en la batalla. Se abalanzó sobre Néstor; por un instante, él pensó que le iba a pegar, e intentó esquivarlo. Pero el patrón lo agarró del cuello de la camisa otra vez. Néstor se tardó en recobrar el equilibrio, y no logró evitar que don Feliciano lo empujara para tirarlo al suelo.

Golpeó el duro piso de tipichil con toda la espalda; su cráneo latigueó hacia atrás y se estrelló contra la tierra apisonada y pedregosa con un golpe seco que lo obligó a morder el aire.

La abuela soltó un alarido; Nena le estaba gritando a don Feliciano que se detuviera. A Néstor le zumbaban los oídos. Tosió y rodó de lado, luchando por recobrar el aliento que había perdido.

Don Feliciano dio un paso al frente con una mano en la pistola enfundada.

—Tienes razón, tú no eres mi peón. No tienes derecho a estar en mi propiedad. Te destierro —dijo—. Si te vuelvo a ver en mis tierras, te mato.

Detrás de él, la abuela se llevó las manos a la boca. Nena estaba junto a ella, con la cara afligida y llena de sorpresa.

No había nada que la abuela pudiera hacer. Pero Nena sí podía enfrentarse a su padre. Ella sí

podía intervenir. Si a Nena la hubieran tratado así, Néstor se habría lanzado frente a un toro embistiendo. Había desmontado y la había subido a su propia yegua en medio de una batalla para garantizar su seguridad. Se había enfrentado a un monstruo contra el cual eran inútiles las armas de fuego, se había interpuesto entre ella y sus garras de machete.

Pero Nena se mantuvo al margen.

Se quedó detrás de su padre, con los hombros gachos. No dijo nada para defenderlo. Nada para confrontar a don Feliciano.

A Néstor se le estrujó el corazón. Quizá Nena dijera la verdad cuando había afirmado que quería que se quedara. Lo quería, estaba seguro, lo había saboreado en las lágrimas que le limpió a besos. Lo había sentido en la manera en que se encontraron sus labios, en la manera en la que se había aferrado a él.

Pero eso que sentía no era suficiente para que alzara la voz. No era suficiente para enfrentar a su padre.

No era suficiente.

Había sido un idiota por creer que sería distinto. Lo había cegado el esplendor de su milagroso regreso a su vida. Lo desesperado que estaba por su amor. Lo mucho que anhelaba que estuviera con él en el porche de sus sueños.

Era un tonto, y pagaría el precio.

Don Feliciano retrocedió, jadeando.

—Fuera de mis tierras —ladró—. Ya.

Con el corazón palpitándole, Néstor se levantó. Le temblaban las manos. No miró a la abuela a los ojos. No podía, no cuando todo lo que llenaba el silencio eran sus sollozos ahogados. Ni siquiera volteó a ver a Nena cuando les dio la espalda.

Les dio la espalda al patrón, a Nena y a todo Los Ojuelos.

Caminó a trancos hacia el corral.



NENA

CUANDO LA GENTE del rancho se reunió para las vísperas esa noche, los susurros que recorrían la multitud como brisa entre pastos altos no hablaban de don Feliciano. Tampoco de la humillante derrota que habían sufrido las fuerzas mexicanas en Matamoros, aunque ese hubiera sido el único tema de conversación de la familia Serrano durante la larga y sofocante tarde.

El nombre de Néstor se escurría entre los peones reunidos en el patio como un invitado casi olvidado. Pasaba de mano en mano, dejando un mal sabor de boca dondequiera que iba. Se retorció entre los tobillos de Nena como serpiente. “Esto es tu culpa”, siseaba.

Lo único que Nena podía ver mientras su papá dirigía la oración eran las miradas torvas que le lanzaban los peones. Debían lanzárselas a ella. Néstor sí lo había hecho, al levantarse del piso lenta y deliberadamente. Se había ajustado la camisa con un gesto agresivo y desdeñoso, con la quijada tensa y los ojos en llamas.

Y luego le dio la espalda.

Nena debió haber dicho algo. Debió haber hecho algo más para arreglar la situación, para aliviar el conflicto entre su papá y Néstor.

Pero cuando su papá lo empujó al piso, se le petrificaron todos los miembros. Su cuerpo estaba entrenado para evitar la ira de su padre: quédate quieta, no digas nada, y la tormenta pasará. Era un impulso protector, como una liebre que se queda muy quieta. Era el impulso correcto, ¿no?

Ahora lo comprendía todo. Veía la escena proyectarse en su mente, volviendo del final al principio como potro dando vueltas por el corral. Llegando a los gritos de su papá.

“¿Estás comprometida con este hombre?”.

“¿Qué? No, papá”.

Era la sorpresa la que había hablado, no su intelecto. No importaba que no hubiera un trato formal entre ellos, que no hubieran intercambiado palabras ni anillos. Su papá estaba atacando a Néstor y ella debió haber hecho algo para detenerlo.

Néstor tenía razón. No tenía güevos.

Y ese era el resultado.

Casimiro y Beto estaban junto a Bernabé, ambos rígidos como soldados. Habían dejado un significativo espacio entre ellos, lo bastante amplio para contener a un hombre. La ausencia de la abuela marcaba otra herida entre los reunidos.

Casimiro tenía una larga tajada roja en un lado de la cara que empeoraba su mueca. Sus labios no se movían con las oraciones ni en respuesta al discurso de vuelta improvisado de su padre, en el que le agradecía a la Virgen por haber mantenido a salvo a la gente de Los Ojuelos.

No era el único. La resistencia hosca controlaba los hombros incluso de los vaqueros más viejos y tranquilos. Su hijo pródigo había vuelto, maduro y guapo, y con miles de historias coloridas adornándolo como pavorreal.

Y su papá lo había desterrado.

Este no notaba los ánimos de sus hombres. Y si lo hacía, creía que no merecían su atención.

“Pero algunos trabajan más y otros se quedan con las ganancias”. Su papá era el que estaba hablando, pero la voz de Néstor era la que sonaba en sus oídos. Si él guardaba ese rencor, ¿cómo saber si no estaba enterrado también en los demás vaqueros de Los Ojuelos?

Nena mantenía la cabeza gacha en muestra de piedad, pero le lanzó una mirada de soslayo a su padre. El cansancio era evidente en las arrugas de su cara mientras dirigía la oración. En ese instante, no vio a su papá, sino al patrón del rancho. Al hombre que mantenía una diferencia estricta entre su familia y los peones. Toda la gente reunida ahí: los vaqueros, los pastores, los herradores, los campesinos, sus esposas y sus hijos. Papá los mantenía oprimidos bajo su pulgar, en deuda con él, manipulando sus salarios como a juguetes agarrados de una cuerda. Los mantenía atados a él. Atados a esa tierra que nunca podrían llamar propia porque le pertenecía al patrón.

Estaba mal.

Y sin embargo.

Así funcionaba el mundo: los peones se dispersaron hacia el crepúsculo y sus jacaes desvencijados; la familia Serrano se retiró a su casa de piedra.

NENA Y FÉLIX estaban sentados a la mesa del porche. Los grillos llenaban la noche con su cántico mientras ella le quitaba las vendas del brazo herido y le aplicaba un emplasto fresco donde lo había cortado la bala.

—Es un milagro que no te haya dado en el pecho —murmuró mientras le ponía la pasta fresca y fragante en la piel demasiado caliente.

¿Y si le hubieran dado en el pecho? ¿Y si Félix no hubiera podido volver a casa? La mera idea le agrió la boca de pavor. Los generales mexicanos habían huido dejando la mitad de sus pertenencias. Era humillante, había dicho su papá. Pero al menos Félix había regresado.

—Me alegra que hayas vuelto —dijo muy quedo.

—Estábamos condenados desde el principio —contestó Félix en voz baja. Tenía la mirada perdida en el horizonte. Había una vela prendida en la mesa ante ellos; resaltaba lo mucho que se parecía a su mamá de perfil, con ojos serios y caídos y boca pensativa—. La enorme mayoría de los soldados estaban mal pagados o mal entrenados. No podían hacer más que desertar —dijo—. Nuestro gobierno será artífice de su propia caída por no atenderlos como debía. Por no atendernos a nosotros. Toman y toman, pero nunca nos ofrecen nada a cambio, ni siquiera protección. —Soltó un gruñido cuando Nena le levantó el brazo para empezar a ponerle una venda nueva con manos firmes—. Deberíamos gobernarnos solos —añadió con los dientes tensos.

Nena arqueó las cejas.

—Ahora sueñas como Antonio Canales.

Había oído muchas conversaciones entre los rancheros más radicales de camino a Matamoros. Decían cosas similares.

—Sueno como muchos hombres. —Félix siempre tenía la voz seria, pero ahora sonaba ferviente, aunque la mantenía a un volumen que no podía ser escuchado desde el interior de la casa—. Este es nuestro hogar. Quiero que esté seguro. Quiero que prospere. Quiero... —Soltó un profundo suspiro—. Quiero que sea nuestro para siempre.

Sin embargo, la idea de separarse de México significaba que más conocidos serían enviados a luchar y a morir, ya fuera aplastados por los caballos enemigos o alcanzados por las balas, o ahogados mientras cruzaban un río.

—Yo también —dijo Nena—, pero no quiero más guerra ni más muerte.

—Papá no debió haber dejado que vinieras —dijo Félix.

Quizá no. Pero si no hubiera ido, ¿cómo habría descubierto la causa del susto? ¿Alguna vez habría permitido que Néstor le hablara?

Quizás eso también habría sido lo mejor. Aquella idea amarga le aplastó los ánimos.

—Estaba haciendo mi parte para defender nuestro hogar —dijo suavemente—. Ahora haré mi parte para defenderlo aquí.

—¿Así que al final sí te vas a casar con el hijo de don Hortensio? —preguntó Félix.

Nena evitó su mirada y se concentró en terminar de vendarle el brazo. Aparte del trato con su papá, no había acordado nada. Su mamá ni siquiera había tocado el tema desde su regreso. Parecía demasiado enojada para intentarlo. Pero no tardaría mucho tiempo.

Félix alzó y bajó el brazo para probarlo. Hizo una mueca y se le escapó un gruñido grave de incomodidad entre los dientes.

—Qué conveniente que te interese casarte ahora, luego de la manera en que regresaste a casa —dijo.

Nena alzó la cara de golpe y abrió la boca sorprendida. Esa piedra parecía lanzada desde la boca de su madre. ¿Pero de parte de Félix? Dolía.

—Si me vas a acusar de algo, dímelo de frente —le espetó.

—Yo nunca acusaría a mi hermana basándome en rumores —dijo Félix, asombrado de su veneno—. Pero... mira, viajar sola con un vaquero es deshonroso. Ya lo sabes.

—¿Habrías preferido que hiciera el viaje sola y me muriera? — La voz le temblaba aunque luchara por mantenerla baja. Aún se escuchaban murmullos en la sala, apenas al otro lado de la puerta; lo último que le faltaba era que una tía o una de sus primas oyera esa conversación—. ¿O que me quedara en el campo de batalla para morir a manos de los rinches? Néstor me salvó la vida.

—Y me alegra que lo hiciera —dijo Félix. Le tomó las manos; ella se las arrancó como si se las hubiera quemado—. Estoy muy agradecido de que estés en casa y de que estés a salvo. Pero esta es la verdad, Nena: la manera en la que volviste a casa pone en duda tu honor. Pone en duda el honor de la familia. Vas a tener que casarte muy rápido, antes de que se empiecen a esparcir los rumores entre los vecinos, o.... —Dejó la idea inconclusa mientras se levantaba, como si la condena insinuada fuera obvia—. Tengo que hablar con papá sobre el destierro. No nos podemos permitir que Bernabé y Casimiro estén tan enojados con él. No los podemos perder, no en tiempos como estos. Pero si regresa, Nena... tienes que mantenerte lejos de él. Es lo mejor para el rancho.

Se levantó. Nena se quedó viendo hacia el frente, con la quijada tan tensa que le empezó a doler, mientras sus pasos cruzaban el porche. Mientras la puerta crujía al abrirse y se cerraba con un chasquido decisivo.

Si Félix la hubiera bajado a jalones de un caballo a galope, golpear el suelo le habría dolido menos. Él siempre había estado de su lado en las peleas con sus padres. Siempre había hablado en su nombre cuando lo necesitaba.

Ahora, a Nena no le quedaba aliento en los pulmones mientras miraba la puerta cerrada. Solo podía pensar una cosa: estaba sola. Por el daño que había causado por regresar con Néstor, no tendría la voz de Félix de su lado.

ESA NOCHE SE quedó en cama, viendo el techo en la oscuridad, con los miembros tan entumecidos como si hubiera estado en un estanque helado durante horas.

Pero su mente era una colmena de abejas enfurecidas.

Cómo se atrevía Félix a decir que qué conveniente que ya estuviera abierta a la idea de casarse. No era conveniente, era que no le quedaba de otra. No solo había apostado con su padre y perdido, sino que ahora conocía de cerca los peligros a los que se enfrentaba el rancho. Los conocía incluso mejor que Félix y que sus padres: vertió sal de nuevo en la puerta y la ventana antes de acostarse, acallando las preguntas de Didi, Alejandra y Javiera. Se sobó la cicatriz. Había estado pensando mucho en el cosquilleo en su piel y qué significaría que ya no pudiera distinguir si era su imaginación o no.

“Nos han estado siguiendo”, había dicho Beto. “Están a la espera”.

Y Néstor estaba solo afuera, en la oscuridad, lejos de casa. ¿Tendría sal? ¿Tendría suficiente? Era su culpa que estuviera solo en la oscuridad.

Durante cada paso de su regreso desde Matamoros había sabido lo que los esperaba a las puertas de Los Ojuelos.

¿Por qué no le había dicho nada a Néstor? Debió haberle advertido. Debió haberse comportado y marcado los límites entre ellos.

Pero no lo hizo. En vez de eso, se dejó llevar por su carne como si fuera lo único que la mantuviera con vida. Estar separada de él era como intentar sanar una costilla rota: cada respiración le dolía.

“¿Qué quieres?”.

Podía ver todo su futuro extendiéndose ante ella: como la nuera en una casa nueva, quedaría en el fondo de la jerarquía. Todos los días la fastidiarían las órdenes de arriba; en vez de su mamá y las tías, provendrían de una suegra anónima y de un puñado de mujeres a las que nunca habría visto antes. Pasarían años, si no es que décadas, hasta que asumiera el papel de ser el ama de su propio hogar. E incluso entonces, tendría que lidiar con la voluntad de su marido. ¿Alguna vez sería dueña de su propio destino?

¿En esa vida? Nunca.

Había dado por sentada la facilidad de su compañerismo con Néstor. Ella le ayudaba a ensillar su yegua cuando tenía el brazo lastimado; todas las mañanas, al despertar, lo encontraba revisando sus botas para que no tuvieran alacranes. Cazaban juntos, recolectaban nopales juntos, cocinaban juntos, cabalgaban juntos. Había estado aterrada y exhausta, pero se sentía presente. Se sentía escuchada. Como si fuera tan importante para la supervivencia de su pequeño grupo como él. Como si fuera valiosa.

Por otro lado, el futuro que se presentaba ante ella ya le resultaba asfixiante. Ni siquiera había empezado aún, pero sus piezas ya estaban en movimiento. No podía preferir a Néstor, porque Néstor ya no estaba. Porque había decidido no intervenir ante la ira de su padre.

Había sido su decisión.

Se giró bocabajo y enterró la cara en la almohada para ahogar su respiración entrecortada. Debajo de sus pliegues, había escondido la pistola de Néstor cuando su mamá le ordenó que se pusiera ropa decente. La sentía dura contra su mejilla, incluso a través de la tela. Un vaquero solo en el chaparral ya tenía pocas defensas, pero Néstor se la había dado. Se la había confiado porque confiaba en que ella le cuidaría la espalda igual que él.

Se le agolpó un sollozo en la garganta, caliente de vergüenza.

Había sido su decisión. Le dio la espalda. No tendría otra oportunidad para enmendar su error, para decidir otra cosa.

Aunque Néstor pudiera perdonarla algún día —y, a juzgar por el dolor que le había quemado

la mirada, faltaba mucho tiempo para eso—, ya no estaba. Ya no regresaría. Justo como le había dicho, no tenía ni un solo hueso firme en el cuerpo.

Y ella tampoco.

Ante la plática sobre los yanquis y el honor, cuando sus padres la presionaron, cedió. No tenía güevos. Era débil. Y esa era su recompensa: se quedaría atrapada como roedor en el piso por el resto de su vida, lejos del aire fresco, lejos de la luz del sol, sin voz, sofocándose.

DEBIÓ HABER CAÍDO dormida en algún punto de la noche, porque se despertó sobresaltada. Todas las velas que había dejado encendidas antes de acostarse se habían extinguido. Su hermana y sus primas seguían dormidas.

Pero cuando vio la razón por la que se había despertado, supo que no seguirían así por mucho tiempo.

Pollo estaba al pie de la cama de Javiera. Tenía la cola delgada alzada, el pelaje del lomo se le erizaba bajo la luna que entraba por la ventana.

No dejaba de ladrar.

Era una advertencia.

Nena se arrancó las sábanas.

Tronaron disparos a lo lejos.

Se agachó por instinto y se llevó las manos a los oídos. Llegaron gritos desde todo el rancho. Didi, Alejandra y Javiera se sentaron de golpe, gritando de sorpresa. Se oyeron pasos por toda la casa mayor cuando los demás miembros de la familia despertaron.

—¡Son yanquis! —gritó alguien.

Más disparos partieron la noche.

El perro no dejaba de ladrar, de gruñirle a la ventana abierta.

Quizá hubiera yanquis atacando el rancho, pero por el dolor en su cicatriz, por ese cosquilleo de mil espinas, Nena sabía que también había algo mucho, mucho peor.



NÉSTOR

NÉSTOR CABALGÓ HACIA el oeste a todo galope. El sol poniente lo azotaba con sus rayos penetrantes; se bajó el ala del sombrero, pero no se detuvo. No se había detenido desde que diera la espalda a Nena y a don Feliciano. Su cuerpo se movía como si lo controlara otra fuerza, el poder bruto de su rabia. De su dolor.

Nena no había hablado.

Era peor que una traición. Una traición era que una mujer con la que creía tener un acuerdo coqueteara o cortejara a otro hombre. Eso ya le había pasado y le había ardido como piquete de tábano. Pero podía sacudirse esa sensación como un caballo se espantaba los tábanos; con alcohol, con trabajo o con otra mujer, no importaba.

Pero aquí se trataba de Nena.

Don Feliciano podía decir lo que quisiera de que la iba a casar con alguien más, pero mientras Néstor estuviera vivo, mientras le quedara un ápice de aliento en el cuerpo, le pertenecería a ella. Recordó las siestas a la sombra de los huizaches, cómo escuchaba la respiración de Nena sincronizándose con la suya mientras se quedaban dormidos. Todos sus secretos susurrados en su oído a la luz del fuego en Nochebuena. La manera en la que lo tomaba de la mano para llevarlo a recibir clases en la capilla, desafiando a sus tías y a su madre.

Él había confiado en esa rebeldía. Formaba parte de la imagen que tenía de ella, tanto como sus gestos o el hoyuelo a la derecha de su boca. Sin embargo, durante sus años de ausencia, esa parte de Nena había muerto. Cualquier atisbo que hubiera visto durante el viaje de vuelta de Matamoros eran ecos débiles de lo que solía ser.

Pues cuando había estirado la mano en busca de auxilio, para que ella la tomara y lo ayudara a levantarse como habría hecho él, lo dejó caer.

No, eso era más profundo que una simple traición. Para ella, él no valía el esfuerzo de enfrentarse a su padre. Néstor no necesitaba que le declarara amor eterno en ese instante y que renunciara a su familia, no: lo único que quería era que dijera algo. Cualquier cosa.

Pero no había dicho nada.

El mensaje era fuerte y claro. Néstor no valía nada. Él la había llevado a casa y ella lo había descartado como trapo viejo.

Antes de regresar al Rancho Los Ojuelos y ver a Nena viva, nunca había permitido que su sueño del futuro saliera a la luz, jamás lo mencionaba. Después de haber perdido su mundo en el Rancho Dos Cruces y luego a Nena, no se atrevía ni a verlo. ¿Y si se torcía y desplomaba bajo el peso de su mirada, como si la realidad de meditarlo fuera demasiado para algo tan frágil?

Entonces la vio. Fue como si alguien hubiera abierto las ventanas para dejar que entrara la luz cegadora de la mañana. Su sueño, antes rancio y vacío, de pronto se llenó de movimiento y risas. Sabía quién estaría en el porche esperando a que volviera del chaparral, qué mano tomaría al entrar en la sombra.

Nena tomó ese sueño y lo aplastó con el tacón de la bota. No podía enfrentarse a don Feliciano. Si es que Néstor le importaba, si de verdad lo amaba como cuando eran niños, de todos modos no era suficiente.

Se le nubló la visión. Su mano se separó por voluntad propia de las riendas para tallarse los ojos, para limpiarse la humedad del rostro. Luna, al sentir el cambio en su peso, desaceleró. El sol poniente le apuñalaba los ojos; hizo una mueca.

Estaba cabalgando al oeste, solo.

Antes ya había caminado solo.

Se había ido.

La vergüenza lo inundó como una oleada de calor salida de la forja del herrador.

Detuvo a Luna. Su pecho se aceleró, cada respiración era más rápida, más dolorosa que la anterior.

Se había ido.

Cuando era niño, había huido por miedo a don Feliciano. Le dio la espalda a Nena y huyó porque el patrón lo señaló bramando. Si se hubiera quedado, todo habría sido distinto. Si hubieran estado juntos, quizá Nena habría tenido fuerzas para decirle que no a su padre. Para enfrentarse a las exigencias de sus padres.

Pero él había huido.

Y lo había vuelto a hacer.

“Eres una mancha en su honor. Si te vuelvo a ver en mis tierras, te mato”.

Esa vez había sido distinta: era una amenaza directa, explícita y pronunciada con una mano en la pistola. Pero en vez de mantener su promesa, huyó. Igual que cuando era niño.

Abandonó a Nena.

Ella era hija de don Feliciano; su rabia tormentosa también la afectaba de forma primigenia. Siempre le había tenido miedo de niña. Todavía le tenía miedo.

Cuando se enfrentaron al vampiro en el jacal, Nena lo apoyó. Cuando él estaba paralizado de

terror, ella le entregó su pistola y le dobló los dedos alrededor del mango. Cuando lo aventaron al suelo, lo defendió.

Era una mujer valiente. Podría enfrentarse a don Feliciano si él estaba a su lado.

Habían sobrevivido porque se habían mantenido juntos. Se habían enfrentado al demonio sin dudarlo.

Cuando Nena tuvo que confrontar a don Feliciano, Néstor huyó.

Cometió el mismo error que ella.

Alzó la vista hacia el sol cada vez más rojo.

Alguna vez había pensado que lo que tenían era frágil y perfecto. No era ninguna de las dos cosas. Era imperfecto, sí. Si había un camino hacia el futuro ante sus pies, estaba lleno de baches y dificultades. Pero podía superarlo. Si apretaba la mandíbula para resistir el miedo, si luchaba con fuerza, quizá los dos lo superarían.

Durante nueve años, había vivido creyendo que Nena estaba muerta. Ahora que sabía que no era cierto, ¿cómo podía permitir que los separaran sus errores?

Le chasqueó la lengua a Luna. Alzó las riendas contra su cuello. Puso el sol a sus espaldas.

MÁS TARDE, CONFORME se espesaba el crepúsculo, pasaron junto al cadáver de un puma y Luna esquivó su cuerpo desecado: estaba muerto y chupado. Néstor juntó las riendas.

Se inclinó hacia el cuello de Luna y galopó a toda velocidad hacia Los Ojuelos.



NENA

LAS VELAS Y las antorchas llenaron el resto de la casa con una luz frenética y saltarina mientras Nena se ponía las botas y agarraba un sarape para echárselo encima del camión. Sacó la pistola de Néstor de debajo de su almohada y se abrochó la funda en la cadera. Rogó no tener que usarla mientras entraba a la sala con Javiera y sus primas, pero era un ruego débil, en el mejor de los casos; una cosita sin fe ni fuerzas que se disipó como humo en el pavor de la noche.

Si tuviera que hacerlo, lo haría. Tenía que actuar como lo había hecho cuando viajaba con Néstor: no podía esperar las instrucciones de sus padres. Incluso si le ordenaban hacer algo, quizá tuviera que ignorarlos. Solo ella sabía qué significaba el ardor en su cicatriz, y solo ella sabía qué tendría que hacer para proteger a su familia y al rancho entero.

La sala era un remolino de camisas y chalecos mientras su papá, Félix y los tíos se vestían y agarraban los fusiles. El olor sulfúrico de la pólvora y la estridencia de los gritos inundaron el aire; luego, un tronido de tacones de botas cuando salieron corriendo para unirse a los demás hombres del rancho. Su mamá y las tías se quedaron reunidas en la sala como una bandada de gallinas asustadas.

—Deberíamos atrancar la puerta con muebles —dijo Nena.

Como agua vertida en una sartén con aceite caliente, las mujeres se dispersaron por el lugar, llenas de propósito para cumplir su tarea. Nena fue directamente a la cocina.

—¿Adónde vas? —le preguntó Javiera, pisándole los talones.

El perro no dejaba de ladrar. Rodeaba en vano los tobillos de su ama, apuntando con la nariz hacia cualquier ventana o puerta abierta para gruñir.

Nena fue directo adonde se guardaban los cuchillos en la cocina al aire libre. El aire fresco nocturno caló su piel. Todas las noches, dejaban el fogón en brasas hasta el día siguiente; Nena veía su fulgor apagado por el rabillo del ojo. Quizá el fuego mantendría a raya a los monstruos. Pero antes, tenía que armarse a sí misma y a su familia. Buscó los cuchillos de carnicero más grandes, los que usaban para destazar puercos y decapitar guajolotes salvajes.

Tomó uno y se lo entregó a Javiera con el mango por delante.

—Siento que algo anda mal —dijo alzando la voz para que la oyera por encima de los ladridos de Pollo. Y lo decía literalmente: el cosquilleo debajo de su cicatriz le hormigueaba y le ardía como sarpullido. Estaban cerca. Tenían que estarlo.

Javiera tomó el cuchillo; una decisión solemne se asentó en sus hombros. Didi y Alejandra se quedaron en la puerta de la cocina, viendo a Nena con expresión de alarma mientras elegía cuchillos y se los pasaba. Luego fue por el costal de sal. Lo agarró y empezó a arrastrarlo hacia la puerta.

—Agarra esto, Didi —ladró—. Haz una línea alrededor de la puerta como hice yo anoche y no te le acerques.

Didi siguió sus órdenes de inmediato; Alejandra fungió de su sombra.

La mamá de Nena apareció detrás de ellas. El blanco fantasmal de su camisón solo estaba roto por el largo mecate de su pelo cano, aún trenzado para dormir.

—Niñas, ¿qué ha...?

Entonces su mirada saltó de Nena hacia donde la cocina se abría hacia la noche. Se le desorbitaron los ojos; se le cayó la mandíbula de la impresión.

El alarido de Javiera le destrozó los oídos a Nena. Su hermana apuntó hacia la noche, detrás del fogón.

Así comenzó.

Nena inhaló hondo para armarse de valor y dio la media vuelta, con la mandíbula tensa, para enfrentarse al vampiro que sabía que la esperaba afuera de la cocina.

Una silueta oscura se erguía imponente en la noche; pasó de cuatro patas a dos.

Sabía que estaría ahí, sin embargo, verla yuxtapuesta con las sombras familiares de la cocina encendió una rabia feroz y protectora en su pecho. Refulgó con fuerza, quemándole cualquier vacilación, cualquier sensación de aire fresco o de miedo que le erizara los vellos de los brazos.

Esa cosa no dañaría su hogar. No dañaría a su hermana.

Lentamente, estiró una mano hacia la mesa y tomó un cuchillo, sin separar nunca los ojos del vampiro.

—¡Nena! —gritó Javiera—. ¡Hazte pa' atrás!

Algo pasó latigueando por sus piernas. Un borrón de pelaje amarillo en la oscuridad; un relámpago de dientes blancos. Un gruñido aterrador cuando Pollo hundió los dientes en la pata del monstruo.

El vampiro alzó un brazo para quitarse de encima al perro con sus garras oscuras y ensangrentadas.

Nena brincó hacia el frente, apretando el cuchillo de carnicero con las manos empapadas en sudor.

Ese vampiro era más chaparro que el que los había atacado en el jacal. Además, estaba

dirigiendo su atención hacia abajo, hacia el perro que le desgarraba la pata. Volteó hacia Nena — un destello de dientes, una bocanada de aliento caliente y carroñero— apenas en el último momento antes de que blandiera su arma.

Dejó caer la hoja con todas sus fuerzas. El metal tocó la carne y trituró el hueso.

Entonces Nena se tropezó hacia el frente. Logró estabilizarse antes de caer, aún con el cuchillo en las manos.

Cayeron cenizas en el piso a su alrededor. Encima de Pollo, que miraba hacia todos lados, confundido. Tenía el hocico salpicado de sangre; motitas de cenizas se pegaban al líquido oscuro. Eso era todo lo que quedaba del vampiro.

—¡Nena!

Nena se volteó hacia su mamá, con el corazón martillándole los oídos. Doña Mercedes tenía los ojos como platos y las narinas abiertas como caballo asustado. Se estaba persignando. Didi, Alejandra y Javiera estaban junto a ella, con la cara pálida e impresionada. Sus manos apretaban tanto los cuchillos que se habían tornado blancas y temblaban.

—¿Qué era eso, por todos los cielos? —exhaló su mamá.

¿Cuál sería la forma más rápida de explicarlo?

—El Coco —dijo Nena, jadeando mientras reajustaba las manos en torno al cuchillo—. O más bien, uno de ellos. ¡Sal! —le ladró a Didi.

—¿Cómo que uno de ellos? —chilló Didi mientras le pasaba una jícara de sal, con la voz chillante por el pánico. Agarró otra y empezó a seguir el ejemplo de Nena. Juntas formaron una banda gruesa por el perímetro de la cocina, rodeando el fogón y el sitio donde guardaban los cuchillos. Sonaban disparos a lo lejos. Nena se escondió del ruido; los dientes le castañeaban dolorosamente.

—¿O sea que hay más? —preguntó Javiera.

—¿Hay más? —preguntó su mamá. Su voz se empalmó sobre la de Javiera con autoridad, aunque le temblaba por la impresión.

Pollo empezó a ladrar y a gruñir desde algún punto entre los tobillos de Nena.

—¡Allá! —gritó Javiera, apuntando de nuevo.

La cicatriz en el cuello de Nena estalló con las patas reptantes de mil insectos. Volteó hacia donde señalaba su hermana. Detrás del fogón, una silueta acechaba en cuatro patas. Iba y venía, observándola. El vampiro se acercó lentamente, tímido como cervatillo, y examinó la barrera de sal.

Retrocedió sobresaltado; alzó la mirada hacia Nena y soltó un gruñido virulento.

Nena apretó el mango del cuchillo; sus curvas desgastadas se le clavaron en la palma. También estaba enojada. Los yanquis estaban atacando su hogar. Y, si su teoría era correcta, los yanquis también habían azotado a esa criatura hasta enloquecerla y la habían soltado contra su hogar con un solo propósito: que matara. Que asolara el rancho como una plaga y lo drenara de

vida. Que lo despejara, que lo dejara listo para el despojo.

Recordó a los vampiros encadenados junto al río, lo agonizantes que sonaban sus alaridos.

Una fiera no podía cambiar su naturaleza. Los coyotes nacían para comer carroña. Los pumas acechaban y mataban a los más jóvenes y a los más débiles de un rebaño, porque tenían que comer. Los zopilotes volaban en círculos, sin importarles si se alimentaban de bestias o de hombres.

Esa criatura, sin importar si era obra de Dios o del diablo, si había nacido por su propia y sucia voluntad en las sombras del chaparral, se alimentaba como había nacido para alimentarse.

Eso no la hacía malvada.

El vampiro se paró en las patas traseras y peló sus largos dientes curvos. Tenía hebras oscuras de carne en descomposición entre los incisivos. Nena le clavó la mirada en el cráneo, en la piel delicada donde debían haber estado sus ojos. Su cicatriz ardió con intensidad abrasadora debido a la atención de la bestia.

Le peló los dientes de vuelta.

—No te quiero lastimar —dijo. Le temblaba la voz con violencia, pero lo decía en serio. Los alaridos de los vampiros atados junto al río le habían llegado a la médula—. Pero sí me voy a defender. Voy a defender a mi familia. —Alzó el cuchillo para hacer énfasis—. Sal de mis tierras y no te lastimaré.

Le sostuvo la mirada al monstruo, sin parpadear, firme y agresiva. Se miraron un largo rato. Una sensación clara se escurrió bajo su piel: la estaba sopesando como amenaza, como un depredador tan peligroso como él.

El vampiro se puso en cuatro patas, le dio la espalda a la cocina y se perdió en la oscuridad.

La... la había escuchado.

¿Tenía la inteligencia suficiente para entender el lenguaje humano? ¿Había registrado la postura defensiva de su cuerpo, la sal y el arma levantada, y decidido que no valía la pena atacarla?

¿O había algo en la cicatriz ardiente que los conectaba, que revelaba sus intenciones? Ella sabía cuándo tenía su atención puesta encima; ¿acaso ellos también sentían la fuerza de su voluntad?

Bajó el cuchillo. Le temblaban las manos.

Fuera cual fuera la verdad, había funcionado. El alivio le empapó el cuerpo como balde de agua fría.

Volteó hacia su mamá.

—Pon sal en todas las entradas de esta casa —dijo. Tenía la boca seca; se le quebraba la voz—. Si alcanza, rodea el patio también. Eso los aleja.

—Como en los cuentos —exhaló Javiera.

Los cuentos de la abuela. La atención de Nena voló hacia el jacal de los Duarte.

Un suave fulgor naranja alumbraba la noche. Habían incendiado otro jacal. Beto estaba en el porche de la casa de los Duarte, pistola en mano. Los relinchos perforaban la noche; los disparos y los destellos de pólvora retumbaban cerca de los jacales. Demasiado cerca. La abuela no estaría a salvo ahí.

—¡Beto! —gritó Nena. Chifló y le hizo señas con la mano, siempre detrás de la barrera de sal—. ¡Trae a la abuela para acá!

Beto le respondió señas y desapareció en el interior del jacal. Surgió de nuevo con la abuela en la espalda, aferrada a su cuello como si fuera una niña, y empezó a correr hacia la casa mayor.

Nena se agachó cuando las balas horadaron la noche. Las tías adentro de la casa gritaron al oírlas.

Beto entró a la cocina a trompicones, cuidándose de evitar la línea protectora de sal. La abuela se deslizó de su espalda hacia los brazos de Didi.

—¿Qué está pasando? —le preguntó Nena a Beto mientras Didi y Alejandra metían a la abuela dentro de los gruesos muros de piedra de la casa mayor.

—Podría ser peor —contestó con la respiración entrecortada. El sudor le brillaba en la piel y le oscurecía la camisa—. Son unos treinta yanquis, como la mitad son rinches. Incluso con nuestros heridos de Matamoros, es una pelea justa. Pero... —Le dio un trago rápido a la anforita que traía en la cintura y sacudió la cabeza ferozmente. Nena arrugó la nariz ante el olor recio del aguardiente—. Pero Casimiro dice que hay un grupo entre los árboles —dijo—. Unos doce. Encadenados. Sin hacer nada, esperando.

—Esos no son yanquis —dijo Nena.

Eran armas.

Un plan empezó a cobrar forma en su cabeza. Con esos vampiros atormentados esperando a que los soltaran, la gente de Los Ojuelos estaba en una grotesca desventaja.

Pero ¿sin ellos?

Tenían oportunidad de ganar.

—Beto, necesito que me escuches con cuidado. —Se quitó el sarape de los hombros y se lo entregó a Javiera. Necesitaba poder correr sin estorbos, y era demasiado pesado, demasiado engorroso—. Creo... ¿Ves cómo te duele la cicatriz cuando te están observando? Creo que gracias a esa conexión nos pueden entender.

Alguien había encendido velas en la casa, detrás de ella. La luz reveló cuando Beto arqueó las cejas hacia su pelo, incrédulo.

—Ya sé que parece una locura —dijo mientras se agachaba para apretarse las agujetas de las botas—. Cuando uno se acercó a la sal, le dije que no quería lastimarlo, pero que si no se iba, lo haría. Y se fue.

Beto la observó mientras se movía rápido por la cocina, una tormenta de actividad. Tenía balas cargadas en su pistola. La pólvora se le regaba sobre las botas mientras sostenía el arma con

manos temblorosas. Llenó un saquito de sal y se lo amarró a la pistolera. Al final, tomó un cuchillo de la pared y se lo dio a Beto.

—Tienes que mirarlos a los ojos cuando se los digas, ¿entiendes? —dijo—. Bueno, donde deberían estar sus ojos.

Beto se le quedó viendo y la angustia le frunció el ceño. Se acababa de dar cuenta de que lo estaba dejando al cuidado de la casa mayor y, a juzgar por el ángulo de su quijada al comprenderlo, la idea no le gustaba nada.

—¿Y a dónde crees que vas tú? —la acusó.

—Confía en mí —dijo—. Cuídate. Y si llegas a ver a Néstor otra vez... —Se armó de valor—. Dile que lo amo.

A Beto se le desorbitaron los ojos; dejó caer la mandíbula. Extendió las manos, como si fuera a decir “shh” para tranquilizar a un caballo asustado y evitar que saliera corriendo. Para evitar que ella saliera corriendo.

—No —dijo parcamente—. No, mi niña. Si es así de peligroso, deberías quedarte tú, y yo...

Nena dio la media vuelta y cruzó la línea de sal de un brinco. Fijó la mirada en los árboles y corrió.



NENA

NENA CRUZÓ LA noche como relámpago, con la pistola de Néstor rebotando contra sus caderas a cada paso. Por un instante, no oyó nada más que su propia respiración entrecortada. El cantar de los grillos espesando la noche.

Luego, al doblar la esquina de la casa mayor, oyó gritos y el tañer del metal contra el metal; un relincho de pánico. Gritos en español y en inglés. El salitre le punzó la nariz conforme el humo de las armas espesaba el aire.

Cada vez que oía un disparo, se agachaba tapándose las orejas con los puños. Visiones de muertos en la batalla revoloteaban detrás de sus párpados, regando pavor en su vientre. Su papá y Félix habían salido de la batalla casi intactos, pero solo una tragedia podía resultar de pelear a tan corta distancia en la oscuridad.

Tragó saliva y siguió corriendo. Algunos hombres la rebasaron; iban de los jacaes hacia lo más álgido de la batalla, blandiendo machetes y uno que otro fusil.

Una figura a caballo trotaba cerca de ellos, empuñando un machete ancho para despejar el chaparral.

El corazón le saltó a la boca. No podía ser. Frenó su carrera, aguzando la vista, rogando por que fuera quien ella creía y no un truco de la oscuridad.

Tras una semana de cabalgar detrás de esa misma figura, sabía exactamente quién era.

—¡Apunten al cuello! —gritó Néstor a los hombres a su alrededor. Luego se giró y espoleó a su yegua a galope, hacia un monstruo que traía un vaquero flácido en los brazos. Un lazo apareció en su mano izquierda, girando rápido como látigo mientras embestía al monstruo.

Lanzó la reata; esta silbó por el aire como bala y aterrizó sobre la cabeza y los hombros angostos del vampiro. Néstor se recostó hacia atrás en la silla y jaló el lazo hasta apretarlo.

El vampiro trastabilló en sus patas traseras con un chillido de sorpresa y tiró al hombre que abrazaba. Intentó quitarse la reata con las garras, pero Néstor ya estaba encima de él, machete en mano.

Se inclinó fuera de la silla y decapitó al monstruo de un solo tajo, como si no fuera más difícil que despejar un sendero para el ganado en el chaparral.

El vampiro se convirtió en cenizas y se disipó en la noche como humo.

—¿Vieron? —bramó Néstor por encima del hombro mientras hacía girar su yegua para evitar aplastar a la víctima del vampiro—. ¡Alguien ponga a resguardo a este hombre!

Luego galopó hacia la refriega, adonde el peligro era más inmediato. Donde era más probable que saliera herido, o algo peor.

Cuanto antes llevara a cabo su plan, más pronto terminaría todo aquello.

Nena respiró hondo y salió corriendo de nuevo, esquivando a los hombres que iban hacia la batalla, jadeando con bocanadas entrecortadas.

Había una antorcha encendida donde Casimiro había dicho haber visto un grupo de hombres esperando entre las tinieblas de los árboles. Cerca del sendero que llevaba a los ojos de agua.

Efectivamente, desde lejos, moviéndose rápido, un vistazo apresurado hacía parecer que aquellas formas eran hombres agazapados en el piso, esperando algo.

Pero al acercarse, al ver destellos de metal bajo la luz de la antorcha, Nena supo que había encontrado su presa.

Salió del camino principal hacia el suelo pedregoso que había detrás de un pequeño cúmulo de viejos robles y meditó su estrategia.

Un rinche vigilaba a las bestias encadenadas. Tenía los ojos fijos en la refriega aunque patrullaba alrededor de los monstruos.

Detrás de ellos estaban los árboles que ocultaban los manantiales de la vista. Si se adentraba entre los árboles y atacaba a los vampiros desde atrás, podría evadir al rinche. Eso le tomaría más tiempo que llegar desde el frente. Si lo que quería era velocidad, podía cargar desde donde estaba.

El sigilo le costaría tiempo, y no sabía cuánto le tomaría su plan. Pero si cargaba de frente, el rinche la vería con facilidad y le dispararía.

Nena dobló los dedos para aflojar su agarre del cuchillo. El corazón le martillaba los huesos del pecho, rebelándose contra la idea de acercarse a los vampiros a propósito. Ojalá que el cuchillo bastara. Que el saquito de sal en su cadera bastara. Tenía que irse ya. Estaba perdiendo tiempo.

A la cuenta de tres, cambiaría de dirección y correría hacia los árboles para acercarse más a resguardo.

Una.

El rinche que vigilaba a los vampiros avanzó hacia la refriega. Levantó la pistola y apuntó.

Nena siguió su mirada. Tenía la pistola apuntada directamente hacia un vaquero que blandía una reata y un machete, montado en una yegua negra.

Dos.

Nena se pasó el cuchillo a la mano izquierda y pensó en tomar la pistola que colgaba de su cadera. Dudó. ¿Estaría demasiado lejos para tratar de disparar? ¿Y si fallaba? Néstor no estaba tan lejos... ¿Y si su bala salía desviada y lo lastimaba a él?

El rinche amartilló su arma. El chasquido resonó en sus huesos.

Tres.

Nena agarró una piedra que tenía cerca y embistió desde los árboles. Sus faldas silbaban y sus piernas batían mientras devoraba la distancia que la separaba de aquel hombre.

—¡Oye, rinche! —gritó, tan fuerte que se desgarró la garganta—. ¡Cara de chinche!

El tipo bajó un poquito su arma.

Nena plantó los pies, apuntó y le aventó la piedra con todas sus fuerzas.

Le dio en el hombro. El rinche se estremeció de sorpresa y se giró, con la pistola brillando a la luz de la antorcha, buscando quién se la había lanzado. Nena ya se estaba moviendo. Corrió hacia los vampiros. Le ardían las piernas, sus pulmones reclamaban aire.

Su cicatriz se inundó de dolor hormigueante cuando la atención de las criaturas se dirigió hacia ella. Ahora sabía por qué algo en sus siluetas le había parecido extraño, como si tuvieran nariz: traían bozal. Tenían los tobillos atados con gruesas cuerdas; sus cuellos cargaban los pesados collares de metal, cerrados con candado.

Eso suponía un problema.

Pero también una solución.

Con los vampiros en bozal, Nena no dudó en correr hacia un lado del grupo y esconderse detrás de sus lomos arqueados y largos cuellos gachos, para usarlos de barrera entre ella y el rinche.

Oía su propia respiración. Su pulso en los oídos.

Los arañosos metálicos de las garras en el suelo pedregoso. El aleteo de las orejas delgadas de murciélago. El olor mohoso a piel, a bestia salvaje. Su respiración suave y sibilante.

Imaginó que si cerraba los ojos sus resuellos no le parecerían muy distintos a los de un caballo.

Pero los mantuvo abiertos, pues oyó pasos firmes acercándose a ella, acompañados de un tintineo metálico.

¿El rinche traía llaves? Si él era el encargado de liberar a los vampiros, sus llaves abrirían todos los collares, ¿o no?

Los pasos se detuvieron.

El miedo de Nena llegó a su clímax.

Se atrevió a inclinar la cabeza un poco al frente para asomarse entre las patas largas, grises y musculosas, y las pesadas cadenas.

La luz de la antorcha refulgía en la panza redonda de la pistola que sostenía el rinche.

Una noche, mientras cenaban en el trayecto hacia Matamoros, Félix le había dicho que evitara

a los rinches a toda costa: además de su sed de venganza y una tolerancia inusualmente alta hacia la crueldad, dijo que portaban pistolas con seis balas en la recámara, nuevos inventos llamados revólveres.

Ese rinche traía uno.

Nena tenía la pistola de Néstor. Estaba cargada, pero él tenía el resto de las balas.

Tenía un solo tiro.

El tintineo metálico de las llaves. Una sombra cubrió a Nena.

Alzó la vista.

El rinche la miraba desde el cañón de su arma.

Tenía pelo color paja y un bigote que combinaba. Eso le llamó la atención; le mantuvo la mirada, incluso mientras el pulso le martillaba los oídos, incluso mientras todos sus músculos chillaban de pánico.

Le estaba apuntando directo a la frente.

Se lanzó de costado. Una bala silbó detrás de ella. Un grito ahogado y agudo desgarró la noche: la bala había rozado o golpeado a uno de los vampiros.

Nena estaba de pie, con la pistola de Néstor en la mano y su voz suave en el oído. “Ponte de perfil”. Amartilló la pistola. “Inhalas, apuntas. Exhalas y...”.

La reculada del arma le torció el brazo y la lanzó de espaldas.

El grito de un hombre retumbó en su cráneo mientras chocaba con piel suave, con un hombro huesudo. Chilló y se alejó de él, con un asco metálico en la boca ante la sensación aterciopelada de la carne del vampiro. Cuando se enderezó, buscó al rinche entre la noche.

Había caído.

Necesitaba esas llaves. Las necesitaba ya.

Corrió hacia el frente del grupo de vampiros, ignorando cómo el cosquilleo de su cicatriz la llenaba con la sensación enfermiza y de indefensión de ser su presa.

La antorcha iluminaba al rinche de pelo de paja: tenía la cadera húmeda y oscura. No se podía levantar. Le estaba gritando, aullando; sus palabras le eran tan incomprensibles como los alaridos de los vampiros.

Nena le barrió el cuerpo con la mirada, en busca de las llaves. Las encontró en su cintura, abrochadas a un cinturón que le ceñía el uniforme azul. Estaban salpicadas de sangre.

Dejó el cuchillo y la pistola ahora inútil de Néstor y avanzó hacia el rinche.

El hombre se retorció mientras Nena caminaba hacia él; mientras se agachaba para agarrar las llaves abrochadas a su cinturón. Su dolor era obvio, palpable.

Ella se lo había provocado.

Ella, que quería convertirse en la abuela, en alguien que sanaba heridas en vez de causarlas. Ella le había provocado ese dolor.

Las náuseas se le agolparon en la garganta. Le fallaron los dedos.

Vio el borrón de una mano; sintió que su cabeza era jalada hacia atrás. Una descarga de dolor le recorrió la nuca y le abrasó el cuero cabelludo.

—¡Putá, tú! —gritó el rinche en mal español mientras le jalaba el pelo—. ¡Putá!

Muy baja, apenas audible por encima de los gritos que le apaleaban el cráneo, una voz en su mente concluyó con tranquilidad que si sobrevivía a eso, se cortaría el pinche pelo.

Entonces metió la mano al saquito de sal en su cadera, atado junto a la funda de la pistola.

Agarró un puño y se lo aventó a los ojos al rinche.

El tipo le soltó el pelo y aulló mientras se llevaba las manos a la cara.

Al parecer, la sal funcionaba contra cualquier monstruo.

Nena le arrancó las llaves del cinturón y se apartó de su alcance.

Su bota chocó con el revólver, que había caído al pasto cuando le disparó.

Lo recogió, le puso el seguro y se lo metió a la pistolera. Luego recuperó el cuchillo y bloqueó sus oídos a los gritos del rinche. Seguramente atraería a otros corriendo. Solo le quedaban unos minutos.

Inhaló hondo para tranquilizarse y se dirigió hacia los vampiros. La cicatriz le palpitaba débilmente.

La miraban con atención, quietos como solo los depredadores pueden lograrlo. El aire zumbaba con su atención, como si estuviera parada junto a un avispero agitado.

Casimiro había contado mal: solo había seis vampiros, pero con eso bastaba para asolar un rancho del tamaño de Los Ojuelos. Se removían en su sitio mientras caminaba hacia ellos, con el corazón destrozado en la garganta. Su respiración se parecía mucho a la de los caballos: cuando inhalaban, las costillas se les salían como las entrañas de un acordeón.

Se morían de hambre. El hambre los empujaría a atacar.

¿Funcionaría su plan?

Solo le quedaba intentarlo.

Se acercó a uno que estaba al frente del grupo. Desde tan cerca, era sorprendentemente parecido a un murciélago. Tenía narinas largas y delgadas, rodeadas de pliegues delicados, como pétalos; sus orejas de carne delgada como papel estaban enervadas de vasitos angostos y púrpuras.

Su cráneo tenía cuencas para los ojos; donde deberían estar, una delgada piel gris, recorrida por venas delicadas, se estiraba precariamente sobre los huecos.

—No te quiero lastimar —le dijo.

La cicatriz le palpitó con dolor fresco. Respiró hondo.

¿La estaba escuchando? Tenía que estar escuchándola.

—Si te suelto —dijo—. Te vas. —Señaló hacia los árboles—. Te vas de mi hogar.

El corazón le martillaba la garganta, fuerte y carnosamente. Estar tan cerca del vampiro le provocaba un pánico casi inmovilizador. Esa podría ser la cosa más estúpida que había hecho.

Podría ser suicidio.

El vampiro bajó la cabeza. Un zumbido reverberó por el pecho de Nena, tan fuerte que lo sintió tamborilear sus huesos. Tan fuerte que casi podía oírlo.

Madre santa, por favor, que eso fuera un sí. Por favor, que estuviera asintiendo.

Con las palmas mojadas de sudor, tomó el cuchillo y se agachó hacia los tobillos del monstruo. Serró las cuerdas que ataban sus cuatro patas; luego le quitó el mecate.

Retrocedió de un brinco, fuera del alcance de sus garras.

El vampiro no intentó agarrarla. Solo la observaba.

La esperaba.

Esperó a que se le acercara de nuevo, la observó mientras cambiaba el anillo metálico de las llaves a su mano derecha y el cuchillo a su izquierda. Esperó a que rebuscara torpemente la llave correcta.

Nena dio un paso al frente y metió la llave en el pesado candado de metal que cerraba el collar. Tan cerca de la cabeza del vampiro que cuando este crispó una oreja, le rozó la mejilla, suave como ala de palomilla.

Nena giró la llave. El candado se abrió.

Debajo del collar, el pulso del vampiro revoloteaba rápido contra su garganta.

¿También estaría asustado?

Nena sacó el candado del collar. Con un suave chasquido, el collar se desabrochó y cayó en los hombros del vampiro. Estaba pesado; necesitaría ambas manos para quitárselo. Luego de tomar aire para cobrar valor, dejó caer el cuchillo junto a sus pies, lo bastante cerca para recogerlo del pasto en caso de necesitarlo, y sacó el collar de metal del cuello del vampiro.

Lo lanzó a un lado. Cayó al suelo con un tañido estridente.

El vampiro seguía teniendo el bozal. Podía correr, podía huir, pero esperó.

Bajó la cabeza ante ella como si le hiciera una reverencia, tan bajo que quedó al nivel de su estómago.

El bozal estaba atado con una hebilla en su nuca. Eso era lo que evitaba que matara a los rinches que lo habían llevado hasta ahí. La piel delgada y delicada de la cabeza de la bestia estaba llena de costras, amoratada; debajo del cincho de cuero, llagas abiertas lloraban bajo la luz de la antorcha.

Con manos gentiles, Nena tomó la hebilla.

“Santa Madre, protégeme”, rezó. “Si sabes algo de estos monstruos, protégeme”. Era el momento en el que sabría si su plan iba a funcionar o si nunca vería otro amanecer.

—No te voy a lastimar —repitió—. Por favor, no me lastimes.

Con dedos temblorosos, desabrochó la hebilla. Tomó un cincho en cada mano y le quitó el bozal al vampiro.

Retrocedió un paso, bozal en mano.

El vampiro alzó la cara. Dos colmillos, largos como incisivos de pantera, se extendían sobre su labio inferior. Brillaron bajo la antorcha, refulgentes como plata, mientras alzaba la cabeza para husmear el aire.

Luego dirigió su atención hacia Nena.

Durante un largo rato, no sucedió nada. El corazón le retumbaba; la cicatriz le palpitaba.

Una serie de chasquidos agudos surgieron del cráneo del vampiro, tan fuertes que Nena quiso cubrirse los oídos. Los demás alzaron la cabeza y repitieron el llamado.

El primer vampiro sacudió los hombros, rodeó a Nena y partió a trote.

Giró hacia la oscura línea de árboles y desapareció en la noche.

Se había ido.

Y cuando Nena volteó a ver a los cinco vampiros restantes, cuando vio su agitación, la manera en la que observaban los árboles con una expresión que le pareció de esperanza, recogió el cuchillo.

Seguirían al primero. Lo sabía en las entrañas.

Se apresuró a liberar a los siguientes cuatro. Ellos se mantuvieron quietos y pacientes mientras serraba la cuerda y rebuscaba las llaves, mientras aventaba collares y bozales al suelo. Uno incluso le dio un empujoncito suave, casi cariñoso, con el hombro antes de trotar hacia la noche.

El último vampiro se removía inquieto, soltando chasquidos agitados.

—Ya sé, ya sé —murmuró Nena mientras rebuscaba entre las llaves. Tenía las palmas llagadas y cubiertas de ámpulas por serrar el grueso mecate con un cuchillo de cocina cada vez más chato; sus ojos se esforzaban por ver en la penumbra, ardiendo por el humo de las armas en el aire y de la antorcha moribunda—. Ya casi.

Estaba tan absorbida por su labor que no oyó los pasos que se acercaban a sus espaldas, ni siquiera cuando le quitó el collar al último vampiro y lo aventó a un lado con brazos adoloridos.

Tampoco cuando estiró las manos para abrir torpemente la hebilla del último bozal.

Esa vez, cuando el último vampiro sacudió la cabeza, al fin libre, algo cambió.

Retrocedió rápido, con movimientos raudos y agresivos. El miedo se disparó en la nuca de Nena, donde su columna se conectaba con su cráneo, al verlo alzarse en dos patas y extender los brazos.

Su cuchillo. ¿Dónde estaba su cuchillo? Se había confiado al echarlo a un lado; no había pensado en fijarse dónde caía. No podía agacharse y buscarlo a ciegas, no cuando el vampiro siseaba y pelaba sus numerosos dientes.

Se llevó la mano a un costado, en busca de la sal. Intentó abrir torpemente el saquito, con manos temblorosas.

El vampiro alzó una pata y la bajó en un tajo largo y feroz.

Golpeó a Nena.

La lanzó a un lado como si no pesara más que una muñeca de trapo.

El cielo dio vueltas a su alrededor. El aliento se le escapó de los pulmones con un crujido cuando golpeó el suelo.



NÉSTOR

—*HABÍA MÁS JUNTO* a los árboles —gritó Casimiro mientras juntaba las riendas. Tanto él como su caballo se habían quedado sin aliento, sus costillas se agitaban—. Deberíamos echarlos también.

Néstor condujo a Luna hacia el este, hacia el sendero que llevaba a los manantiales, escrutando la noche en busca de yanquis.

Una silueta se irguió, sacudió la cabeza vigorosamente de un lado a otro y se puso en cuatro patas antes de correr hacia los árboles.

Lo que había ahí no eran hombres.

Entonces vio otra figura, más pequeña que la primera, con falda blanca y dos trenzas oscuras columpiándose. Su mundo se detuvo.

Ya era completamente de noche cuando volvió a Los Ojuelos. Ver el fulgor anaranjado de las antorchas desde la carretera le envió el corazón a la garganta y las espuelas al costado de Luna: todas sus pesadillas sobre la destrucción de Dos Cruces empezaban así, con llamas y humo en el horizonte. Y así fue como comenzó la pesadilla de un ataque contra Los Ojuelos: le faltaba el aliento mientras trotaba por un atajo hacia el rancho central, con las ramas arañándole la cara. Pero ya no era un niño. Tenía una pistola en la cadera, un machete y suelas que plantar en la tierra para enfrentarse a los ladrones de tierras. Tenía la capacidad de advertir a los demás para que no los tomaran desprevenidos, a diferencia de su padre y los vaqueros de Dos Cruces. En cuanto pasó junto a los primeros jacales de los trabajadores, empezó a gritar para despertar al rancho dormido.

—¡Yanquis! —exclamó llevándose una mano a los labios para chiflar en señal de que estaban en peligro.

Luego se dirigió directo hacia la casa mayor. Los disparos ya horadaban el aire; se oyeron gritos en los límites del rancho. Néstor disminuyó la velocidad de Luna. ¿Debería revisar que Nena estuviera bien o unirse a los vaqueros que estaban deteniendo el avance de los yanquis

desde la carretera? A lo lejos vio figuras en la cocina de la casa mayor: un grupo de mujeres en camisón; una de ellas estaba trazando una barrera de sal alrededor de las entradas.

Nena.

Estaría a salvo tras esa barrera. A salvo dentro de los confines de la casa, que sin duda sería el centro de los esfuerzos protectores de los hombres.

O al menos eso había pensado.

Aquella figura de falda blanca tenía que ser Nena.

Agarró las riendas y espoleó a Luna a galope, inclinándose sobre sus crines. Devoraron la distancia que los separaba de Nena. A través de las orejas de Luna, mientras aguzaba la vista hacia las tinieblas, unas formas comenzaron a moverse.

Había un rinche donde antes no había visto nada, con un largo cuchillo en la mano. Avanzaba cojeando hacia la espalda desprevenida de Nena.

Un vampiro se irguió en las patas traseras ante Nena, con los largos dientes pelados.

Una amenaza frente a ella y otra detrás.

Néstor no había recargado su pistola, pero traía el machete en una mano. Era todo lo que necesitaba. Tenía que interponerse entre Nena y lo que la amenazaba. Tenía que estar a su lado para defenderla.

—Vamos —incitó a Luna con los dientes tensos, aunque ella bajara la cabeza y galopara tan rápido como sus cansadas patas se lo permitían, empapada de sudor en el cuello y la cruz. Sus cascos retumbaban al ritmo del corazón de Néstor.

Se le atoró la respiración al ver al vampiro alzar una pata larga y zarpada frente a Nena. Ella retrocedió... directo hacia el rinche con el cuchillo.

—¡Nena! —gritó—. ¡Atrás de ti!

Pero fue demasiado tarde.

El vampiro dejó caer la pata con precisión rápida y letal. Nena voló hasta chocar con la tierra.

No se movía.

No. No.

El vampiro ignoró su cuerpo postrado y embistió al frente, con las garras extendidas. Un grito incompleto desgarró la noche cuando cogió al rinche, lo separó del suelo y le hundió los dientes en el cuello.

Néstor ya estaba tan cerca que alcanzó a ver un velo oscuro de sangre rociar la cara del vampiro, sus costillas contraerse y expandirse con abandono glotón mientras le chupaba la vida a su presa.

Retiró la mirada, con la boca agria por las náuseas. Ya casi estaba encima de Nena. Se reclinó hacia atrás en la silla para detener a Luna y se llevó una mano a los labios para chiflarles a los demás: tres notas agudas que para cualquiera de Los Ojuelos eran un llamado inequívoco de auxilio.

Desmontó de un brinco y empezó a buscar a Nena entre el pasto.

Faldas blancas con el dobladillo sucio.

Una mano flácida entre las piedras.

Nena.

Se dejó caer de rodillas a su lado.

Su cara se veía apacible, con los ojos cerrados, como si durmiera.

—Nena. —Se le quebró la voz—. Nena.

No se movía.

Un golpe seco a su izquierda. Se levantó de un brinco para ponerse entre Nena y el vampiro, con el machete listo. Abrió al máximo los ojos para escrutar la noche. El corazón se le estrellaba contra las costillas mientras esperaba a que la criatura se girara hacia él, a que pelara los dientes y...

El vampiro había tirado su presa en el piso. Sin siquiera voltear a ver a Néstor, se dejó caer en cuatro patas y corrió hacia los árboles.

A Néstor le tomó varias respiraciones darse cuenta de que se había ido. De que los brazos que sostenían el machete listo le temblaban con violencia. De que su yegua había huido y estaba absolutamente solo.

Tiró el machete y volteó hacia Nena. Cayó de rodillas. Puso dos dedos en la piel suave de su garganta para buscarle el pulso. Le temblaban demasiado las manos. No lograba encontrarlo. Recostó la cabeza en su pecho, intentando escuchar algo más que su propio corazón retumbándole en el cráneo.

Un latido suave sonó en el pecho de Nena. Seguido por otro.

El alivio le ardió en los ojos; repentino, caliente y húmedo.

Se irguió. Trató de lanzar un segundo chiflido de auxilio, pero su respiración era una serie de jadeos incontrolados; sus dedos recibieron solo un sollozo.

Respiró hondo, luchando en vano por tranquilizarse.

—Quédate conmigo —susurró. Le pasó un brazo bajo el torso, el otro bajo las rodillas y la levantó, gruñendo por el esfuerzo.

El dolor le abrasó el hombro izquierdo. Lo recorrió en oleadas, una llama débil mientras avanzaba a trompicones. La rodilla mala le dolió al recobrar el equilibrio y cambiar el peso muerto de Nena en sus brazos.

La cabeza de Nena colgó hacia atrás.

—Quédate conmigo —se obligó a decir entre los dientes tensos.

Dio un paso al frente.

Cargó a Nena por el mismo camino que había recorrido a los trece años, hacia el lejano borrón de luz que era la casa mayor.

Los últimos disparos dispersos de la batalla se difuminaron a sus espaldas. La noche borró los

años; los recuerdos se filtraban entre cada paso vacilante, entre cada crujido de grava bajo sus botas.

Nena sangrando del cuello, echada contra él. Su cabeza meciéndose contra la de él; su mejilla fría al tacto.

Nena ahora, flácida en sus brazos como ternera muerta. Con los ojos cerrados y los labios entreabiertos. Las trenzas columpiándose a cada paso.

El corazón le pulsaba por el esfuerzo de cargarla. Sus pulmones estaban desesperados por recibir más aire, más, porque no alcanzaba a inhalar el suficiente.

El hombro izquierdo le pulsaba. Las piernas le ardían. Su respiración era irregular y entrecortada.

—Quédate conmigo.

Era una plegaria, una letanía, el único ruego que lo mantenía respirando. Que lo mantenía avanzando. Nunca volvería a dejarla. Nunca volvería a huir cuando tuviera miedo. Ella era su hogar.

Las luces de la casa mayor aumentaron su brillo; las antorchas teñían de llamas la noche. Se escurrían por su campo visual, mezclándose con la noche como aceite. Avanzó a trompicones. Un paso más, otro.

Le llegaron voces. Su nombre, luego el de Nena. Una voz aguda llamando a su abuela.

Una figura apareció junto a su hombro.

—Madre santa —exhaló Beto—. Déjame ayudarte.

Néstor negó con la cabeza, incapaz de formar palabras. Beto flotaba a su lado, medio paso detrás, mientras entraba al porche. A la luz cegadora de las antorchas.

Había gente en el patio; sus rostros se desdibujaban mientras avanzaba hacia la puerta de la casa mayor.

Doña Mercedes llenaba el umbral. Se llevó una mano a los labios; se hizo a un lado y le hizo una seña a Néstor para invitarlo a entrar.

Por primera vez en su vida, Néstor cruzó el umbral de la casa mayor, ladeando a Nena con cuidado para protegerle la cabeza. Le temblaron las piernas mientras la bajaba hacia el suelo de la sala; al fin cedieron y cayó de rodillas, acunando la cabeza de Nena para protegerla mientras la recostaba en la alfombra.

Al sacar la mano, vio que brillaba de sangre.

Uno de los brazos de Nena estaba marcado de zarpazos; la manga de su camisón estaba desgarrada y empapada de sangre. El rojo tenía un brillo sarcástico a la luz de las velas.

Tenía trece años y miraba a Nena cubierta de sangre, tirada en el piso de ese mismo lugar.

No. Aquella vez la había observado desde el umbral, paralizado por el miedo. Ahora estaba ahí, a su lado, tomando un trapo que alguien le había puesto en las manos y presionándolo contra el sangrado para contenerlo. Aunque le temblaran las manos. Aunque aún le costara recobrar el

aliento. El pecho se le entrecortaba, la vista le fallaba. Era vagamente consciente de que había más gente a su alrededor, el lugar olía a sangre, a pólvora y fogón. No le importaba. Tenía los ojos clavados en Nena.

Estaba muy quieta.

—Todos pa' atrás —dijo la abuela mientras se arrodillaba junto a él y le ponía una mano en el brazo—. Tú también, mijo. Déjame ver.

Néstor soltó el trapo ensangrentado que apretaba contra las heridas de Nena; la abuela chistó.

—Mantén la presión —dijo, y empezó a revisarle el pulso a Nena.

La hermana de Nena, Javiera, se abrió paso entre la gente. Se dejó caer de rodillas frente a Néstor y la abuela. Estaba sonrojada; el pecho le subía y le bajaba como si hubiera estado corriendo. Le extendió un morralito a la abuela, quien lo tomó.

Todo lo que hacía la abuela era tranquilo y medido; su calma se diseminó por la sala como humo de incienso. El olor a romero apaciguó a Néstor mientras la abuela sacaba hierbas del morral y empezaba a murmurar plegarias hacia Nena.

—Llámala de vuelta —le dijo.

Néstor volteó a verla, confundido. Nunca en su vida le había pedido que la ayudara a curar a alguien. Tenía que ser un error. Su trabajo era conseguir cosas o mandar a llamar gente y quitarse del paso, quedarse en silencio en un rincón, fuera de su vista y sin estorbar.

—Me oíste bien —dijo la abuela—. Llámala.

Néstor se dio la vuelta para ver a Nena. El reguero de pecas que contrastaba con su nariz y sus mejillas sin color. Sus cejas delgadas, sus pestañas negras. Su boca relajada, como si durmiera. Quería verla sonreír de nuevo, que el hoyuelo que se le hacía en la mejilla derecha le hiciera un guiño. Que su voz lo llamara. Que lo regañara o lo insultara o le dijera cosas lindas; no importaba: de ella lo quería todo.

—Regresa conmigo, Nena —susurró—. Regresa.

*NENA*

LAS VOCES SE arremolinaban sobre su cabeza, formando círculos y descendiendo como murciélagos al vuelo en la oscuridad. Las tinieblas se difuminaron.

Era consciente de estar bocarriba. De alguna forma, era consciente de que ya no estaba afuera; quizá fuera el olor de la cocina, el susurro de las ropas a su alrededor.

Se removi6. El dolor le surc6 el cr6neo, con la intensidad de un rel6mpago.

Ay, c6mo anhelaba que el olvido la engullera de nuevo.

—Regresa conmigo, Nena.

Su coraz6n se tropez6 de sorpresa al oír aquella voz.

Abri6 los ojos de golpe. Lo busc6; lo encontr6 de inmediato. Estaba hincado a su izquierda. No traía sombrero, tenía el pelo sudoroso y peinado hacia atr6s. Sus l6grimas se abrían paso, frescas y húmedas, por sus mejillas manchadas de tierra. Estaba llorando, aunque el alivio despuntara entre sus rasgos como un amanecer.

Quería abrazarlo. Acunar su cara y consolarlo, canturrearle que todo iba a estar bien. Enterrar la cara en su pecho y dejar que el olvido la engullera de nuevo.

Trat6 de erguirse.

Un ruido fuerte y severo la detuvo. La abuela estaba sentada junto a Néstor, con un manojo de romero en una mano y una expresi6n severa en la cara.

—Quédate quieta, Nenita —dijo Néstor suavemente—. Estás sangrando.

—Lo que me preocupa es su cabeza —dijo la abuela—. Gracias a la Virgen que no se peg6 en la sien.

—Te fuiste —le dijo Nena a Néstor. Las palabras fluyeron de su mente a sus labios como agua de un jarr6n. No había manera de detenerlas. Ninguna barrera entre pensamiento y habla.

—Perd6n —contest6 en voz baja—. No debí haberlo hecho. Debí haber sido m6s valiente.

—No, todo lo que dije estaba mal —dijo—. No dije suficiente. Fue culpa mía.

Se irgui6 recarg6ndose en el brazo derecho. Reventaron estrellas ante sus ojos, repentinas

como disparos.

—¡Magdalena! —la regañó la abuela—. Vuélvete a acostar.

Nena la ignoró. Le pasó el brazo por el hombro a Néstor y enterró la cara en su cuello. Olía a sudor y a pólvora, pero debajo de eso logró percibirlo a él: el único aroma que conocía como el de su propia piel. Por un instante, Néstor se quedó tieso, como si no supiera cómo reaccionar; luego se relajó. Posó la palma de la mano izquierda en su espalda para abrazarla.

“Tienes que encontrar la manera de sanarla”, le había dicho la abuela una vez al declarar que tenía el aura herida. “¿No sientes cómo te limita?”.

La desaparición de Néstor había plantado semillas entre sus costillas, simientes de miedos que se habían vuelto feroces y salvajes. El miedo de que si no era lo bastante obediente o perfecta, sus seres queridos desaparecerían con su amor o se lo arrebatarían. De que la dejarían hueca y adolorida. Durante años, ese miedo la había mantenido atrapada.

Nena había mantenido la esperanza insensata de tener una segunda oportunidad para elegir a Néstor. Y ahí estaba. Si decía las palabras correctas, quizá se quedaría.

Néstor aún tenía la mano derecha presionada contra su brazo. Le dolía. Algo andaba mal. No lograba importarle.

—Lo siento mucho —murmuró—. Te amo.

Néstor la abrazó más fuerte. Habló contra su pelo.

—Tú ya sabes que te amo.

—Entonces cástate conmigo —murmuró.

Una risa gutural y sorprendida le rozó la oreja.

—¿Me estás pidiendo mi mano?

—Solo si dices que sí.

—Claro que sí. —Se le quebró la voz. Le sobó la espalda con dulzura—. Claro que sí.

No quería abrir los ojos nunca. Quería quedarse en el hueco de su hombro para siempre, escuchando su corazón.

—Madre de Dios, también tienes una cortada en la nuca —dijo la abuela, chasqueando la lengua de disgusto—. Por lo menos elévale el brazo, Néstor.

Era como si la voz de la abuela hubiera quebrado la barrera de silencio que los separaba del resto de la sala. Un zumbido de voces se elevó a su alrededor, rítmico y chismoso como chicharras.

Luego se detuvo.

En el silencio, las botas de su papá resonaron contra el suelo.

Nena se tensó. Soltó a Néstor y, mientras él le elevaba el brazo herido como le habían ordenado, volteó a ver a su papá. Su mamá venía justo detrás.

Don Feliciano se cernía sobre ellos, fulminando con la mirada a Néstor.

—¿Qué te dije? —le dijo a Néstor.

—Ni una palabra más —le espetó Nena, acomodándose para quedar sentada entre los dos—. Néstor se queda.

—De ninguna manera —dijo su papá.

—Entonces yo tampoco —le espetó.

Su mamá se llevó las manos a la boca, con expresión pasmada.

Un estremecimiento de sorpresa recorrió toda la sala como una ola. Terminó en Nena. Sentirlo fue como sentir agua helada: le caló la piel, le llegó hasta el vientre.

Los Ojuelos era la tierra que la había criado, que la había acunado en sus arroyos y sombras, que había crecido con ella durante temporadas de sequía y de abundancia.

Estaba dispuesta a renunciar a ella.

Pues su hogar era esa persona a sus espaldas. El que le presionaba el brazo herido para detener el sangrado. El que había vuelto a pesar de la ira de su padre y la desaprobación de su madre. El que le había demostrado una y otra vez que la amaba. El que la había librado del peligro en el campo de batalla. El que a medianoche, cuando eran niños, se acercaba a hurtadillas a la casa mayor para dejarle regalitos y notitas en el alféizar. El que le arrancaba risas aunque la noche se cerniera oscura y amenazadora a su alrededor.

El que había vuelto.

Si dejaba que se fuera de nuevo, si le fallaba de nuevo, nunca se iba a sentir plena. Era así de simple.

—Si él se va, yo me voy con él —dijo Nena en voz alta, para que todos pudieran oírla. Su voz resonó con algo que parecía seguridad; desmentía el temblor de sus manos. La manera en la que temblaba al respirar—. Si él se queda, yo también.

—Pero, Magdalena —dijo su mamá. Tenía la voz aguda, casi quebrada, pero su expresión revelaba una preocupación genuina. Tenía la falda del vestido embarrada de sangre, como si hubiera estado vendando heridas. Parecía a punto de quebrarse por los sucesos de la noche—. ¿Qué dirá la gente?

—No sé —dijo Nena—. Tal vez les importe. Tal vez no. Pero si quieren que este rancho sea fuerte, déjennos quedarnos. Manténgannos a todos unidos. —Respiró hondo, mirando alrededor de la sala, a su hermana y su hermano, a sus primas y tías. Tenían la ropa de dormir cubierta de tierra y salpicada de sangre. Le dolía el corazón de solo pensar en dejarlos—. No tenemos oportunidad contra nuestros enemigos si estamos separados. La única forma de defender este rancho es todos juntos.

Volteó a ver a sus padres. El corazón le palpitaba como el de un ave atrapada. Mantenerles la mirada era peor que ver el rostro del primer vampiro, preguntándose qué sucedería cuando le soltara el bozal y pelara los dientes en la oscuridad.

Pero esta vez, no estaba sola.

Néstor tenía la mano libre posada en su espalda.

Cuando su papá abrió la boca para hablar, Nena lo cortó de tajo.

—Ya sé, papá. Ya sé que tener aliados ricos sería de mucha ayuda —dijo—. Pero ya habrá otras maneras de ganárnoslos. ¿No ves que ya somos fuertes? No apartes la fuerza que ya está aquí, con la gente que ya está aquí. No los alejes. No me alejes a mí.

—Magdalena —dijo su padre, con el rostro largo.

—Yo ya tomé mi decisión —dijo Nena, firme—. Ahora tú toma la tuya.



NENA

Diciembre de 1846

EN LA CELEBRACIÓN de Nochebuena en Los Ojuelos, Nena se quedó al margen del baile, junto a sus padres, viendo cómo Didi y Alejandra daban vueltas por la pista del brazo de distintos muchachos, con el rostro brillando de risa a la luz de las fogatas.

Se deleitó en su alegría. Últimamente, los hombros de todos los habitantes de Los Ojuelos habían estado cargados de preocupación. Matamoros cayó. El ejército yanqui siguió adelante; los colonos anglos y los cuatrerros avanzaban hacia el sur, cada vez más cerca del río Bravo. El gobierno mexicano no hacía nada para detenerlos. Canales y otros políticos —Félix incluido— empezaron a tramar independizarse de México, pues ¿cómo podrían defenderse las Villas del Norte con un gobierno al que no le importaba que los anglos las arrasaran?

Los rancheros y los políticos discutían; la guerra continuaba.

Didi y Alejandra se gritaban por encima de la música, despreocupadas como mesteñas galopando por el llano. Esa noche, sus primas se desplomarían en el dormitorio de las niñas luchando por liberar sus rizos de aquellos cuidadosos peinados, con algunos cabellos pegados en su cara sudorosa, sonriendo y chismorreando y manteniendo despierta a Javiera hasta horas insospechadas. Nena sintió una punzada de nostalgia en el pecho; de hecho sí extrañaba tener que acallar a Didi y a Alejandra cuando se iban a la cama, y lo gruñona que estaba Javiera la mañana siguiente. Últimamente, su lecho estaba en otro lado.

La canción se detuvo. Los aplausos se extendieron entre los bailarines. Cuando el primer violín dio las primeras notas de la siguiente canción, un hombre se acercó a Nena. Saludó a sus padres con una amplia sonrisa, le dio la mano a su papá e inclinó la cabeza en señal de respeto hacia su mamá.

Era algo que Nena solía creer que nunca vería.

Cuando uno de los curas itinerantes de las Villas del Norte se apareció en Los Ojuelos a mitad del verano, la gente abarrotó la capilla esa misma noche, aún con su ropa de trabajo puesta: la abuela, Bernabé, Casimiro. Beto, quien había decidido quedarse para ayudar a Néstor a construir un jacal y un corral en su tierra recién comprada. Todos los vaqueros que no estaban en el chaparral. Félix y Javiera, Didi y Alejandra.

Cuando Nena y Néstor dijeron sus votos, sus padres no estaban presentes.

La única señal de que don Feliciano se estaba amansando fue el regalo, varios meses después, de una franja de tierra de Los Ojuelos adyacente a la de Néstor. La donación incluía parte de una cantera. La misma de la que los ancestros de Nena habían extraído las piedras para construir la casa mayor de Los Ojuelos.

Su mamá se había preparado para soportar los chismes de las esposas de los demás rancheros; con un alivio amargo, informó que la guerra y todo lo perdido dominaban las conversaciones de los notables de las Villas del Norte. El casamiento de la hija de don Feliciano con un vaquero rara vez se mencionaba.

Día tras día, paso a paso, se tendían puentes. Se extendían manos en son de paz y se aceptaban.

Nena se levantó para recibir a Néstor, alisándose la falda. La tela era más roja que la fruta guadalupana: de un rojo profundo y chillante. Una de las tías arqueó las cejas con desaprobación y susurró tras una mano que le recordaba demasiado a la sangre.

—¿Me concedería esta pieza?

Estaba vestido igual que cuando había vuelto a Los Ojuelos para poner su mundo de cabeza: en su ropa de domingo, bruñido como monedita de plata. Tenía una sonrisa flamante; brillaba a la luz del fuego, con un aire juguetón. Quizás un poco travieso.

—Supongo —dijo mientras le tomaba la mano y permitía que la llevara con él. No tardó en estar riendo tan fuerte como Didi y Alejandra mientras giraban entre los bailarines. Néstor tenía las manos cálidas y firmes. Aunque no trajera rebozo, Nena no sentía frío. El aire invernal no podía tocarlos; nada en el mundo podía tocarlos ahí.

UNOS DÍAS DESPUÉS de Nochebuena, Nena salió al alba del jacal que compartía con Néstor. El frío le cristalizaba el aliento, convirtiéndolo en neblina gris; se apretó el sarape alrededor de los hombros para protegerse de la humedad mientras caminaba por el sendero hacia el arroyo. Había notado una mata de milenrama cerca de la orilla; un morral rebotaba contra su cadera al caminar, vacío y esperando a ser llenado.

Tareaba al caminar; al doblar la última curva, su tonada se alentó y luego murió.

Un revelador estremecimiento ondeó bajo la cicatriz de su cuello. Se detuvo en el borde del arroyo, con el pulso acelerado.

Al otro lado de la corriente de agua, un vampiro se irguió sobre las patas traseras, perturbando

los listones de bruma. Tenía la piel de un tono tan parecido al gris de la mañana que podría haber sido un fantasma. Portaba una cicatriz burda alrededor del cuello, como si un mecate le hubiera quemado la piel con la fricción o algún metal le hubiera abierto una llaga bajo el sol.

Se miraron en silencio un largo rato.

El vampiro abrió las narinas.

Luego se puso en cuatro patas, dio media vuelta y se perdió entre la niebla.

Nena lo vio alejarse con el corazón a toda carrera.

¿La habría reconocido?

Desanduvo sus pasos rápido hasta el jacal. Se alzaban voces desde el corral; aumentaban de volumen conforme se acercaba, para saludarla. Varios hombres habían llegado a su ranchito por las promesas de un buen salario y de nunca quedar atados por deudas injustas. Algunos habían llevado a sus mujeres, y uno también a su hijo. Eran las primeras gentes que convertirían esa tierra —Rancho Las Flores, un nombre que ella había escogido por su abundancia de flores silvestres— en su hogar.

Néstor estaba ensillando a Luna. Junto a él había unos ocho hombres: algunos eran de Los Ojuelos, otros eran nuevos para Nena, conocidos de Néstor de sus días de pata de perro.

Néstor volteó, la tomó de la cintura y le plantó un largo beso. Tenía los labios cálidos contra el frío decembrino.

Ignoraron el chiflido sugerente de Casimiro y el regaño de Beto para que se apuraran.

—Vi a uno en el arroyo —dijo Nena cuando se separaron—. Ten cuidado.

—Siempre. —Le dio un último beso rápido y montó a Luna—. Regreso a mediodía.

A mediodía irían juntos a Los Ojuelos. La abuela le había mandado a decir que una de las esposas de los vaqueros iba a parir cualquier día, y necesitaba a Nena a la mano.

Vio a los hombres desaparecer en la bruma mientras se apretaba el sarape alrededor de los hombros.

La guerra continuaba al sur. El peligro acechaba alrededor de su hogar, persistente y hambriento.

Pero cada noche, ella y Néstor vertían sal en el umbral. Ya habían protegido su hogar una vez y lo harían de nuevo.

Más allá del corral, más allá de su casa, el mundo hibernaba. Con el tiempo, el invierno relajaría su abrazo. El hielo se derretiría en los manantiales que le daban nombre a Los Ojuelos. Néstor tallaría piedras de la cantera para su casa de sillar; Nena hundiría las manos en tierra nueva detrás de la cocina para plantar semillas del huerto de hierbas de la abuela.

Y cuando la tierra se descongelara, estarían con palas en mano en la tierra que habían comprado. Juntos romperían el suelo para cavar los cimientos de lo que se convertiría en su casa.

Quizá, si escarbaban lo suficiente, encontrarían plata española.

NOTA DE LA AUTORA



Bandadas de vampiros, que bajo la apariencia de hombres vinieron y se esparcieron en los asentamientos [...]. Muchos de ustedes han sido despojados de su propiedad, encarcelados, perseguidos, asesinados y cazados como bestias, porque su trabajo era fructífero y su laboriosidad excitó la codicia vil que los trajo acá.

—JUAN NEPOMUCENO “CHENO” CORTINA (1824-1894)

En el verano de 2021, estaba sentada a la mesa del comedor de mi madre, hojeando los libros que había usado para escribir su tesis de maestría. Había estado jugueteando con una idea nueva sobre vampiros en el México decimonónico, pero no me sentía satisfecha. Temía que el elemento sobrenatural se sintiera forzado. Entonces encontré esta proclama de Juan Nepomuceno Cortina, dedicada a los habitantes mexicanos del estado de Texas en noviembre de 1859.

Se salió de la página y me agarró del cogote.

Vampiros. Estaba atónita. 1859 era décadas antes de que la publicación de *Carmilla* y *Drácula* sacudieran Europa. Décadas antes de que Friedrich Engels escribiera sobre la “vampiresca clase propietaria” o de las repetidas imágenes de Karl Marx que pintaban al capital como un vampiro. Décadas y miles de millas de distancia.

Y sin embargo.

Vampiros.

Se me enterró bajo la piel. “Vampiros” era como Cortina había decidido llamar a los colonos anglos que se robaban las tierras, el ganado e incluso las vidas de los mexicanos que vivían en lo que ahora es el sur de Texas.

¿Por qué vampiros?

Vampiros en El Norte fue un libro muy distinto al principio. Originalmente me inspiré en leyendas de tlahuelpuchis, unas brujas que chupan sangre, pero luego empecé a derivar hacia una encarnación más monstruosa del vampiro. Más bestial. A instancia de mi editor, la idea se fue a plantar al sur de Texas, donde mi familia materna ha echado raíces durante generaciones.

Ahí, se echó a correr, fuera de mi control.

Los segundos libros son infames por resistirse a la domesticación. Editar *Vampiros en El Norte* requirió su cuota de sangre, sudor y lágrimas. La lluvia de ideas y el primer boceto, sin embargo, fue una experiencia completamente diferente: sentí como si me arrastrara un caballo a galope. Los personajes parloteaban en mi cabeza, con voces claras y brillantes que no me costaba nada fijar en la hoja. La ambientación se develaba bajo mis dedos, tomando forma como mapa usado. Había veces en que pensaba que se sentía como escribir *fan fiction*. Veces en que sentía como si estuviera canalizando una fuerza superior a mí mientras perseguía los colores de un atardecer texano o el olor del patio de mis abuelos en primavera.

Creo que eso se debe a que escribí este libro para mi familia. Por cada una de las veces que, con distintas variaciones, nos han hecho la pregunta: ¿Cuándo llegó tu familia a este país?

Cuando era joven, me costaba trabajo contestar. Mi abuelo llegó a Texas en los años cuarenta, y mi bisabuela durante la Revolución Mexicana, pero ¿y el resto de la familia de mi abuela? El valle del río Grande es un recodo del mundo en el que la frontera se ha movido con más frecuencia que sus habitantes.

Me he dado cuenta de que la respuesta es, de hecho, una pregunta en sí misma. Una pregunta que se convirtió en el corazón de este libro.

¿Cuándo llegó este país a nosotros?

Mientras revisaba *Vampiros en El Norte*, defendí con éxito mi tesis de doctorado. Siete años en la torre de marfil implican que siempre escribiré con ojos de historiadora, pero reconozco alegremente que ahora uso la historia para servir a la trama. Admito que a algunos elementos de las tumultuosas décadas de 1830 y 1840 en el sur de Texas tuve que pulirles las rebabas o alterar sus reflejos para que apoyaran mejor una historia de romance y monstruos que acechan en las sombras.

Dicho eso, la mitad de la diversión de la ficción histórica es urdir en ella los detalles genuinos que hacen que un lugar se sienta habitado. Mi madre y mi tía ayudaron a plantar los árboles alrededor del Rancho Los Ojuelos. Ensombrecieron los cielos con tormentas y llenaron el aire con el ruido de chicharras, chachalacas y jabalíes en los matorrales. Pero ¿qué hay de la ropa que usaba la gente en 1840? ¿Qué tipo de comida comían?

Los textos que me ayudaron enormemente en esta empresa incluyen “A Trip to Texas in 1828”, de José María Sánchez, traducido al inglés por Carlos E. Castañeda; *Tejano Empire: Life on the South Texas Ranchos*, de Andrés Tijerina; *Their Lives, Their Wills: Women in the Borderlands, 1750–1846*, de Amy M. Porter; y *De León, a Tejano Family History*, de Ana Carolina Castillo Crimm. Recurrí a menudo a discusiones sobre el susto y cómo recuperarse de sucesos traumáticos en *Woman Who Glows in the Dark: A Curandera Reveals Traditional Aztec Secrets of Physical and Spiritual Health*, de Elena Avila, y *Curanderismo Soul Retrieval*:

Ancient Shamanic Wisdom to Restore the Sacred Energy of the Soul, de Erika Buenaflor. Incito a mis lectores a buscar estos y otros textos escritos por historiadores, curanderos y folcloristas chicanos y tejanos.

Le tengo una deuda increíble al trabajo de Jovita González, una folclorista tejana injustamente pasada por alto. Es la autora de *Dew on the Thorn, Life Along the Border: A Landmark Tejana Thesis* y de la novela póstuma *Caballero*, una obra monumental de ficción histórica que fue una profunda influencia en los primeros bocetos de *Vampiros en El Norte*. Su *The Woman Who Lost Her Soul and Other Stories* también fue donde encontré por primera vez leyendas de tesoros españoles enterrados y al travieso héroe popular Pedro de Urdemañas.

El folclor y la historia oral tenían un papel importante en la cultura vaquera del siglo XIX y principios del XX y, por lo tanto, en *Vampiros en El Norte*, pero también en mi propia familia. Siempre atesoraré las horas que he pasado a la mesa de la cocina de mis abuelos, escuchándolos contar historias de su infancia y sus parientes. Gracias a ellos, mis obras están llenas de leyendas familiares y fantasmas, de la cadencia de sus chistes y de sus cavilaciones sobre el pasado.

Sus voces respiran entre cada frase de este libro. Llegará un día en que yo ya no pueda escucharlas, pero espero que tengan un eco eterno en la imaginación y el corazón de mis lectores.

AGRADECIMIENTOS



Escribí este libro en la ciudad de Nueva York; en Victoria, B. C.; en Austin; en Chicago; en París; en Londres, y mientras me refugiaba en el apacible bosque de Seabeck, Washington. Lo escribí en aviones, en trenes y en ferris. Lo escribí entre capítulos de mi tesis de doctorado. Lo escribí agotada. Lo escribí enferma. Lo escribí mientras lloraba de frustración. En el sofá de mi tía. En el de mi mamá. En la mesa de la cocina de mis abuelos. En el comedor de mis suegros. Este libro me llevó de un capítulo de mi vida a otro, los dos gritando y pataleando todo el camino. Le extendo mis más sinceras y llorosas gracias a la aldea que creyó en este libro mucho antes que yo.

En primerísimo lugar, a Kari Sutherland: la mejor partidaria de mi escritura y de mi carrera que podría pedir. Y a Jen Monroe, cuya mirada precisa vio la forma de este libro desde lo lejos y ayudó a arrearne hasta que existiera. ¿Qué haría sin ustedes dos?

Doy gracias a los indomables equipos de *marketing* y publicidad de Berkley por su pasión, su diligencia y su emoción al trabajar en *The Hacienda* y en *Vampires of El Norte*, en particular a Lauren Burnstein, Tina Joell, Craig Burke y la incomparable Jessica Mangicaró. También agradezco al equipo editorial, en especial a Claire Zion y Jeanne-Marie Hudson, por su apoyo y entusiasmo por mi escritura. De igual manera, debo alzar mi copa ante el equipo de arte y a los diseñadores de portada por su precioso trabajo; nunca deja de entusiasmarne y deleitarme que mis tontos bosquejos se conviertan en preciosos mapas y que las páginas maquetadas y las impresionantes portadas logren hacerme llorar. Su trabajo es importantísimo para mí.

Seguramente habría perdido la cabeza mientras escribía este libro de no ser por mis compañeros de Clarion West 2018: B. Pladek, N. Theodoridou y Ewen Ma; el desternillante grupo debut de Berkley (alias las Berkletes), y las escritoras que he tenido la inmensa fortuna de conocer, volver mis amigas y recibir apoyo y consejos de su parte durante este turbulento viaje hacia la publicación, sobre todo Hannah Whitten, Tanvi Berwah y Shannon Chakraborty. Gracias a todos por su sabiduría y por sus espíritus brillantes e inspiradores.

A mi sistema de apoyo de la Universidad de Chicago, sin el cual nunca habría salido con vida y con un doctorado sujeto entre los dedos: Sam, Annie, Kyle, Mohsin, Betül y Sarah L., pero sobre todo a mi asesora, Hakan Karateke, cuya paciencia y aliento mientras bosquejaba este libro

entre capítulos de mi tesis nunca di por sentado. *Teşekkür ederim, hocam.*

Tengo una profunda deuda con Jeanne Cavelos por ser tan flexible cuando las inminentes fechas de publicación y los inesperados altibajos de mi vida interrumpieron mi estancia en el Odyssey Writing Workshop, pero también por la retroalimentación y la sabiduría que hicieron mejor este libro y que me llenan de confianza y alegría al enfrentarme a futuros libros (y a los retos que puedan presentar). Soy una escritora cambiada (y una preescritora, revisora y lectora), gracias a ti y a Odyssey. También agradezco a Scott H. Andrews por su minuciosa retroalimentación y sus agudas críticas al inicio de esta novela.

Agradezco a mis amigos por echarme porras mientras escribía, pero sobre todo a Kara, Debbie, Christine y Liam por sus primeras lecturas y su entusiasmo. Ustedes son todo para mí.

Este es el libro más difícil que he escrito y, al mismo tiempo, sus personajes y ambientación me llegaron con una facilidad y claridad que me dejaron ligeramente suspicaz. Pero luego recuerdo que lo escribí por mi familia, para mi familia, y que no podría haberlo escrito sin mi familia. Agradezco a mi tía Rori por darme espacio en su casa para escribir, por las descripciones del clima y la flora en el Valle, y por la deliciosa comida y las pláticas con zinfandel de primera calidad. Agradezco a mi mamá, no solo por las discusiones sobre el Valle, por sus libros de historia y por permitirme leer su tesis, “Un Lugar Intermedio: A Place In Between” (MA Dartmouth College, 2014), sino también por su sabiduría y apoyo infinitos. Agradezco a mis abuelos, Elvira Cañas y Arnulfo Flores, por contarme cosas de su pasado y de sus familias mientras me sentaba a la mesa de su cocina, bebiendo sus palabras. Agradezco al resto de mi querida, ruidosa e indignantemente chistosa familia no solo por su apoyo, sino por ser una fuente constante de inspiración narrativa. Haría lo que fuera por hacerlos reír (¡y chillar de miedo!) mientras leen mis libros.

Agradezco a mi familia política, Mary, Michael y Alison, por echarme porras durante los bocetos rápidos y las agotadoras revisiones, y por recordarme que celebrara cada pequeño logro. Ustedes son un refugio cuando el trayecto se pone duro. Los quiero.

Gracias, Honore, mi querida asesora de violencia, por dislocarle el hombro a Néstor. Gracias, Aurora, por enseñarle a Nena a apuntar con una pistola. (Prometo que el siguiente libro dará menos miedo. Quizá no sea cierto). Gracias, Javi, por prestarme tu nombre y por aparecer con Pollo. Ustedes me mantienen humilde y enriquecen mi alma.

Y, por último, Rob: mi doctor de historias, mi pilar, mi roca. Eres la razón por la que enfrentaba un capítulo más cada noche y estás en el corazón de todas las historias que escribo. No podría hacer esto sin ti.



Nena, la hija de un rancho del norte de México a mediados del siglo XIX, conoce bien a los monstruos: su hogar siempre ha estado amenazado por los colonos anglos. Sin embargo, algo aún más siniestro acecha el rancho por la noche, algo que deja a los hombres desangrados y moribundos. Algo que atacó a Nena hace nueve años.

Al creer a Nena muerta, Néstor ha estado huyendo de su tristeza desde entonces, moviéndose de un rancho a otro, trabajando como vaquero. Sin embargo, no hay suficiente alcohol para ahogar los horrores nocturnos que lo acosan, los dientes afilados que ve en la oscuridad, y ninguna mujer puede hacerlo olvidar a su primer amor.

Cuando Estados Unidos invade México en 1846, Nena y Néstor se reencuentran abruptamente en los preparativos de la guerra: ella es una curandera intentando demostrarle su valía a su padre para que no la case con un desconocido, y él es miembro de la caballería auxiliar de rancheros y vaqueros. No obstante, el impacto de su reencuentro —y la ira de Nena por el abandono de Néstor tantos años atrás— queda sepultado muy pronto por la aparición de una pesadilla hecha carne.

A menos que Nena y Néstor resuelvan su pasado y confronten el futuro juntos, ninguno de los dos verá el amanecer.

ISABEL CAÑAS

Isabel Cañas es una escritora mexicoamericana de ficción especulativa. Después de vivir en México, Escocia, Egipto, Turquía y Nueva York, entre otros sitios, se asentó en el noroeste del Pacífico. Tiene un doctorado en lenguas y civilizaciones del Medio Oriente y escribe ficción inspirada en su trabajo de investigación y en su identidad.

También de Isabel Cañas



La Hacienda



Penguin
Random House
Grupo Editorial

Título original: *Vampires of El Norte*

Primera edición: agosto de 2024

Copyright © 2024, Isabel Cañas

Publicado bajo acuerdo con The Foreign Office.

Copyright © 2024, Penguin Random House Grupo Editorial USA, LLC

8950 SW 74th Court, Suite 2010

Miami, FL 33156

Traducción: Hugo López Araiza Bravo

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

ISBN 979-8-89098-128-8

Conversión a formato digital: [Numerikes](#)

Índice

Vampiros en El Norte

Elogios para Vampiros en El Norte

Dedicatoria

1. Nena

2. Néstor

Nueve años después

3. Néstor

4. Nena

5. Nena

6. Néstor

7. Néstor

8. Nena

9. Néstor

10. Nena

11. Nena

12. Néstor

13. Nena

14. Néstor

15. Nena

16. Nena

17. Néstor

18. Nena

19. Nena

20. Néstor

21. Nena

22. Nena

23. Néstor

24. Nena

25. Néstor

26. Nena

27. Néstor

28. Nena

29. Néstor

30. Nena

31. Nena

32. Néstor

33. Nena

34. Nena

Nota de la autora

Agradecimientos

Sobre este libro

Sobre la autora

También de Isabel Cañas

Créditos